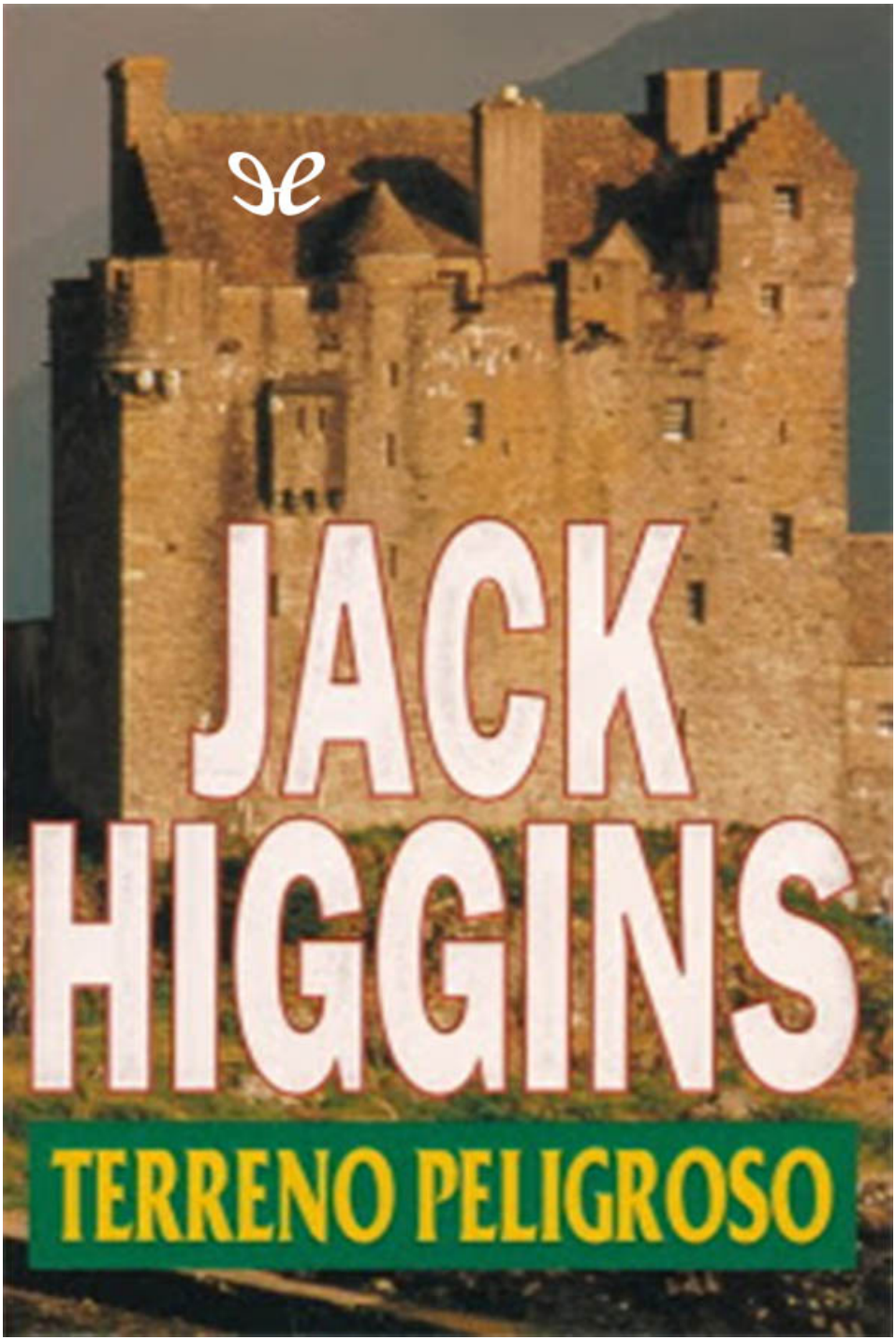

JACK
HIGGINS
TERRENO PELIGROSO

Una mortífera competencia por el más fabuloso de los botines.

En 1944, lord Mountbatten y Mao Zedong firmaron un acuerdo por el que los chinos se comprometían a prorrogar por cien años el estatuto de Hong Kong a cambio de ayuda militar. Dicho convenio, particularmente la copia británica del mismo, desapareció en un desgraciado accidente. Había quedado sin efecto antes de nacer.

Han transcurrido cincuenta años. El paso de la colonia a soberanía china se acerca; sin embargo, hay poderosos intereses económicos, incluida la Mafia, que no pueden resignarse a lo inevitable. El desaparecido y olvidado convenio adquiere inusitado valor, tanto para las oscuras fuerzas que quieren impedir la descolonización de Hong Kong como para el gobierno británico, que no desea interrumpir el proceso. De ese modo, el mayor Ferguson, del servicio especial del primer ministro, y el jovial y sagaz ex terrorista del IRA Sean Dillon se verán empeñados en una mortal carrera por un documento que podría cambiar los destinos del mundo…

Jack Higgins

Terreno peligroso

ePub r1.0
Titivillus 27.01.2017

Título original: *On dangerous ground*
Jack Higgins, 1993
Traducción: José Manuel Pomares
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Sally Palmer,
con amor.

Ciertos elementos de este libro
están inspirados en una obra anterior,
Midnight Never Comes, publicada en 1966.

Prologo

Chungking, agosto de 1944

El piloto, teniente de vuelo Joe Caine, del Mando de Transporte de la RAF, estaba cansado, helado hasta los huesos y con las manos pegadas a la barra de control. La empujó hacia delante e hizo descender el avión, para emerger de una nube baja a tres mil pies de altura, bajo una lluvia torrencial.

El aparato que se abría paso por entre pesadas nubes y una tormenta era un Douglas DC3, el famoso Dakota, verdadero caballo de batalla tanto de la Fuerza Aérea estadounidense como de la RAF, que operaban conjuntamente en los aeródromos de Assam, en el norte de la India, desde donde enviaban suministros por vía aérea al ejército chino de Jiang Jieshi. En el trayecto, tenían que superar la infame «Joroba», como las tripulaciones aliadas llamaban a la cadena montañosa del Himalaya, y tratar de sobrevivir en las peores condiciones de vuelo del mundo.

—Ahí está, Skipper —dijo el copiloto—. Mortalmente delante. A tres millas.

—Y con la habitual ausencia de medidas antiaéreas —dijo Caine, lo que era bastante cierto. Los habitantes de Chungking eran notoriamente perezosos en ese aspecto y había luces encendidas por todas partes—. Bueno, allá vamos.

—Mensaje de la torre de control —dijo desde atrás el radiotelegrafista.

Caine conectó el UHF y llamó a la torre.

—Aquí *Sugar Nan*. ¿Hay algún problema?

—Llega tráfico prioritario. Rogamos que sobrevuelen —dijo una voz neutral.

—Por el amor de Dios —exclamó Caine enojado—, acabo de volar mil millas por encima de la «Joroba». Estamos cansados, ateridos y casi sin combustible.

—Tráfico VIP a estribor y por debajo de ustedes. Sobrevuelen. Rogamos contestación —dijo la voz con firmeza.

El copiloto miró hacia el lado y luego se volvió.

—A unos quinientos pies por debajo, Skipper. Otro Dakota. Por su aspecto, debe de ser un yanqui.

—Está bien —dijo débilmente Caine y viró a babor.

El hombre que estaba de pie en el porche de la oficina del comandante de puesto miraba fijamente hacia la lluvia y escuchó el sonido del primer Dakota que se disponía a aterrizar. Llevaba el uniforme de vicealmirante de la Marina Británica, y un impermeable sobre los hombros. Se llamaba lord Louis Mountbatten y era primo del rey de Inglaterra. Un héroe de guerra muy condecorado, también era el supremo comandante aliado del Sureste asiático.

El corpulento general estadounidense con gafas de montura de acero que apareció tras él y se detuvo para encender un cigarrillo, era el general *Vinagre* Joe Stillwell, su segundo, y también jefe de Estado Mayor de Jiang Jieshi. El mejor experto sobre China de que disponían las Fuerzas Aliadas, hablaba el cantonés con fluidez. Se apoyó sobre la barandilla.

—Bueno, ahí viene, el gran presidente Mao.

—¿Qué ocurrió con Jiang Jieshi? —preguntó Mountbatten.

—Encontró una excusa para adentrarse en el país. No sirve de nada, Louis; Mao y Jiang jamás se reunirán. Los dos quieren lo mismo.

—¿China? —preguntó Mountbatten.

—Exactamente.

—Sí. Bueno, en todo caso quisiera recordarte que esto no es el Pacífico, Joe. Hay veinticinco divisiones japonesas en China, y están ganando desde que iniciaron su ofensiva de abril. Nadie lo sabe mejor que tú. Necesitamos a Mao y a su Partido Comunista. Las cosas son así de sencillas.

Observaron el Dakota, que aterrizaba.

—El punto de vista de Washington también es sencillo —dijo Stillwell—. Hemos prestado ya mucha ayuda a Jiang.

—¿Y qué hemos recibido a cambio? —preguntó Mountbatten—. Se limita a permanecer sentado sobre el trasero, sin hacer nada, y prefiere ahorrar sus municiones y equipos para la guerra civil con los comunistas, una vez se haya derrotado a los japoneses.

—Una guerra civil que probablemente ganará —dijo Stillwell.

—¿Lo crees realmente así? —inquirió Mountbatten al tiempo que sacudía la cabeza—. En occidente, a Mao y a su gente se les considera como revolucionarios agrarios. Lo único que desean es la tierra para los campesinos.

—¿Y no estás de acuerdo con eso?

—Francamente, creo que son más comunistas que los rusos. Creo que, después de la guerra, pueden muy bien expulsar a Jiang Jieshi de la China continental y hacerse con el poder.

—Una idea interesante —admitió Stillwell—, pero si de lo que hablas es de hacer amigos e influir sobre la gente, eso depende de ti. Washington no seguirá ese juego. Los suministros de armas y municiones tendrán que proceder de tu propia gente, no de fuentes estadounidenses. Nosotros ya tendremos un problema bastante gordo cuando nos veamos obligados a dirigir Japón después de la guerra. China es cuestión vuestra.

El Dakota se acercó a ellos y se detuvo. Un par de tripulantes de tierra acercaron una escalerilla y esperaron a que se abriera la portezuela.

—¿Crees que le pido demasiado al viejo presidente Mao?

—¡Diablos, no! —exclamó Stillwell echándose a reír—. Para ser honestos, Louis, si él está de acuerdo, no veo la forma de que recibas gran cosa a cambio de toda la ayuda que te propones ofrecerle.

—Algo mejor que nada, viejo amigo, sobre todo si él está de acuerdo.

La puerta se abrió y por ella se asomó un joven oficial chino. Un momento más tarde apareció Mao Zedong. Se detuvo un momento y miró hacia ellos. Sólo llevaba un sencillo uniforme y una gorra con la estrella roja. Luego, empezó a descender los escalones.

Mao Zedong, presidente del Partido Comunista Chino, contaba

en esos momentos con cincuenta y un años de edad y era un brillante político, un maestro de la guerra de guerrillas, y un soldado genial. También era el enemigo implacable de Jiang Jieshi, y las dos partes se habían enzarzado en una lucha entre sí, en lugar de combatir juntos contra los japoneses.

En el despacho, se sentó tras la mesa del comandante del puesto, con el joven oficial de pie a su espalda. A un lado de Mountbatten y Stillwell estaba de pie un mayor del ejército británico. Llevaba el ojo izquierdo cubierto con un parche y la insignia de su gorra indicaba que pertenecía al regimiento de infantería ligera Highland. Un cabo, con la gorra del mismo regimiento, se apoyaba contra la pared, tras él, con una carpeta de cartón bajo el brazo izquierdo.

—Me sentiré feliz de actuar como traductor de los procedimientos, presidente Mao —dijo Stillwell en un fluido cantonés.

Mao, sentado frente a él, con un rostro enigmático, dijo en un inglés excelente, una habilidad que raras veces daba a conocer:

—General, mi tiempo es limitado. —Stillwell lo miró con asombro y Mao le dijo a Mountbatten—: ¿Quién es este oficial y el hombre que lo acompaña?

—Mayor Ian Campbell, presidente, uno de mis ayudantes —contestó Mountbatten—. El cabo es su ordenanza. Su regimiento es el Highland, de infantería ligera.

—¿Ordenanza? —preguntó Mao.

—Una especie de soldado sirviente —explicó Mountbatten.

—Ah, ya entiendo. —Mao asintió enigmáticamente y se volvió a Campbell—. Los Highland de Escocia, ¿verdad? Extraño pueblo. Los ingleses los doblegaron por la fuerza de la espada, les arrebataron sus tierras y, sin embargo, van a la guerra por ellos.

—Soy un *highlander* de pura cepa —dijo Ian Campbell—, con mil años de historia tras de mí, *laird* o señor del castillo de Loch Dhu y de todo lo que le rodea, como lo fue mi padre y el suyo antes que yo, y si los ingleses necesitan que se les eche una mano de vez en cuando, ¿por qué no?

Mao esbozó una ligera sonrisa y se volvió hacia Mountbatten.

—Me gusta este hombre. Debería prestármelo.

—No es posible, presidente.

—En ese caso, vayamos al asunto —dijo Mao con un

encogimiento de hombros—. Dispongo de poco tiempo. Tengo que emprender el viaje de regreso en no más de treinta minutos. ¿Qué me ofrece usted?

Mountbatten miró a Stillwell, que se encogió ligeramente de hombros, y el almirante le dijo a Mao:

—Nuestros amigos estadounidenses no les pueden ofrecer armas y municiones a usted y a sus fuerzas.

—¿Pero sí suministrarán todo lo que necesite el generalísimo? —preguntó Mao con una actitud sorprendentemente serena.

—Creo haber encontrado una solución —dijo Mountbatten—. ¿Y si la RAF transportara diez mil toneladas mensuales por encima de la «Joroba» hasta Kunming, con toda clase de armas y municiones?

Mao extrajo un cigarrillo de una vieja pitillera de plata y el joven oficial se lo encendió. El presidente expulsó una larga nubecilla de humo.

—¿Y qué tendría que hacer a cambio de tanta magnificencia?

—Algo —contestó Mountbatten—. Quiero decir, que tendríamos que recibir algo a cambio. Sería lo justo.

—¿Ha pensado alguna cosa en concreto?

El propio Mountbatten encendió un cigarrillo, caminó hacia la puerta abierta y contempló la lluvia. Luego se volvió.

—El Tratado de Hong Kong, el arrendamiento a Gran Bretaña. Expira el primero de julio de 1997.

—¿De veras?

—Quisiera que lo ampliara en otros cien años.

Se produjo un largo silencio. Mao se reclinó en el asiento y expulsó el humo hacia el techo.

—Amigo mío, creo que la lluvia le ha nublado un poco el cerebro. El generalísimo Jiang Jieshi gobierna China, con el permiso de los japoneses, naturalmente.

—Pero los japoneses acabarán por marcharse —replicó Mountbatten.

—¿Y entonces?

La sala se quedó en silencio. Mountbatten se volvió y asintió con un gesto. El cabo entrechocó los talones y entregó la carpeta al mayor Campbell, quien la abrió y extrajo un documento que dejó sobre la mesa, frente al presidente.

—Esto no es un tratado, sino un convenio —explicó

Mountbatten—. El Convenio de Chungking, según lo llamo yo. Si lo lee y lo aprueba con su firma junto a la mía, estará de acuerdo en ampliar, en el caso de que alguna vez llegue a controlar la China, el Tratado de Hong Kong en otros cien años. A cambio, el gobierno de Su Majestad le entregará suministros suficientes para cubrir todas sus necesidades militares.

Mao Zedong examinó el documento y finalmente levantó la mirada.

—¿Tiene usted una pluma, lord Mountbatten?

Fue el cabo quien, moviéndose con rapidez, le proporcionó una. Mao firmó el documento. El mayor Campbell extrajo tres copias más, que también extendió sobre la mesa. Mao las firmó todas. Mountbatten, a su vez, también las firmó.

Le devolvió la pluma al cabo y se levantó.

—Una buena noche de trabajo —le dijo a Mountbatten—. Pero ahora tengo que marcharme.

Empezó a dirigirse hacia la puerta cuando Mountbatten dijo:

—Un momento, señor presidente, olvida usted su copia del convenio.

—Más tarde —dijo Mao volviéndose hacia él—, cuando haya sido firmada por Churchill.

—¿Churchill? —replicó Mountbatten que le miró fijamente.

—Naturalmente. Aunque eso, claro está, no debería retrasar la entrega de las armas. Sin embargo, espero con ilusión recibir mi copia firmada por él mismo. ¿Hay algún problema?

—No —contestó Mountbatten tras recuperarse—. No, claro que no.

—Bien. Y ahora tengo que marcharme. Hay mucho trabajo que hacer, caballeros.

Salió y bajó los escalones, seguido por el joven oficial, cruzó el campo hacia el Dakota y subió al aparato. La puerta se cerró, los tripulantes de campo retiraron la escalerilla y el avión avanzó por la pista mientras Stillwell estallaba en una carcajada.

—Que Dios me ampare, pero esto es la cosa más extraña que he visto en muchos años. Desde luego, ese hombre es todo un personaje. ¿Qué vas a hacer?

—Enviar el maldito documento a Londres para que Churchill lo firme, claro está. —Mountbatten volvió la espalda a la entrada y le

dijo al mayor Campbell—: Ian, le voy a dar la oportunidad de cenar en el Savoy. Quiero que emprenda el viaje a Londres lo antes posible, con un despacho mío para el primer ministro. ¿He oído aterrizar otro avión?

—Sí, señor, un Dakota procedente de Assam.

—Bien. Dé órdenes para que reposten combustible y den media vuelta. —Mountbatten se volvió a mirar al cabo—. Puede llevarse a Tanner con usted.

—Estupendo, señor.

Campbell recogió los documentos para guardarlos en la carpeta.

—Tres copias. Una para Mao, otra para el primer ministro y la tercera para el presidente Roosevelt. ¿No he firmado cuatro?

—Me he tomado la libertad de preparar una copia extra, señor, sólo por si acaso se produjera algún accidente —dijo Campbell.

—Buen muchacho, Ian —asintió Mountbatten—. En marcha, pues. Sólo una noche en el Savoy. Luego, regrese de inmediato.

—Desde luego, señor.

Campbell saludó y salió, seguido de Tanner. Stillwell encendió un cigarrillo.

—Un tipo extraño, este Campbell.

—Perdió el ojo en Dunkerke —explicó Mountbatten—. Consiguió una bien ganada Cruz Militar. Es el mejor ayudante que he tenido.

—¿Qué era toda esa cháchara sobre lo del *laird* o señor del castillo de Loch Dhu? —preguntó Stillwell—. Ustedes, los ingleses, están locos.

—Ah, pero resulta que Campbell no es inglés, sino escocés, y algo más que eso, porque es un *highlander*. Como *laird* de Loch Dhu dirige el clan Campbell, y eso, Joe, es una tradición que ya existía antes de que los vikingos viajaran a América.

Se dirigió hacia la puerta y contempló la lluvia, que seguía cayendo con fuerza. Stillwell se le unió poco después.

—¿Vas a ganar, Louis?

—Oh, desde luego —asintió Mountbatten—. Es lo que sucederá después lo que me preocupa.

En el alojamiento de Campbell, Tanner preparó la bolsa del mayor con meticulosidad militar, mientras Campbell se afeitaba. Estaban juntos desde la adolescencia, pues el padre de Tanner había

sido guardabosque en la propiedad de Loch Dhu, y ambos habían soportado juntos la demoledora experiencia de Dunkerke. Cuando Campbell inició su trabajo para lord Mountbatten, en el Cuartel general de Operaciones combinadas en Londres, se llevó consigo al cabo como ordenanza. A eso siguió el traslado al mando del Sureste asiático. Pero para Jack Tanner, buen soldado, con una medalla militar al valor para demostrarlo, Campbell nunca sería otra cosa que el *laird*.

El mayor salió del cuarto de baño secándose las manos. Se ajustó el parche negro sobre el ojo y se pasó una mano por el cabello. Luego se puso la túnica.

—¿Llevas el maletín, Jack?

Tanner lo levantó con una mano.

—Los documentos están dentro, *laird*.

Siempre llamaba a Campbell por ese título cuando se encontraban a solas.

—Ábrelo y saca la cuarta copia extra que preparé —dijo Campbell.

Tanner hizo lo que se le pedía y se la entregó. La hoja de papel mostraba el encabezamiento de «Supremo comandante aliado del Mando del Sureste asiático». Mao lo había firmado, no sólo en inglés, sino en chino, junto con la firma de lord Mountbatten.

—Ahí tienes, Jack —dijo Campbell mientras doblaba la hoja—. Esto es un documento histórico. Si Mao gana, Hong Kong seguirá siendo británica hasta el primero de julio del año dos mil noventa y siete.

—¿Cree usted que eso sucederá, *laird*?

—Quién sabe. Antes tenemos que ganar esta guerra. Pásame la biblia, ¿quieres?

Tanner se acercó al cajón donde el mayor guardaba sus artículos de aseo. La biblia tenía unos quince centímetros por diez, con una tapa de plata estampada en la que una cruz céltica resaltaba claramente. Era muy antigua. Un Campbell la había llevado a la guerra desde hacía muchos siglos. Había sido encontrada en el bolsillo de un antepasado del mayor que había muerto luchando por el príncipe Charlie, en Culloden. Fue recuperada del cuerpo de su tío, muerto en 1916 en el Somme. Ahora, Campbell la llevaba consigo a todas partes.

Tanner la abrió. El interior de la tapa también era de plata. Tanteó cuidadosamente el borde con la uña; un resorte saltó y dejó al descubierto un pequeño compartimiento oculto. Campbell plegó la hoja de papel hasta obtener el tamaño apropiado, lo encajó en el hueco y luego lo cerró.

—Máximo secreto, Jack. Sólo tú y yo sabemos que está ahí. Quiero tu juramento de *highlander* de que guardarás el secreto.

—Lo tiene, *laird*. ¿Debo guardar la biblia en la bolsa?

—No, la llevaré en mi bolsillo de mapas.

Alguien llamó a la puerta. Tanner se volvió y abrió. El teniente de vuelo Caine entró en la estancia. Llevaba consigo unas pesadas chaquetas de vuelo y dos pares de botas de piel de oveja.

—Necesitarán esto, señor. Probablemente, tendremos que volar a unos veinte mil pies sobre una parte de la «Joroba». Hace un frío infernal allá arriba.

El joven parecía muy cansado, con semicírculos oscuros bajo los ojos.

—Siento mucho todo esto —dijo Campbell—. Sé que acaba usted de llegar.

—No se preocupe, señor. Llevo conmigo al oficial copiloto Giffard. Nos podemos turnar en los mandos. También tenemos un navegante y un radiotelegrafista. Nos las arreglaremos. —Le dirigió una sonrisa—. Difícilmente se le puede decir que no a lord Mountbatten. Por lo que veo, en este vuelo iremos directamente a Delhi.

—En efecto. Desde allí continuaré a Londres.

—Ah, cuánto me gustaría poder hacer esa parte del trayecto. —Caine abrió la puerta y observó la lluvia—. Parece que no para nunca, ¿verdad? Qué condenado país. Le veré en el avión, señor.

—Muy bien, Jack —dijo Campbell poco después—. Pongámonos en marcha.

Se pusieron las botas de vuelo y las pesadas chaquetas de piel de oveja. Cuando estuvieron preparados, Tanner tomó la bolsa del mayor y la suya.

—En marcha, Jack.

Tanner salió. Campbell echó un vistazo por la habitación, extendió una mano, tomó la gorra y se la puso. Luego, recogió la biblia, se la guardó en el bolsillo de mapas de la chaqueta de vuelo

y cerró la cremallera. Resultaba extraño, pero se sintió algo más que simplemente cansado. Era como si hubiese llegado al final de algo. Como si su sangre de *highlander* volviera a hablarle. Se encogió de hombros para alejar de sí el presentimiento, se volvió y salió a la lluvia, siguiendo a Tanner hasta el Dakota.

Desde Chungking hasta Kunming había setecientos veinte kilómetros. Aprovecharon la oportunidad para repostar y luego continuaron, para realizar la parte más peligrosa del viaje, los ochocientos ochenta kilómetros sobrevolando la «Joroba», hasta los aeródromos de Assam.

Las condiciones eran espantosas, con lluvias fuertes y tormentas, y con la clase de turbulencias que amenazaban con partir en dos el avión. Varios cientos de tripulantes habían muerto en esta ruta durante los dos últimos años. Campbell lo sabía muy bien. Probablemente, eran las misiones de vuelo más peligrosas de la RAF o la USAF. Por un momento, se preguntó qué convencería a los hombres a presentarse voluntarios para un trabajo de esa clase, y mientras pensaba en ello se las arregló para dormitar un poco. Sólo se despertó cuando aterrizaron en Assam para repostar.

La continuación del viaje hasta Delhi representó otros mil setecientos sesenta kilómetros, aunque en condiciones completamente diferentes. Cielos azules, un calor considerable y nada que pudiera considerarse como viento. El Dakota voló a diez mil pies de altura y Caine, que dejó los mandos en manos de Giffard, trató de dormir un par de horas.

Campbell volvió a quedarse medio dormido y se despertó para encontrar al radiotelegrafista que sacudía a Caine por los hombros.

—Delhi está a quince minutos, Skipper.

Caine se levantó y bostezó. Le dirigió una sonrisa burlona a Campbell.

—Ha sido un buen pastel como trayecto, ¿verdad?

En el instante de volverse, se produjo una explosión. Fragmentos de metal volaron del motor de babor, donde apareció una espesa columna de humo negro. Cuando la hélice dejó de girar, el Dakota se ladeó y capotó abruptamente, lo que hizo perder el equilibrio a Caine.

Campbell se vio arrojado contra el mamparo que tenía detrás, con tal fuerza que estuvo a punto de perder el sentido. El resultado

fue que no pudo comprender lo que ocurría. Se produjo una especie de pesadilla, como si el mundo se desmoronara a su alrededor. Luego, se oyó el impacto del choque, el fuerte olor a quemado y alguien que gritaba.

Fue consciente de hallarse en el agua, y se las arregló para enfocar la mirada. Después, se vio arrastrado por un campo embarrado por un Tanner que tenía los ojos muy abiertos y sangre en el rostro. El cabo lo arrastró hasta un dique, luego se volvió y se alejó rápidamente, con el agua hasta las rodillas, en dirección al Dakota, que ahora ardía furiosamente. Cuando estaba a mitad de camino, el aparato voló por los aires con una tremenda explosión.

Los restos cayeron por todas partes y Tanner se volvió y regresó con aspecto fatigado. Cuando arrastraba al mayor hasta la parte más alta del dique encontró una pitillera. La mano le temblaba mientras encendía un cigarrillo.

—¿Nos hemos estrellado? —consiguió preguntar Campbell con un gruñido.

—Así parece, *laird*.

—Santo Dios. —Campbell movió las manos sobre el pecho—. La biblia —susurró.

—No se preocupe, *laird*. Yo mismo la mantendré a salvo.

Tanner la extrajo del bolsillo de mapas y luego todos los sonidos se desvanecieron para Campbell, desapareció todo el color y no quedó más que una inmóvil oscuridad.

En Chungking, lord Mountbatten y Stillwell examinaban sobre un mapa el implacable avance de los japoneses, que ya habían rebasado la mayoría de los aeródromos aliados en la China oriental.

—Creía que estábamos ganando la guerra —dijo Stillwell.

—Eso creía yo también —replicó Mountbatten con una sonrisa forzada.

Por detrás de él se abrió la puerta y entró un ayudante que saludó un tanto a la ligera.

—Siento molestarle, señor, pero acaba de llegar esto de Delhi, y está marcado como urgente.

Mountbatten leyó el parte y luego lanzó un juramento por lo bajo.

—Está bien, puede retirarse.

El ayudante se marchó.

—¿Malas noticias? —preguntó Stillwell.

—El Dakota en el que viajaba Campbell perdió un motor y se estrelló justo en las afueras de Delhi. Se incendió y explotó tras el choque. Parece ser que los documentos y mis despachos volaron con el aparato.

—¿Ha muerto Campbell?

—No, ese cabo suyo se las arregló para sacarlo del avión. Todos los tripulantes resultaron muertos. Parece ser que Campbell ha sufrido una grave herida en la cabeza. Está en coma.

—Confiemos en que logre salir de ahí —dijo Stillwell—. En cualquier caso, es un revés para ti, puesto que el Convenio de Chungking ha desaparecido envuelto en llamas. ¿Qué harás ahora? ¿Intentar que Mao lo firme de nuevo?

—Dudo mucho que vuelva a encontrar la oportunidad de tenerlo tan cerca. Siempre fue una situación en la que cualquier cosa que se consiguiera era mejor que nada. En realidad, no esperaba obtener gran cosa. De todos modos, y por mi experiencia, los chinos raras veces muerden dos veces el mismo anzuelo.

—Estoy de acuerdo —asintió Stillwell—. En cualquier caso, lo más probable es que ese viejo bastardo ya se lamente de haber puesto su firma en ese documento. Pero ¿qué sucederá con sus suministros?

—Oh, nos ocuparemos de que los reciba porque deseo que participe activamente a nuestro lado en contra de los japoneses. El asunto de Hong Kong nunca me lo tomé muy en serio, Joe. Simplemente, pensé que era mejor sacar algo del trato, si es que podíamos, y lo de Hong Kong fue todo lo que se nos ocurrió al primer ministro y a mí. Eso, sin embargo, ya no importa. Ahora tenemos asuntos más importantes que considerar. —Regresó junto al mapa de la pared—. Indícame exactamente dónde están esas unidades japonesas de vanguardia.

1993
LONDRES

1

Norah Bell bajó del taxi cerca de la escalinata de St. James que daba a la Wapping High Street. Pagó al taxista y se alejó. Era una joven de baja estatura, cabello oscuro y aspecto hippy, con una chaqueta de cuero, una ajustada minifalda negra y botas de tacón alto hasta los tobillos. Caminaba bien, con una especie de balanceo que transmitía a todo el cuerpo. El taxista la observó abrir el paraguas para protegerse de la fuerte lluvia, suspiró profundamente y se alejó.

Ella se detuvo en la primera esquina y compró un ejemplar del *Evening Standard*. La primera página sólo se ocupaba de una cosa, la llegada del presidente de Estados Unidos a Londres, ese mismo día, para reunirse con los primeros ministros británico e israelí y discutir el desarrollo de la situación en Palestina. Dobló el periódico, se lo puso bajo el brazo izquierdo y dobló la esquina hacia la siguiente calle, por la que bajó hacia el Támesis.

El joven que estaba de pie bajo el dintel de una puerta, justo enfrente, tendría quizás unos dieciocho años y llevaba botas de cordones, vaqueros y una vieja chaqueta de aviador. Con el anillo en la aleta izquierda de la nariz y la esvástica tatuada en la frente, constituía el ejemplo típico de una cierta clase de animal de banda que recorría las calles en busca de una presa. Ella le pareció una presa fácil y la siguió con rapidez, echando a correr sólo en el último momento para sujetarla desde atrás, al tiempo que le pasaba una mano sobre la boca. Ella ni siquiera forcejeó, y se quedó completamente quieta, lo que debería haber sido una señal de advertencia para el joven, pero para entonces éste ya estaba fuera de sí, sobrecargado por la clase de excitación sexual equivocada.

—Sólo tienes que hacer lo que te diga y no te haré daño.

La empujó hacia el porche de un almacén en desuso, apretándose contra ella.

—No hay necesidad de ser rudo —dijo ella.

Ante su extrañeza, la muchacha le besó y la lengua culebreó en el interior de su lengua. Apenas si podía creer en su buena suerte mientras la joven, que todavía sostenía el paraguas, descendió la otra mano entre ellos y la frotó contra su dureza.

—¡Jesús! —gimió él y volvió a besarla, consciente de que la mano de la joven parecía levantarse la falda.

Ella encontró lo que buscaba, la navaja de resorte oculta en lo alto de la media derecha. La sacó, la hoja se soltó y le abrió el lado izquierdo de la cara, con un tajo que le recorrió desde la esquina de un ojo hasta la barbilla.

El joven lanzó un grito y retrocedió.

—¿Quieres más? —preguntó ella con serenidad, al tiempo que le colocaba la navaja debajo de la barbilla.

El joven, con más miedo del que hubiera sentido en su vida, se apresuró a contestar:

—¡No, por el amor de Dios, no!

Ella limpió la hoja en la chaqueta de *él*.

—Entonces, lárgate.

Salió a la lluvia. Luego, se volvió con un pañuelo apretado sobre la herida abierta en su rostro.

—¡Zorra! Me las pagarás.

—Nada de eso —replicó ella con un inconfundible acento irlandés del Ulster—. Encontrarás el servicio de urgencias más cercano y con la mayor rapidez que puedas, te pondrán unos puntos y asumirás todo lo ocurrido como una experiencia más.

Le observó mientras se alejaba, cerró la navaja, se la deslizó de nuevo en el interior de la parte superior de la media y luego se volvió y continuó su camino de descenso hacia el Támesis. Avanzó a lo largo de la orilla y finalmente se detuvo junto a un viejo almacén.

En la entrada principal había una puerta más pequeña, la abrió y entró. El lugar estaba cubierto de sombras, pero en el extremo más alejado había un despacho encristalado con una luz encendida. Se llegaba a él por un tramo de escalones de madera. Al avanzar hacia allí, un hombre joven, de piel morena, surgió de entre las sombras,

empuñando una Browning Hi-Power.

—¿Y quién eres tú? —preguntó ella.

La puerta del despacho se abrió y ante ella apareció un hombre bajo de estatura, con el cabello oscuro en desorden y un viejo chaquetón.

—¿Eres tú, Norah? —preguntó.

—¿Quién más podría ser? —replicó ella, enojada—. ¿Quién es tu amigo?

—Ali Halabi. Es Norah Bell. Vamos, sube.

—Lo siento —se disculpó el árabe.

Ella lo desdeñó y subió la escalera en silencio, seguida por el joven, que observó con aprobación la forma en que la falda se cenia a sus caderas.

Al entrar en el despacho, el hombre del chaquetón le puso las manos sobre los hombros.

—Que Dios me ayude, pero estás tan buena como para comerle —dijo al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

—Ahórrate tanta labia. —Dejó el paraguas sobre la mesa, abrió el bolso y extrajo un paquete de cigarrillos—. Te comerías cualquier cosa que llevara faldas, Michael Ahern. Te conozco desde hace demasiado tiempo.

Se puso un cigarrillo entre los labios y el árabe se apresuró a sacar un mechero y encendérselo. Luego se volvió hacia Ahern y preguntó:

—¿Forma ella parte de tu organización?

—Bueno, yo no estoy con el jodido IRA —dijo ella—. Somos Prods, señor, si es que sabes lo que eso significa.

—Norah y yo estuvimos juntos en la Fuerza Voluntaria del Ulster, y luego en la Mano Roja del Ulster —dijo Ahern—. Hasta que tuvimos que trasladarnos.

Norah se echó a reír duramente.

—Di más bien hasta que nos echaron. Aquéllos no eran más que un puñado de viejas. Por lo visto, matábamos a demasiados católicos para su gusto.

—Ya entiendo —dijo Ali Halabi—. ¿Son los católicos vuestro objetivo, o los del IRA?

—Es lo mismo —dijo ella—. Yo soy de Belfast, señor Halabi. Mi padre era sargento del ejército y murió en la guerra de las Malvinas.

Mi madre, mi hermana menor, mi viejo abuelo, toda la familia que tenía en el mundo, resultaron muertos en un atentado con bomba realizado por el IRA en el ochenta y seis. Podría decirse que desde entonces no he hecho sino vengarme.

—Pero estamos abiertos a cualquier oferta —intervino Ahern con amabilidad—. Cualquier organización revolucionaria necesita dinero.

Abajo, la puerta se cerró con estruendo. Ali extrajo el arma del bolsillo y Ahern se acercó a la puerta.

—¿Eres tú, Billy?

—El de siempre.

—¿Es ese Billy Quigley? —preguntó Norah.

—¿Quién otro podría ser? —Ahern se volvió hacia Ali—. Otro expulsado de la Mano Roja. Billy y yo pasamos algún tiempo juntos en la prisión de Maze.

Quigley era un hombre bajo de estatura, nervudo, y llevaba un viejo impermeable. Tenía el cabello rubio desvaído y un rostro de expresión agobiada, de aspecto mucho más viejo que su edad.

—¡Jesús! ¿Eres tú, Norah?

—Hola, Billy.

—¿Recibiste mi mensaje? —preguntó Ahern.

—Sí, la mayoría de las noches me dejo caer por William of Orange, en Kilburn.

—Kilburn es lo que podría considerarse como el barrio irlandés de Londres —le explicó Ahern a Ali—. Hay muchos y buenos pubs irlandeses, tanto católicos como protestantes. Y, a propósito, te presento a Ali Halabi, de Irán.

—Bien, ¿a qué viene todo esto? —preguntó Quigley.

—Es por esto —dijo Ahern, que sostuvo en alto el *Evening Standard*, con el titular sobre el presidente estadounidense—. Ali representa a un grupo de integristas iraníes llamados el Ejército de Dios. Digamos que lamentan profundamente el acuerdo de Arafat con Israel acerca del nuevo estatus de Palestina. Todavía les pareció peor que el presidente de Estados Unidos presidiera aquella reunión en la Casa Blanca y diera su bendición al acuerdo.

—¿Y qué? —preguntó Quigley.

—Quieren que lo haga volar por los aires, para ellos, mientras está en Londres, puesto que tengo una cierta fama en ese aspecto.

—Por cinco millones de libras —dijo Ali Halabi—. No se olvide de eso.

—La mitad de lo acordado ya se encuentra en un depósito en Ginebra —dijo Ahern con una sonrisa—. Dios santo, Billy, ¿no te parece que podríamos darle una buena paliza al IRA si gastáramos un millón de libras en armas?

El rostro de Quigley se puso pálido.

—¿El presidente de Estados Unidos? No te atreverías, ni siquiera tú.

Norah se echó a reír con aquella risa dura tan característica.

—Oh, sí, claro que se atrevería.

—¿Estás conmigo, muchacha? —preguntó Ahern volviéndose hacia ella.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—¿Y tú, Billy? —Quigley se humedeció los labios y vaciló. Ahern le puso una mano sobre el hombro—. ¿Estás dentro o fuera, Billy?

—¿Por qué no? —preguntó Quigley con una sonrisa repentina—. Un hombre sólo puede morir una vez. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Venid abajo y os lo enseñaré.

Ahern bajó el primero la escalera y encendió la luz al llegar abajo. Había un vehículo aparcado en un rincón, cubierto por una sábana polvorienta que apartó para dejar al descubierto una camioneta de la British Telecom.

—¿De dónde diablos has sacado eso? —preguntó Quigley.

—Alguien me la consiguió hace meses. Iba a dejarla frente a uno de esos pubs católicos de Kilburn, cargada con doscientos cincuenta kilos de Semtex para volar a algunos de esos bastardos del Sinn Fein, pero finalmente decidí quedármela hasta que surgiera algo realmente importante. —Sonrió alegremente y añadió—: Y ahora ha surgido.

—Pero ¿cómo pretende ocultarla? —preguntó Ali.

—Hay cientos de vehículos como éste repartidos por todo Londres. Pueden aparcar en cualquier parte sin ser interferidos, porque generalmente se dejan cerca de una tapa de cloaca, mientras los mecánicos hacen lo que tienen que hacer.

—¿De veras? —preguntó Quigley.

—No me preguntes cómo, pero a través de mis fuentes he tenido

acceso al programa del presidente. Mañana saldrá de la embajada estadounidense en Grosvenor Square a las diez de la mañana para acudir al número diez de Downing Street. Seguirán la ruta de Park Lane y girarán por Constitution Hill, junto a Green Park.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Norah.

—Siempre lo hacen así, cariño, créeme. —Se volvió hacia Quigley y Ali—. Vosotros dos, vestidos con monos de Telecom, que están dentro de la camioneta, aparcaréis a mitad de camino en Constitution Hill. Allí hay un haya enorme. No puede pasaros desapercibida. Como digo, aparcaréis, levantaréis la lona para cubrir la tapa de cloaca, pondréis las señales de tráfico y todo eso. Estaréis allí a las nueve y media. A las nueve cuarenta y cinco os alejáis por Green Park hasta Piccadilly. Allí hay irnos servicios de caballeros, donde os quitaréis los monos.

—¿Y luego qué? —preguntó Ali.

—Yo estaré en un coche, con Norah, a la espera del momento adecuado. Cuando la comitiva del presidente llegue junto a la camioneta de Telecom, la haré detonar por control remoto. —Sonrió—. Funcionará, os lo prometo. Probablemente, mataremos a todos los que formen parte de la comitiva.

Se produjo un tenso silencio. Una especie de expresión de respeto apareció en el rostro de Quigley. Norah parecía animada, aunque estaba pálida.

—Bastardo —dijo la joven.

—¿Crees que funcionará?

—Oh, sí, claro que sí. —Se volvió hacia Ali—. ¿Y tú? ¿Estás dispuesto a participar?

—Será un honor, señor Ahern.

—¿Y tú, Billy? —preguntó volviéndose hacia él.

—Cantarán por nosotros durante muchos años —contestó Quigley.

—Eres un buen hombre, Billy. —Ahern miró su reloj—. Son las siete. Me vendría bien comer algo. ¿Qué te parece, Norah?

—Estupendo —asintió ella.

—Bien. Me llevaré ahora la camioneta de Telecom. Ya no regresaré a este lugar. Os recogeré en el Malí a las nueve de la mañana. Llegaréis por separado y esperaréis en las puertas de entrada al parque desde Marlborough Road. Norah irá detrás de mí,

en un coche. Entonces, vosotros dos os haréis cargo de la furgoneta y nosotros os seguiremos. ¿Alguna pregunta?

—Casi no puedo esperar —dijo Ali Halabi, que estaba increíblemente entusiasmado.

—Bien. Vosotros dos ya podéis iros. Hacerlo por separado. —Una vez que el árabe se hubo marchado, Ahern se volvió hacia Quigley y le extendió la mano—. Esta vez es algo grande, ¿eh, Billy?

—Lo más grande de todo, Michael.

—Correcto. Norah y yo nos marcharemos ahora. Ven y ábrenos la puerta. Dejaré que apagues las luces y nos sigas.

Norah bajó al asiento del pasajero de la camioneta, pero Ahern sacudió la cabeza.

—No, pasa a la parte de atrás, fuera de la vista, y acércame una de esas chaquetas de color naranja. Tenemos que ofrecer un aspecto correcto. Si te viera un policía podría sentir curiosidad.

En la espalda de la chaqueta decía: «British Telecom».

—Nunca nos descubrirán —le dijo ella.

Ahern se echó a reír y saludó con la mano al conducir el vehículo y salir a la calle. Quigley cerró la puerta tras ellos. Recorrió sólo unos pocos metros, luego hizo girar la camioneta para meterla en un descampado y apagó el motor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Norah.

—Ya lo verás. Sígueme y mantén la boca cerrada.

Ahern abrió sin hacer ruido la puerta pequeña del almacén y entró. Quigley estaba en el despacho; oyeron su voz y cuando llegaron al pie de la escalera pudieron oír incluso lo que decía.

—Sí, con el brigadier Ferguson. Es muy urgente. —Hubo una pausa—. Entonces pásemelo, estúpida sabandija. Esto es una cuestión de vida o muerte.

Ahern se sacó una Walther del bolsillo y enroscó un silenciador al mismo tiempo que subía la escalera, seguido por Norah. La puerta estaba abierta y Quigley se hallaba sentado en el borde de la mesa.

—¿Brigadier Ferguson? —dijo de repente—. Soy Billy Quigley. Me dijo que sólo le llamara cuando fuera algo grande. Pues bien, esto no podría ser más grande. Michael Ahern y esa zorra de Norah Bell, junto con un iraní llamado Ali Halabi intentarán mañana volar

por los aires al presidente de Estados Unidos. —Hubo una pausa—. Sí, se supone que yo estoy en ello. Bueno, así es como harán las cosas…

—Ah, Billy, muchacho —dijo Ahern—, esto es realmente sucio por tu parte.

Y cuando Quigley se volvió le metió una bala entre los ojos.

Quigley cayó hacia atrás, sobre la mesa, y Ahern tomó el teléfono.

—¿Está ahí, brigadier? Aquí Michael Ahern. Necesitará un hombre nuevo. —Colgó el teléfono, apagó la luz del despacho y se volvió hacia Norah—. Ahora ya podemos marcharnos, mi amor.

—¿Sabías que era un informador? —preguntó ella.

—Oh, sí. Creo que ésa fue la razón por la que lo dejaron salir tan pronto de la prisión de Maze. Se jugaba la vida, ¿recuerdas? Tuvieron que haberle ofrecido un trato.

—El sucio bastardo. Y ahora lo ha echado todo a perder.

—En modo alguno —dijo Ahern—. Todo está saliendo exactamente tal como lo había planeado. —Tras salir del almacén y regresar a la camioneta, abrió la portezuela y le tendió la mano para ayudarla a subir—. Ahora iremos a comer un poco y luego te diré qué haremos realmente con el presidente.

En 1972, consciente del creciente problema del terrorismo, el primer ministro británico de la época ordenó la creación de una pequeña unidad de inteligencia de élite que llegó a ser conocida amargamente en los círculos de la inteligencia como el ejército privado del primer ministro, ya que sólo a él le debía lealtad.

El brigadier Charles Ferguson[1] había dirigido la unidad desde su creación, había servido a varios primeros ministros, pero no se le conocía ninguna clase de lealtad política. Tenía la oficina en el tercer piso del Ministerio de Defensa, frente a la avenida Horse Guards. Había trabajado hasta última hora cuando le pasaron la llamada de Quigley. Era un hombre de aspecto un tanto desaliñado, con una corbata de los Guards y un traje de *tweed*, y ahora estaba de pie, frente a la ventana, cuando alguien llamó a la puerta.

La mujer que entró tenía algo menos de treinta años de edad y llevaba un traje-pantalón de color canela, de corte excelente, y unas gafas con montura de concha negra que contrastaba con su cabello rojizo corto. Podría haber sido la secretaria de un alto ejecutivo,

pero era en realidad una inspectora jefe de policía de la Rama Especial de Scotland Yard, que Ferguson había tomado prestada, como su ayudante, tras la muerte de su predecesor en el cumplimiento de su deber. Se llamaba Hannah Bernstein.

—¿Era algo importante, brigadier?

—Podría decirse así. Mientras trabajó en antiterrorismo en Scotland Yard, ¿se cruzó alguna vez con un tal Michael Ahern?

—Un terrorista irlandés, de la variedad de los protestantes de Orange. ¿No fue un Mano Roja del Ulster?

—¿Y Norah Bell?

—Oh, sí —asintió Hannah—. Una mujer nada prometedora.

—Tenía a un informador bien situado y a cubierto, Billy Quigley. Acaba de llamarme para decir que Ahern ha planeado volar mañana al presidente de Estados Unidos. Había reclutado a Quigley. La Bell también está implicada, así como un iraní llamado Ali Halabi.

—Discúlpeme, señor, pero resulta que sé quién es Halabi. Pertenece al Ejército de Dios, un grupo integrista radical opuesto al acuerdo palestino-israelí.

—¿De veras? —preguntó Ferguson—. Eso es interesante. Pero todavía lo es más el hecho de que Quigley fuera asesinado mientras me informaba. Ahern tuvo las agallas para tomar el teléfono y hablar conmigo. Me dijo que había sido él, y que necesitaría a un hombre nuevo.

—Un frío bastardo, señor.

—Oh, sí que lo es, desde luego. En cualquier caso, notifíqueselo a todo el mundo. A la unidad antiterrorista de Scotland Yard, al MI5 y al servicio de seguridad de la embajada de Estados Unidos. Evidentemente, los hombres del servicio secreto que protegen al presidente tendrán mucho interés en saberlo.

—Muy bien, señor.

Se volvió hacia la puerta y Ferguson añadió:

—Una cosa más. Necesito a Dillon en esto.

—¿A Dillon, señor? —preguntó ella tras volverse de nuevo.

—Sean Dillon. No finja que no sabe a quién me refiero.

—El único Sean Dillon que conozco fue uno de los pistoleros más temido con los que contó el IRA, y si tengo razón, intentó volar al primer ministro y al gabinete de guerra en febrero del noventa y

uno, durante la guerra del Golfo[2].

—Y estuvo a punto de tener éxito —asintió Ferguson—, pero por el momento trabaja para este departamento, inspectora jefe, así que acostúmbrese a ello. Hace poco que ha terminado una misión muy difícil en cumplimiento de las órdenes directas del primer ministro, lo que ha supuesto ahorrar numerosos problemas a la familia real. Necesito a Dillon, así que encuéntrelo. Y ahora, en marcha.

Ahern tenía un estudio en lo que había sido un almacén, situado junto al canal, en Camden. Aparcó la camioneta de Telecom en el garaje y luego hizo subir a Norah a lo que había sido el viejo montacargas. El estudio estaba sencillamente amueblado, con el suelo de madera lijado y barnizado, una alfombra aquí y allá, y dos o tres grandes sofás. Las pinturas que colgaban de la pared eran muy modernas.

—Agradable —dijo ella—, pero no parece que sea tu estilo.

—No lo es. El arrendamiento es sólo de seis meses.

Abrió el armario donde guardaba las bebidas, encontró una botella de whisky irlandés Jameson y sirvió dos copas. Le ofreció una a ella, abrió después una puerta corredera de cristal y salió a una pequeña plataforma desde la que se dominaba el canal.

—¿Qué está ocurriendo, Michael? —preguntó Norah—. Supongo que ahora no tenemos muchas posibilidades de volar al presidente en Constitution Hill.

—Ni siquiera por un momento se me ocurrió que pudiera hacerlo. Deberías recordar, Norah, que jamás dejo que mi mano izquierda sepa lo que hace la derecha.

—Explícate.

—Debido a la llamada de Quigley, mañana estarán todos sobre ascuas, vaya a donde vaya el presidente. Y ahora, sigue mi razonamiento. Si se produce una explosión abortada en la supuesta ruta que seguirá el presidente para llegar al diez de Downing Street, todo el mundo emitirá un suspiro de alivio, sobre todo si encuentran allí lo que haya quedado de Halabi.

—Continúa.

—No esperarán que haya otro intento el mismo día, aunque sea en un contexto completamente diferente.

—Dios mío, lo has planeado todo. Has utilizado a Quigley.

—Pobre tipo. —Ahern pasó junto a ella y se sirvió más whisky

—. Una vez que tengan la explosión que esperan, creerán que se trataba de eso, pero no lo será. Mira, mañana, a las seis y media de la tarde, el presidente de Estados Unidos, el primer ministro y un grupo selecto de invitados subirán a bordo del barco fluvial *Jersey Lily*, en el muelle Cadogan, en Chelsea Embankment, para pasar una velada de frivolidad y cócteles mientras realizan un crucero por el Támesis. Pasarán ante el Parlamento y concluirán el trayecto en el muelle de Westminster. El servicio estará a cargo de Orsini and Co, empresa en la que, como sabes, estoy empleado como camarero. —Abrió un cajón y sacó dos tarjetas de seguridad—. Mi nombre es Harry Smith, agradable e inocuo. Observarás el bigote postizo y las gafas con montura de concha. Más tarde me las pondré.

—Mary Hunt —dijo Norah—. Eso no me suena muy bien. ¿De dónde has sacado mi foto?

—Una vieja que tenía. Hice que un fotógrafo amigo la retocara y te añadiera gafas. Si el tiempo lo permite, tienen la intención de celebrar un cóctel en la cubierta de proa.

—¿Y las armas? ¿Cómo las pasaremos a través de los controles de seguridad?

—Ya me he ocupado de eso. Un asociado mío trabajó hasta ayer como miembro de la tripulación. Ha dejado dos Walther con silenciador envueltas en película adhesiva en el fondo de arena de un cubo contraincendios, en uno de los aseos de caballeros, y eso lo hizo después de que los de seguridad hicieran sus comprobaciones.

—Muy inteligente.

—No soy ningún kamikaze, Norah. Tengo la intención de sobrevivir a esto. Dispararemos desde la cubierta superior. Con los silenciadores, caerá al suelo como si hubiera sufrido un ataque al corazón.

—¿Y qué nos sucederá a nosotros?

—El barco dispone de una embarcación auxiliar hinchable, en la popa. Mi asociado lo comprobó. Tiene un motor fuera borda. En la confusión que se producirá, nos dejaremos caer y nos dirigiremos hacia la otra orilla del río.

—Siempre y cuando la confusión sea lo bastante confusa.

—Nada es perfecto en esta vida. ¿Estás conmigo?

—Oh, sí —asintió ella—. Hasta el final, Michael. Ocurra lo que ocurra.

—Buena chica. —La rodeó con un brazo y la apretó contra sí—. Y ahora, ¿podemos salir a comer algo? Me muero de hambre.

2

—Un hombre extraño, este Sean Dillon —dijo Ferguson.

—Yo diría que es un juicio bastante moderado —le dijo Hannah Bernstein.

Estaban sentados en la parte de atrás del Daimler de Ferguson, que se abría paso entre el tráfico del West End.

—Nació en Belfast, pero su madre murió de parto. Su padre vino a trabajar a Londres, así que el muchacho fue a la escuela aquí. Tiene un talento increíble para el teatro. Estudió un año en la Real Academia de Arte Dramático, y obtuvo un par de papeles en el Teatro Nacional. También tiene una gran facilidad para los idiomas, desde el irlandés al ruso.

—Eso es muy impresionante, señor, pero a pesar de todo terminó convertido en un pistolero para los provisionales del IRA.

—Sí, bueno, eso fue a causa de su padre quien, durante un viaje de visita a Belfast, se vio atrapado entre un fuego cruzado y fue muerto por una patrulla del ejército británico. Dillon hizo el juramento, asistió a un curso rápido sobre armamento en Libia, y jamás miró hacia atrás.

—¿Y cómo es que pasó del IRA a la escena internacional?

—Por desencanto con la gloriosa causa. Dillon es un hombre meticulosamente despiadado cuando tiene que serlo. Ha matado muchas veces a lo largo de su carrera, pero ¿colocar al azar bombas que matan a mujeres y niños? Digamos que no es ése su estilo.

—¿Intenta decirme que posee alguna noción de lo que es la moralidad?

Ferguson se echó a reír.

—Bueno, está claro que nunca tuvo favoritos. Trabajó para la OLP, pero también fue un buceador especialista para los israelíes.

—Por dinero, claro.

—Naturalmente. A nuestro querido Sean le gustan las cosas buenas de la vida. El intento de volar Downing Street lo hizo por dinero. El que estaba detrás de eso era Saddam Hussein. Y, sin embargo, dieciocho meses más tarde lo encontramos pilotando un avión ligero cargado con suministros médicos para los niños de Bosnia, completamente gratis.

—¿Qué ocurrió? ¿Acaso Dios le habló desde lo alto o algo así?

—¿Importa eso algo? Los serbios lo atraparon y sus perspectivas no eran precisamente prometedoras, por decirlo con suavidad. Hice un trato con ellos que le salvó del pelotón de ejecución. A cambio, empezó a trabajar para mí, con la pizarra completamente limpia.

—Discúlpeme señor, pero ésa es una pizarra que nunca podrá quedar limpia.

—Mi querida inspectora jefe, en esta clase de trabajo hay muchas ocasiones en que resulta muy útil disponer de un ladrón para atrapar a otro. Si va a seguir trabajando para mí, tendrá que acostumbrarse a esa idea. —Miró a uno y otro lado de Grafton Street al llegar a la esquina—. ¿Está segura de que lo encontraremos aquí?

—Eso es lo que me han dicho, señor. Es su restaurante favorito.

—Excelente —dijo Ferguson—. A mí también me vendrá bien comer un poco.

Sean Dillon estaba sentado en el bar del piso superior del restaurante irlandés de Mulligan, entregado a dar buena cuenta de una docena de ostras, acompañadas por media botella de champaña Krug para facilitar las cosas, mientras leía el periódico vespertino. Era un hombre bajo de estatura, de no más de uno sesenta y cinco de altura, con el cabello tan rubio que era casi blanco. Llevaba pantalones de pana de color oscuro, una vieja chaqueta de vuelo de cuero negro y una bufanda blanca alrededor del cuello. Los ojos eran su característica más extraña, como agua sobre una piedra, claros e incoloros; y en la comisura de la boca aparecía un sesgo permanente, ligeramente irónico. Ofrecía el aspecto de un hombre que ya no se tomaba la vida demasiado en serio.

—De modo que está aquí —dijo Charles Ferguson. Dillon levantó la mirada y emitió un gemido bajo—. No hay lugar donde esconderse esta noche. Tomaré una docena de lo mismo y una

buena jarra de Guinness.

Una camarera joven que estaba de pie, cerca de ellos, lo oyó. Dillon le dijo en irlandés:

—Un exquisito lord inglés, muchacha, pero su madre, que Dios la tenga en su gloria, era irlandesa, así que le puedes servir lo que ha pedido.

La joven le dirigió una mirada de verdadera devoción y se alejó. Ferguson se sentó y Dillon miró a Hannah Bernstein.

—¿Y quién puede ser usted, muchacha?

—Te presento a la inspectora jefe Hannah Bernstein, de la Rama especial, mi nueva ayudante, y no quiero que la corrompas. Bien, ¿dónde está mi Guinness?

Fue entonces cuando la inspectora jefe sufrió la primera conmoción, pues Dillon se levantó, le sonrió, y aquella sonrisa no se pareció en nada a lo que hubiera visto en toda su vida. Fue cálida e inmensamente encantadora, lo que hizo que él cambiara por completo su personalidad en un instante. Había llegado allí dispuesta a sentir aversión por ese hombre, pero ahora…

—¿Qué puede hacer una agradable joven judía como usted en tan mala compañía? —preguntó él tomándola de la mano—. ¿Quiere tomar una copa de champaña?

—No, gracias, estoy de servicio.

Se sintió ligeramente insegura y tomó asiento. Dillon se acercó a la barra, regresó con otra copa y le sirvió de la botella de Krug.

—Si uno se cansa del champaña es porque se ha cansado de la vida.

—Qué cargamento de zapateros remendones —dijo ella, aunque aceptó la copa.

Charles Ferguson lanzó una sonora carcajada.

—Lleva cuidado con ella, Dillon. El año pasado arrolló a un gorila que salía de un supermercado con una escopeta de cañones recortados. Desgraciadamente para el tipo, ella trabajaba esa semana en el retén de seguridad de la embajada de Estados Unidos, y llevaba una Smith and Wesson en su bolso.

—¿De modo que le convenció de que ésas no eran formas de ir por la vida? —preguntó Dillon.

—Algo parecido —asintió ella.

Aparecieron las ostras y la Guinness de Ferguson.

—Tenemos problemas, Dillon. Graves problemas. Dígaselo, inspectora jefe.

Una vez que ella le hubo informado con unas pocas frases cortas, Dillon sacó un cigarrillo de una pitillera de plata y lo encendió con un anticuado mechero modelo Zippo.

—¿Qué le parece? —preguntó ella.

—Bueno, lo único que sabemos con seguridad es que Billy Quigley está muerto.

—Pero consiguió hablar con el brigadier —dijo Hannah—, lo que seguramente significa que Ahern ha abortado el plan.

—¿Por qué debería hacer una cosa así? —preguntó Dillon—. No tienen nada, excepto su palabra de que pretende volar mañana al presidente, a cualquier hora. ¿Dónde? ¿Cuándo? No tiene usted ni la más ligera idea, y apuesto a que el programa del presidente será muy apretado.

—Ciertamente, lo es —admitió Ferguson—. Downing Street por la mañana, con los primeros ministros británico e israelí. Por la noche habrá un cóctel en un barco fluvial, y cantidad de cosas entre una y otra.

—Ninguna de las cuales estará dispuesto a cancelar, como me imagino.

—Temo que no —contestó Ferguson con una ligera sacudida de la cabeza—. Ya he recibido una llamada de Downing Street. El presidente se niega a cambiar nada.

—¿Conoce usted personalmente a Ahern? —preguntó Hannah Bernstein.

—Oh, sí —contestó Dillon—. Intentó matarme en un par de ocasiones, y luego nos encontramos cara a cara en Derry, durante las negociaciones para una tregua.

—¿Y a su chica?

—Sea lo que fuere esa Norah Bell, no puede decirse que sea su chica —negó Dillon con un gesto—. El sexo es algo que no lleva en su maleta. No era más que una obrera corriente, hasta que su familia fue borrada del mapa por una bomba del IRA. Ahora, mataría al papa si pudiera.

—¿Y Ahern?

—Es un tipo extraño. Para él, todo esto no es más que un juego. Es un manipulador muy brillante. Recuerdo uno de sus dichos

favoritos: no le gustaba que su mano izquierda supiera lo que hacía la derecha.

—¿Y qué se supone que significa eso? —quiso saber Ferguson.

—Que con Ahern las cosas nunca son lo que parecen.

Se produjo un breve silencio antes de que Ferguson volviera a hablar.

—Todo el mundo trabaja en este caso. Hemos conseguido que nos encontraran una foto no muy buena de nuestro hombre.

—Y otra de la chica, incluso de peor calidad —añadió Hannah Bernstein.

—¿Alguna idea de cómo encontrarle? —preguntó Ferguson tras tragarse una ostra.

—En realidad, sí —contestó Dillon—. Hay un pub protestante en Kilburn, el William of Orange. Podría darme una vuelta por allí y hacer un par de preguntas.

—¿A qué esperamos entonces? —Ferguson se tragó la última ostra y se levantó—. Vámonos.

El William of Orange, en Kilburn, ofrecía un sorprendente aspecto propio de Belfast, con el fresco del rey Guillermo, victorioso en la batalla de Boyne, sobre la pared blanca a un lado. Podría haber sido cualquier pub Orange en el Shankhill.

—Ustedes dos no encajarían exactamente en el bar —dijo Dillon, sentado en la parte trasera del Daimler—. Necesito hablar con un tipo llamado Paddy Driscoll.

—¿Qué es, uno de los voluntarios del Ulster? —preguntó Ferguson.

—Digamos que se dedica a recaudar fondos. Espérenme aquí. Entraré por atrás.

—Vaya con él, inspectora jefe —ordenó Ferguson.

—Está bien, brigadier —asintió Dillon con un suspiro—, pero aquí mando yo.

—Haga lo que le diga —ordenó Ferguson a Hannah.

Dillon bajó del coche y empezó a caminar por la acera.

—¿Va armada? —preguntó.

—Desde luego.

—Bien. Nunca se sabe lo que puede suceder en este viejo y malvado mundo.

Se detuvo ante la entrada posterior, que daba a una pequeña

explanada, se sacó una Walther de la cintura, cerca de la espalda, y un silenciador Carswell que enroscó en su posición. Luego se metió el arma en un bolsillo de la chaqueta de vuelo. Cruzaron la explanada empedrada, bajo la lluvia, y oyeron la música procedente del bar, en el que una banda legitimista tocaba estruendosamente *El fajín que llevó mi padre*. Desde la ventana de atrás observaron una cocina espaciosa, donde había un hombre pequeño, de cabello gris, sentado ante una mesa, enfrascado en hacer cuentas.

—Ése es Driscoll —susurró Dillon—. Entremos.

Driscoll, ante la mesa, observó que algunos de sus papeles aleteaban impulsados por una repentina corriente de aire, levantó la mirada y vio a Dillon que ya había entrado en la cocina, seguido por Hannah Bernstein.

—Que Dios bendiga a todos los presentes —dijo Dillon—, y que aún falte por llegar lo mejor de la noche, Paddy, viejo amigo.

—Santo Dios, Sean Dillon —exclamó Driscoll con una clara expresión de temor en su rostro.

—Además de toda una inspectora jefe. Esta noche te vamos a tratar bien.

—¿Qué queréis?

Hannah se apoyó contra la puerta y Dillon acercó una silla y se sentó al otro lado de la mesa, con el respaldo vuelto hacia Driscoll. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Michael Ahern. ¿Dónde podría estar actualmente?

—Jesús, Sean, hace años que no lo veo.

—¿Y Billy Quigley? Y no me digas que tampoco has visto a Quigley porque sé que viene por aquí con regularidad a tomarse unas copas.

Driscoll intentó mostrarse correoso.

—Claro, Billy viene por aquí, pero en cuanto a Ahern… —Se encogió de hombros—. Ése trae siempre malas noticias, Sean.

—Es posible, pero yo las traigo peores.

Con un movimiento rápido, Dillon se sacó la Walther del interior de la chaqueta de vuelo, apuntó y disparó. Se produjo un apagado ruido sordo al tiempo que se desintegraba la mitad inferior de la oreja izquierda de Driscoll, que lanzó un gemido y se llevó una mano a la oreja mientras la sangre barbotaba de la herida.

—¡Dillon, por el amor de Dios! —exclamó Hannah.

—No creo que Él tenga mucho que ver con esto —dijo Dillon, que levantó de nuevo la Walther—. Y ahora vamos a por la otra.

—No, espera —gimió Driscoll—. Te lo diré… Ahern llamó ayer por teléfono. Dejó un mensaje para Billy. Yo mismo se lo pasé, hacia las cinco de la tarde, cuando vino a tomar un trago.

—¿Qué decía?

—Tenía que encontrarse con él en un lugar de Wapping High Street, un almacén llamado Olivers. En Brick Wharf.

Driscoll buscó un pañuelo, sollozando por el dolor. Dillon guardó el arma en la chaqueta de vuelo y se levantó.

—¿Lo ves? —dijo—. No hemos tardado mucho.

—Es usted un bastardo, Dillon —le dijo Hannah Bernstein al tiempo que abría la puerta.

—Ah, eso ya me lo han dicho otras veces. —Dillon se encaminó hacia la puerta—. Una cosa más, Paddy. Michael Ahern ha matado a Billy Quigley a primeras horas de la noche. Lo sabemos con seguridad.

—¡Santo Dios! —exclamó Driscoll.

—En efecto. Yo, en tu lugar, me mantendría al margen —le aconsejó Dillon, antes de cerrar la puerta con suavidad.

—¿Quiere que solicite ayuda, señor? —preguntó Hannah Bernstein mientras el Daimler entraba en Brick Wharf, junto al Támesis.

Ferguson bajó la ventanilla y echó un vistazo.

—Creo que no debería importar, inspectora jefe. Si ha estado aquí, ya hace tiempo que se habrá marchado. Entremos a echar un vistazo.

Fue Dillon el primero en entrar. Con la Walther preparada en la mano izquierda, cruzó la pequeña puerta auxiliar, tanteó la pared con la mano derecha, encontró el interruptor e inundó el almacén de luz. Al pie de los escalones encontró el interruptor del despacho e inició la subida de la escalera. Billy Quigley estaba tumbado sobre la espalda, al otro lado de la mesa. Dillon se apartó a un lado y guardó la Walther en la chaqueta de vuelo, mientras Ferguson y Hannah Bernstein se acercaban.

—¿Es él, señor? —preguntó ella.

—Me temo que sí —contestó Ferguson con un suspiro—. Cuídese de esto, inspectora jefe.

Ella empezó a hacer una llamada con su teléfono portátil, mientras el brigadier se daba media vuelta y bajaba la escalera, seguido por Dillon. Salió a la calle y se quedó de pie junto a una barandilla que daba al Támesis. Dillon se situó a su lado y poco después llegó Hannah Bernstein.

—Bien, ¿qué te parece?

—No puedo creer que él no supiera que Billy era un informador —dijo Dillon.

—¿Lo que significa…? —preguntó Ferguson volviéndose hacia Hannah.

—Si Dillon tiene razón, señor, Ahern se dedica a desplegar ante nosotros alguna clase de juego.

—Pero ¿cuál? —exigió saber Ferguson.

—Hay momentos en que es mejor esperar, brigadier —dijo Dillon—. Y éste es uno de ellos. Si quiere saber lo que pienso del asunto, es muy sencillo. Estamos en manos de Ahern. Mañana, tarde o temprano, se producirá un movimiento. Basándome en eso, se me pueden ocurrir algunas cosas, pero no antes.

Dillon encendió un cigarrillo con su viejo Zippo, se volvió y regresó hacia el Daimler.

Fue justo antes de las nueve de la mañana siguiente cuando Ahern condujo la camioneta de Telecom a lo largo del Malí y se detuvo ante las puertas de entrada al parque, frente a Marlborough Road. Norah le siguió en un sedán Toyota. Ali Halabi estaba de pie ante las puertas, vestido con un anorak verde y irnos vaqueros. Se adelantó apresuradamente.

—Ni la menor señal de Quigley.

—Sube. —El árabe lo hizo así y Ahern le pasó uno de los monos de color naranja de Telecom—. Está enfermo. Sufre de asma crónica y la tensión le ha producido un ataque. —Se encogió de hombros—. Pero eso no importa. Lo único que tienes que hacer es conducir la camioneta. Norah y yo te indicaremos el camino hasta tu posición. Sólo tienes que salir, instalar la tienda de lona sobre la tapa de cloaca y luego alejarte tranquilamente, caminando por el parque. ¿Estás todavía con nosotros?

—Absolutamente —asintió Halabi.

—Bien. Entonces, síguenos y todo saldrá bien.

Ahern se bajó del vehículo. Halabi se instaló ante el volante.

—Dios es grande.

—Ciertamente lo es, amigo —dijo Ahern.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia el Toyota de Norah, aparcado junto a la acera.

Norah realizó todo el trayecto, pasó ante el palacio de Buckingham, dobló por Grosvenor Place e invirtió la marcha a lo largo de Constitution Hill, junto al parque. En cumplimiento de las instrucciones de Ahern, se detuvo junto a la acera, frente a la enorme haya. Ahern sacó la mano por la ventanilla y levantó el pulgar. Luego, se alejaron, y la camioneta de Telecom se detuvo junto a la acera. Había un constante flujo de tráfico. Ahern dejó que Norah se alejara unos cincuenta metros y luego le dijo que se detuviera a un lado. Vieron a Halabi salir de la camioneta, que rodeó, hacia la parte posterior, y abrió la portezuela trasera. Volvió con unas abrazaderas, que instaló y montó en el carril más cercano a la acera, sobre las que luego extendió la lona.

—El muchacho trabaja bien —dijo Ahern.

Sin decir nada más, se sacó del bolsillo una unidad de plástico de control remoto y apretó un botón. Por detrás de ellos, la camioneta explotó en una bola de fuego y dos coches que pasaban a su lado en ese momento, pillados por la explosión, volaron hacia el otro lado de la calzada.

—Eso es lo que se gana con tanta dedicación —dijo Ahern al tiempo que daba unas palmaditas en el hombro de Norah—. Bien, muchacha. Billy les dijo que habría una explosión, y eso es lo que tienen.

—Un gesto bastante caro. Una vez desaparecido Halabi, no recibiremos la otra mitad del dinero.

—Dos millones y medio de libras depositadas en Suiza, Norah. No es una mala paga por un día de trabajo, así que no seas avariciosa. Y ahora, larguémonos de aquí.

A últimas horas de la tarde, Ferguson todavía estaba en su despacho del Ministerio de Defensa cuando Hannah Bernstein entró.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó el brigadier.

—Nada nuevo, señor. Por muy improbable que parezca, quedó lo suficiente de Halabi como para poderlo identificar. Parece ser que estaba sobre la calzada, no dentro de la camioneta.

—¿Y los demás?

—Dos coches fueron alcanzados por la explosión. La conductora del primero era médico, murió instantáneamente. El hombre y la mujer del siguiente acudían a una conferencia de ventas. Los dos están en cuidados intensivos. —Dejó el informe sobre la mesa—. Quigley tenía razón, pero Ahern ha perdido su oportunidad.

—¿Lo cree usted así?

—Señor, ya ha visto el programa de actos del presidente. Tenía que pasar por Constitution Hill hacia las diez, camino de Downing Street. Ahern tuvo que haberlo sabido.

—¿Y la explosión?

—Prematura. Esas cosas suceden a veces, y usted lo sabe, señor. Halabi no era más que un aficionado. He revisado su expediente con atención. Era titulado en contabilidad por la Escuela de Económicas de Londres.

—Sí, eso tiene sentido…, al menos para mí.

—Pero no lo tiene para Dillon. ¿Dónde está?

—Por ahí, husmeando.

—Ése no confiaría ni en su abuela.

—Supongo que ésa es precisamente la razón por la que todavía está con vida —le dijo Ferguson—. Sírvase un café, inspectora jefe.

En el estudio de Camden, Ahern estaba ante el espejo del cuarto de baño y se frotaba brillantina sobre el cabello. Se lo peinó hacia atrás, con una raya en medio. Luego, extendió cuidadosamente una capa de pegamento sobre un bigote oscuro y se lo colocó sobre el labio superior. Tomó unas gafas con montura de concha negra y se las puso. Después, comparó la imagen del espejo con el rostro que aparecía en el pase de seguridad. Al volverse, Norah entró en la habitación. Llevaba una falda muy discreta, de color negro, y una blusa blanca. Se había echado el pelo hacia atrás, en un apretado moño. También llevaba gafas, como él, bastante grandes y con montura negra. Parecía una persona completamente diferente.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó.

—Condenadamente maravillosa —contestó él—. ¿Y yo?

—Estupendo, Michael. Es un trabajo de primera.

—Bien. —Salió del cuarto de baño y se dirigió hacia el pequeño armario donde guardaba las bebidas. Sacó una botella de Bushmills y dos vasos—. No es precisamente champaña, Norah Bell, pero sí buen whisky irlandés. —Sirvió los vasos y levantó el suyo—. Por

nuestro país.

—Por nuestro país —replicó ella en réplica al más antiguo de los brindis legitimistas.

—Bien —dijo él tras vaciar su vaso de un trago—. Todo lo que necesitamos ahora es nuestra caja de cubiertos y ya podemos marcharnos.

Eran aproximadamente las seis y media cuando Ferguson salió del Ministerio de Defensa, acompañado por Hannah Bernstein, y le dijo al chófer que lo llevara a su piso, en Cavendish Square. Fue Kim quien les abrió la puerta; el cabo ex gurja que había sido su ordenanza desde hacía años.

—El señor Dillon le está esperando, brigadier.

—Gracias —asintió Ferguson.

Cuando entraron en el salón, Dillon estaba de pie junto a la puerta corredera de cristal, con un vaso en la mano. Se volvió.

—Me he servido yo mismo. Espero que no le importe.

—¿Dónde has estado? —exigió saber Ferguson.

—Me he dedicado a comprobar mis fuentes habituales. Puede descartar la participación del IRA en este asunto. Realmente, se trata de Ahern, y eso es lo que me preocupa.

—¿Me permite preguntarle por qué? —dijo Hannah Bernstein.

—Michael Ahern es uno de los organizadores más brillantes que he conocido. Muy inteligente, muy sutil, y extraordinariamente tortuoso. Como ya le he dicho, no deja que su mano izquierda sepa lo que hace la derecha.

—¿No crees entonces que haya hecho todavía todo lo que tenía planeado? —preguntó Ferguson.

—Sería demasiado fácil. Puede que le parezca complicado, pero estoy convencido de que todo estaba planeado para que ocurriera como ha ocurrido, desde la traición de Quigley y su muerte, hasta la supuesta explosión accidental de la camioneta de Telecom en la ruta que tenía que seguir el presidente.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Hannah.

—Oh, desde luego. El intento sólo falló para que todos nos relajáramos. Permítame ver el programa del presidente.

Hannah le pasó una copia y Ferguson se sirvió un whisky.

—Por una vez, espero que te equivoques, Dillon.

—Aquí está —dijo Dillon—. El cóctel en el Támesis, a bordo del

barco fluvial *Jersey Lily*. Estarán presentes los primeros ministros británico e israelí y el presidente. Ahí es donde golpeará, donde siempre ha tenido la intención de hacerlo. El resto no ha sido más que una cortina de humo.

—Estás loco, Dillon —dijo Ferguson—. Tienes que estarlo. —Pero luego se volvió, observó el rostro de Hannah Bernstein y exclamó—: ¡Oh, Dios mío!

Ella consultó su reloj.

—Son las seis y media, señor.

—Correcto —asintió el brigadier—. Pongámonos en marcha. No disponemos de mucho tiempo.

En ese mismo momento, Ahern y Norah aparcaban el Toyota en una calle lateral, cerca de Cheyne Park. Bajaron del coche y se dirigieron hacia el muelle Cadogan. Había numerosos coches de la policía y hombres uniformados por todas partes, y ante la escalerilla para subir a bordo se había instalado una puerta electrónica portátil por la que todo el mundo tenía que pasar. Junto a ella había dos jóvenes corpulentos, con trajes azules.

—Son del servicio secreto —explicó Ahern—. Los guardaespaldas del presidente. Creo que todos compran los trajes en la misma tienda.

Él y Norah se habían colocado las tarjetas de identidad sobre la solapa. Ahern sonrió y al llegar a la puerta electrónica pasó una caja de plástico a uno de los hombres del servicio secreto, ante el que esbozó una ligera sonrisa.

—Siento ser una molestia, pero en la caja hay doscientos cuchillos, cucharas y tenedores. Podría fundir un fusible de ese aparato.

—Démela a mí y pase usted por la puerta —dijo el hombre.

Así lo hicieron, mientras el hombre abría la caja y revisaba los cubiertos. En ese momento llegaron varias limusinas.

—Por el amor de Dios, es el primer ministro israelí —le dijo su compañero.

—Tendrá que dejar aquí esta caja. Sigan su camino —le dijo el hombre del servicio secreto a Ahern.

—Como quiera.

Ahern subió por la pasarela, seguido por Norah. En lo alto, se deslizó por una puerta, siguiendo un plano del barco que había

memorizado previamente, e indicó el camino hasta una zona de aseos.

—Espérame aquí —le dijo a Norah, y entró en el aseo de caballeros marcado con el número cuatro.

Dentro había un hombre que también se lavaba las manos. Ahern hizo lo mismo. En cuanto el hombre se hubo marchado, se dirigió al cubo rojo contraincendios situado en un rincón, revolvió la arena con las manos y encontró dos Walther, envueltas en película adhesiva, cada una con un silenciador en el cañón. Se deslizó una en el cinturón de los pantalones, por atrás, y ocultó la otra en la chaqueta de su uniforme. Al salir, comprobó que no había nadie por los alrededores y le pasó a Norah la segunda Walther, que se la introdujo en el interior del bolsillo de la chaqueta, bajo el sobaco izquierdo.

—Allá vamos —dijo él.

En ese momento, una voz con pesado acento italiano les llamó.

—Eh, vosotros, ¿qué hacéis ahí? —Al volverse, vieron a un hombre de cabello gris, con esmoquin negro y pantalones a rayas, que avanzaba hacia ellos por el pasillo—. ¿Quién os ha enviado?

Ahern, seguro de su plan, contestó con naturalidad:

—El *signor* Orsini. Se suponía que íbamos a estar en la recepción de la embajada francesa, pero en el último momento nos dijo que viniéramos aquí. Pensó que usted necesitaría más personal.

—Y tiene razón. —El *maître* se volvió hacia Norah—. Se encargará de servir los canapés. Y usted el vino —añadió mirando a Ahern—. Por esa escalera, a la izquierda. Vamos, muévanse.

Luego, se dio media vuelta y desapareció.

El primer ministro y el presidente ya habían llegado, y la tripulación se disponía a retirar la pasarela cuando llegaron Ferguson, Dillon y Hannah en el Daimler. Ferguson abrió camino y se dirigió presuroso hacia la pasarela. Dos hombres del servicio secreto se movieron para interceptarlo.

—Soy el brigadier Ferguson. ¿Está aquí el coronel Candy?

Un hombre corpulento, de cabello gris, traje negro y corbata a rayas, se acercó presuroso por el puente.

—Está bien, muchachos. ¿Hay algún problema, brigadier?

—Son mis ayudantes, Dillon y la inspectora jefe Bernstein. —Por detrás de ellos se retiró la pasarela y el *Jersey Lily* empezó a avanzar

hacia el Támesis—. Me temo que podría haberlo. ¿Recuerda la explosión de esta mañana? Ahora creemos que es un subterfugio. Recibió usted una foto de ese hombre, Ahern. Le ruego que alerte a todos sus hombres. Es posible que esté a bordo.

—De acuerdo. —Candy ni siquiera discutió y se volvió hacia los dos hombres del servicio secreto—. Jack, ocúpate tú de la popa. George, tú pasa adelante. Yo me ocuparé del presidente. Alertad a todo el mundo.

Todos se volvieron y se alejaron apresuradamente.

—Muy bien —dijo Ferguson—. Tratemos de ser útiles a nuestro propio y pequeño modo, ¿no *les* parece?

Había música en el aire nocturno, producida por un cuarteto de jazz que tocaba en la proa, y la gente charlaba en pequeños grupos compuestos principalmente por políticos y personal de las embajadas en Londres, el presidente y los dos primeros ministros. Entre ellos, varios camareros y camareras ofrecían canapés y vino a todos.

—Esto es una pesadilla —dijo Ferguson.

Candy apareció, después de bajar una escalerilla de cámara.

—Los tres grandes pronunciarán unas pocas palabras dentro de unos diez minutos. Después de eso, pasaremos ante el Parlamento y desembarcaremos en el muelle de Westminster.

—Estupendo. —Ferguson se volvió hacia Dillon una vez que el estadounidense se hubo marchado—. Esto no tiene sentido.

—Quizá no esté aquí —dijo Hannah—. Quizá se ha equivocado, Dillon.

Pero fue como si él no la hubiera escuchado.

—Debería contar con una forma de escapar —dijo. Se volvió hacia Ferguson—. La popa. Echemos un vistazo a la popa.

Rápidamente, se dirigió hacia la parte posterior del barco, abriéndose paso a empujones, entre la gente. Al llegar, se inclinó sobre la barandilla de popa. Tras un momento, se volvió hacia ellos.

—Aquí está.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ferguson.

Dillon se inclinó, tiró de un cabo y ante ellos apareció una lancha hinchable, con un motor fuera borda.

—Éste es su medio de escapar —dijo—. O lo era.

Se inclinó, abrió la abrazadera que sujetaba la cuerda y el bote

hinchable se desvaneció en la oscuridad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hannah.

En ese momento se oyó una voz que hablaba por el sistema de megafonía.

—Damas y caballeros, les habla el primer ministro.

—No es de la clase de tipos dispuestos a suicidarse, así que no se acercará al primer ministro entre la multitud —dijo Dillon. Levantó la mirada hacia el puente de mando, destacada en lo alto del barco, tres cubiertas por encima de donde se encontraban—. Ahí es. Tiene que serlo.

Corrió hacia la escalerilla de ascenso, seguido de cerca por Hannah, mientras Ferguson se esforzaba por no quedar rezagado. Miró a lo largo de la primera cubierta, completamente desierta, y empezó a subir la escalerilla de acceso a la superior. Al llegar a ella, oyó decir al primer ministro, a través del sistema de megafonía:

—Me enorgullece presentarles al presidente de Estados Unidos.

En ese mismo instante, al llegar a la cubierta, vio a un camarero que abría la puerta del salón situado en el extremo más alejado, seguido por una camarera que llevaba una bandeja cubierta con una servilleta blanca.

El salón estaba desierto. Ahern avanzó y, a través de las ventanas, miró hacia la cubierta de proa, donde el presidente estaba de pie ante el micrófono, con el primer ministro británico a un lado, y el israelí al otro. Ahern abrió una de las ventanas y tomó su arma.

La puerta se abrió con suavidad a su espalda y Dillon entró en el salón, con la Walther preparada.

—Jesús, Michael, eres de los que nunca se da por vencido, ¿verdad?

Ahern se volvió, con el arma contra su muslo.

—Sean Dillon, viejo bastardo.

Luego, su mano se balanceó hacia arriba.

Dillon le disparó dos veces al corazón, produciendo un doble ruido sordo de la pistola con silenciador que hizo retroceder a Ahern contra el mamparo. Norah Bell se quedó allí de pie, como petrificada, aferrada a la bandeja.

—Si por casualidad hubiera una pistola debajo de esa servilleta, y estuvieras pensando en empuñarla, tendría que matarte, Norah, y a ninguno de los dos nos gustaría eso, puesto que eres una decente

muchacha irlandesa. Limítate a dejar la bandeja.

Muy lentamente, Norah Bell hizo lo que se le había dicho y dejó la bandeja sobre la mesa más cercana. Dillon se volvió, al tiempo que hacía oscilar la Walther en su mano derecha.

—Ah, están ahí —les dijo a Ferguson y a Hannah—. Todo está bien si bien acaba.

Por detrás de él, Norah se levantó la falda, extrajo una navaja de debajo de la media y hundió la hoja en la espalda de Dillon, que se encogió con un dolor agónico y dejó caer la Walther.

—¡Bastardo! —gritó Norah.

Extrajo la navaja y la volvió a hundir en su cuerpo. Dillon se tambaleó contra la mesa y se quedó allí por un momento, medio colgado. Norah levantó la navaja para asestarle un tercer golpe. Hannah Bernstein se dejó caer sobre una rodilla, recogió la Walther de Dillon y le disparó, metiéndole una bala en el centro de la frente. En ese mismo instante, Dillon se deslizó de la mesa y rodó de espaldas sobre el suelo.

Era alrededor de la medianoche en la clínica de Londres, uno de los mayores hospitales del mundo, y Hannah Bernstein estaba sentada en la zona de recepción del primer piso, cerca de la habitación donde habían instalado a Dillon. Se sentía cansada. Teniendo en cuenta las circunstancias no era nada sorprendente, pero el café cargado y los cigarrillos le habían permitido seguir. La puerta del extremo del pasillo se abrió y, ante su asombro, por ella apareció Ferguson seguido por el presidente y por el coronel Candy.

—El presidente se disponía a regresar a la embajada de Estados Unidos —le dijo Ferguson.

—Pero, teniendo en cuenta las circunstancias, me ha parecido que debía venir. Por lo que tengo entendido, es usted la inspectora jefe Bernstein. —El presidente le tomó la mano—. Me siento eternamente agradecido.

—Le debe usted mucho más a Dillon, señor. Fue él quien lo descubrió todo, quien sabía que ellos estaban a bordo.

El presidente avanzó hacia la ventanilla de la habitación y miró por ella. Dillon, rodeado de cables, se hallaba sobre una cama de hospital con una enfermera a su lado.

—¿Cómo está?

—En cuidados intensivos, señor —contestó ella—. Lo han

sometido a una operación de cuatro horas. Ella lo apuñaló dos veces.

—He hecho venir al profesor Henry Bellamy, señor presidente —dijo Ferguson—. Es del hospital Guy, y uno de los mejores cirujanos de Londres.

—Bien. —El presidente asintió con un gesto—. Les debo mucho a usted y a su gente por esto, brigadier. Nunca lo olvidaré.

Se alejó y el coronel Candy dijo:

—Gracias a Dios, las cosas sucedieron de tal modo que podemos mantenerlo en secreto.

—Lo sé —asintió Ferguson—. Nunca ha sucedido.

Candy se alejó y Hannah Bernstein dijo:

—Vi al profesor Bellamy hace media hora. Acudió a comprobar su estado.

—¿Y qué dijo? —preguntó Ferguson con el ceño fruncido—. Se va a recuperar, ¿verdad?

—Oh, vivirá, señor, si es a eso a lo que se refiere. El problema es que, según Bellamy, él ya no volverá a ser nunca el mismo. Ella estuvo a punto de acabar con su vida.

Ferguson le pasó un brazo alrededor del hombro.

—¿Se encuentra usted bien, querida?

—¿Se refiere a si me siento alterada por haber matado a alguien esta noche? En absoluto, brigadier. En realidad, no soy la agradable joven judía que Dillon se imagina, sino más bien una judía del Antiguo Testamento. Ella no era más que una zorra asesina. Merecía morir. —Sacó un cigarrillo de la pitillera y lo encendió—. No, es por Dillon por quien lo lamento. Hizo un buen trabajo y habría merecido mejor suerte.

—Creía que no le había caído bien —observó Ferguson.

—En ese caso, se equivocó, brigadier. —Miró por la ventanilla de la puerta, hacia Dillon—. El problema es que me gustó demasiado, y eso nunca es bueno en nuestra clase de trabajo.

Se dio media vuelta y se alejó. Ferguson vaciló, miró una vez más hacia Dillon y luego la siguió.

3

Dos meses más tarde, en otro hospital, el de Nuestra Señora de la Merced, en Nueva York, al otro lado del Atlántico, el joven Tony Jackson fichó la entrada para el turno de noche poco después de oscurecido. Era un hombre alto, atractivo, de veintitrés años de edad, graduado el año anterior en la Escuela de Medicina de Harvard. El Nuestra Señora de la Merced, un hospital de caridad, atendido principalmente por monjas, no era precisamente el lugar que muchos médicos jóvenes considerarían como ideal para trabajar como internos.

Pero Tony Jackson era un idealista. Deseaba practicar la medicina real y, desde luego, podía hacerlo en el Nuestra Señora de la Merced, cuya dirección apenas si creía en su buena suerte al haber podido conseguir los servicios de un joven tan brillante, al que le encantaban las monjas y le parecía fascinante la amplia variedad de pacientes de la institución. El sueldo era escaso, pero no era el dinero su principal motivación. Su padre, un abogado de éxito de Manhattan, había muerto demasiado pronto a causa del cáncer, pero había dejado medios suficientes a su familia. En cualquier caso, su madre, Rosa, procedía del distrito Pequeña Italia, en Nueva York, y el padre de ella, metido en el negocio de la construcción, también le había dejado una buena dote.

A Tony le gustaba el tumo de noche, ese ambiente tan peculiar de todos los hospitales del mundo, lo que le daba la oportunidad de estar a cargo del servicio. Durante la primera parte del turno trabajaba en urgencias, dedicado a tratar a diferentes pacientes, a poner puntos en caras acuchilladas, a manejar lo mejor que podía a los drogadictos que parecían estar a punto de desmoronarse al no poder permitirse una dosis. El trabajo era totalmente absorbente,

pero disminuía después de medianoche.

Se encontraba a solas en la pequeña cantina, mientras se tomaba un bocadillo y un café, cuando se abrió la puerta y se asomó un joven sacerdote.

—Soy el padre
O'Brien,
de St. Marks. He recibido una llamada para venir a ver a un tal señor Tanner, un caballero escocés. Tengo entendido que necesita los últimos sacramentos.

—Lo siento, padre, he llegado esta noche, así que no lo sé. Deje que eche un vistazo a la lista de pacientes. —La comprobó rápidamente y asintió con un gesto—. Jack Tanner, tiene que ser él. Ha ingresado esta tarde. Setenta y cinco años de edad, ciudadano británico. Se derrumbó en casa de su hija, en
Queen's.
Está en una habitación privada del tercer piso, la número ocho.

—Gracias —dijo el sacerdote, que luego se marchó.

Jackson terminó el café mientras repasaba ociosamente el *New York Times*. No había grandes noticias: una bomba del IRA, en el centro financiero de la City, en Londres, un artículo sobre Hong Kong, la colonia británica en China, que pasaría a estar bajo control chino el primero de julio de mil novecientos noventa y siete. Por lo visto, el gobernador británico de la colonia se disponía a introducir un sistema electoral meticulosamente democrático mientras aún tuviera la oportunidad, y el gobierno chino de Pekín se sentía molesto, lo que no auguraba nada bueno para Hong Kong cuando se produjera el cambio.

Cerró el periódico, aburrido e inquieto, se levantó y salió. Las puertas del ascensor se abrieron y salió el padre
O'Brien.

—Ah, está ahí, doctor. He hecho lo que he podido por ese pobre hombre, pero ya no le queda mucho tiempo en este mundo. ¿Sabía que es de las Highlands escocesas? Su hija se casó con un estadounidense.

—Esto es interesante —dijo Jackson—. Siempre creí que los escoceses eran protestantes.

—Mi querido muchacho, no en las Highlands —le dijo el padre
O'Brien

—. Allí, la tradición católica es muy fuerte. —Le sonrió—. Bien, sigo mi camino. Le deseo buenas noches.

Jackson le observó marcharse, luego entró en el ascensor y subió al tercer piso. Al salir, vio a la hermana Agnes, la enfermera de servicio en el turno de noche, que salía en ese momento de la habitación ocho y se dirigía a su mesa.

—Acabo de ver al padre
O'Brien.
Me dice que el señor Tanner no parece estar muy bien.

—Aquí está su gráfica, doctor. Bronquitis crónica y grave enfisema.

Jackson examinó las notas.

—La capacidad pulmonar sólo es del doce por ciento y la presión sanguínea tiene un nivel increíble.

—Acabo de comprobar el estado de su corazón, doctor. Es muy irregular.

—Vamos a echarle un vistazo.

El rostro de Jack Tanner aparecía ojeroso y consumido, y el escaso cabello era blanco como la nieve. Tenía los ojos cerrados y respiraba en breves boqueadas, produciendo, a intervalos, un estertor en la garganta.

—¿Oxígeno? —preguntó Jackson.

—Se le administró hace una hora. Yo misma se lo puse.

—Sí, pero no ha querido darme un cigarrillo —dijo Jack Tanner al tiempo que abría los ojos—. ¿No le parece terrible, doctor?

—Vamos, señor Tanner —le reprochó la hermana Agnes con suavidad—. Sabe que eso no está permitido.

Jackson se inclinó sobre él para comprobar las conexiones de los tubos y observó la cicatriz en el lado derecho del pecho.

—¿Es eso una herida de bala? —preguntó.

—Sí, lo fue. Me alcanzaron en el pulmón cuando servía en la infantería ligera de Highland. Eso fue antes de Dunkerke, en el cuarenta. Habría muerto si el *laird* no me hubiera sacado de allí. A él lo hirieron tan gravemente que perdió un ojo.

—¿Ha dicho el *laird*? —Jackson se mostró repentinamente interesado, pero Tanner empezó a toser con tal fuerza que casi experimentó una convulsión. Jackson tomó la mascarilla de oxígeno —. Respire profunda y lentamente. Eso es. —Se la quitó al cabo de

un rato, y Tanner le sonrió débilmente—. Volveré dentro de poco —le dijo Jackson y salió de la habitación.

—¿Dice usted que su hija vive en Queen's?

—Así es, doctor.

—No pierda tiempo. Envíe ahora mismo un taxi a buscarla, y cárguelo a mi cuenta. No creo que resista mucho más. Yo regresaré y me quedaré con él mientras tanto.

Tony Jackson se acercó una silla hasta la cama.

—Y ahora, ¿qué me decía antes sobre el *laird*?

—Era el mayor Ian Campbell, Cruz Militar y barra, el hombre más valiente que he conocido, *laird* del castillo de Loch Dhu, en las Highlands occidentales de Escocia, donde sus antepasados habían vivido desde hacía siglos, antes que él.

—¿Loch Dhu?

—Eso es gaélico. El agujero negro. Para nosotros, los que crecimos allí, siempre ha sido el Lugar de las Aguas negras.

—¿Así que conoció al *laird* ya desde pequeño?

—Crecimos juntos. Aprendimos juntos a cazar perdices escocesas y venados, y la pesca era la mejor del mundo. Luego, participamos juntos en el juego de la guerra. Los dos estábamos en la reserva cuando empezó todo, así que nos enviaron directamente a Francia.

—Eso tuvo que haber sido algo bastante animado, ¿verdad?

—Fue casi nuestro final, pero más tarde le ofrecieron al *laird* un puesto como ayudante de Mountbatten. ¿Ha oído hablar de él?

—¿El conde Mountbatten, el mismo al que asesinó el IRA?

—Esos bastardos, y después de todo lo que hizo en la guerra. Fue comandante supremo del Sureste asiático; tuvo al *laird* como uno de sus ayudantes, y él me tenía a mí como ordenanza.

—Eso tuvo que haber sido interesante.

Tanner se las arregló para esbozar una sonrisa.

—¿No es lo habitual ofrecer un cigarrillo a un condenado?

—Eso es cierto.

—Y yo estoy condenado, ¿verdad?

Jackson vaciló, pero finalmente sacó un paquete de cigarrillos.

—Del mismo modo que todos nosotros, señor Tanner.

—Ya lo puede decir, ya —asintió Tanner—. Deme uno de ésos y le hablaré del Convenio de Chungking. Hace muchos años le hice

un juramento al *laird*, pero ahora ya no parece que eso importe mucho.

—¿El qué? —preguntó Jackson.

—Sólo uno, doctor… Y le aseguro que es una buena historia.

Jackson apagó el oxígeno, encendió un cigarrillo y se lo colocó entre los labios. El viejo inhaló, tosió y volvió a inhalar.

—Cristo, esto sí que es maravilloso. —Se quedó recostado—. Vamos a ver, ¿por dónde empiezo?

Tanner se encontraba con los ojos cerrados, ahora muy débil.

—¿Qué sucedió después del accidente del avión? —preguntó el joven médico.

El viejo abrió de nuevo los ojos.

—El *laird* resultó gravemente herido. En el cerebro, ¿sabe? Estuvo en coma en un hospital de Delhi durante tres meses, y yo me quedé con él, como su ordenanza. Nos enviaron de regreso a Londres por mar, y para cuando llegamos ya estaba a la vista el final de la guerra. Él se pasó varios meses en la unidad de heridos cerebrales de la sección militar del hospital Guy, pero en realidad nunca llegó a recuperarse del todo. También sufrió quemaduras a causa del accidente y tuvo una pérdida casi total de memoria. Estuvo tan cerca de la muerte en el cuarenta y seis, que llegué a recoger sus cosas y las envié al castillo de Loch Dhu.

—¿Y murió?

—No, duró otros veinte años. Regresamos finalmente a la propiedad. Recorrió el lugar como si fuera un niño. Yo le atendí en todos sus deseos.

—¿Qué hizo su familia?

—Oh, no estaba casado. Se había prometido con una joven que murió en los bombardeos de Londres, en el año cuarenta. Estaba su hermana, lady Rose, aunque todo el mundo la llamaba lady Katherine. Su esposo era un baronet que resultó muerto en la campaña del desierto. Ella dirigía la propiedad, y todavía la dirige, aunque ahora ya tiene ochenta años. Vive en la pequeña casa de los guardas, y a veces alquila la mansión a los ricos árabes y estadounidenses que acuden durante la temporada de caza.

—¿Y el Convenio de Chungking?

—Nunca llegó a concretarse en nada. Lord Louis y Mao no lograron volver a reunirse.

—Pero usted salvó la cuarta copia, la que guardó en la biblia del *laird*. ¿No fue entregada a las autoridades?

—Ha permanecido desde entonces donde estaba, en su biblia. Eso es asunto del *laird*, y no parece que quisiera contárselo a nadie. —Se encogió de hombros—. Y luego, los años fueron pasando y ya no pareció importar nada.

—¿Llegó a saberlo lady Katherine?

—No, al menos, nunca se lo dije. Jamás hablé de eso con nadie, él no era capaz de hacerlo y, como ya le he dicho, ya no parecía importar a nadie.

—Pero ahora me lo ha contado a mí.

Tanner sonrió débilmente.

—Eso es porque es usted un tipo agradable, que ha hablado conmigo y me ha dado un cigarrillo. Todo eso ocurrió hace mucho tiempo, con Chungking bajo la lluvia, y Mountbatten y el general Stillwell también estuvieron allí.

—¿Y la biblia? —preguntó Jackson.

—Como ya le he dicho, envié todas sus pertenencias a su casa cuando creí que estaba a punto de morir.

—¿De modo que la biblia regresó al castillo de Loch Dhu?

—Podría decirse así.

Por alguna razón, Tanner empezó a toser de nuevo y eso le hizo casi sofocarse.

Jackson tomó la mascarilla de oxígeno en el momento en que se abrió la puerta y la hermana Agnes hizo entrar a una pareja de edad mediana.

—El señor y la señora Grant —anunció.

La mujer se adelantó presurosa y tomó la mano de Tanner, que consiguió esbozar una sonrisa, mientras respiraba profundamente, y ella empezó a hablarle en voz baja, en un idioma totalmente desconocido para Jackson, que se volvió hacia el esposo, un hombre corpulento, de aspecto afable.

—Es gaélico, doctor. Cuando están juntos, siempre hablan en gaélico. Él estaba de visita. Su esposa murió de cáncer el año pasado, en Escocia.

En ese preciso momento, Tanner dejó de respirar. Su hija lanzó un grito y Jackson la incorporó y la condujo hasta donde estaba su marido. Luego, se inclinó sobre el paciente. Al cabo de un rato se

volvió hacia ellos.

—Lo siento, pero ha fallecido —se limitó a decir.

Las cosas podrían haber terminado ahí de no haber sido porque, tras haber leído el artículo del *New York Times* sobre Hong Kong y sus relaciones con China, Tony Jackson se sintió impresionado por la coincidencia de la historia que le había contado Tanner. Eso fue doblemente importante, porque Tanner había muerto en las primeras horas de la mañana del domingo, y el domingo, siempre que se lo permitían los turnos en el hospital, Jackson almorzaba en casa de su abuelo, en Pequeña Italia, donde su madre se encargaba de mantener la casa ordenada y con un cierto estilo desde la muerte de su abuela.

El abuelo de Jackson, cuyo nombre también se le había impuesto a él, se llamaba Antonio Mori, y había nacido en Estados Unidos por los pelos, ya que su madre embarazada había llegado de Palermo, Sicilia, apenas a tiempo para dar a luz a su hijo en Ellis Island. Apenas lo consiguió por veinticuatro horas, pero fue suficiente para que el pequeño Antonio naciera como ciudadano estadounidense.

Su padre tenía la clase de amigos adecuados, los de la Mafia. Trabajó durante un corto tiempo como peón, hasta que esos amigos lo introdujeron en el negocio del aceite de oliva primero, y en el de la restauración después. Mantuvo la boca cerrada, hizo siempre lo que se le dijo y alcanzó finalmente riqueza e importancia en la industria de la construcción.

Su hija no se casó con un siciliano, algo que tuvo que aceptar, como aceptó la muerte de su esposa a causa de una leucemia. Su yerno, un rico abogado anglosajón, dio respetabilidad a la familia. Su muerte fue casi una conveniencia. Unió de nuevo a Morí y a su hija, además de a su nieto, tan brillante que había estudiado en Harvard. No importaba que fuera un santo y hubiese elegido la medicina. Mori era capaz de ganar dinero suficiente para todos ellos porque pertenecía a la Mafia, y era un miembro importante de la familia Luca, cuyo jefe, Don Giovanni Luca, seguía siendo el *Capo di tutti Capi*, el jefe de todos los jefes de la Mafia, a pesar de haber regresado a Sicilia. El respeto que eso otorgaba a Mori no tenía precio.

Cuando Jackson llegó a casa de su abuelo, su madre, Rosa,

estaba en la cocina, dedicada a supervisar la comida, que preparaba María, la doncella. Se volvió hacia él, todavía atractiva, a pesar de las canas en su cabello negro, lo besó en las dos mejillas y luego le apartó un poco para mirarlo.

—Tienes un aspecto horrible. Estás muy ojeroso.

—*Mamma*, he hecho el turno de noche. Sólo he dormido tres horas, luego me he duchado y he venido aquí para no desilusionarte.

—Eres un buen muchacho. Anda, ve a ver a tu abuelo.

Jackson entró en el salón, donde encontró a Mori, que leía el periódico. Se inclinó sobre su abuelo y lo besó en la mejilla.

—He oído a tu madre, y creo que tiene razón. Haces el bien a los demás y, al mismo tiempo, te matas a trabajar. Anda, toma un vaso de vino tinto.

Jackson lo aceptó y bebió con satisfacción.

—Es excelente.

—¿Has tenido una noche interesante? —le preguntó Mori, a quien realmente le importaban las andanzas de su nieto, y que no dejaba de aburrir a sus amigos con las alabanzas que dedicaba al joven.

Jackson, consciente de que su abuelo lo mimaba demasiado, se dirigió hacia las puertas correderas de cristal, las abrió y encendió un cigarrillo.

—¿Recuerdas la boda de Solazzo, celebrada el mes pasado?

—Sí.

—En aquella ocasión hablaste con Carl Morgan, a quien acababas de presentarme.

—El señor Morgan quedó impresionado contigo. Así me lo dijo —comentó Morí con un tono de orgullo en su voz.

—Sí, bueno el caso es que tú y él hablasteis de negocios.

—Tonterías, ¿qué negocios podríamos tener en común?

—Por el amor de Dios, abuelo, no soy un estúpido y te quiero, pero ¿crees de verdad que puedo haber llegado a esta fase de mi vida sin haberme dado cuenta de los negocios en que andas metido?

Mori asintió con un gesto flemático y tomó la botella.

—¿Quieres un poco más de vino? Y ahora, dime a dónde conduce todo esto.

—Tú y el señor Morgan hablasteis de Hong Kong. Él mencionó

que se habían hecho enormes inversiones en rascacielos, hoteles y empresas, y expresó su preocupación por lo que pudiera ocurrir cuando los comunistas chinos se hicieran cargo del poder.

—Eso es muy sencillo. Miles de millones de dólares tirados por el inodoro —dijo Mori.

—Ayer, *The Times* publicó un artículo acerca del enojo de Pekín porque los británicos están introduciendo un sistema político democrático antes de marcharse, en el noventa y siete.

—Sí, pero ¿a dónde quieres ir a parar? —preguntó Mori.

—¿Tengo razón al suponer que tú y tus asociados tenéis intereses empresariales en Hong Kong?

Su abuelo lo miró con expresión pensativa.

—Podrías decirlo de ese modo, pero, insisto, ¿a dónde quieres ir a parar?

—¿Y si te dijera que en mil novecientos cuarenta y cuatro Mao firmó con lord Louis Mountbatten un documento conocido como el Convenio de Chungking en el que acordaba que si alguna vez llegaba al poder en China ampliaría el Tratado de Hong Kong en cien años más, a cambio de la ayuda británica para luchar contra los japoneses?

Su abuelo lo miró fijamente. Luego se levantó, cerró la puerta y regresó a su asiento.

—Explícate —le pidió.

Jackson así lo hizo, y cuando terminó de hablar su abuelo seguía sentado, reflexionando sobre todo lo que había escuchado. Finalmente, se levantó, se acercó a la mesa de despacho y regresó con una grabadora.

—Vuelve a explicarlo todo —dijo—. Absolutamente todo lo que te dijo ese hombre. No omitas nada.

En ese momento, Rosa abrió la puerta.

—La comida ya casi está lista.

—Quince minutos, *cara* —le dijo su padre—. Esto es importante, créeme. —Ella frunció el ceño, pero salió y cerró la puerta. Mori se volvió de nuevo hacia su nieto—. Como ya te he dicho, cuéntalo todo.

Después, puso en marcha la grabadora.

Aquella tarde, cuando Mori llegó al Glendale Polo, estaba lloviendo. Había un grupo razonable de gente, que se protegía bajo

los paraguas o los árboles, porque jugaba Carl Morgan y Morgan era bueno, con una ventaja de diez tantos, lo que indicaba que era un jugador de primera fila. Tenía cincuenta años de edad y era un hombre de aspecto magnífico, de poco más de un metro ochenta de altura, con hombros anchos y el cabello ondulado hacia atrás, sobre las orejas.

El cabello era negro como el azabache, un legado de su madre, sobrina de Don Giovanni, que se había casado con su padre, un joven oficial del ejército durante la Segunda Guerra Mundial, que más tarde había servido con valentía en Corea y en Vietnam, hasta retirarse a Florida como general de brigada, donde disfrutó de una cómoda jubilación gracias a su hijo.

Todo ello muy respetable, y un ambiente muy adecuado para el hijo, que había salido de Yale en mil novecientos sesenta y cinco para presentarse como voluntario en los boinas verdes durante la guerra de Vietnam, de la que salió con dos Corazones Púrpura, una Estrella de Plata y una Cruz Vietnamita al Valor, convertido en un héroe de guerra cuyas credenciales lo llevaron a Wall Street, de donde pasó a la industria hotelera y más tarde al negocio de la construcción, para, convertido ya en multimillonario, ser aceptado en todos los niveles sociales, desde Londres a Nueva York.

Hay seis tiempos en un partido de polo, cada uno de los cuales dura siete minutos, con cuatro jugadores en cada equipo. Morgan jugaba de delantero porque eso le ofrecía la oportunidad de desplegar una agresión total, y eso era lo que más le gustaba.

El partido estaba en el tiempo final cuando Mori bajó del coche y el chófer se apresuró a abrir un paraguas sobre él. A unos metros de distancia había una mujer joven muy bonita, de pie junto a una furgoneta, con una gabardina Burberry colgándole de los hombros. Tenía un metro setenta de estatura, y el cabello rubio le caía hasta los hombros, con pómulos sobresalientes y ojos verdes.

—Desde luego, la hija del señor Morgan es una joven muy hermosa —comentó el chófer.

—Hijastra, Johnny —le recordó Mori.

—Sí, claro, lo olvidaba, como ella ha adoptado su nombre… Fue una verdadera pena que su madre muriera de aquel modo. Asta es un nombre bastante extraño.

—Es sueco —le dijo Mori.

Asta Morgan daba pequeños saltos, muy animada.

—Vamos, Carl, mátalos.

Carl Morgan miró hacia su lado al pasar, y sus dientes relucieron, al tiempo que arrollaba al joven delantero del equipo contrario, golpeaba con el pie izquierdo por debajo del estribo del muchacho y lo levantaba, en falta, para hacerlo caer de la silla. Apenas un momento más tarde, había cruzado la línea de meta y obtenido otro tanto.

Una vez terminado el partido, se dirigió al paso hasta donde se encontraba Asta, bajo la lluvia, y desmontó. Un mozo se hizo cargo de su jaca. Asta le tendió una toalla y luego le encendió un cigarrillo y se lo pasó. Le miró, sonriente, con una intimidad entre ellos que excluía a todos los que les rodeaban.

—Seguramente, le gusta esa muchacha —comentó Johnny.

—Así parece —asintió Mori.

Morgan se volvió, le vio y le saludó con la mano. Mori se acercó.

—Carl, me alegro de verte. Y a ti, Asta —saludó al tiempo que se llevaba la mano al sombrero.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Morgan.

—Negocios, Carl. Anoche sucedió algo que puede interesarte.

—Sin duda, no se trata de nada que no puedas hablar delante de Asta —dijo Morgan.

—No, claro que no —dijo Morí tras un momento de vacilación. Luego, se sacó la grabadora del bolsillo—. Mi nieto, Tony, ayudó a morir anoche a un hombre, en el hospital Nuestra Señora de la Merced. Le contó a Tony una condenada historia, Carl. Creo que podría interesarte.

—De acuerdo, salgamos de debajo de esta lluvia.

Morgan hizo subir a Asta a la furgoneta y luego la siguió. Mori se les unió en el interior.

—Bien, allá vamos —dijo, y puso en marcha la grabadora.

Morgan permaneció en silencio tras haber escuchado la cinta, con un cigarrillo colgado entre los labios y una expresión resuelta en el rostro.

—Es una historia realmente asombrosa —dijo Asta con un tono de voz bajo y agradable, y un acento más inglés que estadounidense.

—Puedes asegurarlo. —Morgan se volvió a mirar a Mori—. Me

quedaré con la cinta. Haré que mi secretaria la transcriba y se la enviaré a Don Giovanni a Palermo, por fax codificado.

—¿He hecho lo correcto?

—Has hecho muy bien, Antonio —dijo Morgan, que le estrechó la mano.

—En realidad fue Tony, no yo. ¿Qué voy a hacer con él? Escuela de Medicina de Harvard, clínica Mayo y un estudiante brillante y, sin embargo, ahora se pone a trabajar con las monjas de Nuestra Señora de la Merced por una miseria.

—Déjalo —le aconsejó Morgan—. Ya encontrará su camino. Yo estuve en Vietnam, Antonio. Eso es algo que nadie podrá quitarme ni discutir. El hijo de rico que va al infierno cuando no tenía necesidad de hacerlo. Eso dice algo. Tony no estará siempre donde está ahora, pero el hecho de que haya estado hará que la gente lo vea durante el resto de su vida como alguien a quien hay que considerar. Es un muchacho estupendo. —Puso una mano sobre el hombro de Mori—. Eh, espero que mis palabras no te parezcan demasiado calculadoras.

—No, no —le aseguró Mori—, en absoluto. Es un muchacho del que uno se puede sentir orgulloso. Gracias, Cali, muchas gracias. Y ahora, os dejo. Asta.

Efectuó un gesto de asentimiento hacia ella y bajó del coche.

—Eso ha sido agradable —le comentó Asta a Morgan—. Me refiero a lo que dijiste de Tony.

—Es cierto. Es un muchacho brillante. Seguramente terminará en Park Avenue, sólo que, a diferencia de otros médicos brillantes que tienen abierta su consulta allí, él será siempre el que trabajó para las monjas de Nuestra Señora de la Merced, y eso es algo que no tiene precio.

—Eres cínico.

—No, cariño, sólo soy realista. Y ahora, pongámonos en marcha. Tengo un hambre de mil diablos. Te llevaré a cenar.

Habían terminado de cenar en el Four Seasons, y se disponían a tomar café, cuando uno de los camareros les acercó un teléfono.

—Una llamada de ultramar para usted, señor. Desde Sicilia. El caballero dijo que era urgente.

La voz que sonó por el auricular sonó dura e inconfundible.

—Carl, aquí Giovanni.

Morgan se enderezó en el asiento.

—¿Tío? —preguntó, y pasó a hablar en italiano—. Qué sorpresa tan maravillosa. ¿Cómo van las cosas?

—Todo parece ir bien, sobre todo después de haber leído tu interesante fax.

—¿Hice bien, entonces, en informarte de este asunto?

—Tan bien que quiero que salgas de ahí en el próximo avión. Se trata de un asunto serio, Carl, muy serio.

—Muy bien, tío. Estaré ahí mañana mismo. Asta vendrá conmigo. ¿Quieres saludarla?

—Preferiría verla. Sí, será mejor que la traigas contigo. Te espero, Carl.

La comunicación se interrumpió, el camarero se acercó de nuevo y se llevó el teléfono.

—¿Qué ocurre? —preguntó Asta.

—Negocios. Por lo visto, Giovanni se ha tomado muy en serio este asunto del Convenio de Chungking. Quiere que esté mañana mismo en Palermo. Tú también, cariño. Ya va siendo hora de que visites Sicilia.

Y tras decir esto llamó al *maître*.

A la mañana siguiente tomaron un vuelo directo a Roma, donde a Morgan ya le esperaba un jet privado Citation para efectuar el vuelo hasta el aeropuerto a Punta Raisi, a treinta kilómetros de Palermo. Allí le esperaba una limusina Mercedes, con un chófer y un individuo de aspecto duro que llevaba puesto un impermeable y mostraba los pesados pómulos y la nariz achatada del boxeador profesional. Daba la sensación de tener verdadero poder, aunque su aspecto era más eslavo que italiano.

—Uno de los principales guardaespaldas de mi tío —le susurró Morgan a Asta—. Marco Russo. —Le sonrió y le tendió la mano—. Marco, hace mucho tiempo que no te veo. Mi hija, Asta.

Marco se las arregló para esbozar la más ligera de las sonrisas.

—Es un gran placer. Bienvenida a Sicilia, *signorina*, y me alegro de verle, *signore*. El Don no está en la casa de la ciudad, sino en la villa.

—Bien, vayamos allí.

La villa de Luca se encontraba en las afueras de un pueblo, a los pies del monte Pellegrino, cuyas cumbres se elevaban al cielo a

cinco kilómetros al norte de Palermo.

—Durante las guerras Púnicas, los cartagineses resistieron a los romanos en esas montañas durante tres años —le dijo Morgan a Asta.

—Parece un lugar fascinante.

—Empapado de sangre durante generaciones. —Extendió el periódico local que Marco le había entregado—. Tres soldados muertos anoche tras un atentado con coche-bomba; un sacerdote ha recibido esta noche un tiro en la nuca porque se sospechaba que era un informador.

—Tú, al menos, estás del lado correcto.

—Todo lo que hago es estrictamente legítimo, Asta —le dijo tras tomarle la mano—. Eso es lo que importa. Mis intereses empresariales y los de mis asociados son tan puros como la nieve.

—Lo sé, cariño —asintió ella—. Tienes que ser siempre el más grande. El abuelo Morgan fue general, tú un héroe de guerra, multimillonario, filántropo y uno de los mejores jugadores de polo del mundo. La última vez que estuvimos en Londres, hasta el príncipe Carlos te pidió que jugaras con él.

—Quiere que vaya el mes que viene. —Ella se echó a reír y Carl añadió—: Pero nunca olvides una cosa, Asta. El verdadero poder no está en Nueva York, sino que se encuentra en manos del viejo al que vamos a ver ahora.

En ese momento cruzaron ante las puertas electrónicas situadas en murallas antiguas de cinco metros, y el vehículo avanzó por un camino rodeado de un jardín semitropical, hacia la gran villa de estilo moruno.

La sala de recepción principal era de enormes dimensiones, con el suelo de baldosas negras y blancas salpicado de alfombras, muebles italianos del siglo XVII, en roble oscuro, una chimenea encendida en el centro y puertas correderas de cristal que daban al jardín. Luca se hallaba sentado en un sofá de respaldo alto, con un puro en la boca y las manos entrelazadas alrededor de la empuñadura de plata de un bastón. Era un hombre corpulento, de unos cien kilos de peso, con la barba gris perfectamente recortada y el aspecto de un emperador romano.

—Acércate, hija —le dijo a Asta y cuando ella se acercó la besó en ambas mejillas—. Estás más hermosa que nunca. Han pasado ya

dieciocho meses desde la última vez que te vi en Nueva York. Me sentí desolado por la desgraciada muerte de tu madre, el año pasado.

—Esas cosas suceden —se limitó a decir ella.

—Lo sé. Jack Kennedy dijo en cierta ocasión que está muy equivocado todo aquel que crea que hay justicia en esta vida. Ven, siéntate aquí, a mi lado. —Ella así lo hizo y él miró a Morgan—. Tienes buen aspecto, Cario.

Siempre insistía en llamarlo de ese modo.

—Y tú también, tío. Estás maravilloso.

Luca extendió la mano y Morgan se la besó.

—Me encanta cuando tu parte siciliana surge a la superficie. Hiciste muy bien en ponerte en contacto conmigo acerca de ese asunto de Chungking, y Morí demostró muy buen juicio al hablarte de eso.

—Se lo debemos todo a su nieto —dijo Morgan.

—Sí, claro. El joven Tony es un buen muchacho, un idealista, y eso es bueno. También nosotros necesitamos a nuestros santos, Cario. Eso hace que seamos más aceptables para el resto del mundo.

Hizo chasquear los dedos y un muchacho uniformado de blanco se acercó en seguida.

—Zibibbo, Alfredo.

—En seguida, Don Giovanni.

—Te gustará eso, Asta. Es un vino que hacen en la isla de Pantelaria, aromatizado con anís. —Se volvió hacia Morgan—. El otro día, Marco me llevó a dar una vuelta por el campo, hasta esa granja tuya, en Valdini.

—¿Cómo está todo eso?

—El vigilante y su esposa parece que se las arreglan bien. Es muy tranquilo. Deberías hacer algo con eso.

—El abuelo nació allí, tío, y ahora forma parte de la verdadera Sicilia. ¿Cómo cambiarlo?

—Eres un buen muchacho, Cario. Quizá seas medio estadounidense, pero tienes un corazón siciliano.

Una vez que Alfredo hubo abierto la botella, Morgan dijo:

—Bien, veamos el asunto del Convenio de Chungking. ¿A ti qué te parece?

—Tenemos invertidos en Hong Kong muchos miles de millones

en hoteles, casinos y acciones que correrán un grave peligro cuando los comunistas lo recuperen, en el noventa y siete. Cualquier cosa capaz de retrasar eso sería maravillosa para nosotros.

—Pero ¿crees que la aparición pública de ese documento tendrá algún efecto? —preguntó Asta.

Don Giovanni aceptó uno de los vasos de Zibibbo que le entregó Alfredo.

—Los chinos han tenido mucho cuidado a la hora de manejar los cambios propuestos en el estatus de Hong Kong a través de las Naciones Unidas. En estos tiempos que corren, lo desean todo, desde la respetabilidad internacional hasta los Juegos Olímpicos. Si apareciera ese documento, con la firma del sagrado Mao Zedong, quién sabe cuál podría ser el resultado.

—Eso es cierto —asintió Morgan—. Naturalmente, asegurarían que se trata de una falsificación.

—Sí —intervino Asta—, pero hay una cuestión importante. No es ninguna falsificación. Es un documento verdadero, nosotros lo sabemos y cualquier experto que sea consultado tendrá que admitirlo.

—Es muy inteligente, esta joven —dijo Luca dándole unas palmaditas en la rodilla—. No tenemos nada que perder, Cario. Con ese documento, podremos, al menos, mantener todo el procedimiento legal. Aunque perdamos millones, me gustaría enredar las cosas para los chinos y, sobre todo, para los británicos. Es responsabilidad suya que el asunto no haya sido solucionado hace años.

—Es extraño que digas eso —comentó Asta—. Creía que eso fue precisamente lo que intentó hacer Mountbatten en el cuarenta y cuatro.

Don Giovanni lanzó una sonora carcajada y levantó su vaso.

—Más vino, Alfredo.

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó Morgan.

—Encontrar esa biblia de plata. Cuando la tengas en tu poder, tendrás el convenio.

—Y eso, según lo que dijo Tanner, debe de estar en alguna parte del castillo de Loch Dhu —dijo Asta.

—Exactamente. Hay un problema. En cuanto recibí tu fax le pedí a mi abogado de Londres que comprobara la situación de la

propiedad. Por el momento está alquilada a un jeque de Omán, un príncipe de la familia real, así que no podemos hacer nada por ese lado. Se aloja en el castillo y no se marchará durante por lo menos otro mes. Mi abogado se ha ocupado de alquilarla a tu nombre por tres meses a partir de entonces.

—Estupendo —asintió Morgan—. Eso me permite disponer de tiempo suficiente para solucionar las cuestiones de negocios pendientes. Esa biblia tiene que estar en alguna parte.

—Di instrucciones a mi abogado para que fuera allí y se entrevistara con esa lady Katherine Rose, la hermana, y acordara personalmente con ella el contrato de alquiler. Le planteó la cuestión de la biblia, le dijo que había oído contar la leyenda de que todos los *lairds* la llevaban en la batalla. Cuando me llamó por teléfono, me dijo que ella es una mujer ya muy anciana y un tanto confusa, y que no había visto la biblia desde hacía muchos años.

—Hay una cosa —intervino Asta—. Según Tony Jackson, le preguntó a Tanner: «¿De modo que la biblia regresó al castillo de Loch Dhu?».

—A lo que Tanner contestó: «Podría decirse así» —dijo Morgan.

—Y luego Tony dice que Tanner se echó a reír —asintió Asta—. Yo diría que eso resulta bastante extraño.

—Extraño o no, esa biblia tiene que estar en alguna parte —dijo Luca—. Tú te encargarás de encontrarla, Cario. —Se levantó—. Y ahora, vamos a comer.

Marco Russo estaba de pie junto a la puerta del vestíbulo cuando ellos pasaron a su lado.

—Puedes llevarte a Marco contigo, por si necesitaras un poco de músculos —dijo Luca, mientras daba una palmadita en la cara de Marco—. Se trata de ir a las Highlands de Escocia, Marco. Tendrás que abrigarte.

—Lo que usted diga, *capo*.

Marco les abrió la puerta del comedor, donde ya había dos camareros, a la espera de servirles. Mientras tanto, en el salón, Alfredo recogió la botella y los vasos y los llevó a la cocina; los dejó en el fregadero, para que la doncella los lavara más tarde. Luego, se volvió hacia el cocinero.

—Voy a salir ahora —le dijo.

Una vez fuera, encendió un cigarrillo y echó a caminar a través

de los jardines, hacia los alojamientos del personal. Alfredo Ponti era un camarero excelente, pero todavía un mejor policía, uno de los nuevos, recién llegado de la Italia continental. Tres meses antes, se las había arreglado para conseguir el trabajo con Luca.

Habitualmente, cuando quería ponerse en contacto con sus superiores llamaba por teléfono desde el exterior, pero los otros dos sirvientes, el cocinero y la doncella, estaban ahora trabajando, de modo que, por el momento, se hallaba solo. En cualquier caso, lo que acababa de escuchar le pareció lo bastante importante como para arriesgarse. Levantó el teléfono de la pared, situado en el extremo del pasillo y marcó un número de Palermo. Le contestaron inmediatamente.

—Gagini, soy yo, Ponti. Tengo algo. Carl Morgan ha llegado hoy con su hijastra. Les he oído contarle a Luca una historia muy curiosa. ¿Has oído hablar alguna vez del Convenio de Chungking?

Paolo Gagini, mayor en el servicio secreto de inteligencia italiano, fingía ser un hombre de negocios en Palermo.

—Eso es nuevo para mí —contestó—. Espera, deja que ponga en marcha la grabadora. Menos mal que tienes una memoria fotográfica. Ya puedes empezar a hablar. Cuéntamelo todo.

Así lo hizo Alfredo, con abundantes detalles. Una vez que hubo terminado, Gagini dijo:

—Buen trabajo, aunque no acabo de ver en qué nos aprovechará esto. Estaré en contacto. Cuídate.

Alfredo colgó el teléfono y luego se acostó.

Gagini, en su apartamento de Palermo, permaneció sentado un rato, pensativo. Podía transmitir la noticia a Roma, aunque no creía que nadie se interesara mucho. Todos sabían lo que era Carl Morgan, pero también estaba dentro de la legalidad. En cualquier caso, lo que hiciera en Escocia sería responsabilidad de las autoridades británicas, lo que le hizo pensar en su viejo amigo de la inteligencia británica. Gagini sonrió. Le caía bien aquel hombre. Sacó su libro de códigos y encontró el número del Ministerio de Defensa, en Londres.

Cuando la operadora le contestó, dijo:

—Páseme con el brigadier Ferguson, por favor. Prioridad uno.

Alrededor de dos horas más tarde, cuando Morgan y Asta ya se habían retirado, Alfredo se sintió sacudido. Al despertar, encontró a

Marco inclinado sobre él.

—El *capo* quiere verte.

—¿Qué quiere?

—A mí que me registren —contestó Marco con un encogimiento de hombros—. Está en la terraza.

Salió y Alfredo se vistió rápidamente y le siguió. No fue consciente de sentir ningún recelo. Las cosas habían funcionado muy bien durante tres meses y siempre había llevado mucho cuidado, pero, como medida de precaución, se introdujo una pequeña automática en la cintura.

Encontró a Luca sentado en un sillón de mimbre. Marco estaba apoyado contra una columna.

—Antes hiciste una llamada telefónica —dijo el viejo.

Repentinamente, a Alfredo se le secó la boca.

—Sí, a mi primo, en Palermo.

—Mientes —le dijo Marco—. Tenemos un instrumento de seguimiento electrónico de las llamadas. No registró el código del número.

—Y eso sólo sucede con los servicios de seguridad —añadió Luca.

Sin pensárselo dos veces, Alfredo se dio la vuelta y echó a correr rápidamente a través del jardín, hacia el muro. Marco sacó una pistola con silenciador.

—No le mates —dijo Luca.

Marco le disparó a la pierna y el joven cayó al suelo, al mismo tiempo que sacaba la automática de la cintura. Marco, a quien entonces no le quedó otro remedio, le metió una bala entre los ojos.

Luca se inclinó hacia delante, apoyado sobre el bastón.

—Pobre muchacho, era tan joven… Seguramente, seguirán intentándolo. Líbrate de él, Marco.

Luego, se dio media vuelta y se alejó.

4

Ferguson estaba sentado ante su mesa de despacho cuando Hannah Bernstein entró y dejó una carpeta ante él.

—Todo lo que hay ahí es sobre Carl Morgan.

—Cuénteme —dijo Ferguson arrellanándose en el asiento.

—Su padre es un general de brigada retirado, pero su madre es sobrina de Giovanni Luca, lo que significa que, a pesar de Yale y de todo ese material en el que aparece como héroe de guerra en Vietnam, así como de sus hoteles y empresas constructoras, es una tapadera de la Mafia.

—Algunos dirían que es el nuevo rostro legítimo de la Mafia.

—Con el debido respeto, brigadier, eso no es más que un montón de mierda.

—Vamos inspectora jefe, acaba de decir una grosería. Qué estimulante.

—Un criminal es un criminal, aunque lleve trajes de Brioni y juegue al polo con el príncipe Carlos.

—No puedo estar más de acuerdo con usted. ¿Ha comprobado lo del castillo de Loch Dhu y la situación allí?

—Sí, señor. Está alquilado ahora al príncipe Ali ben Yusef, de Omán. Permanecerá allí durante un mes más.

—Por ese lado no parece que haya muchas alegrías. Tener que tratar con las familias reales árabes es como habérselas con el mismísimo diablo.

—Hay algo más, señor. Carl Morgan ya ha firmado el contrato de alquiler del lugar durante tres meses, una vez que se marche el príncipe.

—¿Por qué haría una cosa así? —se preguntó Ferguson en voz alta. Luego, asintió y añadió—: La biblia. Tiene que ser por eso.

—¿Quiere decir que necesita buscarla, señor?

—Algo así. ¿Qué otra cosa puede decirme sobre esa propiedad?

—La dueña es una tal lady Rose, hermana de Campbell. Él no llegó a casarse. Ella vive en la casa de los guardas. Tiene ochenta años de edad y su salud no es muy buena. —Hannah consultó la carpeta—. Por lo que veo, también hay un pequeño pabellón de caza, llamado Ardmurchan Lodge, situado a unos quince kilómetros del castillo, en el bosque.

—Veamos —asintió Ferguson—. Probemos con el método más sencillo. Tome el Lear en Gatwick en cuanto pueda, vuele hasta allí y entrevístese con lady Katherine. Exprese en mi nombre un cierto interés por ese pabellón de caza. Dígale que siempre le ha gustado la zona porque su abuelo sirvió con Campbell en la guerra. Luego, plantee la cuestión de la biblia. Por lo que sabemos, podría estar encima de la mesita de café.

—Está bien, señor. Haré lo que me dice. —El teléfono de la mesa sonó en ese momento y ella lo tomó, escuchó y lo volvió a colgar—. Dillon ha pasado su revisión final en el hospital.

—Lo sé —dijo Ferguson.

—En cuanto a esa biblia, señor. ¿Cree realmente que podría estar abandonada a la vista en cualquier parte?

—En realidad, no. Luca y Morgan ya habrán pensado en eso. El hecho de que sigan adelante con el alquiler del lugar parece indicar que las cosas no son así.

—Es lógico. —Hannah dejó sobre la mesa otra carpeta—. El informe médico de Dillon. No parece muy bueno.

—Sí, el profesor Bellamy me habló al respecto. Por eso lo ha sometido esta mañana a un examen final. Luego, Dillon acudirá a verme.

—¿Está acabado, señor?

—Es lo que parece, pero esa preocupación no le corresponde a usted, sino a mí, así que márchese a Escocia y vea qué puede encontrar. Mientras tanto, hablaré con el primer ministro. En esta fase del asunto será suficiente con una llamada telefónica, pero creo que debería estar enterado de lo que sucede, y cuanto antes mejor.

—Puedes vestirte ahora, Sean —le dijo Bellamy—. Te veré en mi despacho.

Dillon se bajó de la camilla en la que el profesor le había

examinado. La carne parecía haberse encogido sobre sus huesos, y bajo los ojos mostraba lo que casi podría haberse tomado por moratones. Al mirar por encima del hombro pudo observar en el espejo los feos verdugones de las cicatrices dejadas por las dos operaciones que le habían salvado la vida, después de que Norah Bell lo apuñalara.

Se vistió con lentitud, sintiéndose inconcebiblemente débil y, al ponerse la chaqueta, la Walther que llevaba en el bolsillo especial izquierdo pareció pesar una tonelada. Luego se dirigió al despacho donde le esperaba Bellamy, sentado tras la mesa.

—¿Cómo te sientes, en general?

Dillon se dejó caer sobre una silla.

—Terriblemente mal. Débil, sin energía y, además, está el dolor. —Sacudió la cabeza—. ¿Cuánto tiempo va a durar esto?

—Se necesita tiempo —contestó Bellamy—. Te apuñaló en la espina dorsal y causó daños en el estómago, los riñones y la vejiga. ¿Tienes una idea exacta de lo cerca que estuviste de la muerte?

—Lo sé, lo sé —contestó Dillon—. Pero ¿qué puedo hacer?

—Tomarte unas largas vacaciones, preferiblemente al sol. Ferguson se ocupará de eso. En cuanto al dolor… —Empujó hacia él un pequeño frasco con pastillas—. He aumentado tu dosis de morfina a quince miligramos.

—Muchas gracias. Me habré convertido en un drogadicto antes de darme cuenta. —Dillon se levantó con lentitud—. Me marcho. Será mejor entrevistarme con Ferguson y terminar con esto.

Al llegar junto a la puerta, Bellamy le dijo:

—Yo siempre estoy aquí, Sean.

Hannah, que debía llegar a Gatwick al cabo de una hora, comprobaba los últimos detalles de su vuelo en el despacho exterior. El castillo de Loch Dhu se hallaba situado en un lugar llamado Moidart, en la costa noroccidental de Escocia, no lejos del mar. La propiedad consistía en unos doscientos kilómetros cuadrados de montañas y marismas, con muy pocos habitantes. Había una cosa buena. A sólo unos ocho kilómetros de Loch Dhu había un viejo aeródromo abandonado llamado Ardmurchan, que fue utilizado por la RAF durante la guerra como base de rescate en el mar. Permitiría cómodamente el aterrizaje del Lear. La distancia a cubrir era de setecientos veinte kilómetros, por lo que el vuelo

duraría aproximadamente una hora y media. Luego, necesitaría un medio de transporte para llegar al castillo. Encontró el número de teléfono del alojamiento de los guardas, y llamó a Katherine Rose.

La primera persona en contestar fue una mujer con un fuerte acento escocés, pero al cabo de un momento se puso su señora. Su tono de voz era diferente, algo cansado y un poco tembloroso.

—Al habla Katherine Rose.

—¿Lady Rose? Me pregunto si podría ir a visitarla en nombre de un cliente mío.

A continuación, le explicó lo que deseaba.

—Desde luego, querida. Enviaré a recogerla a mi jardinero, Angus. Espero verla pronto. Y, a propósito, puede llamarme lady Katherine. Es lo habitual por aquí.

Hannah colgó el teléfono y se puso el abrigo. En ese momento se abrió la puerta y entró Dillon. Su aspecto era terrible y a Hannah se le encogió el corazón.

—Hola, Dillon, qué agradable verle de nuevo.

—Eso lo dudo mucho, querida. Por otra parte, tiene tan buen aspecto que está para comérsela. ¿Está dentro el gran jefe?

—Le espera. Mire, tengo que darme prisa, el Lear me espera en Gatwick y tengo que efectuar un viaje rápido a Escocia.

—En ese caso, no la entretengo más. Feliz aterrizaje.

Dillon, llamó a la puerta del despacho de Ferguson y entró.

—Que Dios esté con todos los presentes —saludó Dillon.

Ferguson levantó la mirada.

—Tienes un aspecto terrible.

—«Que Dios esté con quien entra» es la respuesta amable a ese saludo —replicó Dillon—. Y puesto que veo ahí encima la botella de brandy, me serviré yo mismo.

Así lo hizo, y se tomó el contenido de la copa de un solo trago. Luego, encendió un cigarrillo.

—Son hábitos notablemente malos para un hombre enfermo —dijo Ferguson.

—Vamos, no perdamos el tiempo. ¿Me va a poner a recortar la hierba?

—Es lo que me temo. Tu nombramiento nunca fue nada oficial, ¿comprendes? Eso hace que las cosas sean difíciles.

—Ah, todas las cosas buenas se acaban un día u otro.

Se sirvió más brandy y Ferguson continuó:

—Normalmente, habrías recibido una pensión, pero me temo que eso no es posible en tus circunstancias.

—¿Recuerda a Michael Aroun? —preguntó Dillon con una sonrisa—. ¿El bastardo al que liquidé en Bretaña en el noventa y uno, después del asunto de Downing Street? Se suponía que iba a ingresarme dos millones en mi cuenta bancaria, pero me engañó.

—Lo recuerdo —asintió Ferguson.

—Le limpié la caja antes de marcharme. Todo tipo de moneda extranjera, pero en conjunto había unas seiscientas mil libras. No me faltará de nada. —Se terminó el brandy—. Bien, debo decir que trabajar con usted ha sido toda una sensación. Y después de decírselo, será mejor que siga mi camino.

Al poner la mano sobre el pomo de la puerta, Ferguson le dijo con un tono de voz formal:

—Una cosa más, Dillon. Supongo que llevas contigo la Walther. Te agradecería que la dejaras sobre mi mesa.

—Que le jodan, brigadier —dijo Dillon y se marchó.

El vuelo a Moidart fue espectacular, directamente sobre el distrito inglés de los lagos, a treinta mil pies de altura, para entrar luego en Escocia y sobrevolar el Firth of Forth, con los montes Grampianos a la derecha y avistar pronto las islas Eigg y Rhum, y la isla mayor de Skye, al norte. El Lear viró hacia el este, en dirección a la brillante extensión del Loch Shiel, pero antes de llegar allí se encontraba el bosque, el castillo de Loch Dhu y el propio lago, negro y amenazador. El copiloto, que se había hecho cargo de la navegación, lo señaló mientras descendían. Allí estaba el aeródromo, unas cabañas destartaladas, dos hangares y la vieja torre de control.

—Aeródromo de Ardmurchan. Rescate aéreo en el mar durante la guerra.

Se hallaba situado en el extremo más alejado del lago, con respecto al castillo, y al virar para aterrizar Hannah observó una vieja camioneta que se aproximaba. Finalmente, el Lear se detuvo sobre la pista y los dos pilotos, pertenecientes a la RAF, bajaron con Hannah para estirar un poco las piernas. El copiloto, teniente de vuelo Lacey, dijo:

—Regrese del más allá, inspectora jefe, y no cometa errores.

—Será mejor que se acostumbre a esto, teniente de vuelo. Tengo la impresión de que volveremos por aquí —dijo ella, y se alejó hacia la camioneta.

El conductor era un hombre que llevaba gorra y chaqueta de *tweed* y mostraba un rostro rubicundo, abotagado de tanto whisky.

—Soy Angus, señorita. Su señoría me ha enviado a recogerla.

—Mi nombre es Bernstein —dijo ella. Subió al asiento del pasajero y, cuando ya se alejaban, añadió—: No sabe lo mucho que me entusiasma estar aquí.

—¿Y por qué tanto entusiasmo, señorita? —preguntó él.

—Oh, mi abuelo conoció al viejo *laird* durante la guerra, al mayor Campbell. Sirvieron juntos en el Extremo Oriente, con lord Mountbatten.

—Ah, eso es algo que desconozco por completo, señorita. Sólo tengo sesenta y cuatro años, así que lo único que me tocó hacer fue el servicio nacional, y eso ocurrió en el cuarenta y ocho.

—Entiendo. Recuerdo que mi abuelo me comentó que el *laird* tenía un ordenanza que también era de por aquí, un tal cabo Tanner. ¿Le conoció?

—Desde luego que sí, señorita. Dirigió esta propiedad durante varios años. Se fue a visitar a su hija en Nueva York y murió allí hace apenas unos días.

—Qué pena.

—La muerte nos visita a todos, tarde o temprano —entonó el hombre.

Era como una frase extraída de una mala obra de teatro, sobre todo pronunciada con aquel fuerte acento escocés de las Highlands. Ella guardó silencio y poco después cruzaron las altas y viejas puertas de hierro y se detuvieron junto a una casa.

Lady Katherine Rose era vieja y tenía aspecto de cansancio, que se observaba en su rostro arrugado, mientras permanecía allí sentada, sobre la mecedora, con una manta sobre las rodillas. El salón en el que recibió a Hannah estaba agradablemente amueblado, y la mayoría de los objetos eran evidentemente antiguos. Había un fuego encendido en la chimenea, pero, sin embargo, la puerta cristalera estaba abierta.

—Espero que no le importe, querida —le dijo a Hannah—. Necesito el aire fresco, ¿sabe? Mi pecho ya no es lo que solía ser.

Una mujer de aspecto agradable y algo obesa, de unos cincuenta años de edad, trajo té y unas pastas en una bandeja, que dejó sobre la mesa de caoba.

—¿Quiere que lo sirva? —preguntó con un fuerte acento de las Highlands, como el del propio Angus.

—No te hagas la remolona, Jean. Estoy segura de que la señorita Bernstein es perfectamente capaz de servirlo ella misma. Ya puedes retirarte.

Jean sonrió, recogió un chal que se había deslizado hasta el suelo y lo colocó alrededor de los hombros de la anciana. Hannah se encargó de servir el té.

—De modo que su jefe es el brigadier Charles Ferguson —dijo lady Katherine—. ¿No fue eso lo que me dijo?

—Sí. Se preguntaba si habría una posibilidad de alquilar el pabellón Ardmurchan para la temporada de caza. Me puse en contacto con su agente inmobiliario en Londres, pero se me dio a entender que el castillo ya había sido alquilado.

—En efecto, y nada menos que por un príncipe árabe, un hombre amable con varios hijos que no dejan de agobiarme. Ese hombre es demasiado generoso. No deja de enviarme comida que no puedo comer y botellas de Dom Perignon que no puedo beber.

Hannah dejó su taza de té sobre una mesita contigua.

—Sí, me han dicho que se alojará aquí durante otro mes y que después llegará un caballero de Estados Unidos.

—Sí, un tal señor Morgan. Escandalosamente rico. He visto su fotografía en la revista *Tatler* jugando al polo con el príncipe Carlos. Su abogado voló en un jet hasta aquí para verme, como usted. Ha alquilado el castillo por tres meses. —No se molestó en tomar el té —. Hay cigarrillos en esa tabaquera de plata. Alcánceme uno, querida, y sírvase usted misma si quiere. —Sostuvo el cigarrillo con una mano temblorosa—. Ah, esto está mejor —dijo tras inhalar—. Me aclara el pecho. Bueno, vayamos al asunto. El pabellón Ardmurchan está Ubre y dispone de plenos derechos de caza. Allí se encuentran venados, perdices escocesas el mes que viene, y luego pesca. Hay dos cuartos de baño y cinco dormitorios. Podría facilitar incluso la servidumbre.

—No hay necesidad de eso. El brigadier tiene un sirviente masculino que también le prepara la comida.

—Es muy conveniente. ¿Y usted vendrá también?

—Al menos durante una parte del tiempo.

—El brigadier tiene que ser tan rico como ese estadounidense, con sus aviones privados y todo eso. ¿A qué se dedica?

—A diversas cosas, pero siempre en un ambiente internacional. —Tras contestar, Hannah se apresuró a continuar—. Le estaba diciendo a su jardinero lo mucho que me entusiasma estar aquí. Oí hablar por primera vez del castillo Loch Dhu a mi abuelo, cuando yo era muy pequeña. Fue oficial durante la Segunda Guerra Mundial, y sirvió en el equipo de lord Mountbatten, en el Extremo Oriente. —Inventaba al tiempo que hablaba—. Gort era su nombre, coronel Edward Gort. Quizá su hermano le habló de él.

—Me temo que no, querida. Ian sufrió un terrible accidente aéreo en la India, en el año cuarenta y cuatro. Salvó la vida únicamente gracias al valor de su ordenanza, Jack Tanner, un hombre que se había criado con él aquí mismo. Mi hermano estuvo hospitalizado durante muchos años. Sufrió daños en el cerebro, ¿comprende? Ya nunca volvió a ser el mismo. Jamás hablaba de la guerra. Si quiere que le sea sincera, el pobre nunca hablaba gran cosa sobre nada. Quedó bastante incapacitado.

—Qué trágico —dijo Hannah—. Mi abuelo no me dijo nada de eso. Por lo que tengo entendido, la última vez que lo vio fue en China.

—Eso tuvo que haber sido antes del accidente.

Hannah se levantó y se sirvió más té en su taza.

—¿Quiere que le acerque algo?

—Otro cigarrillo, querida. Es mí único vicio y, a mi edad, ¿qué importa?

Hannah así lo hizo y luego se acercó a la puerta cristalera y desde allí observó la terraza de la gran mansión, en la distancia.

—Tiene un aspecto maravilloso. Almenas y torres, tal como me había imaginado que sería. —Se volvió hacia la anciana—. Soy una romántica perdida. Lo que me intrigaba era la idea del *laird* del clan, como mi abuelo me lo describió. Gaitas y kilts y toda esa clase de cosas. —Regresó al asiento—. Ah, y también había otro detalle muy romántico en lo que me contó. Me dijo que el mayor Campbell siempre llevaba consigo una biblia de plata, con el blasón de la familia. La llevaba en Dunkerke, pero según me dijo la llevaron

consigo todos los Campbell que entraron en combate a lo largo de los siglos.

—Y tiene razón —asintió la anciana—. Esa biblia estaba en el bolsillo de Rory Campbell cuando murió en la batalla de Culloden, mientras luchaba del lado del príncipe Charlie. Pero es interesante que mencione una cosa así. No he pensado en esa biblia desde hace años. Supongo que tuvo que haberse perdido cuando se produjo el accidente del avión.

—Comprendo —asintió Hannah cuidadosamente.

—Desde luego, de aquello no sobrevivió nada, excepto el pobre Ian y Jack Tanner, claro. —Emitió un suspiro—. Precisamente, el otro día me enteré de que el pobre Jack había muerto en Nueva York, donde se encontraba para visitar a una hija suya. Era un buen hombre. Dirigió los asuntos de la propiedad para mí durante muchos años. El nuevo hombre que se encarga de eso ahora, Murdoch, me da muchos dolores de cabeza. Ya sabe cómo son los de su clase. Ha estudiado gestión de grandes propiedades, y cree saberlo todo.

Hannah asintió con un gesto y se levantó.

—Bien, entonces, ¿podemos disponer del pabellón Ardmurchan?

—Cuando guste. Déjeme los detalles y le pediré a Murdoch que le envíe un contrato.

Hannah ya se había preparado para esa eventualidad. Sacó un sobre que llevaba en el bolso y lo dejó sobre la mesa.

—Aquí tiene. La oficina del brigadier está en Cavendish Square. Y ahora, si me lo permite, encontraré a Angus y le pediré que me lleve de regreso a mi avión.

—Lo encontrará en el jardín.

Hannah se acercó a la anciana y le estrechó la mano, que estaba fría y fláccida.

—Adiós, lady Katherine.

—Adiós, querida. Es usted una joven muy encantadora.

—Gracias.

Se volvió hacia la puerta cristalera y lady Katherine dijo:

—Es una extraña coincidencia. Cuando el abogado estuvo aquí también me preguntó por esa biblia. Me dijo que el señor Morgan había mencionado que leyó algo sobre ella en una revista estadounidense que publicó un artículo sobre leyendas de las

Highlands. ¿No le parece extraordinario?

—Desde luego, sí que lo es —contestó Hannah—. Tuvo que haberse sentido desilusionado al no poderla ver.

—Esa misma impresión fue la que tuve —asintió la mujer con una sonrisa—. Adiós, querida.

Hannah encontró a Angus, que trabajaba en el jardín.

—¿Preparada para marcharse, señorita? —preguntó.

—Así es.

Cuando se dirigían hacia la parte delantera de la casa llegó un Range Rover, del que descendió un hombre alto, de aspecto saturnino, con una chaqueta de caza y un gorro de cazador de ciervos. La miró inquisitivamente.

—Es la señorita Bernstein —le dijo Angus—. Ha venido a ver a la señora.

—En nombre de mi jefe, el brigadier Charles Ferguson —dijo Hannah—. Lady Katherine ha accedido a alquilamos el pabellón Ardmurchan.

El hombre frunció el ceño.

—No me dijo nada al respecto. —Vaciló y finalmente extendió la mano—. Soy Stewart Murdoch. Me ocupo de dirigir la propiedad de lady Katherine.

—Acabo de hablar con ella esta misma mañana.

—Eso lo explica todo. He estado dos días en Fort Williams.

—Le he dejado todos los detalles y espero recibir pronto el contrato. —Le dirigió una sonrisa de despedida y subió a la camioneta—. Y ahora tengo que darme prisa. Hay un Lear que me espera en Ardmurchan. Estoy segura de que volveremos a vemos.

Angus se instaló ante el volante y el vehículo se alejó. Murdoch les observó y luego, con el ceño fruncido, entró en la casa.

El Lear despegó, ascendió con una fuerte inclinación y alcanzó los treinta mil pies de altura con bastante rapidez. Hannah comprobó su reloj. Eran algo más de las dos de la tarde. Con un poco de suerte estaría en Gatwick a las tres y media, antes si había viento de cola. Tardaría otra hora en llegar al Ministerio de Defensa. Tomó el teléfono interior y le pidió al copiloto que le pusiera en comunicación con Ferguson.

La voz del brigadier sonó clara y aguda.

—¿Ha sido un buen viaje?

—Excelente, señor, y el alquiler de Ardmurchan Lodge está prácticamente acordado. No ha habido suerte con la biblia. La dama no la ha visto desde hace años. Siempre imaginó que se había perdido en el accidente aéreo.

—Bueno, nosotros sabemos que no fue así, ¿verdad?

—Da la impresión de que nos encontramos ante una especie de caza del tesoro en un fin de semana, señor.

—Querrá decir que eso es lo que hará Morgan, inspectora jefe.

—¿Cómo vamos a llevar este asunto?

—No lo sé. Ya se me ocurrirá algo. Regrese a casa, inspectora jefe. La veré en mi despacho.

Colgó el teléfono, se preparó una taza de café instantáneo y volvió a sentarse para leer una revista.

Cuando Hannah llegó al ministerio encontró a Ferguson que caminaba de un lado a otro del despacho.

—Ah, ya está aquí. Empezaba a desesperarme —dijo irrazonablemente—. Y no se moleste en quitarse el abrigo. No podemos hacer esperar al primer ministro.

Tomó el abrigo del perchero, recogió su bastón de Malaca y salió, seguido apresuradamente por Hannah, algo extrañada ante tanta prisa.

—Pero ¿qué sucede, señor?

—He hablado hace un rato con el primer ministro y me ha dicho que deseaba vernos en cuanto usted regresara. Así que démonos prisa.

El Daimler franqueó sin dilación las puertas de seguridad situadas al extremo de Downing Street. Luego, la más famosa puerta del mundo se abrió en cuanto bajaron del coche. Un ayudante se hizo cargo de sus abrigos y los hizo subir por la escalera, ante los retratos de los primeros ministros anteriores, y a lo largo del pasillo. Luego, llamó suavemente a la puerta del despacho del gran hombre.

Entraron, la puerta se cerró tras ellos y el primer ministro levantó la mirada.

—Brigadier.

—Me permito presentarle a la inspectora jefe Hannah Bernstein, señor primer ministro. Es mi ayudante.

—Inspectora jefe —dijo el primer ministro con un gesto de saludo—. Naturalmente, me he sentido más que intrigado por su

llamada telefónica de esta mañana. Y ahora, cuénteme todo lo que haya descubierto hasta el momento de este asunto.

Ferguson así lo hizo, sin omitir nada. Una vez que hubo terminado, el primer ministro se volvió hacia Hannah.

—Hábleme de su visita a ese lugar.

—Desde luego, señor primer ministro.

Cuando Hannah hubo terminado el relato, él preguntó:

—¿No existe ninguna posibilidad de que lady Katherine pueda estar equivocada?

—Absolutamente ninguna, señor primer ministro. Se mostró firme al afirmar que no había visto la biblia desde hacía varios años.

Se produjo un silencio, mientras el primer ministro reflexionaba al respecto.

—¿Qué desea que hagamos? —preguntó Ferguson finalmente.

—Encontrar esa biblia antes de que la encuentren ellos, brigadier. Ya tenemos suficientes problemas con Hong Kong. Eso está terminado, nos marchamos y no hay más que hablar. Y si existe ese documento, hay que encontrarlo y quemarlo con rapidez. No deseo meter en esto a los chinos. Tendríamos que pagarlo muy caro, y también será mejor mantener al margen a nuestros primos de Estados Unidos.

Fue Hannah quien tuvo la temeridad de intervenir.

—¿Cree realmente que todo esto es cierto, señor primer ministro, que ese documento existe?

—Me temo que sí. Después de que el brigadier me llamara esta mañana, he hablado con cierto caballero muy distinguido, que ya tiene casi noventa años, y que en otros tiempos fue un personaje importante en el ministerio de Colonias, durante la guerra. Me dice que hace muchos años oyó rumores acerca del Convenio de Chungking. Al parecer, el asunto se consideró como un mito.

—¿Qué desea exactamente que hagamos sobre el particular, señor primer ministro?

—No podemos pedirle al príncipe Ali ben Yusef permiso para registrar la mansión, y tampoco podemos enviar allí a unos simples ladrones.

—Se marcha dentro de cuatro semanas, y Morgan se instalará allí inmediatamente después —dijo Hannah.

—Eso es lo que hará, ¿verdad? Y una vez que se haya instalado dispondrá de tiempo y podrá hacer lo que quiera. —El primer ministro miró a Ferguson—. Pero usted estará en ese Ardmurchan Lodge para vigilar cómo van las cosas. ¿Qué se propone hacer?

—Improvisar, señor —contestó Ferguson con una sonrisa.

El primer ministro le devolvió la sonrisa.

—Suele ser usted bastante bueno en eso. Ocúpese de ello, brigadier; no me deje colgado en este asunto. Y ahora, les ruego que me disculpen.

Cuando volvieron a instalarse en el asiento trasero del Daimler, Hannah preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Llegaremos a Ardmurchan Lodge justo antes que Morgan, dentro de tres a cuatro semanas. Mientras tanto, deseo tenerlo vigilado. Utilice todos los contactos internacionales de policía. Deseo saber adónde va y qué hace.

—Estupendo.

—Bien, y ahora permítame invitarla a cenar. Creo que lo conveniente es en Blooms, en Whitechapel. No puede rechazar esa invitación, inspectora jefe. Es el más exquisito restaurante judío de Londres.

Tras haber salido del Ministerio de Defensa, Dillon se limitó a tomar un taxi hasta Stable Mews, no muy lejos del piso de Ferguson, en Cavendish Square. Disponía allí de una pequeña casa de dos habitaciones, al final de un patio empedrado. Cuando llegó, el dolor había vuelto con bastante intensidad, así que tomó una de las pastillas de morfina que Bellamy le había recetado y se tumbó en la cama.

Se sintió evidentemente asombrado cuando despertó de repente y se dio cuenta de que ya había anochecido. Se levantó, fue al cuarto de baño y se echó agua sobre la cara. La imagen reflejada en el espejo ofrecía un aspecto terrible. Se estremeció y bajo la escalera. Comprobó la hora. Eran las siete y media. Realmente, necesitaba comer algo. Lo sabía y, sin embargo, la perspectiva de comer le repugnaba.

Quizás un paseo le ayudara a aclarar la cabeza. Luego, encontraría un café donde tomar algo. Abrió la puerta principal. La lluvia caía suavemente, como una fina capa a través de la luz de la

farola de la esquina. Se puso la chaqueta, consciente del peso de la Walther y se detuvo por un momento, planteándose si debía dejarla en casa o no, pero aquel maldito artilugio había formado parte de él durante demasiado tiempo. Encontró una vieja gabardina Burberry y un paraguas negros y se aventuró al exterior.

Caminó de una calle a otra, y sólo se detuvo en una ocasión para entrar en un pub y tomar un brandy doble y un trozo de empanada de cerdo, tan nauseabunda que apenas un bocado fue suficiente para hacerle sentir deseos de vomitar.

Continuó su paseo, sin rumbo fijo. Ahora había algo de niebla, que parecía hacerse más espesa al fondo de la calle, lo que daba la sensación de hallarse encerrado, como si se encontrara en su propio mundo íntimo. Experimentó una vaga sensación de alarma, probablemente debido a la paranoia producida por la droga y en algún lugar, en la distancia, el Big Ben dio las once, con el sonido curiosamente amortiguado por la niebla. Luego, se produjo un silencio en el que resonó el inconfundible sonido de la sirena de niebla de un barco que avanzaba por el río. Se dio cuenta entonces de que debía de estar cerca del río.

Dobló por otra calle y se encontró junto al río. En la esquina había una tienda todavía abierta. Entró y compró un paquete de cigarrillos, que le sirvió un joven paquistaní.

—¿Hay por aquí algún café cercano? —preguntó Dillon.

—Hay muchos en High Street, pero si prefiere algo de comida oriental puede ir al Dragón Rojo, justo en la esquina del muelle China.

—Un nombre muy interesante —dijo Dillon, que encendió un cigarrillo con mano temblorosa.

—Los clippers que transportaban el té solían atracar allí en los viejos tiempos del comercio con China. —El joven vaciló un momento y finalmente preguntó—: ¿Se encuentra usted bien?

—Nada de lo que preocuparse, sólo que acabo de salir del hospital —contestó Dillon—. Pero ha sido usted muy amable al preguntar.

Caminó a lo largo de la calle y pasó junto a unos grandes almacenes. Ahora, llovía con más fuerza. Entonces, dobló la esquina y vio un dragón de tres metros, en neón rojo, que brillaba a través de la lluvia. Cerró el paraguas, abrió la puerta y entró.

El local era alargado y estrecho, con paredes cubiertas con paneles de madera oscura, una barra de caoba pulida y un par de docenas de mesas, cubiertas con agradables manteles de lino blanco. Había expuestos una serie de objetos, pequeñas figuras, y unas acuarelas chinas colgaban de la pared.

Sólo había un cliente, un chino de por lo menos de sesenta años de edad, calvo, con un rostro redondeado y de aspecto enigmático. Debía de tener poco más de un metro cincuenta de estatura y era muy grueso, lo que, a pesar del traje de tela de gabardina que llevaba, le daba un extraño parecido a una estatua de bronce de un buda que estuviera presente en un rincón del local. Comía un plato de jibia con verduras troceadas y se llevaba la comida a la boca con un tenedor muy occidental. Ignoró por completo la presencia de Dillon.

Tras la barra se encontraba una joven china. Llevaba una flor en el cabello y un *cheongsam* de seda negra, bordado con un dragón rojo, gemelo del que había visto en el exterior.

—Lo siento, señor —le dijo en un inglés perfecto—. Acabamos de cerrar.

—¿Hay alguna posibilidad de tomar una copa rápida? —preguntó Dillon.

—Me temo que sólo tenemos permiso para servir en las mesas.

Era una joven muy hermosa, con el cabello negro y la piel pálida, unos ojos oscuros y vigilantes y pómulos altos. Dillon sintió deseos de extender la mano hacia ella y tocarla. Entonces, el dragón rojo de su vestido oscuro pareció cobrar vida, como si se ondulara. Cerró los ojos y se aferró a la barra.

En cierta ocasión, en el Mediterráneo, durante un trabajo de buceo que hizo para los israelíes en el que había que hundir dos lanchas rápidas de la OLP que habían intervenido en el desembarco de terroristas por la noche, en Israel, se quedó sin aire a quince metros de profundidad. Al salir medio muerto a la superficie experimentó la misma sensación que ahora, como si surgiera a la luz procedente de lugares muy oscuros.

El hombre grueso lo sujetó con una mano sorprendentemente fuerte y lo hizo sentarse. Dillon respiró profundamente varias veces y luego sonrió.

—Lo siento mucho. He estado enfermo durante algún tiempo, y

probablemente he caminado demasiado esta noche.

La expresión del hombre grueso no se alteró lo más mínimo, y la joven dijo en cantonés:

—Yo me ocuparé de esto, tío. Termina de cenar.

Dillon, que hablaba cantonés bastante bien, escuchó con interés al hombre, que preguntó:

—¿Crees que vendrán aún, sobrina?

—¿Quién sabe? Son la peor clase de demonios extranjeros, como el pus de una herida infectada. Sin embargo, dejaré la puerta abierta un rato más. —Luego, se volvió sonriente a Dillon—. Le ruego que me disculpe. Mi tío habla muy poco inglés.

—No se preocupe. Si sólo pudiera permanecer sentado aquí durante un rato…

—¿Café? —preguntó la joven—. Muy negro y con una buena dosis de brandy.

—Ah, que Dios nos salve a todos. El brandy está muy bien, pero ¿no tendrías una taza de té, cariño? Casi me crié con eso.

—Algo que tenemos en común.

Ella le sonrió, se dirigió hacia la parte posterior de la barra y tomó una botella de brandy y una copa. En ese momento, se oyó el sonido de un coche que se detenía fuera. La joven se quedó quieta un instante y luego se dirigió hacia el extremo de la barra y miró al exterior por la ventana.

—Están aquí, tío.

Al rodear el extremo de la barra, la puerta se abrió y entraron cuatro hombres. El que los dirigía tenía un metro ochenta de estatura y un rostro de aspecto duro y anguloso. Llevaba un abrigo cruzado que parecía muy caro. Sonrió agradablemente.

—Aquí estamos de nuevo —dijo—. ¿Me lo habéis conseguido?

El acento era inconfundiblemente de Belfast.

—Ha perdido lamentablemente el tiempo, señor McGuire —contestó la joven—. Aquí no hay nada para usted.

Dos de sus compañeros eran negros. El cuarto era un albino con las pestañas tan rubias que eran casi transparentes.

—No nos plantees ningún problema, cariño —dijo—. Hemos sido muy buenos con vosotros. ¿Uno de los grandes a la semana por un lugar como éste? Vamos, yo diría que podríais permitíroslo con bastante facilidad.

—Ni un penique —dijo ella negando con un gesto de la cabeza.

McGuire emitió un suspiro, le arrancó la botella de brandy de la mano y la arrojó contra el espejo del bar, destrozando el cristal.

—Esto no es más que el aperitivo. Ahora te toca a ti, Terry.

El albino se movió con rapidez. Su mano derecha encontró el cuello alto del vestido de seda de la joven, lo rasgó hasta la cintura y dejó al descubierto sus pechos. La atrajo hacia sí y tomó uno de los pechos con una mano.

—Fíjate, ¿qué tenemos aquí?

El hombre grueso se había puesto de pie, y Dillon empujó una silla para bloquearle el paso.

—Quédese al margen de esto, tío. Yo me ocuparé —le dijo en cantonés.

Los cuatro hombres se volvieron rápidamente hacia Dillon. McGuire todavía sonreía.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Un héroe?

—Suéltala —le dijo Dillon.

Terry sonrió y apretó más a la chica contra su cuerpo.

—No, me gusta demasiado.

Toda la frustración, la cólera y el dolor de las últimas semanas le subieron a Dillon hasta la boca, como la bilis. Sacó la Walther y disparó a ciegas, terminando por romper lo que quedaba del espejo de la barra.

Terry soltó a la muchacha, que se apartó de él, tambaleante.

—Mira su mano. No hace más que temblar.

McGuire no mostró la menor señal de temor.

—Ese acento suyo hace que me sienta como en casa —dijo.

—Te lo advierto, viejo —le dijo Dillon—. Para mí no hay ninguna diferencia entre Shankhill y Falls Road. Y ahora, deja aquí tu cartera, sobre la mesa.

McGuire no vaciló y la arrojó sobre la mesa. Estaba repleta de billetes.

—Por lo que veo, habéis hecho vuestra ronda —dijo Dillon—. Esto será suficiente para pagar los daños.

—Eh, hay casi dos de los grandes ahí —protestó Terry.

—Cualquier cosa que supere lo que valgan los daños irá a parar a manos de las viudas y los huérfanos. —Dillon miró a la muchacha —. No viene la policía por aquí, ¿verdad?

—No, no viene la policía.

Por detrás de ella se abrió la puerta de la cocina y aparecieron dos camareros y un cocinero. Los camareros llevaban grandes cuchillos de carnicero. El cocinero blandía con firmeza una cuchilla de cortar carne.

—Yo, en vuestro lugar, me largaría de aquí —aconsejó Dillon—. Estas gentes pueden llegar a ser bastante violentas si se les provoca.

Poco después, oyeron el coche ponerse en marcha y alejarse. La poca fuerza que había tenido Dillon le abandonó ahora por completo. Se hundió en la silla y volvió a guardar la Walther.

—Ahora sí que me vendría muy bien ese brandy.

La muchacha estaba enojada, eso era lo más extraño de todo. Se volvió en redondo, apartó a los camareros de un empujón y desapareció en la cocina.

—¿He hecho algo malo? —preguntó Dillon mientras los camareros la seguían.

—No es nada —dijo el hombre grueso—. Está enfadada. Permítame que yo mismo le sirva el brandy.

Pasó al otro lado de la barra, tomó una nueva botella de brandy y dos copas, regresó junto a la mesa y se sentó.

—Me ha hablado en perfecto cantonés. ¿Ha visitado China con frecuencia?

—Unas cuantas veces, pero no con frecuencia. Principalmente, he ido Hong Kong.

—Fascinante. Yo soy de Hong Kong, lo mismo que mi sobrina. Me llamo Yuan Tao.

—Sean Dillon.

—Es usted irlandés y visita Hong Kong de vez en cuando y, sin embargo, su cantonés es excelente. ¿Cómo es eso?

—Bueno, así son las cosas. Algunas personas son capaces de realizar mentalmente complicadas operaciones matemáticas, incluso más rápidamente que un ordenador.

—¿De veras?

—Yo soy así, pero con los idiomas. Parece como si los absorbiera. —Dillon bebió un poco de brandy—. Imagino que esa gente ya ha estado antes por aquí, ¿verdad?

—Yo también lo creo así. En realidad, llegué ayer mismo. Por lo que tengo entendido, han planteado sus exigencias desde hace

varias semanas, tanto aquí como en otros lugares.

La muchacha regresó. Ahora llevaba pantalones y un suéter. Todavía estaba enfadada. Ignoró a su tío y miró fijamente a Dillon.

—¿Qué busca usted aquí?

—Le debemos mucho al señor Dillon —la amonestó Yuan Tao al ver su actitud.

—No le debemos nada, y ahora lo ha echado todo a perder. ¿Ha sido una simple coincidencia que haya entrado aquí?

—Por muy extraño que le parezca, así es —contestó Dillon—. Querida, la vida está llena de coincidencias.

—¿Y qué clase de hombre lleva un arma de fuego en Londres? No puede ser sino otro criminal.

—Jesús —le dijo Dillon a Yuan Tao—, qué lógica la suya. Podría ser un policía o un vigilante que se dedica a erradicar criminales, a la manera de Charles Bronson. —El brandy se le había subido a la cabeza y se levantó—. Seguiré mi camino. Ha sido divertido.

Y salió del local antes de que pudieran impedírselo.

5

Dillon se sentía cansado, muy cansado, y la calzada parecía moverse bajo sus pies. Siguió la calle, que le llevó a lo largo del Támesis. Se quedó de pie, apoyado sobre una barandilla, mientras contemplaba fijamente la niebla, consciente de que otro barco se movía por allí. Se sentía confuso, las cosas parecían suceder a su alrededor como en cámara lenta, y no se dio cuenta de que había alguien tras él hasta que un brazo se deslizó alrededor de su cuello y le interrumpió el aire. Una mano se introdujo en el interior de la chaqueta y encontró la Walther. Luego, Dillon se vio empujado contra la barandilla, se quedó allí por un momento y finalmente se dio la vuelta y dio un paso adelante.

Terry, el albino, estaba allí. Sostenía la Walther.

—Así pues, aquí estamos de nuevo.

Una limusina negra se detuvo junto a la acera. Dillon fue medio consciente de que había alguien más a su espalda, respiró profundamente y reunió todos sus recursos. Balanceó el pie derecho hacia delante, golpeó la mano de Terry y la Walther cayó por encima de la barandilla, al Támesis. Luego, lanzó la cabeza hacia atrás, y le aplastó la nariz al hombre que tenía a su espalda. Finalmente, echó a correr por la calzada. Dobló una esquina y se encontró en un muelle desierto, bloqueado por altas puertas cerradas con grandes candados.

Al volverse, llegó la limusina y todos parecieron acercársele al mismo tiempo. El primer hombre llevaba una barra de hierro, que resonó metálicamente cuando golpeó contra la puerta, al tiempo que Dillon se dejaba caer y rodaba desesperadamente para evitar las patadas que llovían sobre él. Luego, lo levantaron y lo sujetaron contra las puertas.

McGuire se encontraba de pie junto a la limusina, encendiendo un cigarrillo.

—Tú te lo has buscado, amigo. Realmente, tú mismo te lo has buscado. Está bien, Terry, hazlo rodajas.

La mano de Terry salió de uno de sus bolsillos. Sostenía una navaja de afeitar, de modelo antiguo, que se abrió al tiempo que él se adelantaba. Mantuvo una actitud completamente tranquila y la hoja de la navaja relampagueó con un tono opaco a la luz de una farola. En alguna parte, un grito resonó desafinadamente en el aire húmedo. Terry y McGuire se volvieron en redondo y Yuan Tao surgió de entre la llovizna.

La chaqueta de su traje de tela de gabardina estaba empapada y, de algún modo, parecía diferente y se movía con una extraña actitud implacable, como si nada pudiera detenerle.

—Por el amor de Dios —exclamó McGuire—. Acaba de una vez con sus miserias.

El hombre que sostenía la barra de hierro rodeó la limusina y se abalanzó sobre Yuan Tao, con la barra en alto. El chino se limitó a detener el golpe con el antebrazo izquierdo, sin que éste le produjera ningún efecto aparente. En ese mismo instante, su puño derecho efectuó un corto movimiento giratorio que terminó bajo la clavícula del hombre, que se derrumbó como una piedra, sin producir el menor sonido.

Yuan Tao se inclinó apenas un segundo sobre él y McGuire rodeó rápidamente la limusina y le lanzó una patada. El viejo atrapó el pie aparentemente sin el menor esfuerzo y se lo retorció de tal forma que Dillon juraría haber oído el crujido del hueso al romperse. Luego, lo levantó y arrojó a McGuire por encima del capó del coche. Quedó tendido sobre la calzada, sin dejar de gemir. Yuan Tao rodeó la limusina, con una expresión muy serena en el rostro y el hombre que sostenía a Dillon desde atrás lo soltó y echó a correr.

Terry, en cambio, aún llevaba en la mano la navaja de afeitar.

—Está bien, gordinflón, tú serás el primero.

—¿Qué te parece si te ocupas antes de mí, bastardo? —preguntó Dillon.

Cuando Terry se dio media vuelta le propinó un fuerte puñetazo en la boca, en el que puso todo lo que le quedaba de energía.

Terry quedó tumbado, lanzando maldiciones y sangre por la

boca, y Yuan Tao le propinó una patada en la mano y alejó la navaja de su alcance. Una camioneta dobló por la calle y se detuvo. Al tiempo que el cocinero descendía, los dos camareros aparecieron por la esquina, sosteniendo al hombre que había huido corriendo.

—Yo les diría que lo dejaran de una pieza —dijo Dillon en cantonés—. Lo necesitará para que se lleve a todos éstos.

—Un comentario excelente —asintió Yuan Tao—. Al menos, usted sí que continúa de una pieza.

—Sólo por poco. Empiezo a comprender por qué se molestó tanto su sobrina. Presumiblemente, lo que en realidad esperaban era a que apareciera McGuire, ¿me equivoco?

—Volé especialmente desde Hong Kong para tener ese placer. Su Yin, mi sobrina, me envió un telegrama pidiendo mi ayuda. Es una cuestión de familia. Me resultó difícil emprender el viaje. Me encontraba en un período de retiro, en uno de nuestros monasterios.

—¿Monasterios? —preguntó Dillon.

—Debería explicárselo, señor Dillon. Soy un monje de Shaolin, si sabe usted lo que es eso.

Dillon se echó a reír convulsivamente.

—Desde luego que lo sé. Si McGuire lo hubiera sabido… Supongo que eso quiere decir que es usted un maestro en kung fu, ¿verdad?

—Maestro negro, señor Dillon, nuestro grado superior. He estudiado durante toda mi vida. Creo que me quedaré por aquí durante dos o tres semanas más para asegurarme de que no habrá más problemas.

—Yo, en su lugar, ya no me preocuparía más. Creo que ahora lo han entendido.

McGuire, Terry y uno de los dos negros yacían todavía sobre la calzada, y el cocinero y los dos camareros trajeron al cuarto. Yuan Tao se les acercó y les habló en cantonés. Finalmente, se volvió hacia Dillon.

—Ellos se ocuparán de arreglar las cosas aquí. Su Yin espera en su coche, junto al restaurante.

Regresaron a pie, doblaron la esquina y encontraron un sedán oscuro aparcado bajo el Dragón Rojo. Al acercarse, ella bajó del coche.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó a Dillon en cantonés,

ignorando a su tío.

—Ahora sí.

—Siento mucho mi comportamiento. —Se inclinó ante él—. Merezco un castigo, tal como indicó mi honorable tío. Le ruego que me disculpe.

—No hay nada que disculpar —le dijo Dillon.

Desde la dirección del río llegó hasta ellos un grito. La joven se volvió hacia su tío.

—¿Qué ha sido eso?

—El pequeño gusano del pelo blanco, el que te avergonzó delante de nosotros. Les dije que le cortaran la oreja derecha.

El rostro de Su Yin no se alteró lo más mínimo.

—Te lo agradezco, tío. —Se inclinó de nuevo y se volvió hacia Dillon—. Vendrá ahora con nosotros, señor Dillon —le dijo, ahora en inglés.

—Querida muchacha, no me lo perdería por nada del mundo —asintió Dillon, que subió a la parte trasera del coche.

—Si ha estudiado judo o kárate, habrá oído hablar del *kiai*, el poder que hace a un hombre capaz de obrar milagros de fortaleza. Sólo los más grandes maestros lo adquieren y sólo después de muchos años de entrenamiento y disciplina, tanto mental como física.

—Pues usted, desde luego, lo ha adquirido —dijo Dillon—. Todavía veo esa barra de hierro que pareció rebotar sobre su antebrazo.

Se hallaba metido hasta el cuello en un baño de agua tan caliente que el sudor le corría por la frente. Yuan Tao estaba en cuclillas, apoyado contra la pared, cubierto por una vieja túnica. Le miraba a través del vapor.

—En cierta ocasión —siguió diciendo Dillon—, en Japón, me llevaron a ver a un hombre de ochenta años, un sacerdote zen que tenía brazos como palos. Creo que no debía de pesar más de cuarenta y cinco kilos. Permaneció sentado todo el rato, mientras dos cinturones negros de kárate le atacaban una y otra vez.

—¿Y qué ocurrió?

—Se los quitó de en medio sin el menor esfuerzo. Más tarde me dijeron que ese poder surgía de lo que ellos llamaban el *tanden*, o segundo cerebro.

—Que sólo se puede lograr mediante años y años de meditación. Todo esto es un desarrollo del antiguo arte chino de boxeo del templo Shaolin. Llegó de la India en el siglo sexto, junto con el budismo zen, y fue desarrollado por los monjes del templo de Shaolin, en la provincia de Hohan.

—¿No es ése un juego bastante rudo para unos sacerdotes? Quiero decir, yo tenía un tío, un sacerdote católico, que me enseñó a boxear con los puños desnudos cuando era un muchacho y que me convirtió en un buen boxeador cuando era joven, pero esto…

—Nosotros tenemos un dicho. Un hombre sólo evita la guerra preparándose para ella. Los monjes aprendieron esa lección. Hace siglos, los miembros de mi familia aprendieron el arte y lo transmitieron. A lo largo de los siglos, mis antepasados han luchado contra los criminales en nombre de los pobres, e incluso contra las fuerzas del emperador cuando fue necesario. Servimos a nuestra sociedad.

—¿Cree que la sociedad de la Tríada está implantada aquí? —preguntó Dillon—. Estaba convencido de que eso no era más que una especie de versión china de la Mafia.

—Lo mismo que la Mafia, iniciaron sociedades secretas para proteger a los pobres contra los ricos terratenientes y, lo mismo que la Mafia, se han corrompido con el paso de los años, aunque no todos.

—He leído algo sobre todo eso —asintió Dillon—. ¿Me está diciendo que forma usted parte de la Tríada?

—Lo mismo que mis antepasados, soy un miembro del Aliento Secreto, la más antigua de todas, fundada en Hohan en el siglo dieciséis. Pero, a diferencia de otras, mi sociedad no se ha dejado corromper. Soy un monje de Shaolin, también tengo intereses empresariales, y no hay nada de malo en eso, pero no permito que ningún hombre me aparte de mi camino.

—¿De modo que todo esto y su capacidad para la lucha le ha sido entregado?

—Naturalmente. Hay muchos métodos, muchas escuelas, pero no son nada sin el
ch'i
.

—¿Y qué es eso?

—Una energía especial. Cuando se acumula, justo por debajo del ombligo, posee una fuerza elemental infinitamente más poderosa que la fuerza física por sí sola. Significa que un puño no es más que un agente enfocado. No hay necesidad de propinar los tremendos golpes que suelen darse los boxeadores occidentales. Basta con un solo golpe, desde pocos centímetros de distancia, al tiempo que se hace girar el puño. El resultado puede ser un bazo o unos huesos rotos.

—Estoy convencido de ello, pero haber podido detener con el brazo aquella barra de acero. ¿Cómo lo hizo?

—Solamente con la práctica, señor Dillon. Con cincuenta años de práctica.

—Yo no he llegado tan lejos.

Dillon se levantó y Yuan Tao le pasó una toalla.

—Se pueden conseguir verdaderos milagros en cuestión de semanas, con disciplina y aplicación, y con un hombre como usted dudo mucho que haya que empezar de cero. Tiene heridas de navaja en la espalda, en el hombro izquierdo hay una vieja herida de bala, y luego está el arma que llevaba. —Se encogió de hombros—. No es usted un hombre corriente.

—Me acuchillaron por la espalda hace poco —le dijo Dillon—. Me salvaron gracias a dos largas operaciones, pero eso envenenó mi sistema.

—¿Y a qué se dedica?

—Hasta hoy trabajaba para el servicio británico de inteligencia. Acaban de despedirme esta mañana, tras decirme que ya no estaba a la altura.

—En ese caso, se equivocan por completo.

Hubo un momento de silencio. A continuación, Dillon preguntó:

—¿Me da a entender que estaría dispuesto a aceptarme como alumno?

—Tengo una deuda contraída con usted, señor Dillon.

—Vamos, en realidad no me necesitaba. Lo único que yo hice fue interferir.

—Pero eso no lo sabía usted y ahí radica la diferencia. Lo que importa son las intenciones de un hombre. —Yuan Tao le sonrió—. ¿No le gustaría demostrarle a su gente que se ha equivocado?

—Por Dios que sí —contestó Dillon y luego vaciló al tiempo que

Yuan Tao le ofrecía un batín—. Preferiría que hubiera honestidad entre nosotros desde el principio.

—¿De veras?

Dillon se levantó y se puso el batín.

—Durante varios años fui miembro del IRA provisional, y mi nombre apareció en lugares destacados en las listas de la policía del Ulster y de la inteligencia británica.

—Y, sin embargo, trabajó para los británicos.

—Bueno, sí, aunque la verdad es que al principio no tuve otra alternativa.

—Pero algo ha cambiado ahora dentro de su cabeza, ¿no es eso cierto?

—¿Hay algo que usted no sepa? —replicó Dillon con una sonrisa burlona—. En cualquier caso, ¿importa eso acaso?

—¿Por qué debería importar? A juzgar por la forma con la que ha golpeado esta noche a uno de esos hombres, creo que ha estudiado kárate.

—Algo, aunque no mucho, la verdad. Cinturón marrón y me preparaba para el negro cuando me quedé sin tiempo.

—Eso está bien. Creo que podemos conseguir mucho. Pero ahora cenaremos. Hay que volver a poner algo de carne sobre esos huesos.

Le condujo a lo largo de un pasillo hasta un salón amueblado con una mezcla de estilo europeo y chino. Su Yin estaba sentada junto a la chimenea encendida, leyendo un libro. Llevaba un traje pantalón de seda negra.

—Tengo noticias, sobrina —dijo Yuan Tao cuando ella se incorporó—. El señor Dillon pasará tres semanas como invitado nuestro. Eso no será ningún inconveniente para ti, ¿verdad?

—Desde luego que no, tío. Ahora prepararé la cena.

Se dirigió hacia la puerta, la abrió, miró a Dillon por encima del hombro y, por primera vez desde que se conocieron, le dirigió una sonrisa.

Fue la mañana del cuatro de julio cuando Morgan y Asta volaron a Londres. Fueron recogidos en Heathrow por un Rolls puesto a su disposición por su oficina de Londres.

—¿El Berkeley? —preguntó ella.

—¿A qué otro sitio? El mejor hotel de la ciudad. He hecho reservar la *suite* Wellington, en lo más alto del edificio, con dos

dormitorios y ese maravilloso invernadero.

—También muy conveniente para ir de compras a Harrods —dijo ella.

Morgan le apretó la mano.

—¿Te he dicho alguna vez que no gastes dinero? Por ahora me limitaré a dejarte allí. Tengo asuntos que atender en el despacho, pero volveré. No olvides que esta noche tenemos que asistir a la fiesta del Cuatro de Julio en la embajada de Estados Unidos. Ponte algo realmente bonito.

—Haré que se les salten los ojos.

—Siempre lo haces, cariño. Tu madre se habría sentido realmente orgullosa de ti.

Y le tomó la mano mientras el Rolls se alejaba.

Hannah Bernstein llamó y entró en el despacho de Ferguson, a quien encontró trabajando ante la mesa.

—Papeles y más papeles —dijo él arrellanándose en el sillón—. ¿Qué hay de nuevo?

—He recibido una llamada telefónica de Kim, en Ardmurchan Lodge. Llegó anoche en el Range Rover que usted le proporcionó. Dijo que el viaje fue agotador, que las montañas le recuerdan a las del Nepal, pero que el pabellón es muy agradable. Por lo visto, Jeannie, la cocinera de lady Katherine, apareció con una empanada de carne y patata, para asegurarse de que se encontraba cómodamente instalado.

Kim, que en otros tiempos fuera cabo con los gurjas, había sido sirviente, cocinero y hombre para todo de Ferguson desde los viejos tiempos del ejército.

—Bien, ¿y Morgan?

—El príncipe se marcha el domingo por la mañana. Ha solicitado un avión privado en el aeródromo de Ardmurchan al Control de tráfico aéreo. He comprobado que Morgan también ha reservado espacio para volar a la hora del almuerzo en el Citation de su empresa. Me temo que no dispondremos de tiempo para entrar en la mansión.

—¿Y dónde está él ahora?

—Acaba de llegar a Heathrow hace una hora, junto con su hijastra. Ha reservado la *suite* Wellington, en el Berkeley.

—Buen Dios, el duque debe de estar removiéndose en su tumba.

—Tiene que asistir esta noche a la embajada de Estados Unidos, señor.

—Lo que significa que me quedaré sin la juerga del Cuatro de Julio. Bueno, no importa. ¿Se ha ocupado del otro asunto?

—Sí, señor.

—Excelente. En ese caso, la veré más tarde.

Volvió a enfrascarse en su trabajo, y ella se marchó.

Dillon se despertó temprano, después de un profundo sueño y se dio cuenta en seguida de la pálida luz nocturna que se filtraba a través de la ventana cubierta por las cortinas. Estaba a solas. Se volvió para mirar la almohada que había a su lado, hacia la ligera marca dejada por la cabeza de ella. Luego se levantó, se acercó a la ventana y, a través de las cortinas medio echadas, miró hacia la calle empedrada de Stable Mews.

Hacía una noche estupenda. Se volvió y se dirigió al armario con la impresión de sentirse relajado y vivo, pero, más importante aún, entero de nuevo. Sus ojos eran más serenos, su cabeza estaba más clara y el dolor que sentía en el estómago era de verdadera hambre. Se detuvo delante del espejo y se examinó. Parecía más joven, y estaba más en forma en todos los sentidos. Al volverse para examinar la espalda en el espejo, los feos verdugones de las cicatrices dejadas por la operación empezaban a desvanecerse en líneas blanquecinas. Era algo extraordinario. Apenas habían transcurrido cuatro semanas desde aquella noche en Wapping. Lo que Yuan Tao había conseguido era un verdadero milagro. Se puso un chándal y siguió el sonido del agua corriente hasta el cuarto de baño. Al abrir la puerta vio que Su Yin estaba en la ducha.

—Soy yo —dijo—. ¿Cenamos juntos esta noche?

—Tengo que dirigir un negocio —contestó ella—. Siempre lo olvidas.

—Podríamos cenar tarde.

—Está bien, ya veremos. Ahora ve a hacer tus ejercicios.

Cerró la puerta y regresó al dormitorio. Allí hacía fresco y se estaba tranquilo; sólo llegaban los débiles sonidos del tráfico, en la distancia. Casi pudo escuchar el silencio. Se quedó de pie y se relajó por completo, mientras recordaba el antiguo verso taoísta que Yuan Tao le había enseñado.

En movimiento, sé como el agua,
en el descanso, como un espejo,
responde como el eco,
y sé sutil, como si no existieras.

Eso representaba la habilidad para relajarse por completo, el don más importante de todos, una facultad conservada por todos los animales, excepto por el hombre. Debidamente cultivada, proporcionaba un poder capaz de ser positivamente sobrehumano, se conseguía mediante una rigurosa disciplina y un sistema de entrenamiento que tenía, por lo menos, un milenio de antigüedad. De ello surgía la energía intrínseca del *ch'i*, la fuerza vital que, en reposo, daba al hombre la docilidad de un niño, y en acción el poder del tigre.

Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, completamente relajado e inspiró por la nariz para espirar por la boca. Cerró los ojos y se cubrió la oreja izquierda con la mano derecha. Al cabo de unos minutos cambió la posición y se cubrió la oreja derecha con la mano izquierda, mientras respiraba profunda y regularmente. Luego se cubrió las dos orejas, con los brazos cruzados.

La oscuridad le envolvió y cuando finalmente abrió los ojos, tenía la boca muy fría. Dio un largo y estremecedor suspiro y cuando se levantó, sus extremidades parecieron llenas de poder. Se preguntó cómo reaccionaría Bellamy y, sin embargo, los resultados estaban allí, a la vista de todos. Una mano que ya había dejado de temblar, una visión clara y una fortaleza que no habría creído posible alcanzar.

Su Yin apareció en ese momento. Llevaba unos pantalones de color crema y una camiseta española de vivo color naranja. Se peinaba el cabello.

—Pareces satisfecho contigo mismo.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Me he pasado la tarde en la cama, con una mujer extraordinariamente hermosa, y todavía me siento como Sansón.

—Eres incorregible, Sean —dijo ella riendo—. Anda, llámame un taxi.

Llamó al número de siempre, y luego se volvió hacia ella.

—¿Qué me dices de esta noche? Podríamos comer tarde en el Ritz y luego ir al cabaret.

—No es posible. —Ella se llevó una mano a la cara—. Sé lo bien que te sientes en estos días, pero no lo puedes tener todo en la vida. —Vaciló antes de preguntar—: Echas de menos a Yuan Tao, ¿verdad?

—Mucho, lo que resulta extraño si tenemos en cuenta que se marchó hace apenas cinco días.

—¿También me echarás de menos a mí?

—Claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Regreso a casa, Sean. Mi hermana y su esposo abren un nuevo club nocturno en Hong Kong. Mi tío me llamó anoche. Me necesitan.

—¿Y el Dragón Rojo?

—Seguirá felizmente en funcionamiento, con el *maître* ascendido a director.

—¿Y yo? —preguntó Dillon—. ¿Qué pasa conmigo?

—¿Intentas decirme que me amas? —Él vaciló antes de contestar, y eso fue suficiente para ella—. No, Sean. Hemos pasado juntos un tiempo estupendo, tanto como pueden esperar dos personas en esta vida, pero todo pasa y ha llegado el momento de que yo regrese a casa.

—¿Cuándo?

—Probablemente este mismo fin de semana. —Sonó el timbre de la puerta y ella recogió su maletín—. Ahí está mi taxi. Tengo que marcharme. Tengo muchas cosas que hacer.

La acompañó hasta la puerta, que abrió. El taxi esperaba, con el motor en marcha. Ella se detuvo en el escalón.

—Esto no es el final, Sean. ¿Me llamarás?

La besó con suavidad en ambas mejillas.

—Desde luego.

Pero no, no lo haría. Lo sabía, y ella también. Se dio cuenta por la forma en que ella se detuvo un instante antes de subir al taxi, volviéndose para mirarle como si fuera la última vez. Luego, cerró la portezuela y desapareció.

Permaneció en la ducha durante unos buenos quince minutos, sin dejar de pensar en ello, cuando sonó el timbre de la puerta. ¿Quizás era ella que regresaba? Encontró un albornoz y salió

mientras se secaba el cabello con una toalla. Al abrir la puerta se encontró con un hombre vestido con un mono marrón, una tablilla en la mano y una camioneta de British Telecom aparcada tras él.

—Siento mucho molestarle, señor, pero hemos tenido cuatro fallos telefónicos esta mañana en esta zona. ¿Podría comprobar su conexión telefónica? —preguntó el hombre, al tiempo que le mostraba una tarjeta de identidad de la British Telecom con su foto y un nombre encima: J. Smith.

—Desde luego, ¿por qué no? —Dillon se volvió y le indicó el camino a lo largo del pasillo—. La caja de conexión está bajo la escalera. Yo, mientras tanto, subiré a cambiarme.

Regresó al cuarto de baño, se terminó de secar el pelo, se peinó y se puso un viejo chándal y zapatillas deportivas. Luego bajó. El operario de teléfonos estaba bajo la escalera.

—¿Está todo bien? —le preguntó Dillon.

—Creo que sí, señor.

Dillon se volvió para cruzar el salón, hacia la cocina, y vio entonces una gran cesta de mimbre, con ropa de la lavandería, que estaba en el centro de la estancia.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó.

—Oh, es para usted.

Un segundo operario de teléfonos, vestido con el mismo uniforme, entró por la puerta de atrás. Sostenía una pistola automática Beretta. Tenía un rostro arrugado y afable, un tanto socarrón.

—Jesús, hijo, no hay necesidad de esas cosas. Sólo tienes que decirme lo que quieres —dijo Dillon, que se dirigió hacia la amplia chimenea victoriana y se quedó allí de pie, con una mano apoyada sobre la repisa.

—Yo no intentaría apoderarme de la Walther que mantiene colgada de un clavo, justo en la pared interior de la chimenea. Ya la hemos quitado de ahí —dijo el hombre de mayor edad—. Así que siéntese en el suelo, con las manos en la nuca.

Dillon así lo hizo y Smith apareció en ese momento.

—Con esto será suficiente, señor Dillon —le dijo y le clavó una fina aguja en el muslo derecho.

Fuera lo que fuese, era bueno. En un momento estaba consciente, y en el momento siguiente había perdido el

conocimiento, así de sencillo.

Recuperó el conocimiento tan rápidamente como lo había perdido. Era de noche y la única iluminación de la habitación procedía de una especie de lámpara nocturna que había sobre la mesita de noche, junto a la cama. Todavía llevaba puesto el chándal, y ni siquiera se habían molestado en quitarle las zapatillas deportivas. Balanceó las piernas hasta el suelo, respiró profundamente un par de veces y entonces oyó voces y una llave que sonaba metálicamente en la cerradura. Se apresuró a tumbarse de nuevo y cerró los ojos.

—Todavía está inconsciente. ¿Es normal, doctor?

Era Smith el que había hablado. Dillon reconoció su voz.

—Déjame ver —dijo alguien. Unos dedos controlaron su pulso en la muñeca derecha. Luego, le desabrocharon la cremallera del chándal y le aplicaron un estetoscopio sobre el pecho—. El pulso está bien, y el corazón también —dijo el médico que luego abrió los párpados de Dillon uno tras otro y los iluminó con una luz. Era un indio alto, de aspecto cadavérico, vestido con una bata blanca, y Dillon, mediante un acto de voluntad suprema, permaneció rígido y miró fijamente—. No, despertará pronto. Con estas dosis de droga nunca se puede estar seguro del elemento tiempo. Hay variaciones individuales en la respuesta. Volveremos dentro de una hora.

La puerta se cerró y la llave volvió a girar en la cerradura. También se corrieron dos cerrojos al otro lado. Dillon volvió a ponerse en pie, se acercó a la puerta y permaneció allí un momento, a la escucha. Servía de bien poco perder el tiempo ante la puerta, eso era evidente. Se dirigió hacia la ventana y retiró la cortina. Encontró unos sólidos barrotes. Miró al exterior. Llovía sin parar, y el agua goteaba por una filtración del canalón, justo por encima de su cabeza. En el exterior, había un jardín, con un muro alto a unos cincuenta metros de distancia.

Si el canalón estaba allí, eso significaba que por encima de él sólo había espacio para el tejado. Aquello podría ser una buhardilla, pero sólo tenía una forma de descubrirlo.

Había una pequeña mesa de madera y una silla contra la pared. Llevó la mesa a la esquina de la ventana y se subió a ella. El yeso del techo era tan viejo y estaba tan blando que en cuanto la aplicó el codo se rompió en seguida y unos fragmentos cayeron en el

interior de la habitación, hechos pedazos. Agrandó el hueco con rapidez y desgarró con las manos los listones de madera. Cuando el hueco fue lo bastante grande, bajó de la mesa y colocó la silla sobre ella. Luego se subió a la silla y se enderezó por entre el hueco para encontrar un cielorraso oscuro, que producía ecos, y en el que penetraba un rayo de luz por las grietas, aquí y allá.

Se movió con precaución y avanzó sobre las vigas. El espacio del tejado era amplio y, evidentemente, cubría toda la casa, una como conejera de nichos y medios muros. Finalmente, llegó hasta una trampilla que abrió con cautela. Abajo había un pequeño rebano, envuelto en la oscuridad, y una escalera descendía hacia algún lugar de donde llegaba una luz difusa.

Dillon descendió al rellano, se detuvo a escuchar y luego bajó la escalera. Se encontró en el extremo de un largo pasillo plenamente iluminado. Vaciló y, en ese preciso instante, una puerta se abrió a su izquierda y Smith y el médico indio salieron. Smith fue rápido, Dillon tuvo que reconocerlo, y sacó una Walther del bolsillo al tiempo que Dillon se adelantaba, le hundía un puño en el estómago y levantaba una rodilla hacia la cara del hombre cuando éste se dobló de dolor. Smith dejó caer la Walther y Dillon se apresuró a recogerla.

—Muy bien, hijo —le dijo al médico—. Quiero respuestas. ¿Dónde estoy?

El indio parecía sentirse muy alarmado.

—En la residencia de St. Mark, en Holland Park, señor Dillon, por favor. —Sus manos aletearon—. Detesto las armas de fuego.

—Las detestarás todavía más cuando haya terminado contigo. ¿Qué sucede aquí? ¿Contra quién me enfrento?

—Se lo ruego, señor Dillon —le rogó el hombre—. Yo sólo trabajo aquí.

Oyó un grito repentino y Dillon se volvió para ver al segundo de sus secuestradores en el extremo del pasillo. Sacó la Beretta, Dillon hizo girar rápidamente la Walther y el hombre retrocedió y desapareció. Luego, Dillon empujó al indio al interior de la habitación, se dio media vuelta y bajó corriendo la escalera. Antes de llegar al final empezó a sonar con monotonía un estridente timbre de alarma. Dillon no vació esta vez. Llegó al pasillo de la planta baja en cuestión de segundos y corrió directamente hacia la

puerta, en el extremo más alejado. La abrió rápidamente y se lanzó hacia el jardín.

Ahora, llovía con fuerza. Parecía encontrarse en la parte trasera de la casa y en alguna parte escuchó gritos procedentes del otro lado, y un perro que ladraba. Cruzó corriendo un trozo de prado y se lanzó por entre los arbustos, con una mano por delante para protegerse la cara de las ramas bajas, hasta que llegó al muro. Tenía unos cinco metros de altura, y aparecía coronado por alambrada. Quizá fuera posible subir a un árbol cercano y saltar por encima del muro, pero la alambrada tenía un aspecto amenazador. Tomó una rama larga que había en el suelo y la levantó todo lo que pudo. Al tocar la alambrada, se produjeron unos chispazos inmediatos.

Se volvió y echó a correr, en dirección paralela al muro. Ahora ya era más de un perro el que ladraba, pero la lluvia ayudaría a diseminar su olor. Llegó al borde de los árboles y al camino que daba a las puertas y que conducía al mundo exterior. Las puertas estaban cerradas y ante ellas había dos hombres, con boinas, uniformes de camuflaje y rifles de asalto.

Un Land Rover apareció por el camino, se acercó a la puerta y un hombre vestido de civil descendió del vehículo y habló con los hombres. Dillon se volvió y regresó corriendo hacia la casa. La alarma dejó de sonar abruptamente. Se detuvo junto a la entrada posterior por la que había salido antes y la abrió. El pasillo estaba en silencio y avanzó por él con precaución, hasta que se encontró al fondo de la escalera.

Escuchó voces en la distancia. Permaneció atento durante un momento y luego subió cautelosamente la escalera. Aquél sería el último lugar donde le buscarían, o eso esperaba. Llegó al pasillo del piso superior. Smith y el otro hombre habían desaparecido, pero cuando Dillon se detuvo allí para reflexionar sobre cuál podría ser su próximo movimiento, se abrió la puerta de su derecha y por ella salió el médico indio.

La angustia que demostró fue casi cómica.

—Oh, Dios mío, señor Dillon. Creía que ahora ya estaría muy lejos de aquí.

—He vuelto para perseguirte —le dijo Dillon—. No me dijiste tu nombre.

—Chowdray…, doctor Ernas Chowdray.

—Bien. Te diré lo que vamos a hacer. En alguna parte de este lugar tiene que haber alguien que esté al mando. Me vas a llevar hasta donde esté. Y si no lo haces así… —apretó el cañón de la pistola bajo la barbilla de Chowdray—, todavía detestarás mucho más las armas de fuego.

—No hay ninguna necesidad de emplear la violencia, señor Dillon, se lo aseguro. Haré lo que me pide.

Indicó el camino y bajó primero la escalera, para después doblar por un pasillo del primer piso, hasta llegar a un rellano cubierto por una alfombra. Una curvada escalera Regencia daba a un salón magnífico. Los perros seguían ladrando en el jardín, pero en el salón estaba todo tan tranquilo que se oía el tictac del viejo reloj, en un rincón.

—¿Adónde vamos? —susurró Dillon.

—Tenemos que bajar por ahí, por esa puerta de caoba —le dijo Chowdray.

—Vayamos entonces.

Descendieron la escalera alfombrada, cruzaron el salón y se acercaron a la puerta.

—Es la biblioteca, señor Dillon.

—Agradable y fácil —dijo Dillon—. Ábrela.

Chowdray lo hizo así y Dillon lo empujó de inmediato a un lado. Las paredes estaban cubiertas de libros, había un fuego encendido en la chimenea Adam. La inspectora jefe Hannah Bernstein estaba de pie ante el fuego y hablaba tranquilamente con los dos falsos operarios de teléfono.

Se volvió hacia él y le sonrió.

—Entre, señor Dillon. Acaba de hacerme ganar cinco libras. Les he dicho a estos dos caballeros que terminaría usted por venir aquí.

6

El coche que dejó a Dillon ante su casa en Stable Mews esperó mientras él entraba. Se cambió y se puso unos pantalones grises, un suéter polo de seda azul marino, y una chaqueta *tweed* de Donegal. Recogió la cartera, la pitillera y el encendedor, salió y volvió a subir al coche en apenas cuestión de pocos minutos. Poco después, llegaron a Cavendish Square y llamó al piso de Ferguson. Fue Hannah Bernstein quien le abrió.

—¿Se encarga también de las cuestiones domésticas? —preguntó él—. ¿Dónde está Kim?

—En Escocia —contestó ella—. Ya descubrirá por qué. Él le espera.

Le indicó el camino a lo largo de un pasillo hasta llegar al salón, donde encontró a Ferguson sentado junto a la chimenea encendida, dedicado a leer el periódico vespertino. Levantó la mirada hacia él. Su expresión era serena.

—Ah, ya estás aquí, Dillon. Debo decir que pareces estar admirablemente en forma.

—¿Más juegos sangrientos? —dijo Dillon.

—Sólo ha sido una prueba práctica. Pensé que me ahorraría mucho tiempo y que de ese modo comprobaría hasta qué punto son ciertos los informes que he recibido últimamente sobre ti. —Miró a Hannah y preguntó—: ¿Lo ha registrado todo en vídeo?

—Sí, señor.

—Realmente, se lo hiciste pasar mal a Smith —continuó, dirigiéndose a Dillon—. En cuanto a su colega, ha sido una suerte que sólo tuvieras balas de fogueo en esa Walther. —Sacudió la cabeza—. Dios santo, Dillon, eres un verdadero bastardo cuando empiezas a moverte.

—Que Dios bendiga a su señoría por esa palmadita en la espalda —dijo Dillon—. ¿Existe la más ligera posibilidad de que me cuente a qué ha venido todo esto?

—Desde luego —contestó Ferguson—. Ahí tienes una botella de Bushmills. Usted puede sacar esa carpeta, inspectora jefe.

—Gracias —dijo Dillon con ironía y se sirvió él mismo.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo habría creído —dijo Ferguson—. Un personaje muy notable, ese Yuan Tao. Desearía que pudiera trabajar para mí.

—Supongo que siempre puede intentar comprarlo —dijo Dillon con ironía.

—En realidad, no —admitió Ferguson—. Es propietario de tres fábricas en Hong Kong y de una de las compañías navieras más grandes del Extremo Oriente, además de tener toda una serie de pequeños intereses, como restaurantes y negocios afines. ¿No te lo dijo él?

—No —contestó Dillon y luego sonrió—. No es de esa clase de fanfarrones, brigadier.

—Su sobrina parece una muchacha muy atractiva.

—Lo es. También regresa a Hong Kong este fin de semana. Apuesto a que eso no lo sabía.

—Qué pena. En ese caso, tendremos que encontrar alguna otra forma de ocupar tu tiempo.

—Estoy seguro de que en eso no tendrá la menor dificultad —replicó Dillon con sorna.

—Has remachado el clavo, como siempre. Evidentemente, deseaba que regresaras a nuestro lado, pero resulta que, además, ha sucedido algo especial que exige un toque Dillon. En primer lugar, en este asunto está implicada una joven dama muy atractiva, pero ya llegaremos más tarde a eso. Inspectora jefe, la carpeta, por favor.

—Aquí la tiene, señor —dijo ella, entregándosela.

—¿Has oído hablar de un hombre llamado Carl Morgan?

—Multimillonario, propietario de hoteles y financiero…, entre otras cosas —asintió Dillon—. Se le encuentra siempre en las páginas de sociedad de las revistas. También tiene estrechos vínculos con la Mafia. Su tío es un hombre llamado Don Giovanni Luca, al que en Sicilia se considera como el *Capo di tutti Capi*, el jefe de todos los jefes.

Ferguson quedó verdaderamente impresionado.

—¿Cómo demonios sabes todo eso?

—Oh, resulta que hace poco más o menos un milenio, cuando trabajaba para una cierta organización ilegal llamada IRA, la Mafia siciliana era una de las fuentes de las que obteníamos armas.

—¿De veras? —preguntó Hannah Bernstein con sequedad—. Sería muy útil interrogarle y sacarle todo lo que recuerda sobre eso, para tenerlo por escrito.

—Es una idea —le dijo Dillon.

—Eche un vistazo a eso —dijo ella entregándole una carpeta.

—Encantado.

—Prepararé el té, señor.

Salió y Dillon se sentó en el alféizar de la ventana, fumando un cigarrillo. Al terminar, ella regresó con una bandeja y él se unió a los dos, ante la chimenea.

—Es un material fascinante ese asunto del Convenio de Chungking. —Había varias fotos al final de la carpeta, una de ellas mostraba a Morgan con un equipo de polo—. El hombre en persona. Parece un modelo de anuncios de loción para después del afeitado.

—Es un hombre peligroso —le advirtió Hannah, que sirvió el té —. No se engañe.

—Lo sé, querida —admitió Dillon. Había otras fotos, que mostraban a Morgan rodeado de grandes personajes, y un par de ellas con Luca—. Desde luego, conoce a todo el mundo.

—Puedes estar seguro de ello.

—¿Y esto? —preguntó Dillon.

La última foto mostraba a Morgan en su yate, en el puerto de Cannes, recostado en una tumbona, con una copa de champaña en la mano, mientras contemplaba a una joven apoyada sobre la barandilla. Ella parecía tener unos dieciséis años y llevaba un bikini; el cabello rubio le caía sobre los hombros.

—Es su hijastra, Asta, aunque utiliza su apellido —le explicó Hannah.

—¿Sueca?

—Sí. La foto está tomada hace más de cuatro años. Ella cumplirá veintiún años dentro de unas tres semanas. Tenemos una foto suya en el *Tatler*, donde aparece con Morgan en las carreras de Goodwood. Es muy, muy atractiva.

—Diría que Morgan debe estar de acuerdo con usted, a juzgar por la forma como la mira en esa foto.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Ferguson.

—Porque suele sonreír mucho. Sonríe en todas las demás fotos, pero no en ésta. Es como si le dijera: «Te tomo muy en serio». ¿Dónde encaja la madre en todo esto? No han indicado su presencia, ni han mostrado fotos de ella.

—Se ahogó hace un año mientras buceaba en una isla griega llamada Hydra.

—¿Un accidente?

—Una botella de aire defectuosa. Eso fue lo que determinó la autopsia, pero aquí tenemos una copia de la investigación efectuada por la policía de Atenas. —Hannah la sacó de la carpeta—. Según me dice el brigadier, es usted un submarinista experto. Esto le interesará.

Dillon leyó el informe con rapidez, y luego levantó la mirada, con el ceño fruncido.

—Eso no fue un accidente. Esa válvula tuvo que haber sido manipulada. ¿Terminaron las cosas así?

—La policía ni siquiera le planteó la cuestión a Morgan. He conseguido esto a través de un amigo de la inteligencia griega —le dijo Ferguson—. Morgan tiene enormes intereses en navieras, casinos y hoteles griegos. Se recibió una orden de arriba indicando que se dejara la investigación.

—Jamás habrían llegado a ninguna parte —dijo Hannah—. No con la clase de dinero que tiene él, y con todo su inmenso poder e influencia.

—Pero lo que estamos diciendo es que mató a su esposa o dispuso que alguien lo hiciera —comentó Dillon—. ¿Por qué haría una cosa así? ¿Acaso era ella rica?

—Sí, pero nada comparado con la riqueza de él —contestó Ferguson—. Tengo la corazonada de que eso se hizo porque ella llegó a saber demasiado.

—¿Y cuál es su opinión? —le preguntó Dillon a Hannah Bernstein.

—Posiblemente sea así. —Tomó la foto hecha en el yate y la observó—. Pero quizás haya algo más. Quizás él deseaba conseguir a Asta.

—Es exactamente lo mismo que yo pensaba —asintió Dillon. Se volvió hacia Ferguson y preguntó—: Bien, ¿qué vamos a hacer con él?

Ferguson le hizo un gesto de asentimiento a Hannah, que se encargó de explicarlo.

—El castillo de Loch Dhu. Morgan lo ocupará el próximo lunes. El brigadier y yo llegaremos el viernes. Volaremos hasta el viejo aeródromo de la RAF en Ardmurchan y nos instalaremos en Ardmurchan Lodge, donde ya se encuentra Kim.

—¿Y yo qué?

—Eres mi sobrino —contestó Ferguson—. Mi madre era irlandesa, ¿recuerdas? Te reunirás con nosotros unos pocos días más tarde.

—¿Por qué?

—Según nuestras informaciones —contestó Hannah—, Asta no acompañará a Morgan. El lunes por la noche asistirá a un baile en el Dorchester, ofrecido por la embajada de Brasil. Se suponía que Morgan debía asistir, y ella ocupa su lugar. Hemos descubierto que ella volará a Glasgow el martes. Desde allí, se propone tomar el tren a Fort William y enlazar con otro a Arisaig, donde será recogida por un coche.

—¿Cómo saben todo eso? —quiso saber Dillon.

—Oh, digamos que tenemos a un buen amigo entre el personal del Berkeley —contestó ella.

—¿Por qué tomar el tren a Glasgow cuando ella podría volar a Ardmurchan en el Citation de Morgan?

—Eso sólo Dios lo sabe —contestó Ferguson—. Quizá le guste seguir la ruta más turística. Ese tren atraviesa uno de los paisajes más espectaculares de Europa.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo?

—La inspectora jefe dispone de una invitación preferente para que un tal Sean Dillon asista al baile de la embajada de Brasil el lunes por la noche —le informó Ferguson—. Hay que llevar esmoquin, Dillon. ¿Tienes uno?

—Claro, ¿acaso no lo necesito para esas noches libres en las que trabajo como simple camarero del Savoy? ¿Qué hago cuando esté allí?

Por primera vez, Hannah Bernstein le miró con incertidumbre.

—Bueno, tratar de conocerla —contestó.

—¿Ligármela, quiere decir? ¿No parecerá eso demasiada coincidencia cuando aparezca más tarde en Ardmurchan Lodge?

—Es algo totalmente deliberado por mi parte, muchacho. ¿Recuerdas nuestra pequeña aventura en las islas Vírgenes estadounidenses? —Ferguson se volvió hacia Hannah—. Estoy seguro de que habrá leído ese expediente, inspectora jefe. El tan lamentado señor Santiago y su gente sabía quiénes éramos, del mismo modo que nosotros sabíamos quiénes eran ellos y qué andaban buscando. Es una de esas situaciones en las que nosotros sabemos que tú sabes que nosotros sabemos[3].

—¿De veras? —preguntó Dillon.

—Morgan en Loch Dhu por propósitos inicuos, en una propiedad aislada, a muchos kilómetros de cualquier parte, en las Highlands de Escocia, descubre de pronto que tiene unos vecinos que han ido a cazar, y que se alojan al otro lado del lago, en Ardmurchan Lodge. Comprobará quiénes somos en cuanto se entere de que estamos allí, y no me digas que todos podríamos utilizar nombres falsos. Con la clase de compañía de la que se suele rodear, y especialmente con sus contactos mafiosos en Londres, no tendrá la menor dificultad para descubrimos.

—Está bien, aceptado. Pero le conozco, viejo malandrín, y sé que aquí hay algo más.

—¿Verdad que tiene una forma muy elegante de expresarse, inspectora jefe? —preguntó Ferguson con una sonrisa—. Sí, claro que hay algo más. Como ya he indicado, quiero que sepa que estamos allí, y que respiramos cerca de su condenado cuello. Naturalmente, también me ocuparé de hacer llegar hasta la columna de ecos de sociedad del *Daily Mail* la noticia de que Morgan ha alquilado el castillo de Loch Dhu, y de que Asta asistirá al baile de la embajada brasileña. Más tarde, siempre podrás decir que lo leíste y que te sentiste intrigado porque ibas a dirigirte al mismo lugar, así que hiciste lo posible por conocerla. En realidad, eso no representará ninguna diferencia. Morgan seguirá percibiendo el olor pescado.

—¿No será eso peligroso, brigadier? —preguntó Hannah.

—Sí, lo será, inspectora jefe. Por eso contamos con Dillon. —Sonrió ampliamente y se levantó—. Se hace tarde y a esta hora está

indicada la cena. Deben ustedes tener mucho apetito. Les llevaré a la sala River del Savoy. Tiene una excelente orquesta de baile, inspectora jefe, y podrá dar unas cuantas vueltas por la pista con este criminal. Quizá la sorprenda.

El lunes por la noche, Dillon llegó pronto al Dorchester. Llevaba una gabardina Burberry azul oscuro, que dejó en el guardarropa. La chaqueta del esmoquin era una prenda totalmente convencional de corte inmaculado, confeccionada por Armani, con solapas de seda, y botones negros que destacaban nítidamente contra el blanco de la camisa. Se sentía realmente complacido con su aspecto general y confiaba en que Asta Morgan sentiría lo mismo. Se preparó con una copa de champaña en el piano-bar, y luego bajó al gran salón de baile, donde entregó su tarjeta y fue admitido para descubrir que el mismo embajador brasileño y su esposa saludaban a los invitados.

Se pronunció su nombre y avanzó.

—¿Señor Dillon? —dijo el embajador con un ligero tono interrogativo en su voz.

—Del Ministerio de Defensa —dijo Dillon—. Ha sido muy amable al invitarme. —Se volvió hacia la esposa del embajador y le besó la mano con galantería—. Mis cumplidos por el vestido, señora. Es muy elegante.

Ella se ruborizó de placer y, al alejarse, la oyó decirle a su marido en portugués:

—Qué hombre tan encantador.

La sala de bañe ya estaba bastante llena y una orquesta de bañe hacía sonar su música. Las mujeres iban exquisitamente vestidas y la mayoría de los hombres lucían esmoquin, aunque también había uniformes militares y algún que otro dignatario eclesiástico. Con los candelabros de cristal y los espejos, era una escena realmente espléndida. Tomó una copa de champaña de un camarero que pasaba y se fue abriendo paso entre la gente, en busca de Asta Morgan, a la que no vio por ninguna parte. Finalmente, retrocedió hacia la entrada, encendió un cigarrillo y esperó.

Fue casi una hora más tarde cuando oyó pronunciar su nombre. Llevaba el cabello en un moño alto, lo que dejaba al descubierto toda su cara, los altos pómulos escandinavos y aquella clase de arrogancia con la que parecía dar a entender que no le importaba nada ni nadie. Llevaba un vestido de seda negra absurdamente

sencillo, con una cinta en la cintura y el dobladillo bien por encima de las rodillas, medias negras y un bolso de noche de una especie de maña negra de cadeneta. Las cabezas se volvieron a mirarla, mientras ella hablaba con el embajador y su esposa un rato.

—Probablemente, presentará las excusas de Morgan por no haber podido venir —se dijo Dillon en voz baja.

Finalmente, ella bajó los escalones y se detuvo un instante para abrir el bolso. Sacó una pitillera de oro, extrajo un cigarrillo y luego buscó el mechero.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Dillon se adelantó y el Zippo flameó en su mano derecha.

—Nunca se encuentra nada cuando uno lo busca, ¿verdad?

Ella le miró con serenidad, extendió la muñeca de la mano que sostenía el cigarrillo y aceptó el fuego.

—Gracias.

Al volverse para alejarse, Dillon dijo alegremente:

—Por lo menos un metro ochenta con esos tacones. Desde luego, una escayola en una pierna no le sentaría nada bien a ese minivestido.

Ella abrió mucho los ojos, asombrada. Se echó a reír y se alejó.

Asta parecía conocer a gran número de personas. Se abrió paso lentamente de un grupo a otro y posó ocasionalmente para los fotógrafos de los ecos de sociedad. Desde luego, era muy popular. Dillon se mantuvo lo bastante cerca como para observarla y se limitó a esperar qué podría depararle la velada.

Ella bailó algunas piezas con una variedad de hombres, incluido el propio embajador, dos ministros del gobierno y uno o dos actores. La oportunidad se le presentó a Dillon una hora más tarde, cuando la vio bailando con un miembro del Parlamento, notable por su capacidad para el flirteo. Cuando terminó el baile, el hombre mantuvo el brazo alrededor de su cintura mientras abandonaban la pista. Se encontraban en el *buffet* y era evidente que ella deseaba alejarse, pero el hombre la sostenía ahora por la cintura.

Dillon se movió con rapidez.

—Jesús, Asta, siento mucho haber llegado tan tarde. Asuntos de negocios. —El otro hombre la soltó en seguida, con el ceño fruncido, y Dillon la besó en la boca—. Sean Dillon —le murmuró al otro.

Ella lo apartó y, siguiendo el juego, le dijo con petulancia:

—Realmente, eres un cerdo, Sean. Siempre me vienes con excusas. Negocios. ¿Es eso lo mejor que sabes hacer?

Dillon la tomó de la mano e ignoró por completo al parlamentario.

—Bueno, se me ocurre algo. Demos unas vueltas por la pista.

La orquesta interpretaba un foxtrot y ella se movió ligera entre sus brazos.

—Dios santo, muchacha, sabe hacerlo muy bien.

—Aprendí en el internado. Teníamos bailes de salón dos veces a la semana. Naturalmente, las chicas bailábamos juntas. Siempre nos peleábamos por decidir quién dirigía.

—Me lo imagino. Cuando yo era muchacho, allá en Belfast, solíamos reunir el dinero que teníamos entre los amigos para que uno de nosotros pudiera pagar la entrada al baile. Luego, se encargaba de abrir la puerta contraincendios para que el resto entráramos gratis.

—Perros —dijo ella.

—Bueno, a los dieciséis años no se dispone de mucho dinero aunque, una vez que se piensa en ello, fue una época fantástica, con todas aquellas chicas con vestidos de algodón que olían a polvos de talco. —Ella sonrió con una mueca—. Vivíamos en un barrio obrero. El perfume resultaba demasiado caro.

—¿Y fue allí donde perfeccionó su actuación?

—¿A qué actuación se refiere?

—Oh, vamos, a la pequeña representación que ha organizado antes. Se supone que ahora debo sentirme agradecida. ¿Es así como funciona eso?

—¿Quiere decir que ahora desaparecemos en la noche para poder regodearme contigo? —Le sonrió—. Lo siento, cariño, pero tengo planeadas otras cosas, como sin duda las tendrá usted. —Se detuvo al borde de la pista y le besó la mano—. Ha sido muy divertido, pero intente estar en mejor compañía.

Se dio media vuelta y se alejó. Asta Morgan se quedó mirándole, con una expresión de sorpresa en el rostro.

El pianista del piano-bar del Dorchester era el favorito de Dillon en todo Londres. En cuanto apareció el irlandés, le saludó con un gesto de la mano, y Dillon se le acercó y se apoyó sobre el piano.

—Eh, tienes un aspecto estupendo. ¿Algo especial este noche?

—Un baile para la embajada de Brasil. A veces, los grandes personajes gustan de hacer el ridículo.

—Hay de todo. ¿Quieres sustituirme? Me vendría bien una visita al lavabo.

—Será un placer.

Dillon se deslizó sobre la banqueta y se sentó en cuanto el pianista se levantó. Un camarero se le acercó, sonriente.

—¿Lo de siempre, señor Dillon?

—Krug, amigo mío. Y que no sea de cosecha.

Dillon sacó un cigarrillo de la pitillera de plata, lo encendió y atacó *Un día de niebla en Londres*, una de sus piezas preferidas.

Permaneció allí sentado, con el cigarrillo colgado de la comisura de la boca, mientras el humo se elevaba, enfrascado en la música y, sin embargo, perfectamente consciente de que Asta Morgan se le acercaba.

—Un hombre de talento, por lo que veo.

—Tal como dijo una vez un viejo enemigo mío, un pianista pasable, fruto de una juventud dilapidada.

—¿Enemigo, ha dicho?

—Digamos que apoyamos a la misma causa, pero tuvimos actitudes diferentes acerca de cómo actuar.

—¿Una causa, señor Dillon? Eso suena bastante serio.

—Una pesada carga. —En ese momento llegó el camarero con la botella de Krug en un cubo, y él asintió—. Una copa para la dama. Nos sentaremos en ese reservado.

—«Yo era una extraña en la ciudad» —dijo ella recitando una estrofa del verso.

—«Alejadas de la ciudad estaban las personas que conocía» —replicó él—. Eso es propio de los Gershwin, de George e Ira. Tuvieron que haber querido mucho a esta vieja ciudad. Compusieron la pieza para una película titulada *Damisela en desgracia*, y Fred Astaire se encargó de cantarla.

—He oído decir que también sabía bailar un poco —dijo ella.

En ese momento, regresó el pianista negro.

—Eh, esto sí que es agradable.

—Pero no tan bueno como lo que tú tocas. Hazte cargo.

Dillon se hizo a un lado y el pianista se sentó.

Se instalaron en el reservado y Dillon encendió un cigarrillo, se lo pasó a Asta y le sirvió una copa de champaña.

—Lo había juzgado como un hombre de muchos logros y gustos exquisitos y, sin embargo, toma champaña que no es de cosecha —comentó ella tras probar el Krug.

—El mejor champaña de todos es el que no es de cosecha —dijo él—. Es muy singular. Lo bueno es la mezcla de las uvas, y eso es algo que no todo el mundo sabe. La gente se deja guiar por lo que ve impreso en la etiqueta, es decir, por la superficie de las cosas.

—Y, además, un filósofo. ¿A qué se dedica, señor Dillon?

—A hacer lo menos posible.

—¿No es eso algo que intentamos todos? Antes habló de una causa, no de un trabajo o tina profesión, sino de una causa. Eso me parece muy interesante.

—Jesús, Asta Morgan, aquí estamos, en el mejor bar de Londres, dedicados a beber Krug y ahora se pone seria conmigo.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Bueno, en el *Tatler* lo saben, lo mismo que en el *Helio* y todas esas otras revistas de sociedad en las que aparece continuamente. No es ningún secreto y su padre suele hallarse rodeado de compañías del más alto nivel. El mes pasado hasta estuvo en el palco real en Ascot, junto con la reina madre, que Dios la proteja. Al lado de eso, yo no soy más que un pobre muchacho irlandés que mira las cosas con la nariz pegada a la ventana.

—Estuve en ese palco porque en la carrera participaba uno de los caballos de mi padre, y dudo mucho que alguna vez en su vida haya pegado la nariz a la ventana, señor Dillon. Tengo la fuerte sospecha de que usted sería más bien de los que le darían una patada. —Se levantó—. Bueno, ahora me toca marcharme a mí. Ha sido muy agradable y le agradezco su intervención anterior. Hamish Hunt es un verdadero cerdo cuando ha bebido.

—Una mujer como usted tentaría hasta a un cardenal de Roma, sin necesidad de tomarse ninguna copa —le dijo Dillon.

Por un momento, ella cambió, desapareciendo de sus ojos aquella mirada dura; se sonrojó y pareció sentirse ligeramente indecisa.

—Vamos, señor Dillon, ¿piropos a estas horas de la noche? ¿Qué viene a continuación?

Dillon la observó alejarse. Luego se levantó y la siguió. Pagó la factura rápidamente, retiró su gabardina Burberry y se la puso. Salió al magnífico vestíbulo del Dorchester. En la entrada no se veía el menor rastro de ella. El portero se le acercó.

—¿Un taxi, señor?

—Buscaba a la señorita Asta Morgan —le dijo Dillon—. Pero, por lo visto, la he perdido.

—Conozco bien a la señorita Morgan, señor. Ha estado esta noche en el baile. Yo diría que su chófer pasará a recogerla por la entrada lateral.

—Gracias.

Dillon salió y echó a caminar por la acera, mientras el tráfico de Park Lañe pasaba a su lado. Había una serie de limusinas aparcadas, a la espera de sus pasajeros y, al acercarse, Asta Morgan apareció con una capa negra bastante espectacular, con la capucha puesta. Se detuvo y miró la hilera de limusinas. Evidentemente, no encontró la que buscaba y echó a andar por la acera. En ese mismo momento apareció Hamish Hunt, el miembro del Parlamento, que la siguió.

Dillon se movió con rapidez, pero Hunt ya la sujetaba por el brazo y la apretaba contra la pared, con las manos por debajo de la capa. Su voz sonó ronca, entorpecida por la bebida.

—Vamos, Asta, sólo un beso.

Ella apartó la cara y Dillon le dio una palmadita en el hombro. Hunt se volvió, sorprendido, y Dillon impulsó un pie contra la espinilla, le golpeó con dureza el empeine y luego le propinó un cabezazo, aguda y salvajemente, y con total economía de medios. Hunt se tambaleó hacia atrás y se deslizó por la pared hacia abajo.

—Vuelves a estar borracho —le dijo Dillon—. Me pregunto qué dirán los electores.

Tomó a Asta por el brazo y la alejó de allí.

Una limusina Mercedes se detuvo junto a la acera y un chófer salió apresuradamente.

—Confío en no haberla hecho esperar, señorita Asta. La policía nos hizo salir antes y tuve que dar la vuelta.

—Está bien, Henry.

Un policía uniformado avanzó por la acera, en dirección a Hunt, que estaba medio sentado contra la pared. Asta abrió la portezuela posterior del coche, tomó a Dillon de la mano y lo arrastró hacia el

interior.

—Vamos, será mejor que nos alejemos de aquí.

La siguió y el chófer se instaló ante el volante y poco después estaban en pleno tráfico.

—Jesús, señora, qué gran coche tiene aquí, mientras que yo no soy más que un pobre chico irlandés del campo que confía ganar un par de libras cuando puede.

Ella se echó a reír estentóreamente.

—¿Pobre chico irlandés, señor Dillon? Jamás había oído nada igual. Si es así, se trata del primero al que veo llevar ropas de Armani.

—Ah, ¿se ha dado cuenta?

—Si hay algo en lo que soy experta es en cuestiones relacionadas con la moda. Ésos son mis frutos de una juventud despilfarrada.

—Seguro, y por eso se ha convertido en una terrible mujer vieja.

—Está bien —dijo ella—. ¿Adónde podemos llevarle?

—¿A cualquier parte?

—Es lo menor que puedo hacer.

Él apretó el botón que hacía descender la ventanilla de cristal que los separaba del chófer.

—Llévenos al Embankment, chófer —dijo, y volvió a subir la ventanilla.

—¿El Embankment? —preguntó ella—. ¿Para qué?

Le ofreció un cigarrillo.

—¿No ha visto nunca esas películas antiguas en las que el tipo y su chica caminan por la acera del Embankment, mientras contemplan el Támesis?

—Ésas se filmaron antes de mi época, señor Dillon —dijo ella al tiempo que se inclinaba hacia delante para que le encendiera el cigarrillo—. Pero estoy dispuesta a probarlo todo, aunque sólo sea una vez.

Cuando llegaron al Embankment estaba lloviendo.

—¿Quiere echarle un vistazo ahora? —preguntó Dillon.

Ella bajó la ventanilla de separación.

—Vamos a dar un paseo, Henry. Recójanos en Lambeth Bridge. ¿Tiene un paraguas?

—Desde luego, señorita Asta.

Bajó para abrir las portezuelas y levantó un gran paraguas negro

que Dillon tomó. Asta deslizó una mano por entre su brazo e iniciaron el paseo.

—¿Es esto lo bastante romántico para usted? —preguntó él.

—No creía que fuera usted del tipo romántico, pero si se refiere a si me gusta, sí. Me encanta la lluvia, la ciudad por la noche, la sensación de que podría suceder cualquier cosa a la vuelta de la esquina.

—Probablemente, en estos tiempos que corren, sería un asaltante.

—Ahora ya estoy segura de que no es un romántico.

Dillon se detuvo un momento para sacar cigarrillos y le pasó uno a ella.

—No crea, entiendo su punto de vista. Cuando era joven y estúpido, hace como mil años, la vida parecía tener una posibilidad infinita para que sucedieran cosas.

—¿Y qué ocurrió?

—Pues eso, la vida —contestó él riendo.

—No irá por ahí armando jaleo, ¿verdad? Lo digo por la forma tan dura como trató a ese cretino de Hamish Hunt.

—¿Y qué le da a entender eso?

—Que es capaz de cuidar de sí mismo, algo insólito en un hombre vestido con un esmoquin que cuesta por lo menos mil quinientas libras. ¿A qué se dedica?

—Bueno, veamos. Acudí a la Real Academia de Arte dramático, aunque de eso hace ya mucho tiempo. Representé el papel de Lyngstrand en *La dama del mar*, de Ibsen, en el Teatro Nacional. Era ese personaje que tosía tanto.

—¿Y después? Evidentemente, dejó el teatro, puesto que de no ser así habría oído hablar de usted.

—No del todo. Podría decirse que me interesé mucho por lo que cabría considerar como el teatro de la calle; eso cuando estaba allá en mi país.

—Qué extraño. Si tuviera que imaginar algo, diría que es un soldado.

—¿Y quién es entonces la chica inteligente?

—Maldita sea, Dillon —exclamó ella—. Con usted el misterio se acumula sobre el misterio.

—Tendrá que pelarme capa a capa, como una cebolla, aunque

para eso se necesita tiempo.

—Y eso es exactamente lo que no tengo. Mañana me marcho a Escocia.

—Lo sé —admitió Dillon—. Esta mañana lo mencionaba la columna de ecos de sociedad de Nigel Dempster, en el *Mail*. «Carl Morgan acaba de alquilar un castillo en las Highlands», decía el titular. También decía que usted asistiría esta noche al baile de la embajada brasileña.

—Está usted muy bien informado.

Habían llegado a Lambeth Bridge, donde encontraron al Mercedes que les esperaba. Dillon la ayudó a subir.

—He disfrutado con el paseo —dijo él.

—Le llevaré adonde quiera.

—No hay necesidad.

—Vamos, no sea estúpido. Siento curiosidad por ver dónde vive.

—Cualquier cosa con tal de complacerla. —Subió al coche y se instaló a su lado—. A Stable Mews, Henry, cerca de Cavendish Square. Le indicaré dónde cuando lleguemos.

Cuando giraron para entrar en la calle empedrada todavía llovía. Bajó del coche y cerró la portezuela. Asta bajó la ventanilla y observó la pequeña casa.

—Todo está a oscuras. ¿Ninguna amiga, Dillon?

—Resulta que no, pero puede usted subir a tomar una taza de té si quiere.

—Oh, no —exclamó ella con una risa—. Ya he tenido suficiente excitación por una noche.

—Quizás en otra ocasión.

—No lo creo. De hecho, dudo mucho que volvamos a vemos.

—¿Como barcos que se cruzan en la noche?

—Algo así. Vamos a casa, Henry.

Y en cuanto subió la ventanilla el Mercedes se puso en marcha. Dillon lo observó desaparecer y cuando se volvió para abrir la puerta estaba sonriendo.

7

Estaba todo muy tranquilo en la pequeña estación situada junto al lago, y Dillon echó un vistazo desde el vagón de cola, sin dejarse ver. Seguirla había sido fácil. A la hora del desayuno, el Lear le había llevado hasta el aeropuerto de Glasgow, donde había esperado la llegada de Asta en el puente aéreo desde Londres, y la había seguido hasta la estación central. También le resultó fácil no dejarse ver durante el trayecto de Glasgow a Fort William, pues el tren estaba abarrotado de turistas que acudían a ver el Loch Lomond y a contemplar más tarde el espectacular paisaje montañoso de las Highlands.

Le había sido más difícil ocultarse en el tren local, más pequeño, desde Fort William a Arisaig, ya que sólo viajaban un puñado de pasajeros, y sólo consiguió mantenerse fuera de la vista saltando al vagón de cola en el último momento. Según indicaba el cartel colgado a un lado del despacho de venta de billetes, la estación en la que se habían detenido ahora se llamaba Shiel. Permanecieron allí durante un buen rato. Fue muy agradable, con una montaña por detrás de ellos, que se elevaba a mil metros de altura hacia el cielo, de un azul claro, mientras la luz del sol centelleaba sobre una cascada de agua que salpicaba sobre granito y rociaba los abedules.

De repente, Asta Morgan bajó al andén. Llevaba una chaqueta de cuero, unos pantalones de lino y sandalias de cuero. Ofrecía un aspecto atractivo en medio de aquel escenario tranquilo. Se dirigió hacia el jefe de estación, que estaba junto a la barrera. Mantuvo una breve conversación con él, hubo unas risas y ella cruzó la barrera.

El jefe de estación se acercó al revisor, que se encontraba de pie ante la puerta abierta del último vagón, junto a Dillon.

—Acabas de perder a una pasajera, Tom.

—¿De quién se trata?

—De una joven muy atractiva, una tal señorita Morgan, de cabello trigueño y una cara por la que habría que dar gracias a Dios. Su padre es ese tal Morgan que acaba de alquilar el castillo de Loch Dhu. Se ha marchado por la montaña. Ocúpate de dejar su equipaje en Arisaig y deja un mensaje.

Dillon tomó su gabardina Burberry y pasó junto al revisor.

—¿Quiere decir que hay un atajo por la montaña?

—Bueno, eso depende de adonde quiera ir.

—A Ardmurchan Lodge.

El revisor asintió con un gesto.

—Por encima del Ben Breac. Es un camino de dieciocho kilómetros hasta el otro lado. ¿Se alojará usted con el brigadier Ferguson, el otro inquilino?

—Es mi tío. Me estará esperando en Arisaig. Quizá pueda decirle usted dónde estoy y entregarle mi equipaje —dijo Dillon al tiempo que le deslizaba en la mano un billete de cinco libras.

—Déjelo en mis manos, señor.

El revisor hizo sonar el silbato y subió al tren. Dillon se volvió hacia el jefe de estación.

—¿Por dónde voy?

—Cruce el pueblo y el puente. Hay un camino entre los abedules. Es duro de recorrer, pero no puede perderse si sigue los mojones de piedra. Una vez que haya subido a la cima, el camino es llano hasta la cañada de abajo.

—¿Se mantendrá así el tiempo?

El hombre miró hacia la montaña.

—Un poco de neblina y lluvia por la tarde. Yo, en su lugar, mantendría la marcha. No pierda tiempo en la cima. —Le sonrió—. Yo le diría eso a la joven, señor. No es éste el lugar más adecuado para que una joven como ella ande por ahí a solas.

—Se lo diré —asintió Dillon con una sonrisa—. Sería una pena que se mojara.

—Sí, una verdadera pena, señor.

En el pequeño pueblo compró dos paquetes de cigarrillos y dos tabletas grandes de chocolate con leche para el camino. Dieciocho kilómetros al otro lado de la montaña, y eso sin contar los kilómetros que le quedarían cuando llegara. Algo le dijo que podía

tener hambre antes de llegar a Ardmurchan.

Echó a andar a lo largo de la calle y cruzó el puente. El camino serpenteaba a través de los abedules, se elevaba abruptamente y se estrechaba por ambos lados. Era fresco y en penumbras, totalmente alejado del mundo, y Dillon, gracias a sus renovadas energías, disfrutó cada instante de la caminata. No vio la menor señal de Asta, lo que le convenía por el momento.

Los árboles se hicieron más escasos y salió a una vertiente cubierta de helechos. Ocasionalmente, las perdices escocesas o los chorlitos levantaban el vuelo entre los brezales, perturbadas por su presencia. Finalmente, llegó a una llanura salpicada de cantos rodados, que se extendía hasta las vertientes más bajas del Ben Breac. Entonces vio a Asta, a unos trescientos metros por delante, sobre el lomo de la montaña. Desde luego, avanzaba con rapidez, pero era joven y saludable, y el camino era perfectamente visible.

Había otro camino, naturalmente, aunque sólo un estúpido lo intentaría, ya que subía directamente hacia la montaña y los riscos de granito más allá de la cumbre. Sacó un mapa de la zona de Moidart, del servicio cartográfico del ejército, y echó un vistazo a la situación. Dillon miró hacia arriba. Qué demonios. Lo único que se necesitaba aquí era tener buenos nervios y con un poco de suerte podría adelantarla. Se ató la Burberry alrededor de la cintura, e inició la ascensión.

Las laderas más bajas fueron relativamente fáciles de subir, gracias a su recién encontrada fortaleza, pero después de media hora de ascensión se encontró con una gran masa de piedras sueltas que se deslizaban bajo sus pies de una forma alarmante. Se desvió hacia la izquierda, encontró la cascada que había observado desde la estación, y siguió el sendero hacia arriba, avanzando de un canto rodado a otro.

Finalmente, llegó a la pequeña meseta superior y se encontró ante los últimos riscos, que no parecían tan difíciles de salvar como había imaginado desde la estación, al estar agrietados por torrenteras y canales que llegaban hasta lo alto. Volvió a comprobar la ruta que seguía, se comió media pastilla de chocolate, se aseguró de nuevo la gabardina e inició el último tramo de ascensión con fuerza, sin dejar de comprobar cada sitio al que se sujetaba. Miró una vez hacia abajo y vio la estación en el valle, como si fuera el

juguete de un niño. La siguiente vez que miró ya había desaparecido, oculta por la neblina, y una brisa repentina le hizo sentir frío.

Pocos minutos más tarde llegó a la cumbre, después de avanzar por el borde granítico, y se encontró envuelto en la neblina. En el pasado había vivido el tiempo suficiente en el campo como para saber que en tales condiciones sólo podía hacerse una cosa. Quedarse quieto. Hizo precisamente eso. Encendió un cigarrillo y se preguntó cómo le irían las cosas a Asta Morgan. Fue aproximadamente una hora más tarde cuando una repentina corriente de aire disolvió la cortina de niebla y allá abajo aparecieron los valles, envueltos en la penumbra, tranquilos a la luz del atardecer.

Observó en la distancia unos mojones de piedra que señalaban el último pico, pero no vio a Asta. Por un sendero estrecho llegó hasta el camino y lo siguió hacia atrás, hasta que llegó a un punto desde el que pudo ver la línea férrea desde casi mil metros de altura. Pero no vio la menor señal de Asta. De modo que le había ganado en llegar a la cumbre. No era nada sorprendente, pues la niebla no habría sido un gran problema al poder seguir el camino.

Se dio media vuelta y siguió el camino, que ahora descendía por el otro lado de la montaña. Se detuvo de repente al contemplar la increíble vista que se ofrecía ante sus ojos. El mar, en la distancia, aparecía sereno, y las islas de Rum y Eigg eran como recortes de cartón, mientras que en el horizonte oscuro se distinguía la isla de Skye, la última barrera antes de salir al Atlántico. Era una de las vistas más hermosas que hubiera visto y tras contemplarla un rato inició el descenso.

Asta se sentía cansada, y el tobillo derecho empezaba a dolerle, un legado de un viejo accidente de esquí. Cruzar el Ben Breac había sido más duro de lo que imaginara, y ahora todavía le esperaba un recorrido de dieciséis kilómetros. Lo que inicialmente había empezado como una idea divertida, empezaba a convertirse ahora en una molestia.

El camino que se extendía a lo largo de la cañada estaba seco y polvoriento, y lo notaba duro bajo sus pies. Al cabo de un rato llegó ante una puerta de barrotes con un letrero que decía: «Propiedad Loch Dhu. Prohibida la entrada». Estaba cerrado con candado, así

que tuvo que auparse por encima y saltar al otro lado. Entonces, tras doblar una curva, vio una pequeña cabaña de caza junto al arroyo. La puerta estaba cerrada, pero al rodear la cabaña vio una ventana posterior que permanecía medio abierta. Se izó, pasó por el hueco de la ventana y se encontró en una pequeña cocina.

Estaba todo en penumbras ahora que empezaba a caer la noche, pero había una lámpara de aceite y cerillas. Encendió la lámpara y salió a la otra habitación. Estaba adecuadamente amueblada con paredes encaladas y un piso de madera. Había un montón de leña preparado en la chimenea. Le aplicó una cerilla y se sentó en una de las mecedoras, repentinamente cansada. El calor del fuego le sentó bien y el tobillo había dejado de dolerle. Añadió unos troncos al fuego y oyó entonces un vehículo que subía por el camino. Una llave tintineó en la cerradura y la puerta de entrada se abrió.

El hombre que apareció allí era de mediana estatura, con un rostro de aspecto flojo y taciturno que necesitaba un buen afeitado. Llevaba un viejo traje de *tweed* y una gorra, el cabello amarillento le caía hasta los hombros y portaba una escopeta de dos cañones.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —dijo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Asta con serenidad.

—Ésa sí que es buena. Ha sido usted la que ha entrado en una propiedad privada. ¿Cómo demonios ha logrado entrar aquí?

—Por la ventana de la cocina.

—No creo que a mi jefe le guste esto. Es nuevo. El señor Morgan se instaló ayer mismo, pero sé reconocer a un hombre duro en cuanto lo veo. Si se enterara de esto, podría acudir a la policía.

—No sea estúpido. Me hice un esguince mientras subía el Ben Breac. Necesitaba un descanso, eso es todo. Ahora que está usted aquí, podrá llevarme.

El hombre se acercó más y la mano le temblaba cuando la puso sobre su hombro.

—Eso depende, ¿no te parece?

Su rostro abotagado y el olor a whisky que despedía su aliento le resultaron repentinamente repugnantes.

—¿Cómo se llama?

—Eso ya está mejor. Soy Fergus…, Fergus Munro.

Ella lo empujó hacia atrás con fuerza y lo hizo tambalearse.

—No sea estúpido, Fergus Munro.

Él dejó la escopeta y avanzó hacia ella, enojado.

—Zorra, yo te enseñaré.

La agarró por la blusa, por debajo de la chaqueta de cuero, y la delgada tela se desgarró desde el hombro izquierdo hasta el pecho.

Ella lanzó un grito de rabia y trató de defenderse, hundiéndole las uñas en la mejilla derecha. Entonces, más allá de él, vio a un hombre que se materializaba en la puerta, surgido de la oscuridad.

Dillon le golpeó duramente en los riñones con el canto de las manos, lo agarró por el pescuezo y lo lanzó a través de la estancia. Munro chocó contra la pared y cayó sobre una rodilla. Intentó alcanzar la escopeta y Dillon la apartó de una patada, lo sujetó después por la muñeca derecha y se la retorció hacia arriba, tensa y directamente, para empujarlo luego contra la pared, con la cabeza por delante. El hombre se revolvió, gateó por el suelo, con sangre en la cara y se lanzó hacia la puerta abierta.

—¡Déjelo marchar! —gritó Asta cuando Dillon se disponía a seguirlo.

Dillon se detuvo, con una mano a cada lado del marco de la puerta, que luego cerró. Se volvió hacia ella.

—¿Se encuentra bien?

En el exterior, un motor se puso en marcha.

—¿Qué es eso?

—Tenía un Shogun.

Ella se dejó caer de nuevo en la mecedora.

—Realmente, empezaba a sentirme desesperada, Dillon. Creía que no podría alcanzarme. ¿Qué demonios hace usted aquí?

—Ha llegado el momento de las confesiones —dijo él—. Mi tío, el brigadier Charles Ferguson, ha alquilado un lugar llamado Ardmurchan Lodge, no muy lejos de aquí, para la temporada de caza, que comparte con la propiedad Loch Dhu.

—¿De veras? Eso le sorprenderá mucho a mi padre. Nunca le gusta compartir nada con nadie.

—Bueno, el caso es que cuando leí la noticia que se publicó en los ecos de sociedad del *Daily Mail*, y vi su fotografía, no pude resistir la tentación de conseguir una invitación al baile de la embajada de Brasil para conocerla.

—¿Así de sencillo?

—Estoy terriblemente bien relacionado. Le sorprendería saber

todas las conexiones de que dispongo.

—Creo que de usted ya no me sorprendería nada y, además, no creo una sola palabra de lo que dice. —Apoyó el peso sobre el pie derecho e hizo un gesto de dolor—. ¡Maldita sea!

—¿Algún problema?

—Una vieja herida, eso es todo.

Levantó la pierna derecha, se subió la pernera del pantalón y se quitó la sandalia y el calcetín.

—Creía que me alcanzaría en algún momento.

—Probé a subir por la ruta más corta, directamente por encima de la montaña, y demostró ser la más larga. Tuve que sentarme y esperar a que se disipara la niebla.

—Yo, en cambio, seguí caminando. Le vi ya en la estación de Glasgow. Salía de los lavabos cuando le vi comprar un mapa en la librería. Esperé a que subiera al tren, antes de subir yo misma. Me pareció de lo más intrigante, sobre todo cuando cambió usted de tren en Fort William, lo mismo que yo.

—¿De modo que se bajó del tren para atraerme?

—Naturalmente. Es lo que pretendía conseguir.

—Maldita sea, Asta, debería ponerla sobre mis rodillas y darle unos buenos azotes.

—¿Es eso una promesa? Nosotras, las suecas, tenemos famas de ser muy sexuales.

Dillon se echó a reír en voz alta.

—Será mejor que me ocupe de ese pie mientras Fergus Munro se dirige a toda prisa al castillo de Loch Dhu con su historia sobre unos intrusos. Creo que pronto tendremos compañía.

—Espero que sea así. No tengo la menor intención de seguir caminando.

Dillon le levantó el pie. Había una débil hinchazón en el tobillo, y una cicatriz tortuosa.

—¿Cómo se hizo esto?

—Esquiando. Hubo una época en que incluso tuve posibilidades olímpicas.

—Malo. Me llevaré un momento la lámpara.

Se dirigió a la cocina, comprobó lo que había en los cajones y encontró unos paños de cocina. Empapó uno de ellos en agua fría y regresó a la otra estancia.

—Una compresa fría le ayudará —le dijo, y le envolvió el tobillo con hábiles movimientos—. ¿Cansada?

—No demasiado. Pero lo que sí tengo es hambre.

Dillon sacó una de las pastillas de chocolate del bolsillo de la gabardina Burberry.

—No es muy bueno para su figura, pero sí nutritivo.

—Es usted un verdadero mago, Dillon. —Se comió el chocolate ávidamente mientras él encendía un cigarrillo y se sentaba ante el fuego. Ella se detuvo de repente—. ¿Y usted?

—Ya he comido algo. —Estiró las piernas—. Es un lugar grandioso. Pesca en el río, venados en el bosque, un techo sobre la cabeza y una mujer estupenda y fuerte como usted para echar una mano en las labores del campo.

—Muchas gracias, pero yo diría que ésa es una clase de vida bastante árida.

—¿No ha oído nunca ese viejo dicho de «contigo pan y cebolla»?

—O chocolate —dijo ella al tiempo que sostenía en alto lo poco que quedaba de la tableta de chocolate, y ambos se echaban a reír.

Dillon se levantó, se acercó a la puerta y la abrió. Había una luna llena y el único sonido que se percibía era el del agua del arroyo cercano.

—Podríamos ser las dos últimas personas que quedaran vivas en la tierra —dijo ella.

—No por mucho tiempo. Se acerca un vehículo.

Salió al porche y se quedó allí, a la espera.

Dos Shoguns se detuvieron. Fergus Munro conducía el primero y Murdoch estaba sentado a su lado. Cuando Munro bajó, el administrador descendió por el otro lado y rodeó el vehículo. Sostenía una escopeta. Carl Morgan iba al volante del segundo Shogun y también se apeó. Tenía una figura de aspecto enormemente poderoso, envuelto en un abrigo de piel de oveja.

Murdoch le dijo algo a Munro y amartilló la escopeta. Munro abrió la puerta del Shogun y Murdoch emitió un suave silbido. Un cuerpo se arrastró repentinamente en el interior y una sombra negra se materializó en la oscuridad y se quedó a su lado.

—Hazlo correr, muchacho.

Cuando el perro se adelantó con un impulso, Dillon se dio cuenta de que se trataba de un dóberman, uno de los perros de

lucha más mortales del mundo. Se adelantó para salir a recibirlo.

—Buen muchacho —le dijo, y extendió una mano.

El perro se quedó quieto y empezó a emitir un gruñido desde el fondo de la garganta.

—Es él, señor Morgan —dijo Munro—. Es el bastardo que me atacó, y la presumida que la acompaña debe de estar dentro, sin duda.

—Esto es propiedad privada, amigo —dijo Morgan—. Debería haberse quedado fuera.

El perro volvió a gruñir, amenazador, y Dillon silbó con suavidad, produciendo un extraño sonido que causaba dentera. El perro echó las orejas hacia atrás y Dillon le rascó el hocico y lo acarició.

—¡Santo Dios! —exclamó Murdoch.

—Resulta fácil cuando se sabe cómo hacerlo —le dijo Dillon—. Lo aprendí de un hombre que fue mi amigo. —Sonrió—. Más tarde lamentó habérmelo enseñado, pero así es la vida.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Carl Morgan con serenidad.

Fue entonces cuando apareció Asta.

—Carl, ¿eres tú? Gracias a Dios que estás aquí.

Se tambaleó desde la puerta y Morgan, con expresión de asombro, se acercó rápidamente para tomarla en sus brazos.

—Asta, por el amor de Dios, ¿qué es esto?

La ayudó a entrar y Fergus Munro le preguntó a Murdoch:

—¿Asta? ¿Quién demonios es Asta?

—Algo me dice que te vas a encontrar con una muy desagradable sorpresa, hijo —le dijo Dillon, que se dio media vuelta y entró en la cabaña, seguido por el dóberman.

Asta estaba de nuevo en la mecedora, y Morgan se encontraba arrodillado a sus pies y le sostenía una mano.

—Fue horrible, Carl. Bajé del tren en Lochailort y se me ocurrió venir por el camino de la montaña, me torcí el tobillo y me sentía absolutamente como una estúpida cuando encontré la cabaña y entré en ella por la ventana de la cocina. Entonces llegó ese hombre, el que está ahí fuera. Fue horrible.

Morgan se levantó.

—¿El hombre de ahí fuera? —preguntó con el rostro muy

pálido.

—Sí, Carl, él me amenazó. —Se llevó la mano a la blusa desgarrada—. En realidad, se mostró de lo más desagradable conmigo y cuando llegó el señor Dillon hubo una lucha y lo echó de aquí.

Morgan tenía una mirada asesina en sus ojos. Se volvió hacia Murdoch, que estaba de pie ante la puerta.

—¿Se da usted cuenta de quién es ella? Es mi hija Asta. ¿Dónde está el bastardo que nos ha traído hasta aquí? ¿Fergus?

Le contestó el sonido de un motor al ponerse en marcha. Morgan apartó a Murdoch de un empujón y salió corriendo, para ver que uno de los Shogun se alejaba.

—¿Quiere que vaya tras él? —preguntó Murdoch.

—No —negó Morgan con un gesto de la cabeza abriendo los puños que había mantenido apretados—. Ya nos ocuparemos de él más tarde. —Se volvió hacia Dillon y le tendió una mano—. Soy Carl Morgan y por lo que veo estoy en deuda con usted.

—Dillon…, Sean Dillon.

—¿Quieres decirme que esta tarde has cruzado esa maldita montaña? —le preguntó Morgan a Asta.

—En ese momento me pareció una buena idea. Pensé que llegaría caminando y te daría una sorpresa.

Morgan se volvió de nuevo hacia Dillon, que encendía un cigarrillo, y se anticipó a su pregunta.

—Voy de camino a reunirme con mi tío, el brigadier Charles Ferguson, para la temporada de caza. Ha alquilado un lugar llamado Ardmurchan Lodge.

Inmediatamente, apareció algo indefinido en la mirada de Morgan, pero se limitó a decir:

—Eso nos convierte en vecinos. Supongo que a usted también se le ocurrió que era una buena idea cruzar la montaña, ¿verdad?

—En absoluto. Me pareció muy mala idea, y lo mismo me dijo el jefe de estación cuando ella se bajó del tren. Si quiere que le sea franco, me di cuenta de cuál era su destino por las etiquetas del equipaje. Al preguntarle al jefe de estación qué sucedía, me dijo que ella iba a cruzar por la montaña. Como ya le he dicho, no le pareció una buena idea, y tampoco me lo pareció a mí, así que decidí seguirla. Desgraciadamente, elegí otra ruta y me retrasé a causa de

la niebla, así que no la alcancé hasta que llegó a esta cabaña.

—Temo haber hecho el ridículo —dijo Asta con voz débil—. ¿Podemos marchamos ahora, Carl?

Representaba muy bien su papel y Dillon, también actor, se dio cuenta, aunque no Morgan, que la rodeó con un brazo, inmediatamente preocupado.

—Desde luego. —Miró a Dillon—. Le dejaremos de camino.

—Eso sería estupendo —dijo Dillon.

Murdoch se puso al volante y condujo el vehículo por la cañada. Dillon y Morgan se instalaron en el gran asiento de atrás, con Asta entre ellos, y el dóberman tumbado a sus pies. Dillon le acariciaba entre las orejas.

—Dicen que es un perro guardián —comentó Morgan, que movió la cabeza con escepticismo—. Pero con usted se ha comportado como un garito tímido.

—Debe de haber algo emocional entre él y yo, señor Morgan. Por lo visto, le gusto.

—Más bien diga que le quiere —dijo Asta—. Jamás había visto una cosa igual.

—A pesar de todo, no me gustaría nada ser el intruso que salta el muro y se lo encuentra allí.

—¿De modo que el brigadier Ferguson es su tío? —preguntó Morgan—. Todavía no he tenido el placer de conocerle, pero es que, claro, yo mismo llegué ayer al castillo de Loch Dhu.

—Sí, eso es lo que tengo entendido —asintió Dillon.

—¿Está el brigadier jubilado, o tiene negocios?

—Oh, estuvo en el ejército durante años, pero ahora es asesor de una serie de empresas a nivel mundial.

—¿Y usted?

—Ayudo en lo que puedo. Podría decirse que soy una especie de intermediario. Poseo una cierta facilidad para los idiomas que a él le resulta muy útil.

—Estoy seguro de que sí.

Murdoch cambió la marcha e hizo girar el vehículo para introducirlo por entre unas puertas y seguir un estrecho camino que conducía a la casa situada más allá, en la que se veían unas luces encendidas. Frenó y dijo:

—Ardmurchan Lodge.

Llovía de nuevo, y las gotas repiqueteaban sobre el parabrisas.

—Aquí llueve mucho —comentó Morgan—. Seis de cada siete días llegan nubes desde el Atlántico.

—Y pensar que podríamos estar en las Barbados —dijo Asta.

—Oh, esto debe de tener sus ventajas, estoy seguro —apuntó Dillon.

—Espero tener la oportunidad de expresarle debidamente mi agradecimiento —dijo ella al tiempo que le tomaba la mano—. ¿Quizá mañana?

—Disponemos de mucho tiempo para eso —intervino Morgan—. Ya arreglaré algo. Ahora, los dos necesitan instalarse. —Cuando Dillon se bajó, Morgan le siguió—. Le acompañaré hasta la puerta.

En ese momento, la puerta se abrió y apareció Ferguson.

—Dios Santo, Sean, ¿eres tú? Recibimos tu mensaje en Arisaig, pero empezaba a sentirme preocupado. ¿Qué ha ocurrido?

—Es una larga historia, te la contaré más tarde. ¿Me permites presentarte a nuestro vecino, Carl Morgan?

—Es un placer. —Ferguson estrechó la mano de Morgan—. Su fama le precede. ¿Quiere tomar una copa antes de marcharse?

—No, debo llevar a mi hija a casa —contestó Morgan—. En otra ocasión.

—Por lo que tengo entendido, compartiremos la cacería —dijo Ferguson con jovialidad.

—Sí, aunque no me lo dijeron cuando firmé el contrato de alquiler —contestó molesto Morgan.

—Ah, confío en que no haya ningún problema.

—Bueno, no creo que lo haya mientras no disparemos desde lados opuestos —replicó Morgan con una sonrisa—. Que tengan buenas noches.

Regresó al Shogun y el vehículo se alejó.

—Lo sabe —dijo Dillon.

—Pues claro que lo sabe —admitió Ferguson—. Y ahora, protejámonos de esta molesta lluvia y cuéntame en qué has estado metido.

Cuando el Shogun llegó al castillo de Loch Dhu, Morgan ayudó a bajar a Asta y le dijo a Murdoch:

—Venga usted también. Tenemos que hablar.

—Muy bien, señor Morgan.

Fue Marco Russo, con una chaqueta de alpaca negra y pantalones a rayas el que les abrió la gran puerta de roble con refuerzos de hierro.

—Dios mío, Marco —exclamó Asta—. Casi no lo puedo creer. ¿Convertido ahora en mayordomo?

Probablemente, ella era el único ser humano ante el que Marco sonreía alguna vez, como lo hizo ahora.

—Sólo por una breve temporada, señorita Asta.

—Dile a la doncella que prepare un baño —pidió Morgan, que luego se volvió hacia Murdoch—. Espéreme en la biblioteca.

Condujo a Asta a través del magnífico vestíbulo del castillo y la instaló en la gran silla de roble, junto al fuego de troncos que crujía en la chimenea.

—Muy bien —dijo él—. Háblame de Dillon. Te siguió por la montaña, ¿por qué?

—Él mismo te lo dijo.

—Eso no fue más que un montón de mentiras.

—Bueno, él sabía quién era yo y adonde me dirigía, aunque no lo descubrió por las etiquetas del equipaje.

—Explícate.

Así lo hizo Asta, que le habló del baile en la embajada de Brasil, la nota publicada en el *Daily Mail* y todo lo demás.

—Debería haberlo imaginado —dijo Morgan cuando ella hubo terminado.

—¿Por qué dices eso?

—En cuanto me enteré de la presencia del nuevo inquilino en Ardmurchan Lodge hice que lo comprobaran. El brigadier Charles Ferguson es nada menos que el jefe de una sección de elite de la inteligencia británica, habitualmente dedicado a misiones de antiterrorismo, y únicamente responsable ante el primer ministro.

—Pero… no comprendo…

—Ellos lo saben —dijo él—. Conocen la existencia del Convenio de Chungking.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Y Dillon trabaja para él? —Asintió con un gesto y añadió—: Ahora, todo tiene sentido.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, como ya te he dicho, Dillon me salvó de ese bestia de Hamish Hunt en el baile. Lo que no te he contado es que Hunt me

siguió después por Park Lañe. Estaba muy borracho, Carl, y se comportó como un verdadero estúpido.

—¿Y qué pasó? —preguntó Morgan, que se había puesto pálido de nuevo.

—Dillon apareció y le golpeó. Nunca había visto nada igual. Fue muy rápido y lo hizo sin apenas esfuerzo.

—Debería ser así, puesto que es un verdadero profesional. —Morgan sonrió—. De modo que le debo no uno, sino dos favores. —La ayudó a levantarse—. Bien, ve ahora a tomar un baño. Más tarde cenaremos algo. —Una vez que se hubo alejado, llamó en voz alta —: ¿Marco?

El siciliano apareció, como surgido de entre las sombras.

—¿*Signore*?

—Escucha lo que tengo que decirte.

Muy rápidamente, Morgan le hizo un resumen de los acontecimientos, en italiano.

—Parece alguien peligroso, ese Dillon —dijo Marco cuando hubo terminado.

—Ponte ahora mismo en contacto con Londres. Quiero respuestas, y sólo disponen de una hora. Deja eso bien claro.

—Como diga, *signore*.

Se alejó y Morgan salió de la estancia y abrió la puerta de la biblioteca. Era una habitación agradable, llena de libros, con unas puertas correderas de cristal que daban a una terraza. Lo mismo que en el vestíbulo, un fuego ardía en la chimenea. Murdoch estaba de pie, miraba fijamente el fuego y fumaba un cigarrillo. Morgan se sentó ante la mesa del despacho, abrió un cajón y sacó un talonario de cheques.

—Acérquese.

—Sí, señor Morgan. —Murdoch cruzó la estancia mientras Morgan extendía un cheque que luego le entregó. El administrador lo miró con asombro—. ¿Veinticinco mil libras? ¿Para qué es esto, señor Morgan?

—Por su lealtad, Murdoch. Me gusta la gente avariciosa, y he llegado a la conclusión de que usted lo es.

Murdoch lo miró atónito.

—Si usted lo dice, señor.

—Oh, claro que sí, y lo mejor de todo, Murdoch, es que cuando

me marche de aquí recibirá la misma cantidad por sus servicios.

Murdoch, que recuperó rápidamente el control sobre sí mismo, esbozó ahora una ligera sonrisa.

—Desde luego, señor. Haré lo que me diga.

—Durante varios cientos de años, los *lairds* de Loch Dhu llevaron una cierta biblia a las batallas en las que participaron. Siempre se recuperó, incluso cuando murieron. La llevaba el antiguo *laird* cuando su avión se estrelló en la India en 1944. Tengo razones para creer que esa biblia regresó al castillo, pero ¿dónde está, Murdoch? Ésa es la cuestión.

—Señor, lady Katherine…

—No sabe nada, no la ha visto desde hace varios años. Está aquí, Murdoch, escondida en alguna parte, y vamos a encontrarla. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Hable del asunto con la servidumbre. Dígales que se trata de una valiosa herencia familiar y que habrá una recompensa para el que la encuentre.

—Así lo haré, señor.

—Ahora puede marcharse. —Murdoch ya había abierto la puerta cuando Morgan le llamó de nuevo—. Ah, una cosa más, Murdoch.

—Sí, señor.

—El brigadier Ferguson y Dillon no están de nuestro lado.

—Comprendo, señor.

—Bien, y no olvide una cosa, quiero saber dónde se esconde ese bastardo de Fergus Munro, y preferiblemente que sea esta misma noche.

—Sí, señor.

—Una última cosa, ¿hay alguien del personal de la propiedad que trabaje en Ardmurchan Lodge?

—Ferguson dispone de su propio hombre, señor, un antiguo miembro del cuerpo de gurjas. Luego está Angus, el jardinero de lady Katherine. Se ocupa del jardín y de procurar diariamente la leña que se necesite.

—¿Se le puede comprar?

—Yo diría que sí —asintió Murdoch.

—Bien, Ojos y oídos es lo que deseo. Ocúpese de eso, y encuéntreme a Fergus.

—Así lo haré, señor.

Murdoch salió en silencio y cerró la puerta con cuidado.

Morgan permaneció allí sentado durante un rato. Luego, observó una escalera en la biblioteca. Se dejó llevar por un impulso, se levantó, la empujó hasta un extremo de las estanterías de la pared y subió. Al llegar a lo alto empezó a sacar los libros, uno a uno, para mirar por detrás.

8

Dillon, tras haber tomado un baño y haberse puesto un cómodo chándal, se sentó con las piernas extendidas ante el fuego. Hannah Bernstein estaba en la silla situada frente a él. Acababa de narrar los acontecimientos del día y Ferguson servía unas bebidas de una de las botellas guardadas en un armario, en el rincón de la acogedora sala.

—¿Quiere tomar algo, inspectora jefe?

—No, gracias, señor.

—Bien, al muchacho le vendrá bien un brandy, estoy seguro.

—Fue una caminata bastante larga —dijo Dillon, que aceptó la copa—. ¿Qué piensa al respecto?

—¿Sobre Morgan? Oh, está enterado. Eso está totalmente claro a raíz de nuestro pequeño intercambio de palabras.

—¿Cuál será entonces su siguiente movimiento? —preguntó Hannah.

—No estoy seguro. Ya veremos lo que sucede mañana. —Ferguson se sentó—. Resulta una situación bastante interesante, con los derechos de caza y de pesca. Kim me ha dicho que mientras pescaba en el Loch Dhu el día antes de que llegáramos, se le acercaron unos condenados bribones que trabajan para ese tal Murdoch y le sugirieron que se largara de allí. Y no lo hicieron precisamente de forma muy amable.

—¿Quiénes son?

—He hecho mis propias averiguaciones. Son gitanos, los últimos restos de un clan roto. Ya sabes, un toque de todas esas tonterías escocesas románticas. Se han dedicado a recorrer las Higlands desde lo de Culloden, con toda esa clase de música celestial. El viejo Hector Munro y su progenie. Ayer mismo los vi en el pueblo de

Ardmurchan y no tienen nada de románticos. No son más que un montón de bribones desharrapados que huelen muy mal. Está el viejo Hector, Fergus…

—Ese debe de ser el que me encontré…

—Luego está el otro hermano, Rory, corpulento y de aspecto rudo, con el cabello atado en una cola de caballo. ¿Por qué hacen esas cosas, Dillon? También llevan pendientes. Después de todo, ya no estamos en el siglo XVII.

Hannah se echó a reír y Dillon dijo:

—Rompen todos sus esquemas, brigadier. ¿Y dice que echaron a Kim del lugar?

—Sí. En cuanto me enteré lo envié al castillo con una carta de queja para ese tal Murdoch, el administrador. Le decía que estaba considerando la idea de poner una denuncia ante la policía del condado.

—¿Y qué ocurrió?

—Murdoch no perdió el tiempo en venir, lleno de disculpas. Dijo que los mantendría a raya. Me contó un cuento sobre golondrinas árticas que anidan cerca de Loch Dhu y que no querían que se las molestara. Se disculpó en nombre de los Munro. Dijo que los amonestaría debidamente.

Dillon se levantó y se sirvió otro brandy. Luego regresó junto a la chimenea encendida.

—¿Tenemos derecho a estar aquí, a cazar venados en el bosque y a pescar en el lago?

—Pues claro que lo tenemos —contestó Ferguson—. Te puedo asegurar que eso no le gusta nada a Morgan. Lo dejó bien claro en cuanto nos saludamos, ¿no es así?

—Dejémosle entonces que rechine un poco los dientes. Mañana meteré la cabeza entre las fauces del tigre. ¿Dispone de todo lo que necesitamos para la pesca?

—Y para la caza.

—Bien, probaré por la mañana en el Loch Dhu. Supongo que habrá muchas truchas, ¿verdad?

—Cantidades ingentes, querido muchacho, de un cuarto de kilo, y ocasionalmente hasta de medio kilo.

—Estupendo, me llevaré una caña hasta allí después del desayuno.

—Los Munro podrían mostrarse desagradables si lo descubrieran —dijo Hannah—, sobre todo después de ese encuentro con Fergus. Yo estaba con el brigadier cuando los vimos en el pueblo de Ardmurchan. Realmente, forman un grupo de aspecto temible. Diría que es la clase de tipos que no aceptan con facilidad que se pegue a uno de sus miembros.

—Y yo tampoco —dijo Dillon, que se terminó de tomar la copa —. Les veré a la hora del desayuno.

Y se marchó para acostarse.

En ese mismo momento, Asta estaba sentada frente a Morgan, ante el fuego, en el gran vestíbulo del castillo, cuando entró Marco, con un trozo de papel en la mano.

—Fax de Londres, *signore*.

Morgan lo leyó con rapidez y luego emitió una risotada.

—Santo Dios, escuchad esto. La Bernstein es inspectora jefe, de la rama especial de Scotland Yard, pero es ese Dillon quien se lleva la palma. Sean Dillon, fue actor en otros tiempos, estudió en la Real Academia de Arte Dramático, actuó en el Teatro Nacional, excelente don de lenguas, habla muchos idiomas. Piloto de primera, buceador experto. Buen Dios, y hasta trabajó para los israelíes en Beirut.

—Pero ¿qué hacía allí?

—Por lo visto, hundió unas lanchas rápidas de la OLP. No es un cualquiera, nuestro señor Dillon. Ha trabajado prácticamente para todo el mundo, lo que incluye también a la KGB en los viejos tiempos.

—¿Quieres decir que es una especie de mercenario? —preguntó Asta.

—Es una forma de decirlo, pero antes de eso estuvo durante unos años con los del IRA. provisional, del que fue uno de sus matones más temidos. Existe incluso la sospecha de que fue él quien estuvo tras el ataque contra Downing Street, durante la guerra del Golfo.

—En ese caso, ¿por qué trabaja para Ferguson?

—Supongo que los británicos eran los únicos para los que no había trabajado todavía, y ya sabes lo poco escrupulosos que son. Utilizarían a cualquiera que sirviera para sus propósitos.

—Un hombre absolutamente peligroso —dijo Asta—. Qué excitante.

Morgan le devolvió el fax a Marco.

—Oh, ya nos hemos ocupado de hombres peligrosos en otras ocasiones, ¿verdad, Marco?

—Muchas veces, *signare*. ¿Desea alguna cosa más?

—Sí, tráeme café y dile a Murdoch que quiero verle ahora mismo.

Asta se levantó.

—Creo que me voy a acostar. ¿Podemos salir mañana un rato a cabalgar?

—¿Por qué no? —Le tomó la mano—. Que duermas bien.

Ella le besó en la frente y se dirigió hacia la gran escalera. Morgan extendió una mano para tomar un puro, lo cortó y lo encendió. Murdoch entró poco después, con el impermeable húmedo.

—¿Y bien? —preguntó Morgan.

—Me temo que no ha habido suerte. Ese viejo bastardo, Hector Munro, se mostró inconmovible. Dijo que Fergus había salido para hacer sus rondas nocturnas y que no lo habían visto desde entonces. Miente, naturalmente.

—¿Qué hizo usted?

—Registré sus nauseabundas caravanas, algo que no les gustó, pero insistí en hacerlo.

—Quiero a Fergus —dijo Morgan—. Quiero tenerlo donde pueda ocuparme personalmente de él. Ha puesto sus sucias manos encima de mi hija y nadie hace eso sin recibir su merecido. Vuelva a intentarlo mañana.

—Sí, señor Morgan. Buenas noches, señor.

Murdoch salió y Marco se acercó con el café. Mientras lo servía, Morgan le dijo en italiano:

—¿Qué piensas de él?

—¿De Murdoch? Un montón de estiércol, *signore*, sin honor. Para él, lo único que cuenta es el dinero.

—Eso fue lo que pensé. Vigílalo. Ahora, ya puedes acostarte.

Marco salió y Morgan se quedó sentado, reflexionando, mientras se tomaba el café y contemplaba fijamente el fuego.

A la mañana siguiente, estaba sentado ante la mesa de la biblioteca, dedicado a revisar unos documentos de negocios, cuando se oyó una llamada ante la puerta y Murdoch entró.

—Tengo a Angus aquí, señor.

—Hágalo pasar.

Angus entró, se quitó la gorra de *tweed* y la hizo rodar entre las manos.

—Señor Morgan.

Morgan le observó un momento antes de hablar.

—Me parece usted un hombre con sentido práctico. ¿Es así?

—Eso espero, señor.

Morgan abrió un cajón y sacó un fajo de billetes que arrojó hacia él. Angus lo recogió al vuelo.

—Ahí tiene quinientas libras. Ante cualquier cosa insólita que ocurra en Ardmurchan Lodge, llame usted inmediatamente a Murdoch y le informa.

—Así lo haré, señor —contestó el hombre, que sudaba ligeramente.

—¿Ha estado allí esta mañana?

—Para llevar la leña, señor.

—¿Y qué ocurría?

—El señor Dillon ha desayunado temprano antes de salir a pescar al Loch Dhu. Me pidió consejo.

—Bien —asintió Morgan—. Ya puede marcharse.

Angus se marchó y Murdoch dijo:

—Si los Munro se cruzan con él, tendrá problemas.

—Exactamente lo mismo que yo pensaba.

Morgan sonrió; en ese momento llegó Asta, que llevaba chaqueta y pantalones de montar.

—Ah, estás aquí. Dijiste que hoy podríamos salir a cabalgar.

—¿Y por qué no? —Miró a Murdoch y le ordenó—: Prepare los caballos. Usted nos acompañará. —Luego, sonrió y añadió—: Podríamos echar un vistazo al lago.

Las aguas del Loch Dhu eran incluso más oscuras de lo que sugería su nombre, aunque se mostraban calmas en la mañana gris, moteadas por las gotas de lluvia. Dillon llevaba botas altas de goma, un viejo sombrero impermeable y un deteriorado impermeable de pastor australiano con hombreras protegidas, que había encontrado en el pabellón.

Encendió un cigarrillo y se tomó su tiempo para preparar la caña. Por detrás de él la maleza llegaba a la altura de la cintura,

con una línea de árboles más arriba, de la que echó a volar un chorlito. Un vientecillo agitó la superficie del lago y, de repente, una trucha saltó del agua, más allá de la barra de arena, se elevó unos treinta centímetros en el aire y desapareció de nuevo.

De pronto, Dillon se olvidó de todo, y sólo recordó la granja ovejera de su tío, en el condado de Down, y en las lecciones que le había dado su tío sobre el gran arte de la pesca. Preparó la mosca que Ferguson le había recomendado, y que por lo visto se fabricaba él mismo, y se puso a trabajar.

Su primera docena de capturas fueron más bien pobres, producto de la falta de práctica, pero poco a poco, a medida que recuperaba sus viejas habilidades, empezó a tener mejor suerte y capturó dos piezas de un cuarto de kilo. La lluvia seguía cayendo, implacable. Soltó otro par de metros de sedal, levantó la punta hacia atrás y la arrojó más allá de la barra de arena, hacia donde una aleta negra surcaba el agua. Esta captura fue la más perfecta que hubiera conseguido nunca: la mosca apenas se deslizó sobre la superficie cuando la caña se inclinó y el sedal se tensó.

Debía de pesar por lo menos un kilo, ni un gramo menos. El carrete giró cuando la trucha enganchada en el anzuelo buscó aguas más profundas, y él se movió a lo largo del banco de arena, al mismo tiempo que soltaba sedal cuidadosamente. El sedal quedó flojo y, por un momento, creyó haberla perdido, pero la trucha sólo descansaba y un momento después el sedal volvió a tensarse. Forcejeó con ella durante unos buenos diez minutos antes de volverse para tomar la red. Levantó finalmente el pez, le quitó el anzuelo y se volvió para regresar a la orilla.

—Estupendo —dijo una voz que sonó duramente—. Ya tenemos una buena cena.

El hombre que había hablado era viejo; debía de tener por lo menos setenta años. Llevaba un traje de *tweed* que había conocido tiempos mucho mejores y el cabello blanco se asomaba por debajo de su boina Glengarry. Su rostro aparecía curtido por el tiempo, arrugado y cubierto de una poblada barba de pocos días. En el brazo derecho sostenía con fuerza una escopeta, con el cañón abierto y doblado.

Por detrás de él, otros dos hombres estaban de pie entre los brezos. Uno era corpulento, con una fuerte mandíbula y una sonrisa

permanente. Debía de ser Rory, se dijo Dillon. El otro era Fergus, que mostraba un moratón lívido en un lado de la cara y la boca hinchada.

—Es él, pa, ése es el bastardo que me atacó —dijo, y levantó la escopeta a la altura de la cadera.

Rory lo empujó a un lado y el disparo dio en el suelo.

—Hermano, intenta no hacer el ridículo, como siempre —le dijo en gaélico.

Dillon, de origen irlandés, no tuvo la menor dificultad en comprenderlo, sobre todo cuando Hector dijo:

—No me parece que sea gran cosa.

Le lanzó un puñetazo. Dillon se agachó y lo esquivó, pero resbaló sobre un pie y cayó en los bajíos. Gateó para levantarse y el viejo levantó la escopeta.

—Todavía no, muchacho —dijo en inglés—. Ya tendrás tu oportunidad. Vamos, sal de ahí. Despacio y sin hacer tonterías.

Dillon se adelantó despacio.

—Espera a que haya acabado contigo —dijo entonces Fergus, que hizo oscilar la culata de la escopeta.

Dillon la evitó con facilidad y Fergus cayó sobre una rodilla. Rory lo levantó por el pescuezo.

—¿Es que no quieres escuchar o tengo que darte una patada en el culo? —preguntó en gaélico al tiempo que lo empujaba hacia delante.

—Que Dios le ayude, pero creo que éste nunca aprenderá —le dijo Dillon en irlandés—. Algunos hombres siguen siendo como niños durante toda su vida.

La boca de Rory se quedó abierta de asombro.

—Por Dios, pa, ¿has oído eso? El gaélico más extraño que he oído nunca.

—Porque es irlandés, la lengua de los reyes —dijo Dillon—. Pero lo bastante parecida como para que podamos entendemos.

Salió del agua y echó a caminar delante de ellos.

Había humo por detrás de los árboles y se oían las voces de los niños, por lo que era evidente que no le llevaban ante Morgan, y se dio cuenta entonces de que había calculado mal. Se metieron en una hondonada donde tenían instalado el campamento. Los tres carromatos eran viejos, estaban cubiertos con lonas remendadas

muchas veces, y se hallaban muy alejados de la idea romántica de lo que es una caravana de gitanos. Se observaba pobreza en todo, desde las raídas ropas de las mujeres acuclilladas ante el fuego, dedicadas a tomar el té, hasta los pies desnudos de los niños, que jugaban sobre la hierba, junto a unos caballos esqueléticos.

Fergus le propinó a Dillon un empujón que lo hizo tambalearse hacia delante y las mujeres se desparramaron. Los niños detuvieron su juego y se acercaron a observar. Hector Munro se sentó sobre una vieja caja de madera que había dejado una de las mujeres, se colocó la escopeta a través de las rodillas y sacó una pipa. Fergus y Rory permanecieron de pie, ligeramente por detrás de Dillon.

—Un ataque contra uno de nosotros es un ataque contra todos, señor Dillon, o como se llame. Es una verdadera pena que no supiera eso. —Llenó la pipa de tabaco, con movimientos parsimoniosos—. Rory. —El hombre más corpulento se movió con rapidez, tiró de los brazos de Dillon hacia atrás y el viejo añadió—: Disfruta lo que quieras, Fergus.

Fergus también actuó con rapidez y golpeó a Dillon en el estómago, con la derecha y con la izquierda. Dillon no hizo el menor movimiento, excepto para tensar los músculos y Fergus le hundió el puño en las costillas del costado derecho.

—Y ahora esa bonita cara que tienes —dijo—. Levántale la cabeza, Rory.

Rory agarró un mechón de cabellos de Dillon, pero para hacerlo tuvo que soltarle un brazo. Dillon lanzó rápidamente una pierna hacia delante y golpeó a Fergus en la entrepierna, casi al mismo tiempo que medio giraba un golpe de codo hacia atrás, contra el borde de la mandíbula de Rory. El hombre corpulento lo soltó, retrocedió tambaleante. Dillon echó a correr y cayó cuan largo era cuando una de las mujeres extendió un pie en su camino.

Rodó desesperadamente sobre sí mismo, mientras todos le lanzaban patadas, incluidos los niños. Entonces se oyó el retumbar de los cascos de unos caballos y una voz gritó:

—¡Ya basta, maldita sea!

Sonó el disparo de una escopeta.

Las mujeres y los niños se abrieron en abanico y echaron a correr. Al incorporarse, Dillon encontró a Murdoch a caballo, con una escopeta apretada contra el muslo. Por detrás de él, Carl

Morgan y Asta descendían hacia la hondonada. Dillon se dio cuenta de que Fergus se deslizaba por debajo de uno de los carromatos.

—Quédate ahí, estúpido bastardo —siseó Rory en gaélico.

Luego se volvió a mirar alarmado a Dillon, al darse cuenta de que éste lo había entendido.

Carl Morgan espoleó a su montura por la hondonada. Los cascos de su caballo desparramaron el fuego y tiró de la rienda derecha, de modo que el animal se volvió y sus cuartos traseros golpearon a Hector Munro, que se tambaleó hacia atrás. Finalmente, detuvo su montura.

—Dígales quién soy —ordenó.

—Este es el señor Carl Morgan, el nuevo inquilino del castillo de Loch Dhu —dijo Murdoch—, y vuestro patrono.

—¿De veras? —preguntó Hector Munro.

—Así que descúbrete la cabeza, perro maleducado —le dijo Murdoch, que se inclinó sobre el caballo, arrancó la boina de la cabeza del viejo y la arrojó al suelo.

Rory avanzó un paso y Dillon le dijo en irlandés:

—Tranquilo, muchacho. No seas impaciente, ya habrá tiempo y lugar para cada cosa.

Rory se volvió hacia él, con el ceño fruncido, pero fue su padre el que habló.

—Ese hombre, Dillon, estaba pescando en el lago. No hacíamos sino cumplir con nuestro deber.

—No me mientas, Munro —le dijo Murdoch—. El señor Dillon es sobrino del brigadier Ferguson, el inquilino de Ardmurchan Lodge, y no me digas que no lo sabías. Vosotros, bribones, sabéis todo lo que ocurre en el distrito antes incluso de que haya sucedido.

—Ya basta —intervino Morgan, que miró a Munro—. ¿Deseas seguir trabajando para esta propiedad?

—Pues claro, señor —contestó el viejo.

—Entonces, ya sabes cómo comportarte en el futuro.

—Sí, señor —asintió Munro, que recogió la boina y se la puso.

—Y ahora veamos a ese hijo tuyo, Fergus. Molestó a mi hija. Quiero saber dónde está.

—No lo hemos visto, señor. Se lo dije al señor Murdoch. Si ofendió a la joven señorita, créame que lo siento, pero a Fergus le gusta mucho ir de un lado a otro.

—A veces no viene por aquí durante varios días —dijo Rory—. ¿Quién sabe dónde podría estar? —Miró a Dillon fugazmente, pero éste no dijo nada.

—No puedo esperar más tiempo. Tenemos que marchamos ahora, señor Dillon —dijo Morgan.

—No se preocupe, estaré bien —afirmó Dillon—. Sólo quiero recoger mi equipo de pesca. Luego, regresaré a pie.

Se acercó al caballo de Asta y la miró.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó ella.

—Estupendamente —asintió Dillon—. Hago esta misma clase de cosas casi todas las mañanas. Contribuye a abrirme el apetito para el almuerzo.

—Estaré en contacto, Dillon —dijo Morgan—. Vamos, Asta.

Se alejaron. Dillon se volvió para mirar a los Munro. Fergus salió a gatas de debajo del carromato y Dillon le dijo en irlandés:

—De modo que estabas escondido ahí, pequeño bribón. Yo, en tu lugar, Llevaría cuidado.

Luego, se dirigió hacia la orilla del lago y recogió la caña y la bolsa de pesca. Al volverse para marcharse, Rory Munro se movió entre los árboles.

—¿Por qué ha hecho una cosa así por Fergus cuando usted y él son tan malos amigos? —le preguntó en gaélico.

—Eso es cierto, pero lo que sucede es que ese Morgan me cae todavía peor. Aunque la chica es diferente. Si Fergus vuelve a tocarla, le romperé los dos brazos.

Rory se echó a reír.

—Oh, ¿con que tenemos aquí a un duro, eh, hombrecillo?

—Siempre puedes comprobarlo —le dijo Dillon.

Rory lo miró fijamente, con el ceño fruncido, y luego apareció una lenta sonrisa sobre su rostro.

—Quizá llegue ese momento en alguna otra ocasión —dijo.

Se dio media vuelta y desapareció entre los árboles.

Dillon tomaba el té en Ardmurchan Lodge mientras les contaba lo que había sucedido por la mañana a Ferguson y Hannah Bernstein.

—De modo que la trama se hace cada vez más espesa —dijo Ferguson.

—Fue una suerte que Morgan apareciera cuando lo hizo —

comentó Hannah—. A estas alturas podría estar usted ingresado en el hospital.

—Sí, ha sido una coincidencia muy útil —corroboró Ferguson.

—Ya sabe usted lo mucho que yo creo en eso de las coincidencias —le dijo Dillon.

—¿Cree que Morgan estaba detrás de todo esto? —preguntó Hannah.

—No estoy seguro, pero creo que lo esperaba. Por eso mismo acudió.

—Es muy posible —asintió Ferguson—. Lo que plantea la cuestión de cómo sabía que ibas a pescar esta mañana.

—Ya sé, la vida es un gran misterio —dijo Dillon—. ¿Qué sucederá ahora?

—Almorzaremos, querido muchacho. Creo que podríamos aventuramos por el pueblo de Ardmurchan y degustar las delicias del pub local. Tienen que ofrecer alguna clase de comida.

—¿Comer en un pub, brigadier, usted? —preguntó Hannah Bernstein.

—Y usted también, inspectora jefe. Aunque no creo que le puedan servir *kosher*.

—Vamos a verlo —dijo ella—. Creo que Angus está trabajando ahora en el jardín. —Abrió la puerta corredera de cristal y salió, para regresar un momento más tarde—. Dice que en el Campbell Arms preparan comidas. Empanada de pastor y cosas así.

—Comida de la *buena* —dijo Ferguson—. Qué maravilloso. Vayamos, pues.

Morgan estaba de pie en la terraza, en lo alto de los escalones, con Asta, cuando Murdoch se les unió.

—Acabo de recibir una llamada telefónica de Angus. Nuestros amigos van a almorzar al Campbell Arms.

—¿De veras? —preguntó Morgan.

—Esto podría conducir a una situación muy interesante. Pasado mañana se celebra la feria local y los juegos de las Highlands. Hay gitanos por todas partes, tratantes de ganado y todo eso. Probablemente, los Munro estarán allí.

—Si es así, no podemos pasarlo por alto, ¿verdad? —preguntó Morgan volviéndose a mirar a Asta. Luego levantó el tono de voz y llamó—: ¡Marco! —Russo apareció en una de las ventanas abiertas

—. Saca la camioneta. Nos vamos al pueblo a tomar una copa y tú conduces. Tengo la impresión de que podría necesitarte.

El Campbell Arms era muy antiguo, construido de granito gris, pero el letrero que colgaba sobre la puerta estaba recién pintado. Dillon aparcó al otro lado de la calle y Hannah y Ferguson bajaron y cruzaron. Se detuvieron un instante cuando un joven gitano pasó montado a pelo sobre un caballo, tirando de otros tres que iban detrás. En la pared había un cartel en el que se anunciaba la feria y los juegos de Ardmurchan.

—Esto parece bastante divertido —comentó Ferguson, que abrió la puerta y entró el primero.

Había una abrigarrada y anticuada barra, del tipo que en los viejos tiempos sólo estaba reservada para las mujeres. Ahora estaba vacía, pero otra puerta permitía el acceso a un gran salón, con vigas en el techo. Había otra larga barra, con mostrador de mármol e hileras de botellas alineadas contra un gran espejo. En la chimenea ardía un fuego de turba, y en el local había mesas, sillas y reservados con asientos de madera de respaldo alto. No es que estuviera abarrotado, pero sí debía de haber por lo menos unas treinta personas, algunas de ellas evidentemente gitanos relacionados de algún modo con la feria, y otras gentes locales, hombres viejos que llevaban gorras y pantalones con polainas o, en algunos casos, boinas y *plaids* como los de Hector Munro, que se encontraba precisamente en un extremo de la barra, en compañía de sus hijos Rory y Fergus.

El murmullo de la conversación se interrumpió bruscamente en cuanto entró Ferguson, inmediatamente seguido por los otros. La mujer que atendía la barra se acercó a ellos secándose las manos en un paño. Llevaba un viejo jersey tejido a mano y pantalones.

—Sea bienvenido a este lugar, brigadier —le dijo con acento de las Highlands, y le estrechó la mano—. Me llamo Molly.

—Es muy agradable estar aquí, querida —dijo él—. Por lo que he oído decir, su comida es excelente.

—Vengan por aquí. —Les condujo hacia uno de los reservados, junto al fuego y, en gaélico, les dijo a los presentes en voz alta—: Seguid con vuestras copas mientras yo me ocupo de atender a estos condenados ingleses.

—Acaba de cometer un grave error en mi caso, mujer de la casa

—dijo Dillon en irlandés—, pero la disculparé si me encuentra un Bushmills.

Ella se volvió, con la boca abierta por la sorpresa y luego se llevó una mano a la cara.

—Irlandés, ¿verdad? Pórtese bien y es posible que le sorprenda. —Se instalaron, y ella añadió en inglés—: Si lo que quieren es comer, hoy tenemos empanada de pescado. Bacalao fresco, cebollas y patatas.

—Lo que a mí me suena increíblemente bien —le dijo Ferguson —. Tomaré una Guinness, cerveza de barril para la dama y lo que usted y mi amigo hayan decidido para él.

—Un hombre que me cae simpático y una buena marca de escocés.

Se alejó y las conversaciones se reanudaron, mientras Dillon encendía un cigarrillo.

—El viejo de cara granítica y la boina, el que está en el extremo de la barra, es Hector Munro. El que muestra las señales en la cara es Fergus, y ese otro corpulento de anchos hombros que la observa con admiración, Hannah, es mi querido amigo Rory.

—No es mi tipo —dijo ella ruborizándose.

Dillon se volvió y saludó con un gesto a los Munro.

—Oh, no sabría decir, quizá después de haber tomado un par de copas y al filo de la medianoche…, ¿quién sabe?

—Es usted un bastardo, Dillon.

—Lo sé. Ya me lo han dicho otras veces.

Hector Munro se limpió la boca con el dorso de la mano y se acercó, apartando a los demás parroquianos sin contemplaciones.

—Señor Dillon, ha ayudado usted a mi hijo —dijo en inglés—, y se lo agradezco. Quizá cometimos un error con usted.

—Le presento a mi tío, el brigadier Ferguson —dijo Dillon.

—Conozco el apellido Ferguson —dijo Munro—. Hay unos pocos a no muchos kilómetros de aquí, camino de Tomentoul. Estuvieron en nuestro flanco izquierdo en Culloden, luchando contra los sangrientos alemanes del rey Jorge.

—Tiene usted una memoria que abarca mucho —dijo Ferguson —. Eso ocurrió hace doscientos cincuenta años. En efecto, mis antepasados lucharon en Culloden por el príncipe Carlos.

—Es usted un buen hombre —dijo Munro, que levantó una

mano y regresó junto a la barra.

—Dios mío, parece como si estuviéramos atrapados en el túnel del tiempo —comentó Ferguson cuando Molly les sirvió las bebidas solicitadas.

Las dejó sobre la mesa y en ese momento se abrió la puerta y entraron Morgan y Asta, seguidos de cerca por Murdoch y Marco.

Se produjo otro silencio. Morgan revisó el salón con la mirada y luego se adelantó, con Asta a su lado. Por detrás de él, Marco se quedó junto a la barra y Murdoch se acercó a Molly. Morgan y Asta se acomodaron en el banco situado frente a Ferguson y sus acompañantes.

—Brigadier, es un placer. Anoche no tuve la oportunidad de presentarle a mi hija. Asta…, el brigadier Ferguson.

—Es un placer, querida —le dijo Ferguson—. Ya conoce a mi sobrino. Esta encantadora dama es mi secretaria, la señorita Hannah Bernstein.

Murdoch llegó desde la barra, con vasos y una botella de vino blanco.

—No hay mucho donde elegir, señor. Es chablis.

—Mientras no lo hayan hecho en el patio trasero, estará bien —dijo Morgan—. ¿Qué tal la comida?

—Empanada de pescado y patata, muchacho —dijo Ferguson—. Sólo tienen un plato al día.

—En ese caso, tendrá que ser empanada de pescado y patata —dijo Morgan—. No puede decirse que hoy almorcemos en el Caprice.

—Desde luego que no —asintió Ferguson—. Esto son aguas muy diferentes.

—Exactamente. —Murdoch sirvió el vino y Morgan levantó su vaso—. ¿Por qué brindamos?

—Por confundir a nuestros enemigos —dijo Dillon—. Es un buen brindis irlandés.

—Muy conveniente.

Asta tomó un sorbo de vino y dijo:

—Es muy agradable haberla conocido, señorita Bernstein. Es extraño, pero mientras estuvimos juntos Dillon no mencionó su presencia. Después de conocerla, claro, comprendo por qué.

—Trate de comportarse, ¿quiere? —le dijo Dillon con una picara

sonrisa.

Los ojos de ella se abrieron de rabia y Morgan frunció el ceño. Murdoch se inclinó sobre él y le susurró algo al oído. Morgan se volvió en seguida y miró hacia la barra del bar. En ese preciso momento, Fergus se deslizaba hacia la puerta. Morgan gritó en italiano:

—¡Detenlo, Marco! Ese hombre es el que busco.

Marco colocó una mano sobre el pecho de Fergus y lo empujó hacia atrás, Hector Munro y Rory avanzaron un paso.

—Deja en paz a mi hijo o tendrás que responder ante mí —dijo el viejo.

—Munro —dijo Morgan en voz alta—, antes le pregunté dónde estaba su hijo y afirmó no conocer su paradero. Como su patrono que soy, esperaba mejor comportamiento por su parte.

—Mi hijo solamente es asunto mío. Quien le toque a él, nos toca a todos.

—Le ruego que me ahorre esta clase de cháchara de campesinos. Molestó a mi hija y tiene que pagar por ello.

Ahora, Fergus estaba asustado, con el rostro pálido y una expresión desesperada. Intentó rodear a Marco, que lo detuvo con facilidad, agarrándolo por el pescuezo. Lo obligó a darse media vuelta y lo arrodilló ante Morgan.

El local había quedado totalmente en silencio.

—Por fin te tengo, animal —dijo Morgan.

Rory se acercó a la carrera.

—Esto es para ti —gritó y hundió el puño en la base de la espalda de Marco.

El siciliano se encogió ligeramente, se volvió, bloqueó el siguiente golpe de Rory y le propinó un derechazo en la parte alta de la mejilla derecha. Rory trastabilló hacia atrás hasta chocar contra la barra.

Fergus, acobardado sobre el suelo, vio su oportunidad y se levantó para alcanzar la puerta. Marco se volvió y ya se disponía a bloquearle la salida cuando Hannah Bernstein sacó un pie y lo zancadilleó. Marco cayó cuan largo era, y Fergus se escabulló por la puerta como una comadreja.

—Terrible, ¿verdad? —le dijo Ferguson a Morgan—. No puedo llevar a esta muchacha a ninguna parte.

Cuando Marco se levantó, Rory se adelantó desde la barra y Dillon se apresuró a interponerse entre los dos hombres.

—Este perro es mío —le dijo a Rory en irlandés—. Vamos, tómate tranquilamente la cerveza, como un buen muchacho, y déjame hacer a mí.

Rory lo miró fijamente, con la rabia encendida en sus ojos, y finalmente suspiró profundamente.

—Como digas, irlandés, pero si vuelve a ponerme una mano encima no será más que un trozo de carne.

Se dio media vuelta y regresó a la barra.

—Es extraño —le dijo Ferguson a Morgan—, pero la vida ha cobrado un significado enteramente nuevo desde que le conozco.

—¿De veras? —replicó Morgan con amabilidad.

En ese momento llegó Molly con una enorme bandeja que contenía los platos con la comida.

—Palabra que esto huele muy bien —exclamó Ferguson con gran satisfacción—. Demos buena cuenta de ello, porque estoy seguro de que vamos a necesitar de todas nuestras fuerzas.

Más tarde, ya en la calle, Morgan dijo:

—Me pregunto si aceptarían venir a cenar mañana por la noche. Creo que sería agradable invitar a lady Katherine.

—Excelente idea —asintió complacido Ferguson—. Encantado de aceptarla.

—¿Monta usted, Dillon? —preguntó Asta.

—Es algo sabido.

—Quizá pueda unirse mañana a nosotros. Podríamos prepararle una montura sin problemas.

—Ah, me ha pillado en mal momento. Mi tío me prometió llevarme a acechar venados mañana. ¿Lo ha probado alguna vez?

—¿Cazar venados al acecho? Eso suena maravilloso. —Se volvió —. ¿Qué te parece, Carl? Me encantaría ir.

—No es mi estilo y mañana tengo cosas de qué ocuparme.

—Estaremos encantados de que se una a nosotros, querida —dijo Ferguson con una sonrisa afable—, si es que no se opone a ello. ¿Qué le parece, Morgan?

—¿Por qué iba a oponerme? Es una idea excelente.

—Pasaremos a recogerla —dijo Ferguson—. A las nueve y media. —Se levantó ligeramente el sombrero de *tweed* y se despidió

—. Adiós por ahora.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia el Range Rover.

—Sí, vámonos —asintió Morgan y Asta fue la primera en dirigirse hacia la camioneta aparcada.

—Una cosa, señor —dijo Murdoch cuando se hubieron alejado un poco—. Tengo una ligera idea acerca de adonde puede haber ido Fergus.

—¿De veras? Está bien, llevaremos a Asta a casa y luego me lo mostrará.

En Ardmurchan Lodge, Ferguson se quitó la chaqueta y se acercó a la chimenea encendida, situándose de espaldas al fuego.

—¿Qué les ha parecido eso?

—El tipo corpulento es su guardaespaldas actual, un tal Marco Russo —dijo Hannah Bernstein—. Lo he comprobado con los de inmigración. Llegó con Morgan. La información recibida de la policía italiana indica que es un conocido matón de la Mafia, y miembro de la familia Luca.

—Un tipo meticulosamente nauseabundo, si quiere saber mi opinión —dijo Ferguson, que se volvió hacia Dillon—. ¿A qué ha venido toda esa cháchara sobre salir a cazar al acecho?

—¿Nunca ha cazado venados al acecho, brigadier? —preguntó Dillon sacudiendo la cabeza—. Ah, entonces es que no sabe vivir. ¿Y usted pertenece a las llamadas clases superiores?

—Pues claro que he cazado al acecho —replicó Ferguson—. Y te ruego amablemente que guardes para ti mismo esos comentarios tan fatuos. Lo que quiero saber es por qué vamos a llevar mañana a la chica con nosotros. Evidentemente, lo deseabas, razón por la que se lo pedí.

—No estoy seguro —dijo Dillon—. Me gustaría conocerla un poco mejor. Podría conducirnos a alguna parte.

—Dillon —intervino Hannah Bernstein—, comprenda claramente una cosa: esa joven es dura, capaz e inteligente. Si cree que no sabe exactamente cómo gana Morgan su dinero, se engaña por completo. Obsérvelos, utilice sus ojos. Forman una pareja muy unida. Apostaría a que ella sabe exactamente por qué estamos aquí.

—Que es exactamente la razón por la que deseo cultivar su amistad —dijo Dillon.

—Estoy de acuerdo —asintió Ferguson—. Así pues, saldremos

por la mañana tal como habíamos planeado. Kim puede llevarnos las armas. Usted se quedará aquí para cuidar del fuerte, inspectora jefe.

—Como diga, señor.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó Ferguson volviéndose hacia Dillon.

—Sí, he decidido hacer una visita al castillo esta noche. Sólo quiero comprobar las cosas y ver qué sucede. ¿Alguna objeción?

—Ninguna. Ahora que lo pienso, creo que es una buena idea. —Ferguson sonrió—. Resulta extraño, pero Morgan parece un hombre bastante civilizado cuando se le conoce, ¿no están de acuerdo?

—En absoluto, señor —dijo Hannah Bernstein—. Por lo que a mí se refiere no es más que otro gánster con un buen traje.

9

Fergus estaba espatarrado sobre el jergón de la vieja cabaña de caza situada en el extremo oeste del Loch Dhu y bebía de una botella de whisky. Ahora ya no tenía miedo, una vez dejado atrás lo ocurrido en el pub, pero sí se sentía enojado, sobre todo cuando pensaba en Asta.

—Maldita zorra —se dijo para sí mismo—. Todo es por culpa tuya. —Tomó otro trago de whisky—. Pero espera y verás. Como te vuelva a echar la mano encima…

Se produjo un fuerte y repentino crujido y la puerta se abrió de golpe. Murdoch entró en la estancia.

—Aquí está, señor.

Morgan entró en la cabaña tras él, con una fusta de montar en la mano, acompañado por Marco.

—Vamos a ver ahora, montón de basura —dijo Morgan.

Fergus estaba aterrorizado. Se levantó con la botella en una mano.

—Mire, no hay necesidad de esto. Fue todo un error. Yo no sabía quién era ella.

—¿Un error? —preguntó Morgan—. Oh, sí, cometiste un error, pequeño cerdo. —Se volvió—. Marco.

Marco se ponía un par de guantes de cuero. De repente, Fergus golpeó la botella de whisky y la partió en dos, derramando su contenido sobre el jergón. Luego, levantó amenazadoramente el cristal astillado.

—Acabaré contigo ahora mismo, juro que lo haré.

Marco avanzó y Fergus balanceó la botella. El siciliano bloqueó el brazo, lo apartó a un lado y le golpeó con fuerza aterradora bajo las costillas. Fergus dejó caer la botella, se tambaleó y cayó sobre la

cama.

—Déjalo —ordenó Morgan.

Marco se retiró y Morgan se adelantó.

—Pusiste tus sucias manos encima de mi hija.

Con la fusta, golpeó una y otra vez la cara de Fergus, que gritaba y trataba de protegerse con los brazos levantados. Morgan descargó sobre él una lluvia de golpes. Finalmente, se retiró y Marco avanzó de nuevo. Golpeó a Fergus en la cara y lo hizo caer al suelo, donde lo pateó con una brutal eficacia.

—Ya es suficiente. —Marco se apartó y Fergus quedó en el suelo, gimiendo. Morgan se volvió y vio a Murdoch ante la puerta, con una expresión tan asustada como la que había mostrado antes el propio Fergus—. ¿Tienes algún problema? —preguntó Morgan.

—No, señor Morgan.

—Bien, vámonos entonces.

Salió de la cabaña y subieron a la camioneta. Marco se instaló ante el volante y poco después se alejaron.

Fue algún tiempo más tarde, ya oscurecido, cuando Fergus apareció en la puerta. Tenía un aspecto terrible, con la cara ensangrentada. Permaneció allí de pie, balanceándose, y luego descendió tambaleante la pendiente hasta el lago. Se introdujo en los bajíos, cayó de rodillas y se salpicó agua sobre el rostro y la cabeza. El dolor en la cabeza era terrible, lo peor que hubiera sentido jamás. Experimentó un verdadero alivio cuando todo se oscureció a su alrededor y cayó lentamente hacia delante, sobre el agua.

Eran las once de la noche y llovía con fuerza, cuando Hannah Bernstein apagó el motor del Range Rover junto al muro del castillo de Loch Dhu.

—Dios mío, cuando deja de llover aquí es como un verdadero milagro —comentó.

—Esta es la rolliza Escocia —dijo Dillon.

Iba completamente vestido de negro, el suéter, los pantalones y hasta las zapatillas de carreras. En aquel momento, sacó un pasamontañas negro de esquiador y se lo puso sobre la cabeza, lo que sólo dejó al descubierto los ojos y la boca.

—Realmente, tiene un aspecto adecuado para su papel —dijo Hannah.

—Ésa es la idea.

Se puso unos guantes negros y sacó la Walther de la guantera del coche, a la que acopló el nuevo silenciador corto Hartley.

—Por el amor de Dios, Dillon, no va usted a la guerra.

—Eso es lo que usted cree, encanto. —Se deslizó el arma por la cintura y, al sonreír, sus dientes relampaguearon en la abertura del pasamontañas—. Allá vamos de nuevo. Deme una hora.

Abrió la portezuela y se alejó.

El muro sólo tenía unos cuatro metros de altura y fue fácil de salvar. Encontró unos bordes derrumbados en los que apoyar los pies y una vez arriba se dejó caer sobre la hierba húmeda. Se movió a través de los árboles, hasta salir a una zona abierta, cubierta de hierba, y corrió hacia el castillo. Finalmente, se detuvo en otro bosquecillo y miró al otro lado del cuidado y suave prado, hacia las ventanas iluminadas del castillo.

La lluvia caía implacablemente. Permaneció allí, ligeramente a cubierto tras un árbol. En ese momento se abrió la gran puerta de roble y Marco Russo apareció allí, con el dóberman a su lado. Marco empujó al perro con el pie, evidentemente para dejarlo hacer sus necesidades en plena naturaleza, y luego volvió a entrar. El perro se quedó un momento quieto, olisqueando bajo la lluvia. Luego, levantó una pata. Dillon emitió el bajo y curioso silbido que había empleado en la cabaña de caza. El dóberman levantó las orejas y se dirigió directamente hacia él.

Dillon lo recibió en sus brazos, le acarició las orejas y dejó que le lamiera las manos.

—Buen chico —dijo en voz baja—. Y ahora, haz lo que te dicen y quédate tranquilo.

Cruzó el prado y miró por las puertas correderas de cristal. Vio a Asta en la biblioteca. Leía un libro junto a la chimenea encendida. Tenía un aspecto muy atractivo, con un pijama de seda negra de dos piezas. Se apartó, con el perro a su lado, miró a través de una ventana larga y estrecha y vio el vestíbulo vacío.

Se dirigió hacia el extremo más alejado, oyó voces y observó una puerta de cristal entreabierta. Las cortinas sólo estaban corridas parcialmente y al mirar con precaución hacia el interior vio a Morgan y a Murdoch en un gran salón. Había varias cajas de libros contra la pared y Morgan se dedicaba a colocar libros con presteza

en una de ellas.

—He revisado cada centímetro del salón, he apartado cada libro, mirado en cada cajón y armario. Y lo mismo en la biblioteca. Ni el menor rastro. ¿Y el resto del personal?

—Todos han recibido sus instrucciones, señor, y están ansiosos por ganar la recompensa de mil libras que ha prometido, pero todavía no han encontrado nada.

—Tiene que estar en alguna parte. Dígales que redoblen sus esfuerzos.

El dóberman emitió un gañido, se deslizó a través de la puerta y se precipitó hacia Morgan que, sorprendentemente, lo saludó con cariño.

—Grandote torpón, ¿dónde has estado? —Se inclinó para darle unas palmaditas al animal—. Dios mío, está tan empapado que podría pillar una neumonía. Llévelo a la cocina, Murdoch, y séquelo. Me voy a la cama.

Murdoch salió, sujetando al dóberman por el collar. Morgan se volvió y se acercó a la puerta. Permaneció allí, observando la noche por un momento. Luego se volvió, cruzó el salón, salió y apagó la luz.

Dillon se deslizó al interior a través de la puerta entreabierta, se acercó a ésta y permaneció allí, a la escucha. Luego, la abrió apenas un poco y oyó voces, las de Asta y Morgan. La puerta de la biblioteca estaba abierta.

—Me apetece acostarme. ¿Y a ti? —preguntó Morgan.

—Supongo que sí —contestó Asta—. Si voy a tener que recorrer mañana las marismas para cazar venados al acecho, necesitaré de toda mi energía.

—Y de tu ingenio —dijo él—. Presta atención a todo lo que digan Ferguson y Dillon. Almacénalo en tu memoria y recuérdalo.

—Sí, oh, maestro.

Ella se echó a reír y, cuando salieron, Morgan le rodeaba el talle con un brazo.

—Eres una gran muchacha, Asta. No hay nadie como tú.

Resultaba extraño pero, al verlos subir juntos la gran escalera, Dillon se llevó una sorpresa ya que no detectó en ellos ninguna clase de intimidad errónea. Una vez que llegaron arriba, Morgan se limitó a besarla en la frente.

—Buenas noches, mi amor —dijo.

Él se fue por un lado, y ella por el otro.

—Que me condenen —se dijo Dillon en voz baja.

Se quedó allí un rato, pensando. No serviría de mucho ir más allá. Había obtenido una información útil, pero eso no le llevaba a ninguna parte en cuanto a encontrar la biblia. Era suficiente por esta noche y la verdad era que lo que había hecho lo había realizado más por placer que por ninguna otra cosa.

Por otro lado, y también por el puro placer de hacerlo, le vendría bien tomar una copa, y a través de la puerta entreabierta había visto el armario de las bebidas en la biblioteca. Abrió la puerta de par en par y cruzó rápidamente el gran vestíbulo hacia la puerta de la biblioteca. Al abrirla, llegó el dóberman, que resbaló sobre las baldosas al tratar de detenerse y se deslizó más allá de donde él estaba, entrando en la biblioteca.

Dillon cerró la puerta tras de sí y encendió la lámpara que había sobre una de las mesas.

—Gran chico —le dijo al perro al tiempo que le acariciaba las orejas.

Se acercó al armario de las bebidas y no encontró whisky irlandés, así que tuvo que conformarse con un escocés. Luego, se acercó a la chimenea y contempló fijamente el fuego, tomándose su tiempo, cuando, de pronto, la puerta se abrió tras él. Se volvió, al tiempo que sacaba la Walther. Asta entró. Al principio no se dio cuenta de su presencia. Cerró la puerta y se volvió.

No demostró la menor señal de temor y se quedó allí de pie, mirándole con serenidad. Finalmente, preguntó:

—No puede ser usted, ¿verdad, Dillon?

—Jesús —exclamó Dillon riendo en voz baja—. Realmente, está de parte de Morgan, ¿verdad?

Volvió a meterse la Walther en el cinturón, por la espalda, y se quitó el pasamontañas de esquí.

—¿Por qué no iba a estarlo? Es mi padre, ¿verdad?

—Padrastro. —Dillon tomó un cigarrillo de una cigarrera de plata que había sobre una mesa y lo encendió con su sempiterno Zippo—. Un padrino de la Mafia.

—Padre por lo que a mí se refiere, el único decente que he conocido, ya que la primera versión fue una verdadera rata, la clase

de hombre que olisqueaba todo lo que llevara faldas. Convirtió la vida de mi madre en un infierno. Fue una verdadera bendición cuando su coche se salió de la carretera un buen día y murió abrasado tras el choque.

—Eso tuvo que haber sido duro.

—Una bendición, Dillon. Y luego, al cabo de un par de años, mi madre conoció a Carl, el mejor hombre del mundo.

—¿De veras?

Ella también tomó un cigarrillo de la caja.

—Mire, Dillon, lo sé todo sobre usted. Sé que perteneció al IRA y todo eso, como también sé lo decente que es el viejo Ferguson. Carl me lo dijo.

—Apuesto a que se lo cuenta todo. Supongo que podría citarme hasta el capítulo y el versículo del Convenio de Chungking.

—Desde luego que sí. Carl me lo cuenta todo.

—Lo dudo mucho. Quiero decir que está el Carl Morgan de las páginas de ecos de sociedad, el jugador de polo, el Hombre del Año, el multimillonario, y luego, allá al fondo, entre las sombras, están las mismas y viejas fuentes de la Mafia para el blanqueo de dinero, las drogas, la prostitución, el juego, la extorsión.

Ella se acercó a la puerta de cristal, la abrió por completo y miró hacia la lluvia.

—No sea aburrido, Dillon. Después de todo, ¿qué puede usted decir? ¿Qué ocurre con todos esos años que estuvo con el IRA provisional? ¿A cuántos soldados mató, a cuántas mujeres y niños voló por los aires?

—Siento mucho desilusionarla, pero jamás volé por los aires a ninguna mujer o niño en mi vida. Soldados, sí, he matado unos cuantos, pero por lo que a mí se refiere, eso pertenecía a la guerra. Ahora que lo pienso, también volé por los aires un par de lanchas rápidas de la OLP en el puerto de Beirut, pero se dedicaban a desembarcar a terroristas en las costas de Israel, con la deliberada intención de volar precisamente a mujeres y niños.

—Está bien, comprendo su punto de vista. En cualquier caso, ¿qué hace aquí?

—Sólo sentía curiosidad, eso es todo. Me preguntaba si habían logrado llegar a alguna parte, pero he oído a Morgan hablar de las cosas con Murdoch, y por lo visto no aparece el menor rastro de la

biblia.

—Tiene que estar aquí —dijo ella—. Tanner dijo que regresó. —Frunció el ceño—. No le descubro nada nuevo, ¿verdad? Quiero decir que usted y Ferguson no estarían aquí si no lo supieran.

—Así es —asintió él—. Lord Louis Mountbatten, el *laird* Ian Campbell, el Dakota que se estrelló en la India.

—No necesita continuar. A Carl le encantaría saber cómo lo descubrió, pero no creo que esté dispuesto a decírmelo.

—Información clasificada. —Terminó la copa que se había servido y oyó un ruido en el vestíbulo—. Tengo que marcharme —dijo. Se puso de nuevo el pasamontañas y se deslizó por la puerta de cristales abierta—. La veré por la mañana.

En ese momento se abrió la puerta y entró Morgan. Parecía sorprendido.

—Santo Dios, Asta, me has asustado. Creía que te habías acostado.

—Decidí bajar a buscar mi libro e imagina a quién encontré… Dillon estaba aquí.

—¿De veras? —preguntó Morgan, que entrecerró los ojos de forma amenazadora.

—Tenía un aspecto terriblemente espectacular. Todo vestido de negro, con un pasamontañas. Parecía Carlos, *el Chacal*, en una mala noche de sábado en Beirut. Acaba de marcharse.

—¿Qué andaba buscando?

—Sólo husmeaba para enterarse de lo que ocurría. Al parecer, te oyó hablar con Murdoch sobre tu falta de éxito para encontrar la biblia. —Morgan se sirvió un brandy, y se acercó a ella, junto a la puerta de cristal—. Lo saben todo, Carl. Lo de Mountbatten, el cabo Tanner, el *laird*, todo.

—¿Le has sacado eso?

—Con facilidad, Carl. Le gusto, pero no me ha dicho nada nuevo. No quiso decirme cómo lo han descubierto, y tú mismo dijiste que era evidente que lo sabían, ya que de otro modo un hombre como Ferguson no estaría aquí.

Él asintió con un gesto.

—Y no les importa que lo sepamos. Es una táctica interesante. —Tomó un sorbo de brandy—. ¿Siguen con la intención de pasar a recogerte mañana?

—Sí.

—Bien. —Vació la copa y cerró la puerta de cristales—. A la cama entonces, y esta vez que sea de verdad.

—De modo que ahora la cubierta ya está limpia para entrar en acción —observó Ferguson.

—Según dijo usted mismo, deseaba que supieran que respirábamos junto a su nuca —le recordó Dillon.

—Sí, es una buena táctica, ¿no le parece, inspectora jefe? —preguntó mirando a Hannah Bernstein, inclinada contra la mesa de despacho.

—Supongo que sí, siempre y cuando desarrollemos un juego, claro.

—¿Es eso lo que cree que estamos haciendo?

—Lo siento, señor. Lo que sucede es que no acabo de ver a dónde vamos a parar con esto. Sabemos en qué anda metido Morgan, y él sabe quiénes somos. No estoy muy segura de que todo esto tenga sentido.

—Lo tendrá, querida, en cuanto aparezca la biblia.

—¿De veras? Digamos que él la encuentra de pronto en el fondo de un cajón, esta misma noche. Podrían estar en su Citation en muy poco tiempo y haber salido del país por la mañana. En ese caso, no podríamos hacer nada para impedírselo.

—Bueno, tendremos que limitarnos a ver lo que pasa, ¿no es eso? —Kim entró en ese momento, con una bandeja con el té. Ferguson sacudió la cabeza—. No, para mí ya es hora de acostarse. Les veré por la mañana.

Salió; Kim sirvió el té y se retiró.

—¿Qué le parece a usted? —le preguntó Hannah a Dillon.

—Podría llevar usted razón, pero tengo el presentimiento de que las cosas no serán así. —Se acercó a la ventana, la abrió y contempló la lluvia, que caía como una cortina sobre la terraza—. No creo que esa biblia se encuentre en algún lugar casual y que una doncella pueda encontrarla mientras quita el polvo. —Se volvió hacia ella—. ¿Recuerda lo que dijo Tanner cuando el médico le preguntó si la biblia había sido devuelta a Loch Dhu?

—Sí, su respuesta fue: «Podría decirse así».

—Y luego se echó a reír. ¿Por qué haría una cosa así?

—¿Alguna cosa graciosa que sólo él sabía? —replicó Hannah

encogiéndose de hombros.

—Exactamente. Todo un misterio, igual que el misterio que acabo de descubrir esta noche.

—¿De qué se trata?

—Cuando me dediqué a husmear por allí, en el castillo, vi a Morgan y a Asta que subían para acostarse.

—¿De veras?

—No observé lo que esperaba ver, ni la menor señal de relación sexual entre ellos. En lo alto de la escalera, él la besó en la frente y cada uno se marchó en direcciones opuestas.

—Eso sí que es interesante —dijo Hannah Bernstein.

—Lo es si se considera cualquier teoría acerca de la motivación de él para matar a la madre porque tenía planes con Asta. —Dillon terminó de tomar el té y sonrió con una mueca—. Y ahora, ya puede poner a trabajar ese cerebro de la rama especial, cariño, porque, por lo que a mí respecta, ya es hora de irse a la cama.

Y tras decir esto, la dejó a solas.

A la mañana siguiente, había dejado de llover por primera vez en dos días. Cuando el Range Rover llegó al castillo de Loch Dhu, con Kim al volante, Asta y Morgan salieron y se quedaron de pie, a la espera. Ella llevaba una boina Glengarry, chaqueta de cuero y falda *plaid*.

—Muy étnico —comentó Dillon al bajarse.

—Buenos días —retumbó Ferguson—. Un buen día de deporte, con un poco de suerte. Me alegro de que haya dejado de caer esa maldita lluvia.

—Yo también —dijo Morgan—. ¿Ha pasado una buena noche, brigadier?

—Desde luego. Dormí como un lirón. Debe de ser por el aire de las Highlands.

—¿Y usted? —preguntó Morgan volviéndose hacia Dillon.

—Yo soy como los gatos. Sólo dormito.

—Eso debe de ser muy útil. —Morgan se volvió de nuevo hacia el brigadier—. ¿Vienen a cenar esta noche? ¿Les parece bien a las siete?

—Excelente —asintió Ferguson—. ¿De esmoquin?

—Naturalmente, y traiga consigo a esa secretaria suya. Yo intentaré convencer a lady Katherine para que se una a nosotros.

—No podría esperarlo con mayor ilusión. Nos veremos esta noche, entonces.

Morgan hizo avanzar suavemente a Asta por los escalones, hacia el Shogun.

Cuando salió el sol y a medida que avanzó la mañana, Dillon casi olvidó la razón de su presencia en aquel lugar tan inhóspito y solitario, mientras avanzaban a pie, y ascendían para alejarse de la cañada. Él y Asta fueron delante, y dejaron que Ferguson y Kim les siguieran a su propio paso.

Dillon fue consciente de una especie de lánguida satisfacción. La verdad era que disfrutaba con la compañía de la muchacha. Nunca había tenido mucho tiempo que dedicarle a las mujeres, debido a las exigencias de sus deberes, como solía decir, y tampoco había tenido tiempo para cultivar las relaciones, pero había algo elemental en esta mujer que le conmovía en lo más profundo de su ser. No hablaron mucho, y se limitaron a concentrarse en la ascensión. Finalmente, llegaron a un reborde rocoso y se detuvieron allí, con la cañada a sus pies, envuelta en un color púrpura y cubierta de matorrales, y el mar en la distancia, sereno, salpicado de islas.

—No creo haber contemplado nunca nada más hermoso —dijo Asta.

—Yo sí —replicó Dillon.

El viento le hizo aletear la falda alrededor de las piernas, delineándole los muslos, y cuando ella se quitó la Glengarry y sacudió la cabeza, su cabello casi blanco relució al sol. Encajaba perfectamente con el escenario, como una joven dorada en un día dorado.

—Su cabello y el mío tienen casi el mismo color, Dillon. —Ella se sentó sobre una roca—. Podríamos estar emparentados.

—Jesús, muchacha, no me desee eso. —Encendió dos cigarrillos ahuecando las manos contra el viento, le tendió uno y se tumbó en el suelo, junto a ella—. Hay muchos cabellos rubios en Irlanda. Hace mil años, Dublín fue una capital vikinga.

—No lo sabía.

—¿Le habló a Morgan de mi visita de anoche?

—Desde luego que sí. En realidad, estuvieron a punto de encontrarse. El ruido que oyó en el vestíbulo era Carl.

—¿Y qué dijo al respecto?

—Dios mío, Dillon, espera demasiado a cambio de su cigarrillo. —Ella se echó a reír—. Está bien, le conté todo lo que usted me dijo, lo del Convenio de Chungking y todo eso, pero lo hice porque eso era lo que deseaba usted que hiciera, ¿verdad?

—En efecto.

—Carl dijo que no le importaba. Había comprobado quién era Ferguson en cuanto descubrió que se alojaba en el pabellón. Se enteró de quién era en cuestión de horas, y también de usted. Sabía que ustedes debían de estar enterados de lo que pasaba ya que, de otro modo, ¿por qué venir precisamente aquí? No es ningún estúpido, Dillon. No estaría donde está hoy si lo fuera.

—Lo tiene usted en mucha consideración, ¿verdad?

—Como ya le dije anoche, lo sé todo sobre usted, Dillon, así que no pierda el tiempo en contarme lo mal hombre que es Carl.

Sería como la cazuela que le dice a la sartén lo negra que está, ¿no le parece?

—Una buena forma de expresarse.

—Tuve una educación excelente. Un buen internado de la Iglesia de Inglaterra para señoritas jóvenes. El de St. Michael, y luego el St. Hugh's College, en Oxford.

—¿De veras? Apuesto a que no le salieron callos en las rodillas de tanto rezar.

—Es usted un bastardo —replicó ella con afabilidad.

En ese momento, Ferguson apareció sobre el reborde, seguido por Kim con la bolsa de las armas y un par de anticuados prismáticos Zeiss alrededor del cuello.

—Ah, están aquí —casi exclamó Ferguson al tiempo que se dejaba caer—. Ya me voy haciendo viejo. Café, Kim.

El gurja dejó la bolsa de las armas, abrió la mochila que le colgaba a un lado, sacó de ella un termo y varios vasos de plástico, los llenó y los pasó.

—Esto es muy agradable —dijo Asta—. Hacía años que no iba de *picnic*.

—Ya puede olvidarse de esa idea, jovencita —le dijo Ferguson —. Ésta es una expedición seria, cuyo objetivo consiste en exponerla a los detalles más exquisitos de la caza al acecho. Y

ahora, tómese el café, y sigamos.

Caminaron a través de los matorrales, bajo la luz del sol, y el brigadier habló sobre el increíble sentido del olfato de los ciervos, lo que hacía que cualquier aproximación a ellos sólo pudiera efectuarse con el viento en contra.

—Supongo que podrá disparar, ¿verdad? —le preguntó.

—Desde luego. Carl me entrenó, aunque en general sólo he disparado contra perdices. Le he acompañado en muchas ocasiones durante la temporada de caza.

—Bueno, eso ya es algo.

Llevaban una buena hora de marcha cuando Kim señaló.

—Allí, *sahib*.

—Todo el mundo a tierra —les dijo Ferguson y Kim le pasó los prismáticos—. Excelente. —Ferguson se los entregó a Dillon—. A trescientos metros. Dos ciervas y un ciervo real. Tiene una cornamenta magnífica.

Dillon echó un vistazo.

—Dios mío, sí —exclamó y le pasó los prismáticos a Asta.

Al enfocarlos, los ciervos quedaron claramente a la vista.

—Qué maravilloso —dijo en voz baja y se volvió a Ferguson para decirle—: No podemos disparar contra criaturas tan maravillosas, ¿verdad?

—Como una condenada mujer —dijo Ferguson—. Debería haberlo sabido.

—Lo divertido está en el acecho, Asta —le dijo Dillon—. Es como un juego. Son perfectamente capaces de cuidar de sí mismos, créame. Tendremos suerte si logramos acercamos a cien metros.

Kim se humedeció un dedo y lo levantó.

—Viento en contra, *sahib*. Ahora está bien. —Levantó la mirada al cielo, donde empezaban a formarse unas nubes—. Creo que el viento cambiará pronto de dirección.

—En tal caso, movámonos de prisa —dijo Ferguson—. Pásame el rifle. —Era un viejo Jackson and Whitney de cerrojo. Lo cargó cuidadosamente y dijo—: Recuerda que están más abajo.

—Lo sé —asintió Dillon—. Habrá que disparar bajo. En marcha. Estoy listo.

La hora siguiente le pareció a Asta una de las más estimulantes que hubiera experimentado. Se movieron a través de barrancas,

agachados. Kim abría la marcha.

—Desde luego, conoce su trabajo —le dijo ella a Dillon en un momento determinado.

—Debería conocerlo —le dijo Ferguson—. El mejor rastreador de tigres que conocí en la India, en los viejos tiempos.

Finalmente, avanzaron hacia los brezos y se arrastraron en fila india, hasta que Kim hizo una señal para indicarles que se detuvieran en una pequeña hondonada. Miró con mucha precaución por encima del borde. Los ciervos ramoneaban a no menos de setenta y cinco metros de distancia.

—No más cerca, *sahib* —dijo Kim. Levantó la mirada y añadió—: El viento ya empieza a cambiar.

—De acuerdo. —Ferguson abrió el cerrojo e introdujo un cartucho en la recámara—. Le corresponde a usted, querida.

—¿De veras?

Asta se ruborizó de entusiasmo, tomó ávidamente el rifle que le tendía y se apoyó sobre los codos, con la culata apoyada firmemente en el hombro.

—No tire del gatillo, simplemente apriete con suavidad —le dijo Dillon.

—Eso ya lo sé.

—Y apunte bajo —añadió Ferguson.

—Está bien. —Transcurrió lo que pareció un largo rato y de repente, ella rodó sobre sí misma y le devolvió al rifle—. No puedo hacerlo, brigadier. Ese ciervo es demasiado hermoso para morir.

—Todos estamos condenados a morir alguna vez —admitió Ferguson.

En ese momento, el ciervo levantó la cabeza.

—Cambio de viento, *sahib* —dijo Kim—. Ha captado nuestro olor.

Un instante después, el ciervo y las dos ciervas se alejaban a saltos entre la maleza, a una velocidad increíble.

Dillon rodó sobre sí mismo y se echó a reír.

—¡Maldita sea! —exclamó Ferguson y luego le reprendió—: No es divertido, Dillon, nada divertido. —Le entregó el rifle a Kim—. Está bien, guárdalo y saca los bocadillos.

Más tarde, durante el camino de regreso, se detuvieron a descansar en una cresta desde la que se contemplaba una vista

excelente de la cañada, con el castillo y más allá el Loch Dhu y Ardmurchan Lodge, al otro lado. Dillon observó algo que antes le había pasado inadvertido. Había un embarcadero por debajo del castillo, y vio una embarcación amarrada en él.

—Pásame los prismáticos —le pidió a Kim. Los enfocó sobre una lancha motora de ocho metros, con puente—. No sabía que eso estuviera ahí —dijo y le pasó los prismáticos a Ferguson.

—¿Se refiere a la lancha? —preguntó Asta—. Va con el castillo. Se llama la *Katrina*.

—¿Ha salido ya en ella? —preguntó Dillon.

—No ha habido motivos. A Carl no le interesa la pesca.

—Es mejor que la nuestra. —Ferguson desvió los prismáticos hacia el desvencijado embarcadero situado por debajo de Ardmurchan Lodge, al otro lado del lago, y observó la embarcación amarrada allí, una vieja lancha con un motor fuera borda y un bote de remos al lado. Le devolvió los prismáticos a Kim—. Muy bien, empecemos a movernos.

—Francamente, empieza a aburrirme este sendero —comentó Asta—. ¿No podemos bajar directamente, Dillon?

Él se volvió hacia Ferguson, que se encogió de hombros.

—Es preferible que lo hagan ustedes, si es eso lo que desean. Vamos, Kim.

Y continuó a lo largo del sendero. Dillon tomó a Asta de la mano.

—Allá vamos, y lleve cuidado no sea que se vuelva a hacer daño en ese tobillo.

E iniciaron el descenso de la ladera.

La marcha fue razonablemente extenuante durante la mayor parte del trayecto; la ladera de la montaña descendía con relativa suavidad hacia el lago, bajo ellos. Dillon abrió la marcha y eligió el camino con cuidado durante unos trescientos metros, hasta que la bajada se hizo más fácil. Tomó a Asta de la mano y ambos bajaron a gatas hasta que, de repente, ella perdió el equilibrio, emitió una sonora risa y cayó, arrastrando consigo a Dillon. Rodaron un par de veces sobre sí mismos y se detuvieron en un blando cojín formado por matorrales, en una pequeña hondonada. Ella quedó tumbada de espaldas, con la respiración entrecortada, y Dillon se incorporó, apoyado sobre un codo, para mirarla.

La risa de Asta se desvaneció y ella se adelantó y le tocó la cara. Por un momento, Dillon se olvidó de todo, excepto del color de su cabello, el olor de su perfume. Cuando se besaron, el suave cuerpo de Asta se le ofreció. Era lo que cualquier hombre pudiera desear en este mundo.

Dillon rodó sobre sí mismo, de espaldas, y se sentó.

—Me preguntaba cuándo lo harías, Dillon. Ha sido muy satisfactorio.

Sacó un par de cigarrillos de la pitillera, los encendió y le pasó uno a ella.

—Achácalo a la altura. Lo siento.

—Yo no.

—Pues deberías sentirlo. Te llevo veinte años de diferencia.

—Eso debe de ser un rasgo muy irlandés —dijo ella—. Con toda esa lluvia. ¿Se supone acaso que ejerce un efecto amortiguador sobre el amor?

—¿Qué tiene que ver el amor con esto?

Expulsó el humo del cigarrillo y se quedó tendida, con una mano bajo la cabeza.

—Bueno, puede haber algo de romanticismo para ti.

—Deja ya de perderte en tus fantasías, Asta. No estás enamorada de mí.

—Tú mismo lo has dicho —dijo ella volviéndose a mirarle—. ¿Qué tiene que ver el amor con esto?

—Creo que a Morgan no le gustaría mucho la idea.

Ella se sentó y se encogió de hombros.

—Él no controla mi vida.

—¿De veras? Pues yo había creído que eso es exactamente lo que hace.

—¡Maldita seas, Dillon! —Estaba enojada y aplastó el cigarrillo sobre una roca—. Acabas de echar a perder un día encantador. ¿Podemos marcharnos ahora?

Se levantó y empezó a bajar la ladera. Al cabo de un rato, Dillon también se levantó y la siguió.

Llegaron al borde del lago unos treinta minutos más tarde y empezaron a seguir la línea de la orilla. No habían vuelto a hablar desde el incidente en la hondonada.

—¿Volvemos a hablarnos, o qué? —preguntó Dillon.

Ella se echó a reír y le tomó por el brazo.

—Eres un cerdo, Dillon, pero me gustas.

—Todo eso forma parte de mi encanto irresistible.

De repente, se detuvo. Se hallaban cerca del extremo oeste del lago, donde se encontraba la cabaña de caza en la que Morgan y Marco habían abandonado a Fergus a su suerte. Todavía estaba tumbado boca abajo en la orilla, con la cara metida en el agua.

—Dios mío, ¿no es eso un cuerpo? —preguntó Asta.

—Sí, eso es lo que parece.

Bajaron rápidamente el resto de la pendiente y llegaron a la barra de arena. Ella se quedó de pie en la orilla, mientras Dillon se introducía en el agua y le daba la vuelta al cuerpo de Fergus. Asta emitió una repentina exclamación.

—¡Fergus!

—Sí —asintió Dillon, que regresó a la orilla—. Diría que le propinaron una buena paliza. Espera aquí. —Subió a la cabaña de caza. Ella lo siguió con la mirada. Regresó un momento más tarde —. A juzgar por el estado de las cosas, tuvo que haber una pelea. Una vez que se marcharon, él debió de bajar a la orilla para reanimarse un poco, y cayó al agua. Tuvo que ser algo así.

—Un accidente —dijo ella con una extraña serenidad en su rostro—. Eso fue lo que sucedió.

—Podrías describirlo de ese modo —asintió Dillon—. Estoy seguro de que eso es lo que diría Carl Morgan.

—Déjalo, Dillon. —Extendió una mano hacia él y lo tomó por la solapa—. Hazlo por mí. Déjalo en mis manos, yo me ocuparé de esto.

Observó en ella una expresión feroz que fue algo nuevo para él.

—Empiezo a preguntarme si realmente te conozco, Asta. Está bien, dejaré que Morgan se cueza en su propia salsa.

—Gracias —asintió ella—. Y ahora, regresaré. —Se alejó, tranquilamente, y luego se volvió para añadir—: Te veré esta noche.

—No me lo perdería por nada del mundo —asintió él.

Después, Asta se marchó rápidamente. Dillon volvió a observar el cadáver tumbado en la barra de arena y luego subió la pendiente y llegó a la carretera. Llevaba unos cinco minutos de recorrido cuando sonó un claxon; se volvió y se encontró frente a un Range Rover que se acercaba. Ferguson abrió la puerta.

—¿Dónde está la chica?

—Ha regresado sola al castillo —respondió Dillon.

Dillon subió al coche y Kim continuó conduciendo.

—Diría que tienes un aspecto pensativo, muchacho.

—Lo mismo le sucederá a usted —dijo Dillon.

Encendió un cigarrillo y le informó de los acontecimientos.

Cuando ella entró, Morgan estaba en el despacho, sentado ante la mesa, hablando con Marco. Se volvió hacia ella y le sonrió.

—¿Ha sido un día agradable?

—Lo fue hasta que las cosas se agriaron.

Morgan dejó de sonreír y le dijo a Marco:

—Puedes marcharte.

—No, que se quede. Encontraste a Fergus, ¿verdad? ¿Le disteis una paliza?

Morgan extendió la mano para tomar un puro y lo cortó.

—Se lo había merecido, Asta. En cualquier caso, ¿cómo lo has averiguado?

—Dillon y yo acabamos de encontrar su cuerpo. Estaba tumbado boca abajo, sobre el agua, en la parte del lago situada justo por debajo de esa vieja cabaña de caza. Por lo visto, se cayó y se ahogó.

Morgan miró a Marco y dejó el puro sobre la mesa.

—¿Qué hizo Dillon?

—Nada. Le rogué que dejara el asunto en mis manos.

—¿Y estuvo de acuerdo?

—Dijo que dejaría que te cocieras en tu propia salsa.

—Sí, así es exactamente como afrontaría un asunto como éste —asintió Morgan—. Y también Ferguson. Al querido y viejo brigadier no le conviene una investigación policial en estos momentos. —Miró a Marco—. Y no podrán llegar a ninguna parte si no encuentran el cuerpo, ¿verdad?

—No, *signore*.

Morgan se levantó.

—Muy bien, cuídate de eso. Tú te quedas aquí, Asta.

Y salió del despacho, seguido por Marco.

Ferguson y Dillon esperaron entre los árboles que bordeaban el lago, por debajo de Ardmurchan Lodge, justo por encima del pequeño embarcadero. El irlandés sostenía los prismáticos Zeiss. La luz empezaba a desvanecerse, pero la visibilidad todavía era lo

bastante buena como para observar la lancha motora *Katrina* que avanzaba a lo largo de la orilla, al otro lado.

—Allá van —dijo, y enfocó los prismáticos.

Morgan estaba en la cabina del timón, e hizo avanzar la lancha hacia atrás, en dirección a la orilla. Marco estaba en la popa. Saltó al agua y Morgan acudió para ayudarle. Un momento más tarde, izaron el cuerpo de Fergus por encima de la barandilla. Morgan regresó a la caseta del timón y dirigió la lancha hacia el centro del lago. Dillon le pasó los prismáticos a Ferguson.

—Creo que Marco envuelve el cuerpo con una cadena —dijo el brigadier. Sacudió la cabeza—. Todo esto es muy desagradable.

Le devolvió los prismáticos a Dillon, que los enfocó de nuevo, a tiempo para ver a Marco deslizar el cuerpo sobre la borda. Se hundió en seguida y, un momento después, la *Katrina* volvió a ponerse en marcha y regresó hacia el castillo.

—Bien, eso es todo —dijo Dillon y se volvió hacia Ferguson—. ¿Le parece bien dejar las cosas como están?

—Creo que sí. Indudablemente, se ha cometido un crimen, pero eso es asunto de la policía y, francamente, no quiero que la policía local aparezca por el castillo de Loch Dhu. Aquí tenemos un pez mucho más gordo que atrapar, Dillon.

—Dudo mucho que la buena inspectora jefe esté de acuerdo con usted —dijo Dillon—. Esa mujer se atiene mucho a la letra de la ley.

—Razón por la cual no le diremos una sola palabra de esto.

Dillon encendió otro cigarrillo.

—Algo de lo que podemos estar seguros es de que nadie echará de menos al buen Fergus, al menos durante unos días. Los Munro pensarán que se ha escondido durante un tiempo.

—Algo con lo que Morgan también habrá contado. Supongo que confiará en estar lejos de aquí con bastante rapidez. —Ferguson se levantó—. Pongámonos en marcha, tenemos que asistir a una cena. Debería ser una velada muy interesante.

10

Llegaron al castillo pocos minutos después de las siete, con Dillon al volante de la vieja camioneta que iba con el alquiler de Ardmurchan Lodge. Él y Ferguson vestían de esmoquin y Hannah Bernstein llevaba un traje chaqueta de color crema y crepé de seda. Fue Marco quien les abrió la puerta, enfundado en su chaqueta de alpaca y pantalones a rayas. Los hizo pasar, con el rostro inexpresivo, hacia la chimenea del vestíbulo, donde estaba Morgan, de pie ante el fuego. Asta se hallaba sentada en un sofá, con un vestido de seda verde, junto a lady Katherine Rose.

—Ah, ya están aquí —dijo Morgan afablemente—. Pasen, pasen. Creo que ya conoce al brigadier Ferguson, ¿verdad, lady Katherine?

—Sí, desde luego. Vino a visitarme y tomó el té conmigo, tanto él como su encantadora acompañante.

Hannah la miró, divertida, y Ferguson la tomó cuidadosamente de la mano.

—Encantado de volver a verla. Creo que todavía no conoce a mi sobrino, Sean Dillon.

—Señor Dillon.

Dillon tomó la mano fría y seca e inmediatamente le cayó simpática la anciana.

—Es un gran placer.

—¿Irlandés? —preguntó ella—. Me gustan los irlandeses. La mayoría de ellos son unos bribones encantadores y agradables. ¿Fuma usted, joven?

—Es mi único vicio.

—Qué embustero es. Vamos, deme uno, ¿quiere?

—Ah, lady Katherine, créame que lo siento mucho —dijo Morgan, que se apresuró a tomar la caja de cigarrillos y se adelantó

hacia ella—. No tenía ni la menor idea.

Ella tomó uno y aceptó el fuego que le ofreció Dillon.

—He fumado toda mi vida, señor Morgan, así que no vale la pena dejarlo ahora.

Marco apareció con una botella de Crystal en un cubo, con seis copas en una bandeja. Lo dejó sobre una mesita y preguntó en inglés, con un fuerte acento:

—¿Debo abrir el champaña, señor?

—No para mí —dijo lady Katherine—. En estos últimos tiempos no me sienta muy bien. Un martini con vodka muy seco sería lo ideal. Con eso fue con lo que pasé la guerra, y con los cigarrillos, claro.

—Yo misma se lo prepararé —dijo Asta, que se dirigió al armario de las bebidas, mientras Marco descorchaba la botella.

—¿Sirvió usted en la guerra, lady Katherine? —le preguntó Ferguson.

—Por Dios que sí. Con las tonterías que se dicen en estos tiempos acerca de permitir o no a las mujeres volar en la RAF —emitió un bufido—. Eso ya ha quedado anticuado. Fui piloto a partir de 1940, en el viejo cuerpo de Auxiliares de transporte aéreo. Solían llamarnos las chicas Ata.

Asta le trajo el martini y se sentó a su lado, fascinada.

—Pero ¿qué hacía?

La anciana probó la bebida antes de contestar.

—Excelente, querida. Llevábamos los aviones desde las fábricas hasta los aeropuertos de la RAF. De ese modo, dejábamos libres a los pilotos para el combate. Piloté de todo. En realidad, todas nosotras lo hicimos. Spitfires y Hurricanes y, en una ocasión, hasta un bombardero Lancaster. En los aeropuertos de la RAF, las tripulaciones de tierra apenas se lo podían creer cuando me quitaba el casco de vuelo y me veían el pelo.

—Pero, en conjunto, tuvo que haber sido extremadamente peligroso —dijo Hannah.

—En cierta ocasión estrellé un Hurricane al aterrizar. Quedó con el tren de aterrizaje al aire. No fue por culpa mía, sino un fallo del motor. En otra ocasión, un viejo Gloucester Gladiator, un biplano, empezó a descomponerse en pleno vuelo, así que tuve que saltar.

—¡Santo Dios! —exclamó Morgan—. Eso es extraordinario.

—Oh, fue bastante duro —dijo la anciana—. De las mujeres de mi unidad murieron dieciséis, pero teníamos que ganar la guerra, ¿verdad, brigadier?

—Desde luego que lo hicimos, lady Katherine.

La anciana extendió la copa vacía.

—Que alguien me sirva otro, y luego les querré a todos y me marcharé.

Asta se levantó para preparárselo y Morgan dijo:

—Me temo que lady Katherine no se siente con muchos ánimos de cenar.

—En estos últimos tiempos sólo me alimento como un gorrión. —Aceptó la copa que le trajo Asta y miró a Morgan—. ¿Y bien? ¿Ha encontrado ya esa biblia que buscaba?

Morgan se sintió momentáneamente desconcertado.

—¿La biblia?

—Oh, vamos, señor Morgan, sé que ha hecho que los sirvientes pusieran todo esto patas arriba. ¿Por qué es tan importante?

Morgan volvió a recuperar la presencia de ánimo.

—Es una leyenda, lady Katherine, de gran importancia para su familia. Simplemente, pensé que sería agradable encontrarla y devolvérsela.

—¿De veras? —Se volvió hacia Hannah y hubo algo en sus ojos —. Resulta extraño ver cuánto interés se ha despertado de repente por esa biblia. Pero no puedo ayudarles. No la he visto desde hace años. Sigo convencida de que se perdió en el accidente aéreo en el que mi hermano quedó herido tan gravemente.

Morgan miró a Ferguson, que sonreía, e hizo un decidido esfuerzo por cambiar de tema.

—Dígame, lady Katherine, ¿es muy viejo este castillo?

Asta se levantó y se acercó a las puertas correderas de cristal, en el extremo del vestíbulo, y las abrió. Dillon se le acercó y ambos salieron a la terraza y dejaron atrás el murmullo de voces.

Los abedules, por encima del lago, se recortaban como un cartón negro contra un cielo rasgado por un vivo color anaranjado, por encima de las montañas. Ella le tomó del brazo y ambos caminaron sobre el prado. Dillon encendió un cigarrillo.

—¿Quieres uno?

—No, compartiré el tuyo. —Así lo hizo, y se lo devolvió al cabo

de un momento—. Todo esto es muy pacífico, y antiguo, con raíces profundas. Todos necesitamos tener raíces, ¿no crees, Dillon?

—Quizá se trate de personas, no de lugares. Fíjate en ti, por ejemplo. Quizá tus raíces sean Morgan.

—Es una idea. Pero tú, Dillon, ¿qué me dices de ti? ¿Dónde están tus raíces?

—Quizás en ninguna parte, cariño, absolutamente en ninguna parte. Oh, están los viejos tíos y unos pocos primos repartidos por aquí y por allá, en el Ulster, pero no hay nadie que se atreva a acercarse. Ese es el precio de la fama.

—Más bien de la infamia.

—Ya sé, soy el tipo malo original. Por eso fue que me reclutó Ferguson.

—Sabes que me gustas, Dillon. Tengo la sensación de conocerte desde hace mucho tiempo, pero ¿qué voy a hacer contigo?

—Tómate tu tiempo, muchacha. Estoy seguro de que ya se te ocurrirá algo.

Morgan apareció en la terraza y llamó:

—Asta, ¿estás ahí?

—Aquí estamos, Carl. —Regresaron y subieron los escalones de acceso a la terraza—. ¿Qué ocurre?

—Lady Katherine se prepara para marcharse.

—Qué pena. Desearía que se quedara. Es maravillosa.

—Todo un personaje —asintió Morgan—. Pero así son las cosas. La acompañaré hasta su casa.

—No, no lo harás —le dijo Asta—. Yo me ocuparé de eso. Tienes que atender a tus invitados, Carl. No debemos olvidar las buenas costumbres.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Dillon.

—Sólo está a trescientos metros de aquí. Estaré de regreso en seguida.

—Ah, están ahí —dijo lady Katherine al verles entrar—. Creía que se habían perdido.

Se apoyó en el bastón y se incorporó. Asta la rodeó amablemente con un brazo.

—De ningún modo. Ahora, la acompañaré a casa.

—Qué joven tan encantadora. —Lady Katherine se volvió hacia todos los presentes—. Ha sido delicioso. Vengan a verme en

cualquier momento. Buenas noches a todos.

Morgan le pasó una mano por el codo y él y Asta la acompañaron hasta la puerta principal. Un momento más tarde se oyó el sonido del motor de la camioneta y Morgan regresó. Hizo chasquear los dedos hacia Marco.

—Más champaña.

Marco volvió a llenar las copas y Ferguson contempló el enorme vestíbulo, las armas colgadas de las paredes, los trofeos de caza, la armadura.

—Una colección bastante interesante. Es fascinante.

—Estoy de acuerdo —asintió Hannah—. Si a uno le gusta la muerte, claro.

—¿No está siendo usted un poco dura? —preguntó Morgan.

Ella tomó un sorbo de champaña.

—Si esto estuviera expuesto en un museo, probablemente lo llamarían *En alabanza de la guerra*. Fíjese en esas grandes espadas cruzadas bajo los escudos. Su único propósito consistía en cortarle el brazo a alguien.

—Se equivoca —dijo Dillon con amabilidad—. Era con el golpe de retroceso con lo que se pretendían cortar cabezas. Esas espadas son *claymores* de las Highlands, y el escudo se llamaba *targ*, de donde procede la palabra *target*, u objetivo.

—De hecho, en particular este que observa ahora fue llevado en la batalla de Culloden por el Campbell de la época —dijo Morgan—. Murió luchando por el príncipe Charlie.

—No creo que eso sea un gran logro.

—¿No tiene usted sentido de la historia? —preguntó Ferguson.

—No me lo puedo permitir. Soy judía, ¿recuerda, brigadier? Mi pueblo siempre ha tenido suficiente con sobrevivir hasta el presente.

Se produjo un silencio, hasta que Dillon dijo:

—Bueno, parece que con eso se acabó el espectáculo.

En ese momento se abrió la puerta y entró Asta.

—Ya está. La he dejado en manos de la formidable Jeannie. ¿Podemos cenar ahora? Me muero de hambre.

—Sólo te esperábamos a ti, querida —dijo Morgan.

Le ofreció el brazo e indicó el camino a los demás.

El comedor era realmente espléndido, con las paredes

recubiertas de paneles de roble, la mesa decorada con el más exquisito cristal y plata, y encendidas las velas de los grandes candelabros de plata. Marco sirvió la cena, ayudado por dos jóvenes sirvientas vestidas de negro, con delantales blancos.

—Hemos preparado una cena relativamente sencilla, al no estar seguros de qué les gustaría —dijo Morgan.

Su idea de la sencillez era extraordinaria. Caviar beluga y salmón ahumado, seguido por faisán al horno con la guarnición correspondiente, todo ello regado por un Château Palmer de cosecha.

—Absolutamente maravilloso —dijo Ferguson mientras devoraba el faisán—. Debe de tener una cocinera extraordinaria.

—Oh, está bien para las cosas sencillas, pero ha sido Marco quien ha preparado el faisán.

—Un hombre con numerosos talentos. —Ferguson miró a Marco que, con el rostro imperturbable, se dedicaba a llenar las copas.

—Sí, podría decirse así —asintió Morgan.

Marco desapareció poco después, según observó Dillon, mientras las sirvientas se encargaban de retirar los platos.

—¿Y qué delicia nos preparas para el final? —preguntó Asta.

—Difícilmente puede seguir a esto un sencillo budín —comentó Ferguson.

—No se trata de nada sencillo, brigadier, sino de algo en lo que Marco se ha especializado —le dijo Morgan.

Marco entró en ese momento con una gran bandeja de plata con tapadera, seguido por las sirvientas. Quitó la tapa y entre los comensales se extendió el más delicioso olor.

—Cannolo —dijo Asta encantada.

—Sí, el dulce más famoso de Sicilia, y muy sencillo de preparar —dijo Morgan—. Un tubo de harina y huevo relleno de crema.

Ferguson probó una cucharada y sacudió la cabeza.

—No hay nada de sencillo en esto. Este hombre es un genio. ¿Dónde diablos aprendió a cocinar así?

—Su padre tenía un pequeño restaurante en Palermo. Cuando era un muchacho, se crió aprendiendo.

—Entre otras cosas —añadió Dillon.

—Sí, amigo mío —replicó Morgan con serenidad—. Sospecho que usted y Marco deben de tener muchas cosas en común.

—Vamos, Dillon, concentrémonos en la comida —dijo Ferguson—. No deja de ser un buen muchacho.

Así lo hicieron y más tarde regresaron al vestíbulo y se sentaron alrededor de la chimenea para tomar café, que fue un moca yemení, el más exquisito del mundo. Ferguson aceptó un puro.

—Bueno, debo admitir, Morgan, que ha sido la mejor cena sencilla que he comido en mi vida.

—Pretendemos complacer.

—Pues ha sido una velada de lo más agradable —dijo el brigadier, evidentemente complacido.

Dillon sintió ganas de echarse a reír ante la locura de la situación, ante las apariencias de ese extraño juego en el que todos participaban, ante la amable conversación del brigadier con un hombre al que, apenas unas horas antes, habían visto disponer del cadáver de Fergus Munro.

—Bien —dijo—, si vamos a ser educados y charlar agradablemente, prefiero emplear mis habilidades en el piano, si no le importa.

—Como guste —le dijo Morgan.

Dillon se dirigió hacia el gran piano y levantó la tapa. Era muy antiguo, un Schiedmayer, pero no estaba mal afinado cuando probó varias teclas. Encendió un cigarrillo y se sentó ante el teclado, con el cigarrillo colgado de la comisura de la boca, y se puso a tocar varias melodías conocidas.

Hannah se le acercó y se apoyó en el piano, mientras tomaba el café.

—Me sorprende usted continuamente, Dillon.

—El secreto es mi encanto fatal. ¿Alguna pieza favorita?

Asta les observaba con un ligero fruncimiento en la frente.

—Esto sí que resulta interesante —murmuró Hannah—. Ahora parece que se siente celosa. ¿En qué ha estado metido, Dillon?

—Vamos, debería avergonzarse de sus malos pensamientos —le dijo Dillon.

—Asta me dice que han pasado un día excelente con los ciervos —dijo Morgan tras ellos.

—En efecto —asintió Ferguson—, pero sólo hasta que nos acercamos lo suficiente a un ciervo real como para ver sus condenados ojos, le entregué mi arma y ella no quiso disparar. Dijo

que no podía matar a una criatura tan magnífica.

—Buena actitud por su parte —dijo Hannah que se volvió a mirar a Asta.

—Bueno, la verdad es que era un animal magnífico —confirmó Asta.

—A pesar de todo, fue una actitud condenadamente tonta —le dijo Ferguson.

—No —replicó Morgan—. Creo que la inspectora jefe tiene razón. El ciervo no puede defenderse. En el ruedo, al menos, el toro cuenta con una oportunidad de hundir el cuerno.

Se produjo un silencio.

—Claro —dijo finalmente Dillon—, y usted acaba de meter la pata, viejo.

—Ah, ¿de veras? —Morgan le sonrió a Hannah—. Lo siento, inspectora jefe. Se suponía que no lo sabía, ¿no es cierto?

—Bueno, yo no diría eso —le dijo Ferguson.

—Todo al descubierto, así que todos sabemos quienes somos —intervino Dillon.

—Y tras el sonido de esa nota, decimos buenas noches —dijo Ferguson al tiempo que se levantaba—. Al margen de todo lo demás, es usted un anfitrión excelente, Morgan. Tiene que permitirme que algún día haga lo mismo por usted.

—Lo esperaré con ilusión.

Marco abrió la puerta y se dirigieron hacia la escalinata. El cielo aparecía salpicado de nubes y, sin embargo, ondulado con extrañas luces palpitantes.

—¿Qué es eso? —preguntó Hannah.

—La aurora boreal —le contestó Dillon—, las luces septentrionales.

—Es lo más maravilloso que he visto en mi vida —dijo Asta—. Qué noche para salir a dar un paseo en coche. ¿Puedo, Carl?

—Asta, sé razonable. Ya es muy tarde.

—Oh, no eres divertido. —Se volvió hacia Ferguson—. ¿Puedo ir con usted, brigadier? Luego, podría hacer que ese maravilloso gurja suyo me trajera de regreso.

—Desde luego, querida, si eso es lo que quiere.

—De acuerdo entonces.

Asta entró para ponerse algo encima. Dillon le dijo a Morgan:

—No se preocupe. Yo mismo la traeré de regreso.

—No estoy preocupado.

Asta reapareció al cabo de un momento. Llevaba un abrigo de visón azul.

—Estoy lista cuando ustedes lo estén. —Besó a Morgan en la mejilla—. No tardaré mucho.

Subió a la parte trasera de la camioneta, con Hannah. Dillon se instaló tras el volante, con Ferguson a su lado, y se alejaron.

El trayecto a lo largo de la orilla del lago fue agradablemente misterioso. Las luces de la aurora se reflejaban en las aguas oscuras de modo que parecían centellear con un extraño fuego plateado.

—Es maravilloso —dijo Asta—. Me alegro de haber venido.

Al girar por el extremo oriental del lago Dillon cambió de marcha para ascender la colina a través de los árboles. La vieja camioneta respondió bien. Llegaron a lo alto de la cresta y empezaron a bajar. Era una bajada bastante pronunciada, con una curva o dos. Al ver que aumentaba la velocidad, Dillon puso el pie sobre el pedal del freno. No hubo respuesta, y el pedal se hundió hasta el piso de la camioneta.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ferguson.

—Fallan los frenos.

—Dios santo, ¿cómo? Funcionaban perfectamente bien cuando salimos.

—Desde entonces, dejamos la camioneta aparcada frente al castillo de Loch Dhu —le dijo Dillon que trató desesperadamente de cambiar a una marcha más corta.

Ahora avanzaban con excesiva rapidez. Se oyó un chirrido de marchas y forcejeó con la palanca hasta que consiguió meter la tercera en el momento en que llegaban a la primera curva.

—¡Cuidado! —gritó Ferguson mientras Dillon maniobraba el volante y conseguía tomar la curva por bien poco.

—¡Por el amor de Dios, detenlo, Dillon! —gritó Asta.

Sin embargo, no disponía de otra alternativa, y la camioneta se precipitó hacia abajo, en dirección a otra curva cerrada que les esperaba. Volvió a forcejear con la palanca, y probó a utilizar la vieja técnica de los pilotos de carreras al conducir en la curva. Estuvo a punto de conseguirlo y entonces rozaron contra una pared

de granito que había a la izquierda y salieron rebotados. Y eso fue lo que los salvó, porque Dillon recuperó el control y descendieron por otra ladera, hacia una hondonada que luego efectuaba una corta subida. Poco a poco, disminuyó la velocidad y él puso la primera y aplicó el freno de mano.

Se produjo un silencio.

—Eso podría haber sido muy desagradable —dijo finalmente Ferguson.

—Echemos un vistazo —dijo Dillon.

Encontró una linterna en la guantera, bajó y levantó el capó, con Ferguson a su lado. Un momento más tarde se les unieron Hannah y Asta. Dillon observó el motor con aspecto reconcentrado y al cabo de un rato asintió con un gesto.

—Ahí lo tiene.

—¿Qué es? —preguntó Hannah.

—¿Ve ese pequeño depósito? Contiene líquido de frenos, y ahora está vacío. La tapadera ha sido arrancada, probablemente con un destornillador. Si no hay líquido, no hay frenos. Es un sistema hidráulico.

—Podríamos habernos matado todos —dijo Hannah con preocupación—. ¿Por qué?

—Creo que Asta sabe por qué —dijo Dillon.

Asta se subió el cuello del abrigo, se arrebujó en él y se estremeció.

—Pero ¿por qué haría Carl una cosa así?

—Y, lo que es más importante, ¿por qué se lo haría a usted, querida? —le preguntó Ferguson—. Al fin y al cabo, no intentó impedir que nos acompañara. —Ante eso, ella no encontró respuesta. Se volvió hacia Dillon—. ¿Funcionará todavía?

—Oh, sí, el camino es recto hasta el pabellón, al otro lado de esta colina, y lo mantendré en una marcha corta.

—Bien, en ese caso pongámonos en marcha.

Y Ferguson hizo subir a las dos mujeres a la parte de atrás de la camioneta.

—Probablemente, esto le sentará bien —le dijo Ferguson a Asta, que estaba sentada ante el fuego de la chimenea, en el salón del pabellón, todavía arrebujada en el abrigo.

Era brandy, servido en una gran copa de cristal que ella tomó

con ambas manos, se la quedó mirando fijamente y luego se bebió el líquido. Se quedó allí sentada, con la copa todavía en sus manos, hasta que Dillon se la quitó con suavidad y se volvió hacia Ferguson.

—Está un poco conmocionada —le dijo.

Asta se levantó entonces, se quitó el abrigo y lo arrojó sobre una silla.

—¡Y un cuerno, estoy conmocionada! Lo que estoy es furiosa, condenadamente furiosa.

En ese momento llegó Hannah desde la cocina, con Kim, que empezó a servir café. La inspectora jefe le acercó una taza a Asta.

—Siéntese, Asta, y tómeselo con tranquilidad.

Asta aceptó la taza de café e hizo lo que se le decía.

—A todos ustedes, habría tenido cierto sentido, pero ¿por qué a mí? No lo comprendo.

—Creo que lo entenderás si te detienes a pensar un poco, Asta —le dijo Dillon.

—¿Por sus conexiones con la Mafia y todo eso? ¿Porque sé demasiado? Pero si siempre lo he sabido.

—Sí, pero de pronto ha ocurrido algo más importante que eso, y tú lo sabes.

Hannah Bernstein lo miró extrañada y Ferguson le dijo:

—Al unirse a mí en este trabajo firmó usted la ley de secretos oficiales, lo que significa que cualquier cosa que suceda durante el cumplimiento de su deber es algo sacrosanto. ¿Tengo razón al pensar así?

—Desde luego, señor —contestó Hannah.

—¿Dillon? —pidió Ferguson.

—Hoy, al regresar de la cacería, encontré el cuerpo de Fergus Munro en los bajíos del Loch Dhu. Asta estaba conmigo. Según lo que pude observar, se le había propinado una fuerte paliza. Diría que se derrumbó en el agua más tarde, y se ahogó.

—¡Dios mío! —exclamó Hannah.

Dillon se volvió a mirar a Asta, quien añadió:

—Yo le pedí a Dillon que dejara el asunto en mis manos.

—¿Por qué? —preguntó Hannah.

—Porque en cierto modo eso sucedió por culpa mía. Ocurrió porque Carl deseaba darle una lección.

—Entiendo —dijo Hannah, que se volvió a mirar a Ferguson—. A la vista de lo sucedido, ha pasado usted por alto un delito criminal, señor, un homicidio sin premeditación en el mejor de los casos.

—Absolutamente correcto, inspectora jefe. Si quiere conocer los detalles sórdidos, Dillon y yo observamos a Morgan y a ese Marco cómo recuperaron el cadáver en la lancha motora *Katrina*. Luego, lo envolvieron con una cadena y lo arrojaron en el centro del lago.

—¿Y ustedes lo vieron todo y les dejaron hacer? —inquirió Hannah.

—Lo ha comprendido mal, querida —intervino Dillon—. El justo castigo llegará más tarde.

—Exactamente —añadió Ferguson—. Por el momento, hay cosas más importantes que considerar. —Tomó la mano de Hannah, se sentó en el sofá e hizo que se sentara a su lado—. La elegí para que me ayudara en mi trabajo porque tiene usted uno de los cerebros más astutos de Scotland Yard.

—¿Ahora con halagos, brigadier?

—Tonterías. Sólo hay que ver su historial. Su abuelo es un rabino muy respetado, su padre un brillante profesor de medicina. Usted se graduó en psicología en Cambridge. Podría haber sido cualquier cosa que deseara ser. Sin embargo, eligió ser policía y empezó por abajo, como patrullera en Brixton, desde donde ascendió por méritos propios. La necesito y la quiero a mi lado, pero esto no es un trabajo de policía normal. Nuestro trabajo es un juego bastante más complicado. Nosotros sólo nos fijamos en el resultado final.

—¿Porque el fin justifica los medios?

Fue entonces Dillon el que se inclinó sobre ella, le tomó las manos y la hizo levantarse.

—Que Dios nos salve a todos, muchacha, pero resulta que él tiene razón. A veces, la tiene. A eso se le llama el bien mayor.

La rodeó con un brazo y ella se apoyó en él por un momento. Luego, se enderezó y se las arregló para esbozar una débil sonrisa.

—Tuvieron que haberle querido mucho en el Teatro Nacional, Dillon. Podría haber terminado usted nombrado caballero. En lugar de eso, eligió el IRA. —Se volvió hacia Ferguson—. No hay ningún problema, señor. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Él inclinó la cabeza hacia Asta y Hannah se sentó junto a ella y le tomó la mano.

—Cuando usted le dijo a Morgan que deseaba venir con nosotros él no dijo que no, ¿verdad?

—En efecto, así fue —contestó Asta.

—Entonces, sea lógica. Iba tras nosotros, no había contado con que usted pudiera acompañamos, pero cuando se presentó la ocasión, cuando dijo usted que nos acompañaba, él no se opuso.

Asta la miró fijamente, en silencio. Finalmente, se humedeció los labios y preguntó:

—Pero ¿por qué? Él me quiere.

—La cuenta con usted había quedado llena, Asta. Oh, sí, claro, conocía usted todas sus conexiones con la Mafia y todo eso, y de lo que no se ha dado cuenta es de que eso siempre supuso un riesgo. Pero lo de Fergus es diferente… —Hannah Bernstein sacudió la cabeza—. Aunque se ahogara como consecuencia de la paliza, la acusación sería la de homicidio sin premeditación, suficiente para que Carl Morgan pasara siete años en Oíd Bailey, y los abogados de la Mafia no tienen en Inglaterra el mismo éxito que alcanzan en Estados Unidos. Siete años, Asta. Siete años para un jugador de polo multimillonario, acostumbrado a las cosas buenas de la vida. No había forma de que aceptara correr ese riesgo. Sabía usted demasiado.

Asta se levantó de un salto, cruzó la estancia y se volvió hacia ellos.

—Siempre ha sido bueno conmigo. No puedo creerlo.

—¿Te parece que ha llegado el momento? —le preguntó Ferguson a Dillon.

—Creo que sí.

—La carpeta griega, inspectora jefe —pidió Ferguson. Hannah la tomó de la mesa y la trajo—. Continúa tú, Dillon.

Dillon tomó a Asta de la mano, la llevó de nuevo junto al fuego y se sentó a su lado.

—Lo que tenemos que mostrarte ahora es malo, Asta, tan malo como lo peor que puedas imaginar. Tiene que ver con Hydra y con el accidente de tu madre mientras buceaba.

—No comprendo —dijo ella frunciendo el ceño.

—Lo comprenderá, querida —dijo Ferguson, que tomó la carpeta

de manos de Hannah Bernstein y se la entregó—. Lea esto.

Al cabo de un rato, Asta dejó la carpeta a un lado y se quedó sentada, con las manos fuertemente entrelazadas.

—No parece posible.

—Acaba de ver el contenido de esa carpeta —le dijo Ferguson—. Los detalles técnicos son incuestionables. Alguien manipuló el equipo de buceo de su madre.

—¿Un accidente? —preguntó ella, desesperada.

—No fue un accidente —le aseguró Dillon, que la tomó nuevamente de la mano—. Yo mismo soy un buceador experto, Asta. Lo que ocurrió con el equipo de buceo de tu madre fue algo deliberado, créeme. Dime quién pudo haber sido el responsable. ¿Se te ocurre pensar en alguien que deseara hacerle daño a tu madre? —Sacudió la cabeza y añadió—: Sólo pudo ser Carl, Asta. Creemos que ella sabía demasiado; ésa es la verdad.

Ella cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando los abrió de nuevo había recuperado el control sobre sí misma.

—No puedo permitir que salga bien librado de eso. ¿Qué puedo hacer?

—Podría ayudarnos —dijo Ferguson—. Ténganos informados de la situación allí, en el castillo. Y, lo más importante de todo, puede avisarnos en cuanto él encuentre la biblia.

—De acuerdo —asintió—. Lo haré. —Respiró de nuevo profundamente y pidió—: ¿Puedo tomar otro brandy?

—Desde luego, querida.

Ferguson le hizo un gesto a Dillon, que se levantó y se dirigió al armario donde se guardaban las bebidas. Regresó con el brandy y Asta aceptó la copa. Hannah se sentó a su lado.

—Mire, Asta, ¿está segura de que podrá pasar por esto? Quiero decir que tendrá que regresar y sonreír y actuar como si nada hubiera cambiado.

—Enterramos a mi madre en Suecia. Él hizo qué llevaran su cuerpo desde Atenas y…, ¿sabe una cosa? Estuvo allí, junto a la tumba, y lloró. —Vació el contenido de la copa de un solo trago—. Me ocuparé de que pague por eso aunque sea lo último que haga. —Dejó la copa sobre la mesa y se levantó—. Creo que ahora debería regresar.

—Yo te llevaré —dijo Dillon.

Asta se dirigió hacia la puerta, recogió el abrigo de visón y se lo puso. Luego se volvió hacia ellos.

—Muy bien. Por el momento, la búsqueda de la biblia no ha dado ningún resultado, a pesar de que Carl ha ofrecido una recompensa sustancial al que la encuentre.

—Gracias por decirnos eso —dijo Ferguson.

—En cuanto a los movimientos futuros, se supone que apareceremos mañana en la feria y los juegos de Ardmurchan. Por ahora, no creo que haya nada más.

—Te llevaré ahora, Asta —le dijo Dillon.

—Ah —añadió Asta antes de salir—, acabo de recordar que Angus, el jardinero, está ahora en la nómina de Carl.

—Lo tendremos muy en cuenta —dijo Ferguson.

Salió y Dillon la siguió.

Durante el trayecto de regreso al castillo, en el Range Rover, ella permaneció sentada a su lado, arrebujada en el cuello del abrigo, en silencio.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él cuando ya se acercaban a las puertas de entrada.

—Oh, sí —asintió ella—. No te preocupes por mí, Dillon. Representaré mi papel.

Tomaron el camino de entrada y él detuvo el vehículo ante los escalones. Antes de que pudieran bajarse se abrió la puerta principal y en ella apareció Morgan.

—Empezaba a sentirme preocupado —dijo, mientras Dillon bajaba, rodeaba el vehículo y le abría la portezuela a Asta.

—Lo siento, Carl —dijo ella mientras subía los escalones—. Pero estuvimos a punto de sufrir un grave accidente.

Morgan expresó inmediatamente su preocupación.

—¿Qué ocurrió?

—Fallaron los frenos de la camioneta —dijo Dillon—. Por lo visto se rompió el bidón que contenía el líquido de frenos, así que perdimos el fluido hidráulico. Ese vehículo ha estado en uso demasiados años.

—Dillon estuvo maravilloso —dijo ella—. Condujo como Nigel Mansell colina abajo. Realmente, hubo un momento en que pensé que había llegado nuestra última hora.

—¡Dios mío! —exclamó él apretándola contra sí—. ¿Cómo se lo

puedo agradecer, Dillon?

—Sólo es una cuestión de autoconservación —le dijo Dillon—. Siempre me esfuerzo por sobrevivir, señor Morgan.

—Subiré a mi habitación, Carl. Creo que me acostaré en seguida.

Entró y Morgan se volvió hacia Dillon, que ya había subido de nuevo al Range Rover.

—Muchas gracias de nuevo. ¿Estará mañana en la feria?

—Imagino que sí.

—Bien, lo veremos entonces.

Morgan entró y cerró la puerta.

—Y yo también te veré, bastardo —dijo Dillon cuando ya se alejaba.

11

Al día siguiente era fiesta local, y el pueblo de Ardmurchan estaba abarrotado de gente procedente de los alrededores, así como de otros que habían recorrido muchos kilómetros para ver la feria y participar en los juegos. Estaban también los hojalateros y los gitanos, con sus ponies y caballos para comerciar. Ferguson, Dillon y Hannah llegaron justo antes de la hora del almuerzo, aparcaron el Range Rover ante la iglesia y se encaminaron hacia el Campbell Arms.

—Creo que nos vendrá bien fortalecemos un poco y luego disfrutar de la feria —dijo Ferguson.

—Son las doce menos diez, brigadier —le recordó Hannah—. Eso debiera considerarse como beber por la mañana.

—Si el alcohol pudiera conmigo, inspectora jefe, hace tiempo que lo habría conseguido, en la guerra de Corea, para ser exactos, cuando apenas era un suboficial de veinte años. Me encontraba en una trinchera excavada en la nieve, a veinte grados bajo cero, con los chinos atacándonos en oleadas de diez mil. Sólo el ron nos permitía continuar.

Abrió la puerta y entró. La barra del salón estaba abarrotada, y no quedaba ningún lugar donde sentarse, pero se abrió paso alegremente hasta la barra, donde Molly trabajaba febrilmente, junto con otras cuatro mujeres locales que la ayudaban.

—Guinness —pidió Ferguson—. Que sean tres. —Se volvió hacia Hannah y añadió—: Es una cerveza extremadamente nutritiva.

Les sirvió la propia Molly.

—¿Querían ustedes comer algo, brigadier?

—Es una buena idea.

—Hoy no tenemos nada extraordinario, sólo empanada caliente

de Cornualles.

—Una idea singular, puesto que estamos en Escocia, pero ¿por qué no? Tomaremos una por cabeza.

—De acuerdo. Veo que alguien se levanta de la mesa que hay junto al fuego. Instálense allí y yo misma les serviré.

Tenía razón, tres hombres se levantaban en ese momento y se disponían a salir. Ferguson se apresuró a avanzar entre la gente para asegurarse los asientos. Una vez sentado, se frotó las manos.

—No hay nada como pasar un día en el campo.

—¿No deberíamos tener cosas más importantes que hacer, señor? —preguntó Hannah.

—Tonterías, inspectora jefe. Todo el mundo necesita un descanso de vez en cuando.

Molly les llevó las Guinness y las tres empanadas, que eran enormes.

—Si con esto no tienen suficiente, en la feria han instalado un tenderete de refrescos —dijo Molly, atenta, mientras Ferguson le pagaba.

—Lo tendremos en cuenta, querida.

Ferguson tomó un trago y luego probó la empanada.

—Dios mío, qué buena está.

—Muy bien, señor —dijo Hannah—. Pero ¿qué ocurre ahora?

—¿Qué le gustaría que ocurriera? —preguntó Dillon.

—No lo sé. De hecho, lo único que sé es que ese Morgan se ocupó de Fergus de una forma digamos que permanente, y que anoche intentó matarnos a todos. Yo diría que eso constituye una verdadera declaración de guerra.

—Sí, pero ahora tenemos a Asta de nuestro lado —le dijo Ferguson.

En ese momento entró Asta en el local, seguida de Morgan y Marco. Les vio en seguida y se dirigió directamente hacia ellos.

Llevaba la misma boina que se había puesto para cazar ciervos al acecho, así como la falda *plaid*, y no hubo un solo hombre del salón que no se volviera a mirarla.

—Ah, están ahí —les dijo con una sonrisa.

Dillon se levantó para cederle su asiento.

—Tienes un aspecto particularmente fragante esta mañana.

—Precisamente es así como me siento. Dispuesta para la lucha,

Dillon. Creo que así es como necesito sentirme.

Por detrás de ella, Morgan le dijo algo a Marco, que se dirigió hacia la barra, mientras Morgan se acercaba hasta donde estaban ellos.

—¿Cómo están? Asta me ha contado lo que sucedió anoche. Es terrible.

—Excitante, por decir lo mínimo —le dijo Ferguson—, pero este buen muchacho mantuvo la cabeza fría y condujo como Stirling Moss en un campeonato. —Sonrió—. Ha pasado mucho tiempo pero, por lo que a mí se refiere, sigue siendo el único corredor británico que vale la pena.

Marco trajo dos jarras, entregó una a Morgan y la otra a Asta, y se retiró hacia la puerta.

—Parece que la feria es muy divertida. Me hace ilusión verla —dijo Asta.

La puerta se abrió de nuevo y entró Hector Munro, acompañado por Rory. Al verlos junto al fuego se detuvo un instante y se llevó un dedo a la frente.

—Señoras —dijo cortésmente, y luego se dirigió con rapidez hacia la barra.

—Supongo que no ha visto todavía a ese hijo suyo —le dijo Morgan.

—Ah, bueno, Fergus se ha marchado para ver a unos parientes, señor Morgan —le dijo Hector—. Dudo mucho que regrese por aquí durante un tiempo.

Se alejó hacia la barra y Ferguson terminó su bebida.

—Bien, pongámonos en marcha. —Se levantó—. Le veré más tarde, Morgan.

Y abrió paso hacia la salida.

Había un tenderete de refrescos, dos o tres tiovivos para los niños y un primitivo cuadrilátero de boxeo que, por el momento, estaba vacío. Cuando llegaron, el espectáculo principal era la venta de caballos. Se quedaron de pie, al borde del espacio ocupado por la multitud, y observaron a los jóvenes gitanos que corrían arriba y abajo, sosteniendo a los caballos por las bridas para mostrar sus pasos a los presentes. Dillon observó a Hector Munro y a Rory en un extremo; inspeccionaban a un par de ponies.

Se dirigió hacia ellos, encendió un cigarrillo y dijo en irlandés:

—Esos dos sólo parecen carne para perro.

—¿Necesito que alguien me lo diga? —replicó airado Hector en gaélico.

—¿Es usted un experto? —preguntó Rory con una agradable sonrisa.

—Pasé el tiempo suficiente en la granja de mi tío, en el condado de Down, como para saber reconocer la basura cuando la encuentro.

Dillon les sonrió afablemente y regresó junto a los otros.

—Los juegos acaban de empezar —dijo Ferguson—. Vamos.

Había carreras de cincuenta metros, y carreras de sacos para los niños, pero los deportes para adultos eran mucho más interesantes. Hombres corpulentos levantaban y arrojaban el *caber*, un objeto parecido a un poste de teléfonos. Se practicaba el lanzamiento de martillo y el salto de longitud: había gente que bailaba con animación danzas escocesas, al son de las gaitas.

Morgan y Asta, seguidos por Marco, aparecieron en el otro extremo de la multitud. Ella vio a Dillon y lo saludó con la mano. Él le devolvió el saludo y se volvió para ver la lucha que empezaba. Eran hombres curtidos, vestidos con *kilts* y dotados de enormes muslos, con la potencia y la fuerza de golpe de luchadores de sumo, animados por el gentío.

—Todo esto es bastante divertido. —Ferguson sacó un frasco de bolsillo, desenroscó la tapa y tomó un trago—. Me recuerda a Sansón. ¿No fue él quien sacudió el polvo a los filisteos, inspectora jefe?

—Creo que lo hizo, señor, pero, francamente, no es mi hora de tomar el té.

—No, no suponía que lo fuera.

Luego, la gente se alejó hacia el cuadrilátero de boxeo, arrastrándoles hacia allí.

—Esto empieza a animarse —dijo Dillon.

—¿De qué se trata? —preguntó Hannah.

—Yo diría que es lucha libre al viejo estilo. Veamos lo que sucede.

Un hombre de edad mediana, con botas de boxeo y calzones cortos se deslizó por entre las cuerdas y subió al ring. Mostraba la nariz achatada propia del luchador profesional y se le veían las

cicatrices alrededor de los ojos. En la espalda del viejo batín de nailon que llevaba se leía: «Tigre Grant».

—Dios mío, ése ha participado en unas cuantas peleas —comentó Ferguson.

—Parece uno de los duros —asintió Dillon.

En ese momento, Asta se les unió. Marco les abrió paso a ella y a Morgan. El siciliano miró a Tigre Grant, con cierta expresión enigmática.

—Por la expresión de su cara yo diría que Marco también ha participado en sus buenas peleas —dijo Dillon.

—Campeón de los pesos semipesados de Sicilia en sus buenos tiempos —dijo Morgan—. Veintidós combates.

—¿Y cuántos ganó?

—Todos. Tres victorias por puntos, doce fueras de combate y siete ocasiones en las que el árbitro decidió detener la pelea.

—¿De veras? —preguntó Dillon—. Debo recordar evitarle en una noche oscura.

Marco se volvió para mirarle, con algo extraño en sus ojos, pero en ese momento un hombre bajo de estatura, con un traje de *tweed* y una gorra, subió al ring con un par de guantes de boxeo y pidió silencio a los presentes.

—Estoy convencido de que por aquí tiene que haber unos cuantos caballeros deportistas, así que les daré una buena oportunidad de ganar algún dinero. —Se sacó un fajo de billetes del bolsillo interior de la chaqueta—. Cincuenta libras, amigos míos. Cincuenta libras para cualquier hombre capaz de resistirle tres rounds a Tigre Grant.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Dillon vio a dos jóvenes corpulentos, al otro lado del ring, que hablaban con los Munro. Uno de ellos se quitó la chaqueta y se la entregó a Rory. Luego, se deslizó entre las cuerdas.

—Yo apuesto —dijo y la multitud lo vitoreó.

El hombre pequeño lo ayudó a ponerse los guantes de boxeo, mientras Tigre Grant le arrojaba el batín a alguien que actuaba como su segundo, en un rincón. El hombre pequeño bajó del ring, se sacó un cronómetro de un bolsillo y una campana de mano del otro.

—Cada round será de tres minutos. Que empiece el combate.

El joven atacó a Grant con agresividad, vitoreado por la gente. Asta se aferró al brazo de Dillon.

—Esto es excitante.

—Carnicería sería una descripción mejor —comentó Hannah Bernstein.

Y tenía razón, pues Grant, que evadió con facilidad los salvajes puñetazos lanzados por su contrincante, se movió con rapidez y le propinó un puñetazo en corto, pero poderoso, en el estómago que le hizo caer sobre la lona, retorciéndose de dolor. La multitud rugió cuando el segundo y el hombre pequeño ayudaron al infortunado joven a bajar del ring.

El hombre pequeño regresó en seguida.

—¿Alguien más quiere apostar?

Pero el otro joven, el que había estado con los Munro, subía ya al ring.

—Yo me ocuparé de ti, ése era mi hermano.

Grant permaneció imperturbable y cuando sonó la campana y el joven se abalanzó contra él, se balanceó de un lado a otro, con un buen juego de piernas, y bloqueó los salvajes puñetazos, hasta que finalmente lo derribó como había hecho antes con su hermano.

La multitud gruñó.

—Esto es terrible —dijo Hannah.

—Podría ser mucho peor —comentó Dillon—. Grant podría haber hecho papilla a esos dos, y no lo hizo. Sabe lo que se trae entre manos.

Se dio cuenta repentinamente de que Morgan le decía algo a Marco en voz baja. No pudo oírlo debido al ruido producido por el gentío, pero el siciliano se quitó la chaqueta, pasó bajo las cuerdas y subió al ring, adelantándose a Rory Munro por un segundo.

—Otro deportista —dijo el hombre pequeño, aunque su sonrisa se desvaneció un tanto cuando le ató los guantes de boxeo a Marco.

—Oh, querida, ahora ya no parece tan seguro —observó Ferguson.

—¿Quiere hacer una apuesta, brigadier? —preguntó Morgan—. ¿Le parecen bien cien libras?

—Perderá su dinero —le advirtió Dillon a Ferguson.

—No necesito que me lo digas, muchacho. Lo siento, Morgan.

Sonó la campana y Marco se irguió, con los brazos bajos, a lo

largo de los costados y, por alguna razón, la gente guardó silencio. Grant se agachó, hizo una finta y luego se movió con rapidez. Marco se balanceó con extraordinaria rapidez hacia un lado, pivotó sobre sí mismo y le golpeó dos veces en las costillas. El sonido producido por los golpes se extendió como un eco sobre la multitud. Grant levantó la cabeza, dolorido y Marco le golpeó en la mandíbula, con un golpe que apenas le obligó a extender el brazo. Grant se derrumbó como un saco de carbón y quedó allí tendido, mientras la multitud se quedaba atónita.

El hombre pequeño se arrodilló a su lado y trató de reanimarlo, ayudado por el segundo, mientras Marco se movía a uno y otro lado, como un animal nervioso.

—Mi dinero, ¿dónde está mi dinero? —gritó Marco.

Se quitó el guante derecho y levantó al hombre pequeño que parecía aterrorizado. Este se sacó los billetes del bolsillo y se los entregó.

Marco se movió a cada lado del ring al tiempo que movía el dinero sobre su cabeza.

—¿Alguien más? —preguntó.

Hubo abucheos cuando el hombre pequeño y el segundo sacaron a Grant del ring. Entonces, sonó una voz:

—Voy a por ti, bastardo.

Y Rory Munro subió al ring. Marco dio una patada a los guantes de repuesto, para arrojarlos hacia él.

—Un buen muchacho en cualquier pelea en un pub, pero esto podría significar su muerte —comentó Dillon.

Rory se lanzó a fondo y llegó a golpear primero a Marco, al propinarle un puñetazo en la parte alta de la mejilla derecha del siciliano. Marco hizo una finta y le golpeó en el costado, pero Rory le alcanzó de nuevo en la mejilla derecha y le partió la piel. Marco retrocedió, se llevó el guante a la mejilla y vio la sangre. Ahora, al avanzar, había rabia en sus ojos. Con la cabeza baja, golpeó a Rory en las costillas, una, dos veces y luego una tercera.

—Le romperá todos los huesos antes de haber terminado —dijo Dillon.

—En efecto, y ese joven estúpido no se quedará tendido —asintió Ferguson.

Rory se tambaleó, evidentemente tocado, y Marco le golpeó

furiosamente varias veces en la cara, al tiempo que le sostenía la cabeza con la otra mano enguantada. La multitud rugió ante aquella ilegalidad, y Marco, despreciativo, retrocedió y midió a Rory, antes de disponerse a lanzarle el puñetazo final, mientras el otro permanecía allí de pie, tambaleante e indefenso.

—¡Oh, Dios, no! —gritó Hannah.

En ese momento, Dillon se introdujo entre las cuerdas y se interpuso entre Marco y Rory para levantar la mano abierta hacia el siciliano.

—Ya es suficiente.

Se volvió, sujetó el corpachón de Rory y lo ayudó a dirigirse hacia su rincón. Le quitó los guantes y lo ayudó a bajar por entre las cuerdas, hacia las manos de su padre.

—Si tuviera treinta años menos ya me encargaría yo de ese bastardo —dijo Munro en gaélico.

—Pero lo cierto es que no los tiene.

Dillon se volvió y se encontró con Marco, que le miraba con las manos enguantadas en las caderas.

—¿Te apetece recibir también a ti, perro irlandés? —preguntó en italiano.

—Eso se puede arreglar —replicó Dillon en el mismo idioma.

—Entonces, ponte los guantes.

—¿Y quién necesita guantes? —dijo Dillon al tiempo que los apartaba del ring con una patada—. Con los guantes no puedo hacerte daño.

Fue un cebo deliberado, y Marco lo mordió.

—Encantado de complacerte.

—¡No, Dillon, no! —gritó Asta—. Te matará.

«En movimiento sé como el agua», eso era lo que Yuan Tao le había dicho. Calma total, control completo. Esto ya no era un combate de boxeo y Marco había cometido un grave error.

El siciliano se le acercó con rapidez y le lanzó un puñetazo. Dillon se balanceó a un lado, le propinó una patada a la rótula izquierda, giró sobre sí mismo y golpeó a Marco en el costado retorciendo el golpe, como Yuan Tao le había enseñado. Marco emitió un grito de dolor y Dillon le golpeó de nuevo de la misma manera, para luego darle la espalda y propinarle un golpe de codo al revés que aplastó la boca de Marco.

La multitud rugió y Dillon se alejó. Marco, con una extraordinaria resistencia, se lanzó tras él como un salvaje y cuando Dillon se volvió le golpeó bajo la mejilla izquierda. Dillon se tambaleó hacia atrás ante la fuerza del golpe, rebotó contra las cuerdas y cayó sobre la lona, donde Marco le propinó una patada en las costillas.

Ahora, la multitud parecía haberse vuelto loca. Dillon rodó rápidamente sobre sí mismo y se puso en pie.

—Jesús, hijo, esto va a resultar muy aburrido.

Cuando Marco le lanzó otro puñetazo agarró la muñeca derecha del siciliano, la retorció hasta obligarlo a darse la vuelta y lo envió hacia las cuerdas, con la cabeza por delante, lo que le hizo salir del ring y caer al suelo a los pies de Ferguson, Morgan y las dos mujeres.

Cuando Marco rodó sobre su espalda, Dillon saltó sobre las cuerdas y le puso un pie sobre el cuello.

—Ahora te quedas quietecito, como un buen perro, si no quieres que te lo parta en dos.

—Déjalo, Marco —intervino Morgan en italiano—. Te lo ordeno. —Le tendió la chaqueta al hombre y se volvió hacia Dillon—. Es usted un hombre muy notable, amigo mío.

—Un verdadero héroe —dijo Asta, que se aferró a su brazo.

—No, no lo es. No es más que un condenado estúpido —dijo Ferguson—. Y ahora vayamos al tenderete de refrescos, Dillon. Realmente, creo que nos merecemos tomar algo después del pequeño espectáculo.

Se volvió y abrió paso entre el gentío que felicitaba a Dillon y le daba palmaditas en la espalda.

Se estaba razonablemente tranquilo bajo la marquesina, ya que la mayor parte de la gente prefería aprovechar el buen tiempo. Ferguson se dirigió al bar, montado sobre una gran mesa de caballetes. Dillon y Hannah se sentaron ante otra de las mesas, y ella sacó un pañuelo y lo empapó en el agua de la jarra que había sobre la mesa.

—Dillon, la piel se ha partido. Creo que necesitará que le pongan unos puntos.

—Ya veremos. Por el momento, no siento ningún dolor.

—De todos modos, sosténgase el pañuelo sobre la herida durante

un rato.

—Es mucho mejor dejar que se seque —dijo Dillon y encendió un cigarrillo.

—Y usted se mata lentamente a sí mismo con esas cosas.

—Una fascista, eso es lo que usted es. A continuación prohibirá el alcohol, y luego el sexo. —Le sonrió burlonamente—. No quedará nada.

—Siempre pensé que tenía usted deseos de morir —le dijo, sonriendo.

Ferguson regresó, con bebidas en una bandeja.

—Escocés para nosotros, gintonic para usted, inspectora jefe.

—Hubiera preferido té, señor, y tampoco le habría venido mal a Dillon.

Se levantó y se dirigió al tenderete de refrescos.

—Lo sabía —dijo Ferguson—. Cuando esa mujer se case será una de esas madres judías de las que se oye hablar a menudo, de las que dirigen al marido con una barra de hierro y le dicen a todo el mundo lo que tiene que hacer.

—Jesús, brigadier, creo que se está haciendo viejo. Tengo noticias para usted. Hay más de un hombre que se sentiría satisfecho haciendo cola para ser gobernado con una barra de hierro por Hannah Bernstein.

En ese momento, Asta apareció en la entrada, miró a su alrededor, los vio y se acercó.

—Ah, están ahí.

Se sentó y Dillon le preguntó:

—¿Dónde está Morgan?

—Ha llevado a Marco al hospital local de Arisaig para que lo atiendan. Cree que puedes haberle roto una costilla. Le dije que regresaría sola al castillo.

—Es una noticia reconfortante, espléndida —dijo Ferguson.

Hannah regresó con otra bandeja en la que llevaba tazas y dos teteras.

—La vi llegar —le dijo a Asta—. Sírvase usted misma.

Asta colocó las tazas sobre la mesa mientras Hannah servía.

—¿Verdad que Dillon estuvo maravilloso?

—Supongo que eso depende de su punto de vista.

—Oh, vamos, inspectora jefe, ese hombre despreciable merecía

todo lo que ha recibido.

Hector Munro se acercó y acudió al bar. Mientras le observaban, compró media botella de whisky y se volvió para marcharse. Los vio entonces allí sentados, vaciló y se acercó.

—Señoras —dijo amablemente y luego se dirigió a Dillon en gaélico—. Supongo que esperará usted que le dé las gracias, ¿verdad?

—En realidad, no —contestó Dillon en irlandés—. ¿Cómo está su hijo?

—Es duro, pero ese bastardo le dio fuerte. —Sonrió repentinamente con una mueca—. Pero no importa, porque usted también tiene algo de bastardo, señor Dillon.

Se dio media vuelta y se alejó.

—¿Habló en gaélico? —preguntó Asta.

—En efecto, y yo le contesté en irlandés. Son muy parecidos.

—¿Le dio las gracias por haber salvado a su hijo? —preguntó Hannah.

—Ése no le ha dado las gracias a nadie en su vida —contestó Dillon con una sonrisa.

—Ah, están ahí —exclamó alguien y al volverse vieron a lady Katherine que se acercaba entre la gente, apoyada en su bastón, acompañada por Jeannie, que la sostenía por el otro brazo.

—Mi querida señora —Ferguson se levantó—. Me extraña mucho verla por aquí, con tanta gente.

Jeannie la ayudó a sentarse y lady Katherine dijo:

—Tengo que guardar las apariencias. Los demás lo esperan así, ya sabe. —Se volvió a mirar a Dillon—. Lo vi desde la distancia, por encima de las cabezas de la gente. Un asunto desagradable que difícilmente puede considerarse como un deporte. Dios mío, le ha estropeado la cara.

—Cierto, señora, pero él tiene peor aspecto —replicó Dillon.

La anciana sonrió y se volvió hacia Ferguson.

—Realmente, tengo que marcharme. No puedo abusar, pero he estado pensando.

—¿Pensando, lady Katherine?

—Sí, en la biblia. Se me ha ocurrido una idea. ¿Por qué no pasan a verme cuando regresen a casa? Hablaré con ustedes. —Tomó impulso y se levantó—. Vamos, Jeannie, vayámonos a casa. Adiós a

todos.

Se alejó por entre la multitud, apoyada en Jeannie.

—Ahora sí que parece que se producirán novedades —comentó Hannah.

—Ciertamente —asintió Ferguson—. Con franqueza, me siento impaciente por oír lo que tenga que decimos. ¿Qué te parece, Dillon?

Dillon encendió un cigarrillo y frunció el ceño.

—Sea lo que fuere, va a ser algo especial. No creo que vaya a decimos que miremos al fondo del tercer cajón de la mesa de la biblioteca o algo así. —Asintió con un gesto, pensativo—. No, debe de tratarse de algo en lo que ni siquiera hemos pensado.

—Y en lo que tampoco ha pensado Carl. —Asta se volvió a Ferguson—. ¿Puedo ir yo también, brigadier? Me encantaría ver cómo le cobra ventaja.

—Desde luego, querida —asintió Ferguson con una sonrisa—. ¿Por qué no? Después de todo, ahora está usted de nuestro lado.

Dillon condujo el Range Rover de regreso hacia el castillo de Loch Dhu. Antes de abandonar la feria acudió al local de primeros auxilios. Salió al momento con una cura de urgencia en la mejilla derecha, cubierta con un esparadrapo, aunque la enfermera de servicio, de la brigada de ambulancias de St. John, le aconsejó que buscara la debida atención médica.

—¿Te encuentras realmente bien, muchacho? —preguntó Ferguson cuando llegaron ante la puerta de lady Katherine.

—Estoy perfectamente, olvídelo —contestó Dillon con una mueca—. Todo está en la mente.

Ferguson llamó a la puerta y Jeannie abrió al cabo de un momento.

—La señora está en el salón.

Ferguson entró el primero. Lady Katherine estaba sentada en una silla, junto al fuego, con una manta sobre las rodillas.

—Ah, ya han llegado. Entren y siéntense. Té y pastas, Jeannie, y abre la puerta corredera. Esto está demasiado cerrado.

—Desde luego, señora.

Jeannie hizo lo que se le había pedido. Todos se acomodaron, menos Dillon, que se apoyó sobre el piano y encendió un cigarrillo.

—Esto es agradable —dijo.

—Puede usted darme uno de esos que producen cáncer, jovencito, y acérqueme también esa fotografía del marco de plata que está sobre un extremo del piano.

—Desde luego, señora.

Así lo hizo, encendió el cigarrillo y trajo la foto. Mostraba a una mujer joven con una chaqueta de vuelo y un casco de la RAF, tomada durante la Segunda Guerra Mundial. La mujer estaba de pie junto a un Spitfire. Evidentemente, era la propia lady Katherine.

—Parece usted una de esas estrellas cinematográficas de las viejas películas de guerra —dijo Dillon al tiempo que se la pasaba a Ferguson.

—Extraordinario, lady Katherine —dijo el brigadier con una sonrisa—. Realmente extraordinario.

Le pasó la foto a Hannah y Asta, sentadas en el sofá.

—Sí, aquéllos sí que fueron buenos tiempos. Me concedieron la orden del Imperio Británico, ¿saben? El haberles hablado de esos tiempos durante la velada de anoche hizo que lo recordara todo. Empecé a pensar en ello ya a primeras horas del día. No podía dormir. Tantos incidentes como ocurrieron, todas aquellas valientes mujeres muertas y, de repente, recordé un extraño asunto. Una extraordinaria aviadora llamada Betty Keith-Jopp que pilotaba un Barracuda sobre Escocia cuando se vio envuelta por el mal tiempo. Cayó en el Firth of Forth, se hundió a más de diez metros de profundidad, pero logró salir a la superficie y fue recogida por un barco de pesca.

—Extraordinario —dijo Ferguson—, pero ¿qué tiene que ver eso con la biblia?

—Porque pensar en eso me hizo recordar el Lysander que se estrelló en Loch Dhu cuando intentaba aterrizar en el aeródromo de Ardmurchan, convertido en base de la RAF. Lo he recordado ahora. Era el avión en el que llegaban las pertenencias de mi hermano.

—Fue en 1946, en el mes de marzo, creo recordar. Debo decirles que, aparte de los daños cerebrales que sufrió en aquel terrible accidente en la India, mi hermano también tenía unas graves quemaduras en el brazo y la mano derecha, de modo que cuando estuvo lo bastante bien fue trasladado a un lugar llamado East Grinstead.

—Conozco ese lugar —dijo Ferguson—. Fue la unidad dirigida

por Archibald Mclndoe, especializado en cirugía plástica para las tripulaciones aéreas que sufrían graves quemaduras.

—Un hombre maravilloso —dijo lady Katherine—. Sus pacientes siempre fueron tripulantes de la RAF, como, por ejemplo, mi hermano.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Dillon.

—Ian sufrió una grave recaída y necesitó una nueva operación cerebral. Jack Tanner seguía a su lado, como ordenanza. En cualquier caso, lo desahuciaron y esperaban que moriría en cualquier momento.

—¿De veras? —preguntó Ferguson.

—En aquellos días recibió una visita, un oficial de la RAF, que había sido paciente durante unos meses, y que de nuevo había regresado al servicio activo, un tal comandante de ala Smith, Keith Smith. Creo que más tarde llegó a alcanzar un rango bastante elevado. Resultó que se le había dado el mando de la base de la RAF en la isla de Stomaway, en las Hébridas exteriores, y tenía que acudir allí en un Lysander que pilotaría él mismo.

—¿Un Lysander? —preguntó Asta—. ¿Qué clase de aparato era ése?

—Un monoplano con alas altas de viga armada y tren de aterrizaje fijo. Yo misma lo piloté varias veces. Disponía de espacio para un piloto y un par de pasajeros. Eran capaces de despegar y aterrizar en un campo muy pequeño.

Ferguson consiguió contener su impaciencia.

—Entiendo, pero ¿dónde encaja el comandante de ala Smith en todo esto?

—Bueno, si volaba a Stornaway su curso le obligaría a pasar por aquí, ¿comprende?, y la base de la RAF en Ardmurchan seguía operativa. Puesto que, según parecía, mi hermano estaba a punto de morir, Smith le dijo a Jack Tanner que si reunía las pertenencias de Ian las llevaría consigo, aterrizaría en Ardmurchan y las dejaría aquí. Luego, repostaría y seguiría su vuelo a Stomaway.

—Dios mío —exclamó Hannah Bernstein con un suspiro—. Ahora lo comprendo todo.

—En aquellos momentos yo estaba en casa de permiso —continuó lady Katherine—. El tiempo era bastante malo, con tormenta y nubes bajas. No vi lo que ocurrió, ya que fue todo muy

rápido. El caso es que el avión perdió el motor en la maniobra final de aproximación a través del lago y capotó. El aparato se hundió como una piedra, aunque él se las arregló para salir con su chaleco salvavidas.

Se produjo un silencio y fue Asta quien lo rompió.

—Sí, ahora tiene sentido. Cuando Tanner habló con Tony Jackson en el hospital de Nuestra Señora de la Merced, le dijo que había enviado a casa las pertenencias del *laird* porque creía que iba a morir.

—Y Jackson le preguntó si la biblia había regresado a Loch Dhu —añadió Dillon.

—A lo que Tanner contestó: «Podría decirse así» y luego, según Jackson, se echó a reír. —Hannah asintió con un lento movimiento de cabeza—. Siempre me sentí intrigada por eso.

—Bien, ahora todo ha sido revelado. —Ferguson se volvió hacia lady Katherine—. ¿No se hizo ningún intento de recuperación?

—No disponían del equipo adecuado. Keith Smith vino a verme, claro. Era un hombre encantador. Lo extraño en él era que no había estado en cazas o bombarderos. Bromeó al decir que había sido un piloto de transporte, aunque tenía la medalla de Servicios distinguidos y la cruz de Vuelo Distinguido. Eso siempre me extrañó. No, como ya le he dicho, dejaron el Lysander allá abajo, aunque, según me dijo, se comprobó su posición. —Lady Katherine les sonrió—. De modo que ahí lo tienen. La biblia del pobre Ian está allá abajo, en el fondo del lago, dentro de una de sus maletas, si es que queda algo, naturalmente. Y ahora, tomemos un poco más de té.

—Ya hemos ocupado mucho de su tiempo, señora —le dijo Ferguson.

—Tonterías, insisto.

Hizo sonar el timbre para llamar a Jeannie. Ferguson le hizo un gesto a Dillon, se dirigió hacia las puertas de cristal y Dillon le siguió. Al salir a la terraza, Ferguson le dijo:

—Ahora tenemos que movemos con rapidez. Ordenaré que preparen el Lear y tú y la inspectora jefe vais a Londres y comprobáis esta historia en los archivos de la RAF.

Dillon le puso una mano en el brazo, con el ceño fruncido, y Ferguson se volvió para encontrar a Angus cerca de la pared; había

hiedra desparramada a sus pies y llevaba unas tijeras de podar en las manos.

—Hola, Angus —exclamó de repente Ferguson—. ¿Lleva mucho tiempo ahí?

—Sólo estaba podando un poco, señor. Ya he terminado.

Apresuradamente, recogió sus cosas, las metió en el capazo que llevaba y se alejó.

Hannah apareció ante la puerta abierta, acompañada por Asta.

—¿Creen que nos habrá oído? —preguntó Hannah.

—Desde luego que sí —le contestó Dillon—. Eso es lo que hacía ahí ese bastardo. Irá directamente a decírselo a Morgan.

—Indudablemente. —Ferguson se movió hacia Asta—. Cuando vea a Morgan debe usted cubrirse las espaldas y contárselo todo. Eso fortalecerá su posición. ¿Comprende?

—Sí —asintió ella.

—Bien. —Miró su reloj—. Son las tres. Me pondré ahora en contacto con el despacho para que preparen el Lear inmediatamente. Prioridad en el control de tráfico aéreo, así no habrá retrasos. —Se encogió de hombros—. Debería estar aquí a las cinco a más tardar. Repostará de inmediato y regresará a Londres.

—¿Y luego? —preguntó Dillon.

—Compruebas los archivos de la RAF y tratas de averiguar detalles sobre la posición del Lysander. Además, te procuras el equipo necesario para la búsqueda. —Sonrió y añadió—: Por lo visto, vas a tener que bucear de nuevo, Dillon.

—Eso es lo que parece —asintió él.

Ferguson se volvió, entró en el salón y todos le oyeron decir:

—Me preguntaba, lady Katherine, si me permitiría usted utilizar su teléfono.

12

Unas dos horas más tarde Asta vio llegar el Shogun al castillo, del que bajaron Morgan y Marco. Un lado de la cara del siciliano estaba cubierto por un vendaje, sostenido con esparadrapo. Angus estaba agazapado cerca de la casa y se adelantó hacia ellos cuando subían la escalera. Hablaron durante un rato y luego Morgan sacó la cartera y le entregó varios billetes. Terminó de subir la escalera con Marco y Asta se retiró a la biblioteca y se sentó ante el fuego.

En cuanto se abrió la puerta y entró Morgan, ella se levantó de un salto y corrió hacia él.

—Gracias a Dios que has vuelto. ¿Está Marco bien?

—Le hicieron una radiografía. Tiene un par de costillas agrietadas, pero la fisura es muy fina; así mismo le han puesto unos puntos en la cara.

—A Dillon también tuvieron que ponerle puntos —dijo ella.

—¿Lo viste?

—A todos ellos, Carl. Lady Katherine nos invitó a tomar el té y nos comunicó unas noticias sensacionales.

—¿De veras? —preguntó y extendió la mano para tomar un puro —. A ver, cuéntamelas.

Cuando ella hubo terminado, Morgan caminó hacia las ventanas y regresó de nuevo.

—Eso es. Tiene que ser eso. Por eso no la encontrábamos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Esperar, cariño. Dejar que hagan ellos todo el trabajo. Recuerda que Dillon es un buceador experto. Si ellos logran detectar la posición de ese avión, seguro que bajará y sacará a la superficie lo que haya dentro.

—¿Y luego?

—Nos apoderaremos de lo que saquen. Ordenaré que el Citation esté preparado en Ardmurchan, de modo que podamos despegar rápidamente.

—¿Y crees que Dillon y Ferguson se quedarán quietos y permitirán que les arrebates lo que encuentren?

—Ya me ocuparé de eso, Asta.

Se oyó entonces el sonido de un avión al despegar en el otro lado del lago y llegaron a la terraza a tiempo para ver al Lear a lo lejos, que se elevaba hacia el cielo del atardecer.

—Allá van —dijo Morgan con una sonrisa al tiempo que le rodeaba los hombros con un brazo—. Me siento bien por todo lo ocurrido, Asta. Seguro que va a funcionar.

—Naturalmente, ese documento bien podría haberse deshecho después de permanecer durante tanto tiempo en el agua —apuntó ella.

—Cierto —asintió él—, pero no lo creo si estaba realmente oculto en la biblia. —Le dirigió una sonrisa—. Confía en mí.

En el Lear, Dillon estaba sentado en un lado del pasillo, frente a Hannah, que se sentaba en el otro.

—Es excitante, ¿verdad? —preguntó—. Nunca se tiene un momento de tranquilidad.

—Las cosas eran mucho peores en Scotland Yard.

Se inclinó hacia la caja del bar y encontró una botella de whisky en miniatura, cuyo contenido vertió en un vaso de plástico y le añadió un poco de agua.

—Esto tiene todas las comodidades del hogar.

—El agua, por sí sola, sería mejor para usted, sobre todo a esta altura en un avión.

—¿No es terrible? —se mofó él—. Parece como si nunca hiciera nada a derechas.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Hannah arrellanándose en su asiento.

—Descubriremos todo lo que podamos sobre el accidente del Lysander.

—Es posible que resulte difícil descubrir los informes de la RAF correspondientes a aquellos tiempos.

—Sí, bueno en aquel entonces era el ministerio del Aire, y no el de Defensa, donde trabaja usted ¿verdad? Así que, si no puede

descubrirlo usted, ¿quién más podría hacerlo? —Sonrió con una mueca—. Poder, Hannah Bernstein, eso es todo lo que se necesita. Por eso será mejor que se ponga al teléfono y empiece a mover todos su hilos en el Centro de Información.

—Eso se hará después —dijo ella al tiempo que tomaba el teléfono—. Primero nos ocuparemos de que le atiendan debidamente esa cara.

—Ah, que Dios me ayude —exclamó Dillon—. Es como la madre que nunca tuve.

Cruzó los brazos y cerró los ojos.

Tuvieron un viento de cola tan fuerte que llegaron a Gatwick en una hora y veinte minutos y aproximadamente una hora más tarde, a las siete y media, Dillon se encontró tumbado de espaldas en un pequeño quirófano de la clínica de Londres, mientras el profesor Henry Bellamy estaba sentado a su lado y le cosía el corte de la mejilla izquierda.

—¿No le duele? —preguntó.

—No siento nada —contestó Dillon.

—Pues debería sentirlo —dijo Bellamy, que dejó caer las agujas en la bandeja que le tendió la enfermera—. Practiqué con usted una cirugía del más alto nivel e hice uno de mis mejores trabajos. Hasta escribí un artículo sobre su caso. Lo publicaron en la revista *Lancet*.

—Maravilloso —dijo Dillon—. De ese modo he quedado inmortalizado para la posteridad.

—No sea estúpido. —Bellamy limpió con una torunda de algodón la línea de los puntos y luego sujetó un estrecho vendaje a lo largo—. Conseguí recuperarle y luego va usted y realiza lo que podría considerarse como un intento de suicidio.

Dillon balanceó las piernas hasta el suelo, se levantó y tomó la chaqueta.

—Ahora estoy bien. Es usted un condenado genio médico, eso es lo que es.

—Los halagos no le llevarán a ninguna parte. Sólo tiene que pagar la cuenta y si tiene ganas de contarme alguna vez el secreto de su notable recuperación, le aseguro que me encantará saberlo.

Salieron al pasillo, donde esperaba Hannah Bernstein.

—Seis puntos, inspectora jefe. Eso echará a perder su belleza.

—¿Y cree usted que eso preocupará a esta mujer? —preguntó

Dillon.

Hannah le bajó a Dillon el cuello de la chaqueta, que estaba levantado.

—Bebe whisky de la variedad irlandesa y fuma demasiados cigarrillos, profesor. ¿Qué puedo hacer con él?

—Ah, y no le ha dicho que también juego a las cartas —dijo Dillon.

Bellamy se echó a reír.

—Vamos, largo de aquí, bribón. Tengo trabajo que hacer —dijo con una sonrisa, y se alejó.

Habitualmente, la empleada del turno de noche del Centro de Información del Ministerio de Defensa tenía bien poca cosa que hacer. Era una viuda llamada Tina Gaunt, una señora de cincuenta años, con aspecto maternal, cuyo esposo, un sargento del ejército, había muerto en la guerra del Golfo. Se mostró bastante amable con Dillon; había visto su informe confidencial y, aunque horrorizada al conocer su historial con el IRA, también se sintió emocionada en secreto.

—Los informes de la RAF correspondientes a la Segunda Guerra Mundial y al período posterior del Servicio Nacional todavía se encuentran disponibles en los sótanos Hurlingham, como les llamamos, pero están guardados en Sussex. Naturalmente, disponemos de microfichas a través de la computadora, pero suele ser una síntesis, más que nada. Es posible que no pueda ayudarles.

—No puedo creerlo de una mujer tan encantadora como usted —le dijo Dillon.

—¿No es un hombre terrible, inspectora jefe? —preguntó Tina Gaunt.

—El peor hombre del mundo —asintió Hannah—. Empecemos por revisar esos registros. Veamos lo que encontramos sobre el comandante de ala Keith Smith.

—Está bien, allá vamos. —Sus dedos empezaron a teclear con rapidez sobre las teclas de un ordenador, mientras observaba la pantalla, y luego se detuvo y frunció el ceño—. Comandante de ala Smith, medalla de Servicios Distinguidos, cruz de Vuelo Distinguido y barra, Legión de Honor. Dios mío, es un verdadero as —exclamó al tiempo que sacudía la cabeza—. No lo comprendo. Mi padre fue piloto de bombarderos Lancaster durante la guerra. Siempre he

tenido curiosidad por conocer todo lo referente a aquellos pilotos de la Batalla de Inglaterra, a los grandes ases, pero jamás había oído mencionar a éste.

—¿No resulta eso extraño? —preguntó Hannah.

Tina Gaunt volvió a intentarlo. Un momento más tarde se reclinó en su asiento.

—Pues hay algo más extraño todavía. Resulta que aparece un bloqueo de seguridad. Sólo se accede a su rango y condecoraciones, pero ningún informe sobre sus servicios.

—¿Qué le parece? —preguntó Hannah mirando a Dillon.

—Usted es la policía, haga algo al respecto.

—Está bien —suspiró—. Llamaré por teléfono al brigadier —dijo, y se alejó.

Tina Gaunt estaba con el teléfono sujeto a la oreja y asintió.

—Muy bien, brigadier. Lo haré, pero se ocupará usted de cubrirme la espalda. —Colgó el teléfono—. El brigadier me ha asegurado que mañana por la mañana tendré sobre mi mesa una autorización de grado uno firmada por el mismísimo secretario de Estado para la Defensa. Teniendo en cuenta las circunstancias, he consentido en avanzar por el camino más corto.

—Estupendo —asintió Dillon—, empecemos a movernos.

Volvió a teclear en la computadora y de nuevo frunció el ceño.

—Ahora resulta que se me remite al EOE.

—¿El EOE? ¿Y qué diablos es eso? —preguntó Hannah.

—Ejecutivo de Operaciones Especiales —le informó Dillon—. Una organización de la inteligencia británica, creada por orden de Churchill, para coordinar la resistencia y el movimiento clandestino en Europa.

—Para incendiar Europa, según dijo él mismo —les comentó Tina Gaunt, que volvió a teclear en el ordenador—. Ah, ahora se explica todo.

—Cuéntenos —le pidió Dillon.

—Había un escuadrón en Tempsford, el uno, tres, ocho de servicios especiales. Era conocido como el escuadrón Luz de Luna, altamente secreto. Hasta las esposas de los pilotos estaban convencidas de que sus maridos sólo pilotaban aviones de transporte.

—¿Y qué hacían en realidad? —preguntó Hannah.

—Solían pilotar bombarderos Halifax, pintados de negro, que volaban a Francia para dejar caer agentes en paracaídas. También los recogían en Lysanders.

—¿Quiere decir que aterrizaban y despegaban en territorio ocupado? —preguntó Hannah.

—Oh, sí, eran verdaderos héroes.

—Bien, ahora ya sabemos cómo se ganó todas esas medallas el comandante de ala Smith —dijo Dillon—. ¿Cuándo murió?

Ella volvió a comprobar la pantalla.

—Aquí no aparece ninguna fecha. Nació en mil novecientos veinte. Ingresó en la RAF en mil novecientos treinta y ocho, a la edad de dieciocho años. Se jubiló como mariscal del Aire en mil novecientos setenta y dos. Fue nombrado caballero.

—Jesús —ˆexclamó Dillon—. ¿Tiene usted su dirección?

Ella volvió a intentarlo y se reclinó de nuevo tras un momento.

—No aparece dirección particular y, como le he dicho, la información de la ficha es limitada. Si desean saber más, tendrán que consultar mañana en los sótanos Hurlingham.

—Maldita sea —exclamó Dillon—. Más pérdida de tiempo. —Sonrió—. No importa, usted lo ha hecho todo muy bien, encanto. Que Dios la bendiga.

Se volvió hacia la puerta y, en ese momento, Hannah dijo:

—Se me acaba de ocurrir algo, Tina. ¿Conoce usted ese lugar que tuvieron en East Grinstead durante la guerra, para pacientes con quemaduras?

—Todavía lo tienen, inspectora jefe. Es el hospital Reina Victoria. Algunos de los pacientes de la guerra acuden cada año para ser sometidos a comprobaciones y posteriores tratamientos. ¿Por qué lo pregunta?

—Smith fue paciente de ese hospital. Se quemó las manos.

—En ese caso, seguro que puedo encontrarle el número.

Tina comprobó de nuevo en la computadora y luego escribió el número en la hoja de un bloc, que arrancó y se la entregó.

—Que Dios la bendiga —dijo Hannah y siguió a Dillon al exterior.

En el despacho de Ferguson estaba todo tranquilo y ella se sentó en el borde de la mesa, con el teléfono en la oreja, esperando. Finalmente, consiguió la respuesta que buscaba.

—Entiendo. Mariscal del Aire sir Keith Smith —dijo una voz anónima—. Sí, el mariscal estuvo aquí en el mes de junio, para su chequeo anual.

—Bien, ¿dispone usted de su dirección particular? —Hannah empezó a tomar nota—. Bien, muchas gracias. —Después de colgar, se volvió hacia Dillon—. En Hampstead Village, ¿se lo cree?

—El círculo se cierra. —Dillon miró su reloj—. Son casi las diez y media. No podemos molestar al viejo esta noche. Nos pondremos en contacto con él por la mañana. Vayamos a comer un tentempié.

Estaban sentados en el piano-bar del Dorchester. Bebían champaña y una camarera les trajo huevos revueltos y salmón ahumado.

—¿Es esta su idea de un tentempié? —preguntó Hannah.

—¿Qué hay de malo en tener lo mejor si uno se lo puede permitir? Esa idea contribuyó a mantener mi presencia de ánimo cuando era perseguido por las callejas y las cloacas del Bogside, en Belfast, por los paracaidistas británicos.

—No empiece de nuevo con todo eso, Dillon. No quiero saberlo. —Hannah comió algo de salmón ahumado y al cabo de un rato preguntó—: ¿Cómo cree que nos irán las cosas con el buen mariscal del Aire?

—Yo diría que nos irán bastante bien. Cualquiera capaz de ganar todas esas medallas y llegar al rango que él llegó tiene que ser un tipo interesante. Apostaría a que no ha olvidado nada.

—Bueno, ya lo descubriremos por la mañana. —La camarera trajo café y Hannah sacó la libreta de notas—. Será mejor que me dé una lista de todo el equipo de buceo que va a necesitar y eso será lo primero que haga por la mañana: poner a todo el mundo del despacho a conseguirlo con rapidez.

—Está bien, allá va. Los suministradores ya sabrán lo que es todo. Máscara, traje de buceo de nailon, de tipo medio, y con recubrimiento para la cabeza, porque hará frío. Guantes, aletas, cuatro cinturones de peso con seis kilos en los bolsillos, un regulador, un aparato de control de flotación y media docena de botellas de aire vacías.

—¿Vacías? —preguntó ella.

—Sí, vamos a volar a bastante altura. Consiga también un compresor Jackson portátil, el de tipo eléctrico. Yo mismo llenaré

las botellas con eso, y una computadora de buceo Orea.

—¿Alguna cosa más?

—Cien metros de cuerda de nailon, eslabones de muelle, un par de linternas de buceo y un cuchillo grande. Creo que con eso será suficiente. Ah, y un par de subfusiles Sterling, de la variedad silenciosa. —Sonrió—. Para rechazar a los piratas.

Ella se guardó la libreta en el bolso.

—Bueno, ¿puedo marcharme ya? Mañana nos espera una jornada grande.

—Desde luego. —Se dirigieron hacia la puerta y él se detuvo para pagar la cuenta. Al salir al vestíbulo, Dillon preguntó—: ¿No consideraría la idea de pasar de camino por Stable Mews?

—No, Dillon, lo que realmente me gustaría hacer es darle una sorpresa a mi madre.

El chófer de Ferguson detuvo el Daimler junto a la acera y el portero le abrió la portezuela.

—Creo que eso es maravilloso —dijo Dillon—. Demuestra una naturaleza muy afectuosa por su parte.

—Que le zurzan, Dillon —dijo ella, y el Daimler se alejó.

—¿Un taxi, señor? —preguntó el portero.

—No, gracias. Caminaré.

Dillon encendió un cigarrillo y se alejó caminando.

La casa se encontraba en un lugar tranquilo, no lejos de Hampstead Heath. Eran las nueve y media de la mañana siguiente cuando Dillon y Hannah llegaron en el Daimler de Ferguson. El chófer aparcó en la calle y ellos cruzaron una pequeña puerta en un muro alto y atravesaron un pequeño jardín hasta la puerta principal de una casa de estilo Victoriano. Llovía ligeramente.

—Esto es muy agradable —dijo Hannah al llamar al timbre.

Al cabo de un momento abrió la puerta una mujer negra, de edad mediana.

—Sí, ¿en qué puedo servirles? —preguntó con acento de las Indias occidentales.

—Somos del Ministerio de Defensa —le dijo Hannah—. Sé que es temprano, pero nos agradaría mucho ver a sir Keith si fuera posible.

—No es temprano para él —dijo ella con una sonrisa—. Ya ha trabajado una hora en el jardín.

—¿Con esta lluvia? —preguntó Dillon.

—No hay nada capaz de alejarlo de ese jardín. Pasen por aquí. —Los condujo a lo largo de un camino empedrado, rodearon la casa y se encontraron en el jardín posterior—. Sir Keith, tiene usted visita.

La mujer los dejó ahí y Hannah y Dillon caminaron hacia una pequeña terraza, con puertas cristaleras abiertas que daban al interior de la casa. Al otro lado del prado vieron a un hombre pequeño, que llevaba un anorak impermeable y un viejo sombrero panamá, dedicado a podar los rosales. Se volvió para mirarles, con unos ojos de mirada intensa, azules, en un rostro curtido que todavía resultaba atractivo. Se adelantó hacia ellos.

—Buenos días, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Hannah sacó su tarjeta de identificación y se la mostró.

—Soy la inspectora jefe Hannah Bernstein, ayudante del brigadier Charles Ferguson, del Ministerio de Defensa.

—Y mi nombre es Dillon, Sean Dillon —dijo el irlandés al tiempo que le tendía la mano—. Trabajo para el mismo departamento.

—Entiendo —asintió el mariscal del Aire—. Estoy familiarizado con el trabajo que desarrolla el brigadier Ferguson. Después de jubilarme serví durante cinco años en el comité de seguridad conjunta de los tres ejércitos. ¿Debo suponer que se trata de una cuestión de seguridad?

—En efecto, sir Keith —contestó Hannah.

—Lo que sucede es que se remonta a una época muy antigua —le dijo Dillon—. Para ser más concretos, a la época en la que se estrelló *con un Lysander en* el Loch Dhu, en las Highlands escocesas, en 1946.

—Eso sí que es remontarse bastante —dijo el hombre con una expresión de asombro—. Será mejor que entremos. Le pediré a Mary que nos prepare un té y podremos hablar.

Les indicó el camino y cruzó las puertas cristaleras hacia el interior de la casa.

—De eso hace ya mucho tiempo —dijo sir Keith. Su ama de llaves trajo el té en una bandeja—. Está bien, Mary —le dijo—. Ya nos serviremos nosotros.

—Yo misma lo haré, si me lo permite —dijo Hannah.

—Desde luego, querida. ¿Qué es lo que quieren exactamente?

—Conoció usted a un tal mayor Ian Campbell, en la unidad de quemados de East Grinstead.

—Desde luego, así fue. —Sir Keith levantó las manos. La piel era ligera y brillante, y en la izquierda le faltaba el dedo medio—. Eso fue a consecuencia de un encuentro con un ME262, el caza a reacción que tan bien les fue a los alemanes al final de la guerra. En febrero del cuarenta y cinco. Me derribó, sobre el norte de Francia. Yo pilotaba un Lysander, así que no pude hacer nada.

—Sí, hemos comprobado su historial en el Ministerio de Defensa —dijo Dillon—. Descubrimos que trabajaba usted para el EOE. Tuvimos que usar influencias para obtener esa información. Su expediente sigue clasificado.

—¿De veras? Dios mío —exclamó sonriente, al tiempo que aceptaba la taza de té que Hannah le ofrecía.

—Hemos llegado hasta usted a través de lady Katherine Rose, la hermana de Ian Campbell —explicó Hannah.

—Buen Dios, ¿todavía vive? Fue piloto de las ATA durante la guerra. Una mujer maravillosa.

—Sí, todavía vive allá, en la propiedad de Loch Dhu —asintió Dillon—. Fue ella quien nos dijo que se hundió usted en el lago con un Lysander.

—En efecto. Eso fue en marzo del cuarenta y seis. Me dirigía a hacerme cargo de mi nuevo mando en Stornaway, intenté aterrizar con un condenado mal tiempo en Ardmurchan y perdí el motor durante la maniobra de aproximación. —Se puso una cucharada de azúcar en el té—. Pero ¿por qué se interesan por eso?

—¿Recuerda usted que hizo una visita a East Grinstead y encontró a Ian Campbell al borde de la muerte? —preguntó Hannah.

—En efecto, aunque más tarde me enteré de que se había recuperado.

—Le dijo usted a su ordenanza que volaba hacia Stornaway y se ofreció para transportar las pertenencias del *laird* y dejarlas en Ardmurchan.

—Así fue. Se trataba de dos maletas, y ésa fue precisamente la razón por la que me dispuse a aterrizar allí. —Les miró ligeramente desconcertado—. Pero ¿qué tiene que ver eso?

—En una de esas maletas había algo de importancia vital —contestó Hannah—. Algo de importancia nacional.

—Santo cielo, ¿qué podría ser?

—Bueno —contestó ella con cierta vacilación—, el tema está clasificado, sir Keith. Actuamos siguiendo instrucciones del primer ministro.

—Como debería ser si Ferguson está implicado en esto.

Dillon se volvió sorprendido hacia Hannah.

—Jesús, muchacha, fue condecorado varias veces, nombrado caballero por la reina y ha llegado a mariscal del Aire. Si no puede mantener un secreto, ¿quién puede?

—Sí, tiene razón —asintió ella—. Naturalmente, es así. —Se volvió de nuevo hacia sir Keith—. Lo que le voy a decirle es estrictamente confidencial.

—Tiene mi palabra.

Ella le habló de la existencia del Convenio de Chungking y se lo contó todo.

Sir Keith buscó en el cajón inferior de una mesa de despacho, encontró una vieja carpeta de cartón, extrajo un mapa y lo dejó sobre la mesa.

—La carpeta contiene una copia del informe original del accidente. Tuvo que realizarse una investigación, siempre se hace, pero se me exoneró de toda responsabilidad. —Levantó las manos —. El estado en que quedaron estas manos nunca me impidió volar.

—¿Y el mapa? —preguntó Dillon.

—Véalo usted mismo. Es un mapa de la zona, del servicio cartográfico del ejército, a gran escala, como puede ver. —Lo desplegó. Mostraba el Loch Dhu, el castillo y Ardmurchan Lodge—. Fui muy meticuloso al anotar mi posición exacta cuando el Lysander se hundió. ¿Ve la línea roja que parte del pequeño embarcadero de Ardmurchan Lodge? Donde termina fue el lugar donde se hundió el aparato.

Dillon siguió la línea con un dedo.

—Esto parece suficientemente claro.

—A ciento veinte metros al sur del embarcadero. La X marca el lugar, y sé que tengo razón porque los muchachos de la base lo buscaron con un garfio suspendido de una cuerda y lograron sacar un trozo del fuselaje.

—¿A qué profundidad? —preguntó Dillon.

—A unos treinta metros. El ministerio del Aire decidió que no valía la pena intentar recuperarlo. Se habría tenido que enviar equipo especial y la guerra ya había terminado. En aquellos momentos se estaban desmantelando aviones así que, ¿para qué molestarse? Las cosas habrían sido muy diferentes si hubiera contenido algo de valor.

—Eso era lo que contenía, aunque nadie lo sabía en aquellos momentos —dijo Hannah.

—Sí, ya veo que eso le parece una ironía. —Se volvió hacia Dillon—. Supongo que tiene la intención de llevar a cabo alguna forma de rescate, ¿verdad?

—Sí, soy un buceador experimentado. Bajaré y veré lo que puedo encontrar.

—Yo, en su lugar, no esperaría demasiado, sobre todo después de tantos años. ¿Le gustaría llevarse el mapa?

—Desde luego. Me ocuparé de devolvérselo más tarde.

—Hemos ocupado demasiado su tiempo —dijo Hannah—. Nos ha sido usted realmente muy útil.

—Así lo espero. Les acompaño. —Los condujo hasta la puerta y la abrió—. Disculpe a un viejo chocho como yo, querida, pero debo admitir que la policía ha mejorado mucho desde mis tiempos.

Hannah se dejó llevar por un impulso y lo besó en la mejilla.

—Ha sido un honor conocerle, sir.

—Buena suerte a los dos con ese tal Morgan. Asegúrese de que reciba su merecido, Dillon, y dele mis recuerdos al brigadier Ferguson.

—Así lo haré —dijo Dillon y empezaron a recorrer el camino del jardín.

—Ah, Dillon, una cosa —dijo sir Keith cuando ya estaban junto a la puerta de salida.

Se volvieron y Dillon preguntó:

—¿De qué se trata?

—Si están todavía allá abajo, no encontrará dos maletas, sino tres, porque una de ellas es mía. No puedo esperar gran cosa después de cuarenta y siete años, pero sería agradable recuperarla.

—Me ocuparé personalmente de que la reciba —dijo Dillon y se marcharon.

—Es un hombre absolutamente impresionante —comentó Hannah una vez acomodados en el asiento trasero del Daimler.

—Sí, en estos tiempos ya no los hacen igual —asintió Dillon—. ¿Y ahora qué?

—Vamos a un lugar llamado Suministros Submarinos, en Lambeth. Han recibido el material de lo que usted pidió ayer. El director aseguró que lo tendría todo preparado al mediodía. Añadió que sería preferible que usted lo comprobara todo antes de enviarlo a Gatwick.

—¿Y las dos Sterling que pedí?

—Van en el maletero. Las conseguí en la armería del ministerio, antes de pasar a recogerle esta mañana.

—Qué muchacha más eficiente —exclamó Dillon—. Bien, en marcha entonces.

El almacén de Lambeth estaba atestado de equipo de buceo de todas clases. El director, un hombre llamado Speke, les atendió personalmente y él y Dillon revisaron la lista, y comprobaron todo lo que contenía.

—Parece que hay bastante —dijo Hannah—. ¿Necesita realmente todo esto? ¿Para qué sirve esto, por ejemplo? —preguntó sosteniendo en alto el Orea.

—Eso es mi salvavidas, querida. Una computadora de buceo que me indica a qué profundidad estoy, cuánto tiempo he permanecido allí, y cuánto tiempo me queda. Me advierte incluso en el caso de que suba demasiado rápidamente.

—Comprendo.

—Me es imprescindible, del mismo modo que necesito esto. —Tomó el pesado traje de buceo de nailon, de color naranja y verde —. Va a hacer mucho frío allá abajo y estará todo muy oscuro. Aquello no es el Caribe.

—En cuanto a la visibilidad, señor Dillon —le dijo Speke—. Aquí tiene las dos linternas que me ha pedido. Son del nuevo tipo halógeno de la Marina Real. Tienen el doble de potencia.

—Excelente —asintió Dillon—. Bien, eso es todo. Haga llegar todo esto a Gatwick lo más rápidamente que pueda.

—Tardaremos por lo menos dos horas, señor. Quizá tres.

—Haga lo que pueda —le pidió Hannah.

—¿A qué hora cree que despegaremos? —preguntó Dillon una

vez instalados de nuevo en el Daimler.

—Hacia las tres de la tarde —contestó ella.

—Bien. —Le tomó de la mano—. Usted y yo nos podemos tomar un poco de tiempo libre. ¿Qué le parece ir a Mulligan para tomar unas ostras y Guinness? Después de todo, mañana tendré que bucear hasta Dios sabe dónde.

—Maldita sea, Dillon, ¿por qué no? —replicó ella echándose a reír—. Nos lo hemos ganado. Vayamos a Mulligan a tomar ostras y Guinness.

13

El vuelo desde el aeropuerto de Gatwick fue razonablemente suave hasta la última fase, cuando el tiempo empeoró y aparecieron nubes bajas y fuerte lluvia. Al efectuar la maniobra de aproximación sobre el lago, el teniente de vuelo Lacey dijo por el altavoz:

—El cuartel general ha notificado su hora de llegada al brigadier. Acude a recibirlos.

Descendieron para la toma de contacto final y al rodar por la pista vieron el Citation dentro de uno de los hangares.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Hannah.

—Yo diría que está preparado para un despegue rápido —dijo Dillon—. Tiene sentido. Es lo mismo que yo haría.

Al abrirles la portezuela, el teniente de vuelo Lacey dijo:

—Tienen compañía, inspectora jefe.

—Es el avión personal del señor Carl Morgan, que se aloja en el castillo de Loch Dhu —le dijo Dillon.

—¿El jugador de polo?

—Jesús, hijo —se echó a reír Dillon—. ¿No es una forma demasiado grandiosa de describirlo?

El Range Rover se dirigía hacia ellos sobre la deteriorada pista. Kim lo conducía, y Ferguson estaba sentado a su lado. Se detuvo y el brigadier bajó.

—¿Ha ido todo bien?

—No podía haber salido mejor —contestó Dillon—. Tengo un mapa del lago con la localización exacta. Y, a propósito, ¿sabe quién ha resultado ser el piloto de ese Lysander?

—No, sorpréndame.

—El mariscal del Aire sir Keith Smith —le dijo Hannah.

Ferguson les miró genuinamente asombrado.

—¡Naturalmente! —exclamó—. No hice la conexión cuando lady Katherine nos dijo su nombre. Claro, recuerdo que en 1946 era comandante de ala.

—Trasladaremos todo este material a la parte trasera del Range Rover, brigadier —dijo Lacey—. ¿Puede echamos una mano su chófer?

—Desde luego.

Ferguson se volvió, hizo un gesto de asentimiento hacia Kim y luego sacó un gran paraguas de golf del interior del Range Rover y lo abrió para protegerse de la lluvia.

—Por lo visto, el avión de Morgan se ha instalado aquí de forma permanente —comentó Hannah.

—Sí, el propio bastardo se encarga de vigilarnos. Vi el Shogun aparcado en el hangar, junto al Citation. Probablemente, en este momento tiene enfocados sus prismáticos hacia nosotros.

—En ese caso, mostrémosle algo —dijo Dillon—. Teniente, páseme esos dos subfusiles Sterling, por favor.

Lacey se las entregó y Ferguson sonrió.

—Qué idea tan feliz. Sosténgame el paraguas, inspectora jefe.

—Comprobó con movimientos expertos una de las Sterling. —Bien, salgamos a descubierto para que puedan ver bien lo que tenemos aquí.

Dillon y él así lo hicieron y permanecieron un momento bajo la lluvia antes de volverse hacia el Range Rover.

—Creo que con eso será suficiente —dijo Dillon, y dejó las armas en el asiento de atrás.

—Parecían ustedes como dos niños pequeños jugando a gángsters en el patio de la escuela —les dijo Hannah.

—Ah, si sólo fuera eso, inspectora jefe, pero se acerca el momento en que todo este asunto se va a convertir en algo muy serio. Lo que hemos hecho ahora no ha sido más que enviarle a Morgan una justa advertencia, por así decirlo, pero será mejor asegurarnos. Demos un paseo.

Dillon se dirigió directamente hacia el hangar y el Citation y ellos avanzaron, los tres protegidos bajo el enorme paraguas de golf. Al acercarse, vieron el Shogun, con Marco y Morgan apoyados en él. Otros dos hombres con monos de vuelo se movían al otro lado del

aparato. Hannah introdujo la mano derecha en el bolso, que llevaba colgado del hombro y le caía hasta la altura del muslo.

—No hay necesidad de eso, inspectora jefe —murmuró Ferguson—. Todavía no nos va a declarar la guerra. —Levantó la voz y añadió—: Ah, está ahí Morgan. Le deseo que tenga buen día.

—Yo también se lo deseo, brigadier —dijo Morgan, que se adelantó, seguido por Marco, con su cara golpeada y midió a Dillon con mirada feroz.

—¿Ha sido fructífero el viaje, inspectora jefe? —preguntó Morgan.

—No podría haber sido mejor —contestó ella.

—¿Quién lo habría dicho? —Morgan se volvió y miró hacia el lago, sereno bajo la lluvia—. Durante todos estos años ha estado allá abajo, en el fondo. El lugar de las Aguas Negras, ¿no es así como lo llaman los locales en gaélico? Un nombre muy adecuado, Dillon. Yo diría que podría tener problemas allá abajo.

—¿Quién sabe? —replicó Dillon.

—Por lo que veo, ha preparado usted su avión —comentó Ferguson.

—Sí, partiré al amanecer. Tenemos previsto el despegue para las ocho. Afrontémoslo, brigadier, usted ha ganado y yo ya me he cansado de las delicias del castillo de Loch Dhu y de esta continua y condenada lluvia.

—¿De veras? —preguntó Ferguson—. ¿Carl Morgan abandona? Me resulta difícil creerlo.

—Oh, se limita a ser un buen deportista, ¿verdad, Morgan? —preguntó Dillon.

—Naturalmente —contestó Morgan con serenidad.

—Bien, nuestros mejores deseos para Asta, puesto que probablemente no volveremos a verla —le dijo Ferguson.

—Así lo haré.

—Bueno, ya nos marchamos —concluyó Ferguson.

—No creo una sola palabra —dijo Hannah mientras regresaban al avión—. Ese no se va a ninguna parte.

—O, si se marcha, tiene toda la intención de regresar —dijo Dillon—. No estoy seguro de cómo, pero eso es lo que hará.

—Claro que lo hará —dijo Ferguson—. Volvemos a la clase de juego que ha caracterizado este asunto desde el principio. Sabemos

que tiene la intención de regresar, y él sabe que lo sabemos. —Sacudió la cabeza—. Sería inconcebible que abandonara ahora. Va en contra de su propia naturaleza. ¿Le ha visto alguna vez derribar a un contrincante de la silla durante un partido de polo? Pues ése es Carl Morgan. Es de los que tienen que ganar siempre, cueste lo que cueste.

—Yo diría que ésta es una situación en la que Asta podría ayudarnos, señor —dijo Hannah.

—Es posible, pero ya veremos.

Llegaron al Lear y Lacey preguntó:

—¿Podemos hacer alguna otra cosa, brigadier? Ya está todo cargado.

—No por el momento, teniente de vuelo, excepto regresar a Gatwick. Como siempre, necesito que el avión esté preparado las veinticuatro horas.

—Me ocuparé de ello, brigadier.

—Bien, póngase en marcha entonces. —Se volvió y añadió—: Vamos, nosotros también tenemos cosas que hacer.

Subieron al Range Rover, Kim se instaló tras el volante y cuando ya se alejaban vieron que el Lear despegaba tras ellos.

Morgan entró en la biblioteca y se sirvió un brandy. Luego, se acercó a la chimenea. Tomó el brandy a pequeños sorbos, saboreándolo. La puerta se abrió en ese momento y entró Asta.

—Han llegado ya, ¿verdad? He oído el avión.

—Sí, descargaron una buena cantidad de equipo de buceo y Ferguson y Dillon mostraron con bastante ostentación un par de subfusiles Sterling, todo destinado a que yo lo viera. Tuvimos una agradable charla.

—¿Y qué pasó?

—Le dije a Ferguson que me retiraba de la lucha, y que despegaría a las ocho de la mañana.

—¿Y te creyeron?

—Pues claro que no —contestó con una sonrisa—. Ferguson sabe condenadamente bien que regresaré de algún modo. Naturalmente, lo importante para mí es saber que eso es lo que espera, por lo que todo se reduce a cronometrar bien el momento.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una botella de champaña ahí, en un cubo con hielo —dijo

él con una sonrisa—. Anda, ábrela y te lo contaré.

En Ardmurchan Lodge, la luz estaba encendida en el garaje, y el equipo de buceo aparecía ordenadamente dispuesto sobre el suelo. El compresor producía un continuo zumbido mientras Dillon mostraba a Kim cómo llenar la primera botella de aire. Hannah entró y se quedó observándoles, con los brazos cruzados.

—¿Sabe él lo que hace? —preguntó.

—¿Kim? —Dillon se echó a reír—. Se lo acabo de enseñar, ¿no? Pero a un gurja sólo hay necesidad de enseñarle algo una vez. —Se volvió hacia Kim y le dijo—: Haz lo mismo con las seis.

—Sí, *sahib*. Me ocuparé de ello.

Dillon siguió a Hannah a través de la puerta lateral, luego cruzaron la cocina, hacia el comedor, donde encontraron a Ferguson sentado ante la mesa.

—¿Todo en orden? —preguntó levantando la mirada.

—Hasta el momento —contestó Dillon.

—Bien, el plan es muy sencillo. Nos pondremos a trabajar en cuanto Morgan despegue en el Citation. Usted se quedará en la casa, inspectora jefe, mientras Kim y yo salimos en la lancha con Dillon.

—Dillon, no sé nada sobre buceo —dijo ella—, así que disculpe si le hago alguna pregunta que parezca estúpida. ¿Hasta qué punto será difícil y cuánto tiempo durará?

—Para empezar, descenderé con rapidez, ayudado por el cinturón de peso. Si la posición que nos ha dado sir Keith es exacta, podría estar situado sobre el avión en cuestión de minutos, pero allá abajo estará todo muy oscuro y no hay forma de saber en qué estado encontraré el fondo. Podría haber tres metros de sedimentos. Otra cosa importante es la profundidad. Cuanto más se baja, más aire se consume. Es asombroso lo mucho que cuatro o cinco metros pueden reducir el tiempo de que se dispone. En una situación ideal me gustaría que esta inmersión se hiciera dentro de los límites del buceo deportivo, porque si no lo puedo hacer así tendré que efectuar una descompresión durante la ascensión, y para eso se necesita tiempo.

—¿Por qué, exactamente?

—Cuanto mayor es la profundidad a la que se baja, y cuanto más tiempo se permanece en ella, más nitrógeno se acumula en la

sangre. Es como las burbujas de una botella de champaña que empujan hacia arriba para salir. Eso puede enloquecerte, lisiarte y, algunas veces, hasta matarte. —Sonrió y añadió—: Y aquí termina la lección.

—Debo decir que todo eso me parece muy peligroso.

—Estaré bien, no se preocupe. —Se sirvió un Bushmills y añadió —: Sin embargo, se me ha ocurrido una idea, brigadier.

—¿De qué se trata?

—Dígale a Kim que se sitúe cerca del aeródromo por la mañana, con unos prismáticos. Oiremos el ruido del avión al despegar, pero asegurémonos de que no despega sólo con los pilotos a bordo.

—Buena idea —asintió Ferguson, que miró su reloj—. Son las once. Se me ocurre una idea todavía mejor, Dillon… Otra de sus incursiones nocturnas por el castillo. Vea si puede tener una charla con Asta.

—Me sorprende que no hayamos recibido ninguna noticia de ella —comentó Hannah.

—A mí no me sorprende. Es demasiado peligroso para ella usar el teléfono, a menos que esté absolutamente segura de que Morgan no está por los alrededores —le dijo Ferguson—. No, acompañe a Dillon hasta el castillo, como hizo la otra noche, y ya veremos qué ocurre.

Todavía llovía cuando Hannah acercó el coche al lado del castillo de Loch Dhu y apagó el motor. Como en la ocasión anterior, Dillon iba todo vestido de negro. Sacó su Walther y la comprobó, para luego colocársela en el cinturón, a la espalda.

—Tengo la impresión de que esto ya lo hemos hecho antes.

—En efecto —sonrió Hannah—. Tendrá que pensar en alguna variación.

Dillon se colocó el siniestro pasamontañas que sólo dejaba visibles los ojos y la boca.

—Siempre podría darle un beso.

—¿Con eso puesto? No sea repugnante, Dillon. Vamos, póngase en marcha.

La puerta se cerró con suavidad y un instante después él había desaparecido en la oscuridad.

Superó el muro de la misma forma que había hecho la vez anterior. Avanzó a través del terreno hacia el prado, y se detuvo

entre los árboles para mirar hacia las luces del castillo. Al cabo de unos segundos se abrieron las puertas cristaleras y Morgan apareció, fumando un puro, seguido por Asta, que llevaba un suéter y pantalones, y un paraguas en la mano.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Morgan.

—Sacar a pasear al perro. Puedes venir también, Carl.

—¿Con esta lluvia? Debes de estar loca. No tardes mucho.

La abrazó y regresó al interior. Ella abrió el paraguas y bajó los escalones de la terraza.

—Vamos, amigo —le dijo al dóberman, que salió de la biblioteca y echó a correr a través del prado.

Había cerca un pequeño pabellón de verano, y Dillon se movió hasta situarse a un lado. El perro se detuvo de improviso y emitió un gañido. Dillon le dirigió su peculiar silbido bajo y el perro saltó rápidamente a su lado y le lamió la mano con suavidad.

—¿Dónde estás, muchacho? —preguntó Asta.

—Aquí —contestó Dillon suavemente.

—¿Eres tú, Dillon? —Se adelantó con rapidez y se quedó allí, aferrada a su paraguas—. ¿Qué te propones hacer esta vez?

—Oh, no quería que te marcharas sin hablar contigo —contestó él—. Porque te marchas por la mañana, ¿verdad? —preguntó tras quitarse el pasamontañas.

—A las ocho.

—Sí, eso fue lo que nos dijo Morgan en el aeródromo. Fue aparentemente muy deportivo en su derrota. Tanto que no le creímos una sola palabra. Regresará, ¿verdad, Asta?

Ella asintió con un gesto.

—No esperaba que le creyerais, eso fue lo que me dijo. Dijo que esperaríais su regreso, por lo que lo único que tenía que hacer era cronometrar bien sus movimientos.

—Está bien, cuéntame.

—Despegamos en el Citation a las ocho. Carl dijo que, en su opinión, iniciaríais la inmersión en cuanto nos marcháramos.

—¿Y luego, qué?

—Sabes a qué distancia está Arisaig, ¿verdad?

—A unos treinta kilómetros.

—Exactamente. Allí hay otro antiguo aeródromo de la RAF, como el de Ardmurchan. Él y Marco llevarán allí la camioneta y

regresarán en el Shogun. Después de despegar de Ardmurchan, el Citation aterrizará allí. Regresaremos por carretera en la camioneta. Los pilotos deberán esperar una hora y luego regresarán a Ardmurchan.

—Donde esperan pillarnos con los pantalones bajados —dijo Dillon.

—Exactamente.

—Oh, bien, tendremos que ver qué podemos hacer para encargarnos de eso. —Le puso una mano sobre el hombro—. Te las arreglas bien, ¿verdad?

—Sí —asintió ella—. Me las arreglo bastante bien.

—Eso es bueno para ti. —Volvió a ponerse el pasamontañas—. Ten fe.

Y tras decir esto desapareció en la oscuridad. Un instante después, Morgan salió a la terraza.

—¿Estás ahí, Asta?

—Sí, Carl, ya voy —contestó, y cruzó el prado, con el paraguas abierto y sujetando al perro por el collar.

Kim se situó en el aeródromo a las siete y media. No se llevó el coche para que no lo detectaran, y se apostó sobre el borde de un pequeño terraplén, con unos prismáticos de campaña, y observó el Citation en el hangar. Vio a los dos pilotos, dedicados a realizar sus comprobaciones. Al cabo de un rato apareció el Shogun. Se detuvo justo fuera del hangar y Morgan y Asta bajaron. Los dos pilotos se adelantaron, hubo una breve conversación y luego sacaron el equipaje. Cuando Morgan y Asta entraron en el hangar, Marco condujo el Shogun dentro.

Kim esperó. Al cabo de un rato se encendieron los motores y el Citation salió a campo abierto y se dirigió hacia el extremo de la pista, volviéndose hacia el viento. Lo vio acelerar hacia el otro extremo de la pista y elevarse en el cielo gris. Luego, se levantó y corrió para regresar al pabellón.

Dillon se había puesto el traje de buceo y empujaba una carretilla cargada con cuatro botellas de aire hacia el pequeño embarcadero, donde le esperaban Hannah y Ferguson en la barca. Llovía despiadadamente y, sin embargo, había un banco de niebla a unos tres o cuatro metros de altura que avanzaba sobre el agua, lo que reducía considerablemente la visibilidad. Ferguson llevaba un

anorak y un sombrero impermeable, y Hannah se había puesto un viejo impermeable y un sombrero flexible que había encontrado en el guardarropa. Había un pequeño bote de remos, con el fondo cubierto por varios centímetros de agua. Cuando Hannah salió de la barca al encuentro de Dillon, éste le dijo:

—Desate esa barca para apartarla.

Ella así lo hizo y cuando Dillon empezó a pasarle las botellas de aire a Ferguson oyeron el ruido del avión al despegar.

—Allá van —dijo Ferguson.

—En efecto —dijo Dillon—. Creo que me las arreglaré con cuatro botellas. Si tengo un poco de suerte, ni siquiera las necesitaré todas. Iré a por el resto del equipo.

Volvió a empujar la carretilla hacia el pabellón y la cargó con el resto del equipo, incluidas los dos Sterling. Cuando bajaba hacia el embarcadero llegó Kim, que surgió de entre los árboles y se acercó corriendo. Llegó junto a Dillon antes de que éste llegara a la barca.

—¿Los viste salir? —preguntó Ferguson.

—Sí, *sahib*. Llegaron en el Shogun. Vi a Morgan y a la mujer bajar del vehículo y entrar en el hangar, donde estaba el avión. El otro hombre, Marco, también estaba allí. Metió el Shogun en el hangar. Luego, el avión salió y despegó muy rápidamente.

—¿Quieres decir que subieron al avión dentro del hangar? —preguntó Dillon.

—Sí, *sahib*.

Dillon frunció el ceño y se detuvo antes de entregar a Ferguson el resto del equipo.

—Pareces preocupado —le dijo Ferguson.

—Por alguna razón, sí, lo estoy.

—No veo por qué. Él mismo nos dijo que se marchaba. Esperábamos que intentaría volver y pillarnos por sorpresa, y eso fue lo que Asta nos dijo que ha planeado hacer. Y Kim los vio partir.

—Vio despegar el avión —dijo Dillon—. Pero qué diablos, pongámonos en marcha.

Kim saltó a la barca y Dillon le pasó el resto del equipo. Ferguson dejó los dos Sterling en el asiento de popa.

—De una cosa podemos estar seguros, muchacho, cualquiera que tratara de asaltarnos estaría loco, sobre todo si sabe que disponemos de estas armas.

—Esperemos que así sea —dijo Dillon que ayudó a Hannah a subir al muelle—. Ahora, usted queda a cargo.

—No se preocupe, yo tengo esto —dijo ella y se sacó la Walther del bolsillo del impermeable.

—Pues me preocupo. Así es como he logrado sobrevivir hasta ahora.

Saltó a la barca, se dirigió a la popa y puso en marcha el motor fuera borda. Hannah desató la cuerda y la arrojó a la barca.

—Buena suerte —les deseó cuando ya se alejaban.

—Como le he dicho, lleve cuidado. A veces se pueden cometer estupideces, por muy encantadora que se sea —dijo Dillon que hizo trazar a la barca una curva muy amplia.

Hannah les vio alejarse, se volvió y entró en el pabellón. Se dirigió a la puerta principal, se quitó el impermeable y el viejo sombrero. Tenía frío y notaba los pies húmedos. Se estremeció y decidió prepararse una taza de café. Entró en la cocina y llenó la cafetera de agua, en el fregadero. Oyó entonces un ligero crujido tras ella. De repente, la puerta de la despensa se abrió de pronto y Hector Munro salió por ella, con una escopeta de cañones recortados en las manos.

¡Y la Walther estaba en el impermeable! «Ah, Dios, qué razón tenías, Dillon. Soy una estúpida». Se volvió y se abalanzó rápidamente hacia la puerta abierta de la cocina, para encontrarse con Rory Munro que, como su padre, llevaba una escopeta de cañones recortados y que la sujetó fácilmente por un brazo.

Su rostro tenía un aspecto horrible, con trozos en carne viva y moratones, pero le sonrió.

—¿Y adonde querías ir, cariño?

La empujó suavemente y la hizo entrar de nuevo en la habitación donde estaba Hector, sentado en el borde de la mesa, enfrascado en llenar la pipa.

—Sea una buena chica y no le haremos ningún daño. Hay un bonito sótano seco para usted, ya lo hemos comprobado.

—No tiene ninguna ventana por donde pueda escapar —le dijo Rory—, y hay una puerta de roble con cerrojo doble, así que necesitaría un hacha de bombero para derribarla.

—Así es —asintió Munro—. Ahí dentro estará bien, y ni siquiera habrá necesidad de que le atemos las muñecas.

—¿Ve la buena suerte que tiene? —preguntó Rory.

Se apartó de él y se situó al otro lado de la cocina, desde donde se enfrentó a ellos.

—Trabajan para Morgan, ¿verdad? —Señaló a Rory—. Recuerdo lo que sucedió en el cuadrilátero de boxeo. Fíjese en lo que ese animal de Marco le hizo a la cara de su hijo.

—Pero el señor Morgan no fue responsable de eso. No fue más que un poco de deporte, y mi muchacho es capaz de aguantar unos cuantos sopapos. —El viejo aplicó una cerilla a la pipa—. Luego, hay que tener en cuenta las diez mil libras que vamos a recibir por ayudarle.

—¿Qué intenta hacer?

—Ah, bueno, para saber eso tendrá que esperar, ¿verdad? —replicó Hector Munro.

—Soy policía —dijo ella respirando profundamente—. ¿Acaso no lo sabía?

Rory lanzó una risotada.

—¿De qué estúpida tontería intenta convencernos ahora, muchacha? —preguntó el viejo—. Todo el mundo sabe que es usted la secretaria del brigadier.

—Puedo mostrarle mi tarjeta de identidad si me lo permite. Soy inspectora jefe de Scotland Yard.

—¿Inspectora jefe? —Munro sacudió la cabeza con un gesto de tristeza—. Los acontecimientos deben de haberla sacado de sus casillas, Rory. —Se levantó, se dirigió hacia la puerta del sótano y la abrió—. Abajo con ella.

Rory la empujó a través de la puerta, ésta se cerró y los cerrojos se corrieron. Hannah perdió el equilibrio y se deslizó varios escalones, golpeándose fuertemente una rodilla. Entonces recordó lo único que podría haber dicho, la única cosa que podría haber tenido algún efecto sobre ellos.

¡Fergus!

Subió los escalones, encontró el interruptor, lo hizo girar y se encendió la luz del sótano. Luego, golpeó la puerta del sótano con los puños.

—Déjenme salir —gritó—. Tengo algo que decirles. Él mató a su hijo. Él mató a Fergus.

Pero para entonces ya no quedaba en la cocina nadie que le

pudiera contestar.

Hector Munro y su hijo descendieron hacia el embarcadero, bajo la lluvia. Oyeron el motor fuera borda de la barca, pero no pudieron verla debido a la niebla. Recorrieron el embarcadero y se detuvieron junto al bote de remos.

—Maldita sea, hay varios centímetros de agua en el fondo —dijo Rory.

—Y un cubo debajo del asiento para que achiques el agua, así que ya puedes empezar. —Hector se sacó del bolsillo un viejo reloj de plata, sujeto por una cadena, y miró la hora—. Pero no tenemos ninguna prisa. Por lo que yo sé, tenemos que esperar aún otros treinta minutos.

Rory dejó la escopeta y subió al bote de remos, lanzando maldiciones cuando el agua se le introdujo por las botas. Levantó la mirada hacia la lluvia.

—Dios santo, confío en que Fergus pueda disponer de un techo sobre su cabeza con este tiempo.

—No importa. Ya no tendrá que permanecer oculto durante mucho más tiempo. Dentro de poco se habrán marchado todos —le dijo Hector Munro—. Y ahora achica esa agua, muchacho.

Rory tomó el cubo y empezó a trabajar.

Ferguson se hizo cargo del timón mientras Dillon consultaba el mapa.

—Tiene que ser aproximadamente por aquí —dijo el irlandés al cabo de un rato. Se volvió y vio las chimeneas del pabellón por encima de la niebla, con el bosque al fondo—. Sí, según las notas que sir Keith trazó en el mapa, ésta es la línea. Apague el motor.

Casi se detuvieron, y la barca se deslizó lentamente. Dillon se volvió para mirar a Kim, pero el gurja ya se disponía a echar el ancla.

Dillon había cortado el gran rollo de cuerda de nailon en dos segmentos de unos cuarenta metros cada uno, a cuyos extremos fijó eslabones de muelle. Luego ató un cinturón de peso a cada uno de ellos y se volvió hacia Kim, que ya los ataba alrededor del asiento central.

—Bien, allá vamos —dijo Dillon, y el gurja los dejó caer por la borda.

Dillon se colocó la capucha del traje de buceo, se ató el cuchillo

a la funda naranja de su pierna y luego recogió el equipo y fijó una de las botellas al chaleco hinchable. Puso la computadora Orea a la línea del instrumento de presión del aire, y Kim le ayudó a colocarse el chaleco, sosteniendo el peso de la botella hasta que Dillon hubo fijado los cierres de velero alrededor del pecho. Se ajustó el cinturón de peso alrededor de su cuerpo y luego se puso los guantes. Se sentó para colocarse las aletas. Resultaba todo muy incómodo debido al tamaño y la forma de la barca, pero eso era algo que no podía evitar. Tomó una de las linternas y se introdujo el mango alrededor de la muñeca izquierda. Escupió sobre la máscara, se inclinó sobre el agua y la agitó bajo ella. Luego se la colocó. Finalmente, se sentó sobre la bancada, comprobó que el aire fluía libremente a través de la embocadura, se despidió de Ferguson con un gesto y se dejó caer hacia atrás.

Nadó bajo la quilla de la barca hasta que encontró la cuerda del ancla. Adoptó el procedimiento de inmersión habitual, y la siguió hacia abajo, deteniéndose un par de veces para equilibrar la presión en sus oídos y tragar con fuerza. Ante su sorpresa, el agua estaba bastante limpia, oscura, sí, pero más bien como si fuera cristal negro.

Se dejó caer con las aletas por delante, impulsándose con la cuerda del ancla, y vio las otras dos cuerdas que habían dejado caer y que estaban cerca, a mano. Comprobó la computadora Orca. Doce metros. Y luego, de repente, veinte, veintitrés, veinticinco metros. Allá abajo estaba todo más oscuro y encendió la potente linterna y vio el fondo.

No era lo que había esperado encontrar. No observó la gran cantidad de sedimentos que había buscado. En lugar de eso vio grandes manchas de arena entre una especie de algas marinas que formaban grandes bancos oscilantes, que se movían de un lado a otro, impulsados por la corriente. Las algas tenían casi dos metros de altura.

Se quedó suspendido, comprobó la computadora para ver de cuánto tiempo podía disponer y luego se alejó de la cuerda del ancla, con el rayo de luz halógena desplegando su claridad ante él. Y allí estaba, como una sombra negra al principio, inclinado sobre el morro, con la cola hacia arriba.

El motor Bristol Perseus era perfectamente visible debido a la

corrosión del fuselaje, y también se veían las tres hélices. El techo de la cabina aparecía corrido hacia atrás, lo que evidentemente permitió a sir Keith salir con rapidez del avión después de haber chocado contra la superficie del lago. Había una escalerilla de metal ondulado que conducía a la sección de pasajeros y, junto a ella, los anillos característicos de la RAF.

Primero, Dillon se introdujo cabeza abajo en la cabina del piloto. Estaba todavía intacta, aunque de forma un tanto esquelética, y se veía perfectamente el panel de instrumentos y la barra de control. Se volvió y se introdujo en la sección de pasajeros. Había dos asientos, de los que sólo quedaba la estructura tubular, pues el cuero y la tela habían desaparecido hacía tiempo.

Las maletas estaban allí tal y como, por alguna extraña razón, sabía que estarían. Una era de metal y las otras dos de cuero. Al tocar una de estas dos últimas empezó a descomponerse. Pasó la mano sobre la superficie de la maleta metálica y apareció el débil reborde de un nombre grabado. Había tres palabras. Las dos primeras se habían desvanecido irremediablemente, pero al frotar con la mano enguantada, al tiempo que mantenía cerca la luz de la lámpara, distinguió con claridad el nombre de Campbell.

Retrocedió y arrastró primero la maleta metálica, que depositó sobre la arena, junto al Lysander. Luego, regresó a por las otras dos. La primera se mantuvo razonablemente intacta, pero la segunda pareció descomponerse entre sus manos. Al abrirse en trozos, echó un rápido vistazo a las ropas descompuestas, algunos artículos de aseo muy corroídos, lo que quedaba de una gorra de la RAF, y los restos de un uniforme con las alas de piloto de la RAF por encima de las cintas bordadas que indicaban las condecoraciones. Evidentemente, aquélla era la maleta de Keith Smith. Dillon removió los restos y encontró una ennegrecida pitillera de plata. Al menos, podría llevarle algo de recuerdo al viejo. Se la introdujo en uno de los bolsillos del chaleco y luego nadó hacia donde estaban las dos cuerdas que habían dejado caer desde la barca. Ató la maleta a uno de los eslabones de muelle y regresó a por la otra maleta metálica, que llevó consigo y sujetó al extremo de la otra cuerda.

Se detuvo un momento para asegurarse de que todo estaba en orden y luego empezó a subir despacio, a un ritmo de treinta

centímetros por segundo.

Ferguson y Kim, que esperaban bajo la fuerte lluvia, oyeron de repente el sonido de un motor. Rápidamente, Ferguson tomó uno de los Sterling, se lo entregó a Kim y a continuación tomó el otro, que amartilló con rapidez.

—No vaciles —le dijo a Kim—. Si es Morgan y ese otro hombre, Marco, nos matarán sin la menor vacilación.

—No tema, *sahib*. He tenido que matar muchas veces, como bien sabe el *sahib*.

—¿Es usted, brigadier? —preguntó entonces una voz, que sonó alta y clara—. Soy yo, Asta.

Ferguson vaciló y le dijo a Kim en voz baja:

—Sigue preparado.

El *Katrina*, la lancha motora del castillo de Loch Dhu, surgió entonces de entre la niebla. Asta se encontraba al timón, en la cabina. Llevaba botas de goma, un suéter blanco y vaqueros.

—Soy yo, brigadier. ¿Puedo acercarme a su borda?

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó Ferguson—. Kim la vio despegar en el Citation.

—Oh, no —dijo ella—. Se marcharon Carl y Marco. Me dijo que regresara al castillo en el Shogun y que lo esperara allí. ¿Me viste entrar en el hangar, Kim?

—Oh, sí, *memsahib*.

—Fueron Morgan y Marco los que subieron a bordo del avión. Más tarde, yo regresé al castillo en el Shogun.

Kim se volvió hacia Ferguson y dijo, incómodo:

—Lo siento mucho, brigadier *sahib*. Me marché en cuanto vi que el avión despegaba. No vi a la *memsahib* alejarse en el coche.

—Eso ya no importa ahora —dijo Ferguson, que bajó el cañón del Sterling—. Toma la cuerda de la *memsahib* y ata su lancha a la borda de nuestra barca.

Ella apagó el motor y se acercó a la barandilla.

—¿Está Dillon allá abajo ahora?

—Sí, se sumergió hace unos quince minutos.

—Algo muy conveniente —dijo una voz.

La puerta del salón se abrió de repente y por ella apareció Carl Morgan, con una Browning Hi-Power empuñada, seguido por Marco, que sostenía un subfusil israelí Uzi.

14

En ese preciso momento, Dillon salió a la superficie. Se quedó allí, flotando, y los miró a todos. Luego, se quitó la mascarilla.

—Asta, ¿qué significa esto?

—Significa que hemos sido engañados —dijo Ferguson.

Dillon la miró directamente a ella.

—¿Estás de su lado a pesar de lo que le hizo a tu madre?

El rostro de Morgan se puso lívido de cólera.

—Tendré el placer de hacerte pagar por esa sucia mentira. Asta me lo contó todo. Yo amaba a mi esposa, Dillon, más que a ninguna otra cosa en la vida. Ella me dio a la hija que nunca tuve, ¿y crees que yo la habría matado?

Se produjo un silencio en el que sólo se oyó el repiqueteo de la lluvia sobre el lago.

—Yo diría que están hechos el uno para el otro —dijo Dillon.

Morgan le pasó a Asta un brazo por los hombros.

—Hizo muy bien su trabajo al hablarte de mi plan de volar a Arisaig y omitir el hecho de que, en realidad, no teníamos intención de subir a ese avión. Sabía que uno de ustedes estaría a la espera, vigilando, probablemente ese hombre suyo, Ferguson, así que nos quedamos en el hangar hasta que se marchó. Lo vi correr por entre los árboles gracias a mis prismáticos. Luego, todo lo que tuvimos que hacer fue que Asta condujera la lancha, mientras yo y Marco nos ocultábamos y el pobre brigadier caía en la trampa. Resulta extraño ver cómo me salgo siempre con la mía, ¿verdad, Dillon?

—Sí —admitió Ferguson—. Debo decir que dispone usted de muy buenos contactos. Probablemente, con el diablo en persona.

—Naturalmente —asintió Morgan que levantó la voz y preguntó —: ¿Estás ahí, Munro?

—Ya llegamos —contestó Munro desde el bote, que apareció de inmediato, con Rory a los remos.

—¿Qué pasó con la mujer?

—Encerrada en el sótano.

Chocaron contra el casco de la lancha motora y subieron a bordo. Morgan se volvió a mirar a Dillon.

—Bien, aquí estamos, al final de este asunto. ¿Has encontrado el avión? —Dillon se limitó a dejarse flotar sobre el agua, le miró fijamente y Morgan añadió—: No juegues conmigo, Dillon. Si lo haces le volaré la cabeza al brigadier, y eso sería una pena, porque tengo planes previstos para él.

—¿De veras? —preguntó Ferguson.

—Sí, es algo que le encantará. Lo llevaré conmigo a Palermo, y luego lo enviaremos a uno de los grupos integristas más extremistas de Irán. Debería valer usted un precio muy alto. Les encantará poner las manos encima de un oficial de la inteligencia británica de su rango, y ya sabe cómo es esa gente, Ferguson. Le arrancarán la piel a tiras, y antes de que hayan terminado con usted estará cantando como un pajarito.

—Tiene una imaginación muy viva —dijo Ferguson.

Morgan le hizo un gesto a Marco, que disparó una ráfaga con la Uzi, hacia el agua, cerca de Dillon.

—Y ahora no me pongas las cosas difíciles, Dillon, o te juro que la próxima ráfaga partirá en dos a tu jefe.

—Está bien, ya lo he comprendido.

Dillon se puso la embocadura, se bajó la mascarilla y se dejó hundir.

Esta vez no se molestó en seguir la cuerda del ancla, sino que simplemente avanzó cabeza abajo y llegó al fondo, a la izquierda del Lysander, por encima del bosque de frondosas algas ondulantes. Al encender la linterna, lo primero que vio fue el cuerpo de Fergus Munro tendido de espaldas, con un gran trozo de cadena envolviéndole. Tenía la cara hinchada y abotagada, los ojos abiertos miraban fijamente, pero era perfectamente reconocible. Dillon se deslizó hacia él y lo observó. Luego se sacó el cuchillo y cortó la cuerda que sostenía la cadena. El cuerpo se elevó desde el fondo y él lo sujetó por la chaqueta y lo empujó hacia las cuerdas.

Lo dejó en el fondo arenoso, desató la maleta que estaba en peor

estado y luego la sujetó a la cuerda que sostenía la maleta metálica. Regresó junto al cuerpo, lo empujó hacia la segunda cuerda y lo detuvo junto a ella, lo envolvió con la cuerda alrededor de la cintura y lo sujetó con el eslabón de muelle. A continuación, tiró de la cuerda que aseguraba las maletas e inició la ascensión.

Kim y Ferguson todavía tiraban de la cuerda cuando Dillon salió a la superficie. Flotó junto a las maletas, desató la de cuero y se la pasó a Kim. Ya se estaba descomponiendo y se rompió en las manos del gurja, derramando sobre el puente una masa de ropas descompuestas.

—Eso no sirve para nada —dijo Morgan, inclinado sobre la barandilla, tras observar el contenido de la maleta—. La otra, Dillon, la otra.

Dillon empujó la maleta metálica contra el casco y Ferguson y Kim se inclinaron para recogerla, momento que Dillon aprovechó para murmurar:

—Si pueden saltar les daré aire bajo la superficie, pero sólo a uno. En un minuto volveré a bajar y quiero que, en cuanto lo haga, subas la otra cuerda, Kim. Es vital.

—Gracias por la oferta —susurró Ferguson—, pero nunca me ha gustado nadar. La perspectiva no me gusta. Kim puede pensar de modo diferente.

—¡Súbanla! —gritó Morgan.

Subieron la maleta metálica y la dejaron en el fondo de la barca. El metal aparecía ennegrecido y surcado por algas verdosas.

—Ábrala —ordenó Morgan.

Ferguson probó las abrazaderas de la cerradura, pero estaban rígidas.

—Esto está todo corroído. No se abrirá.

—Inténtelo con más fuerza.

Dillon se sacó el cuchillo de la funda de la pierna y se lo entregó a Kim, que introdujo la punta por detrás de una abrazadera y después de la otra, ejerció presión y las arrancó. Luego hizo lo mismo bajo el borde de la tapa y, de repente, ésta se abrió. En el interior había ropas, completamente mohosas, pero en un estado de conservación sorprendentemente bueno. Había un uniforme en la parte superior, todavía reconocible como perteneciente al mayor, a juzgar por las insignias de las hombreras.

—¡Vamos, maldita sea! —gritó Morgan, intensamente excitado, inclinado sobre la barandilla de la lancha motora—. ¡Vacía el contenido!

Kim le dio la vuelta a la maleta y desparramó el contenido sobre el fondo de la barca. Encontró en seguida lo que buscaba. Un paquete, en forma de libro, envuelto en una tela impermeable de color amarillento.

—¡Ábrela, hombre, ábrela! —le ordenó Morgan.

Fue el propio Ferguson quien desenvolvió la tela impermeable, capa tras capa, hasta que sostuvo en sus manos la biblia, con la plata ennegrecida por el paso de los años.

—Por lo visto, esto es lo que todos andábamos buscando —dijo Ferguson.

—Está bien, ábrala. Veamos si todavía contiene el documento.

Ferguson tomó el cuchillo de manos de Kim y pasó la punta a lo largo de la parte interior de la portada. El compartimento secreto se abrió y dejó al descubierto el documento doblado en su interior. Ferguson lo desplegó, lo leyó y luego levantó la mirada, con una expresión serena en el rostro.

—En efecto, parece que se trata de la cuarta copia del Convenio de Chungking.

—Démelo. —Morgan se inclinó hacia abajo. Ferguson vaciló y Marco levantó la Uzi con un gesto amenazador—. Puede morir ahora —añadió Morgan—. Usted mismo elige.

—Está bien —asintió Ferguson, y le pasó el documento.

—Y ahora, suba aquí —le dijo Morgan, se volvió y añadió—: En cuanto a ti, Dillon…

Pero Dillon había desaparecido, dejándose caer por debajo de la superficie. Marco disparó una ráfaga inútil hacia el agua y Kim aprovechó el momento para agacharse y tirar con fuerza de la cuerda. De repente, el cuerpo de Fergus Munro salió a la superficie, ofreciendo a todos una visión macabra.

—¡Que Dios me ayude, es Fergus! —exclamó Hector Munro, inclinado sobre la barandilla.

Rory se colocó a su lado y miró fijamente hacia el agua.

—¿Qué le ha ocurrido, pa?

—Pregúnteselo a su amigo Morgan —le dijo Ferguson—. Él y su verdugo le dieron una paliza de muerte.

—¡Bastardos! —gritó Hector Munro.

Él y Rory se volvieron, pero sus escopetas se levantaron un poco tarde y Marco los acribilló con una larga ráfaga de la Uzi y ambos se doblaron sobre la barandilla y cayeron al agua.

—¡Sal de aquí, Kim! —gritó Ferguson.

El gurja se lanzó al agua y nadó directamente hacia abajo, hundiéndose en las oscuras aguas. Descendió con poderosos impulsos, mientras Marco rociaba el agua de balas, tras él.

Cualquier buceador experimentado sabe emplear una técnica de respiración compartida mediante la que, ante la ausencia de una fuente alternativa de aire, es posible compartir el propio suministro con otro compañero, de tal modo que ambos se pasan alternativamente el regulador.

Dillon, a cuatro metros de profundidad, extendió una mano y sujetó a Kim por el pie, lo arrastró hasta tenerlo cerca, se sacó la embocadura de la boca y se la pasó. El pequeño y duro soldado, veterano de treinta años de combates, comprendió en seguida la técnica, aspiró aire y le pasó de nuevo la embocadura a Dillon.

Dillon empezó a patear con las aletas para dirigirse hacia la orilla, al tiempo que arrastraba a Kim a su lado y compartía el aire con él a medida que avanzaban. Al cabo de un rato, levantó el dedo pulgar y ambos empezaron a subir. Salieron a la superficie y se vieron envueltos por la niebla. No vieron la menor señal de las embarcaciones. Un momento más tarde, Kim subió junto a él, tosiendo.

—¿Qué ocurrió después de que me zambullera? —preguntó Dillon.

—Cuando el cadáver salió a la superficie, los Munro se volvieron locos. Marco disparó contra los dos con la Uzi.

—¿Y el brigadier?

—Me gritó que saltara, *sahib*.

Dillon oyó el ruido del motor que se alejaba a toda velocidad, pero no a través del lago, en dirección al castillo.

—¿Adónde diablos van ahora? —preguntó.

—Hay un viejo embarcadero de cemento que utilizaba la RAF, justo por debajo del aeródromo, *sahib* —le contestó Kim—. Quizá se dirijan hacia allí.

—Para largarse a toda prisa —dijo Dillon y en ese momento se

oyó el tronar de unos motores por encima de sus cabezas, cuando el Citation de Morgan efectuó la maniobra de aproximación.

—Bien, no podemos estar muy lejos del embarcadero —dijo Dillon—, así que pongámonos en marcha.

Y empezó a nadar hacia la orilla.

Llegaron a tierra diez minutos más tarde. Dillon se quitó el equipo y corrió hacia la casa con el traje de buceo puesto, seguido de cerca por Kim. El irlandés abrió de golpe la puerta principal, corrió al despacho y abrió el cajón superior de la mesa. Allí había una Browning. Mientras la comprobaba, llegó Kim.

—¿*Sahib*?

—Voy al aeródromo. Libera a la *memsahib*, que está en el sótano y cuéntale lo ocurrido.

Luego, echó a correr hacia el prado posterior. No valía la pena tomar el Range Rover; iría más rápido a pie y la goma y los calcetines de nailon que llevaba le protegerían los pies. Se metió en el bosque y se abrió paso por entre los árboles, consciente de que los motores del Citation no se habían detenido. Al salir del lindero del bosque vio que el aparato se dirigía hacia el extremo de la pista y se volvía hacia el viento. En ese mismo momento, Morgan y Asta, con Marco sosteniendo la Uzi contra la espalda de Ferguson, rodearon una esquina del hangar principal y se dirigieron hacia el Citation. Dillon dejó de correr y tuvo que observar, impotente, cómo subían al avión. Un instante después el Citation rugía sobre la pista y se elevaba en el cielo.

Cuando Dillon regresó a Ardmurchan Lodge y entró, Hannah se precipitó a su encuentro.

—¿Qué ocurrió? Oí despegar al avión.

—Exactamente. Morgan lo tenía todo preparado. No perdió ni un minuto. Llegué a tiempo de verlos subir a bordo, él, Asta, Marco y el brigadier. Despegaron de inmediato.

—Me he puesto en contacto con el cuartel general. Les he pedido que comprueben el plan de vuelo que solicitaron.

—Bien hecho. Vuelva a ponerse en contacto con ellos y ordénele a Lacey que venga aquí en el Lear, como hizo ayer.

—Ya se lo he ordenado, Dillon.

—Ah, nada mejor que el entrenamiento en Scotland Yard. Voy a cambiarme.

Cuando regresó se había puesto unos vaqueros negros y un suéter de polo blanco, de cuello alto, además de su vieja chaqueta de vuelo. Hannah estaba en el salón, sentada ante la mesa de Ferguson, hablando por teléfono. Kim llegó con una jarra de café y dos copas. Ella dejó el teléfono.

—Se les concedió permiso de vuelo en ruta para Oslo.

—Eso tiene sentido. Él quería abandonar con rapidez nuestro espacio aéreo. ¿Y luego qué?

—Repostará y se dirigirá hacia Palermo.

—Dijo que ése era el destino al que pretendía dirigirse. Le lleva el convenio a Luca.

—¿Y el brigadier?

—¿No se lo ha contado Kim? Tiene la intención de vendérselo a los fanáticos árabes en Irán.

—¿Podemos detenerlo en Oslo?

Dillon miró su reloj.

—A la velocidad a la que suceden las cosas deben de estar a punto de aterrizar. ¿Se imagina cuánto tiempo tardaremos en ponernos en contacto con el gobierno noruego a través de los canales del Foreign Office? No hay posibilidades, Hannah. Cuando lo consigamos ya habrá levantado el vuelo.

—En ese caso solamente nos queda el gobierno italiano, es decir, Palermo.

Dillon encendió parsimoniosamente un cigarrillo.

—El mejor chiste que he oído contar desde hace tiempo. Aquí hablamos de Don Giovanni Luca, el hombre más poderoso de Sicilia, alguien capaz de hacer asesinar a jueces.

Ahora, ella estaba enfadada, lo que se puso de manifiesto en su rostro, muy pálido.

—No podemos dejar que Morgan y esa pequeña zorra se salgan con la suya de este modo, Dillon.

—Sí, ella fue bastante buena, ¿verdad? —Sonrió débilmente—. Desde luego, me engañó.

—Oh, al diablo con su maldito ego masculino. Es en el brigadier en el que pienso.

—Y yo también, muchacha. Vuelva a llamar al cuartel general y dígales que desea ponerse en contacto con el mayor Paolo Gagini, del servicio secreto italiano, en Palermo. Él debería de estar muy

interesado. Al fin y al cabo, fue el que comunicó a Ferguson la historia del Convenio de Chungking. También es un experto en las actividades de Luca, según el expediente que usted misma me mostró. Veamos qué se le ocurre a él.

—De acuerdo, buena idea.

Tomó el teléfono y se puso a trabajar. Dillon se dirigió a la terraza, encendió un cigarrillo y contempló la lluvia, sin dejar de pensar.

Oyó la voz de Hannah al hablar por teléfono, pero también fue consciente de otra cosa: de Ferguson y de lo que le sucedería en Irán, una idea demasiado horrible de contemplar. Resultaba extraño, pero era sólo en una situación como ésta cuando se daba cuenta de que, en realidad, sentía afecto por el brigadier. También pensó en Morgan con una especie de rabia fría y asesina. En cuanto a Asta…

Hannah se acercó a la puerta cristalera abierta.

—Tengo al teléfono a Gagini, desde Palermo. Le he informado de la situación y quiere hablar con usted.

Dillon entró y tomó el teléfono.

—Gagini, he oído contar buenas cosas sobre usted —dijo en italiano—. ¿Qué podemos hacer en este asunto?

—Yo también he oído hablar de usted, Dillon. Mire, ya sabe cómo está la situación aquí. La Mafia está por todas partes. Si consigo una orden judicial, lo que será casi imposible, necesitaré mucho tiempo.

—¿Qué me dice de los servicios de inmigración y aduanas del aeropuerto?

—La mitad de sus miembros son contactos de la Mafia, lo mismo que sucede con la policía. Cualquier movimiento que haga a nivel oficial llegará a conocimiento de Luca en cuestión de quince minutos.

—Tiene que haber algo que pueda usted hacer.

—Déjelo en mis manos. Le volveré a llamar dentro de una hora.

Dillon colgó el teléfono y se volvió hacia Hannah.

—Volverá a llamar dentro de una hora. Dice que va a ver qué puede hacer.

—Esto es una tontería —dijo ella—. Lo único que tienen que hacer es salir a recibir ese avión con una patrulla de la policía.

—¿Ha estado alguna vez en Sicilia?

—No.

—Yo sí. Aquello es otro mundo. En cuanto Gagini presente una petición oficial para que la policía acuda a recibir ese avión, alguien se dirigirá al teléfono más cercano para informar a Luca con la mayor puntualidad.

—¿Incluso desde el cuartel general de la policía?

—Especialmente desde el cuartel general de la policía. Los dedos de la Mafia llegan a todas partes. Los de Scotland Yard, en cambio, no. Si Luca creyera que puede presentarse algún problema, se pondría en contacto con Morgan y le diría que se dirigiera a cualquier otra parte, quizás incluso que realizara un vuelo directo a Teherán, y eso es lo último que deseamos que haga.

—¿Qué hacemos entonces?

—Esperar a que Gagini vuelva a llamarnos —contestó Dillon.

Se dio la vuelta y salió de nuevo.

Cuando Gagini telefoneó apenas una hora más tarde, parecía muy animado.

—Mis fuentes me informan que el Citation no ha solicitado permiso de aterrizaje en Palermo.

—Deben tener un plan de vuelo, incluso en Sicilia —dijo Dillon.

—Naturalmente, amigo mío. Escuche. Carl Morgan tiene una vieja granja en el interior de la isla, no muy lejos de Palermo, en un lugar llamado Valdini. No la utiliza mucho. Allí sólo vive un guarda y su esposa. Se trata de una vieja propiedad familiar.

—¿Y? —preguntó Dillon al tiempo que miraba a Hannah, que escuchaba por la extensión del teléfono.

—La cuestión es que el año pasado Morgan hizo construir allí un aeródromo, probablemente para utilizarlo para entregas de droga. Es una pista de hierba, pero tiene un kilómetro y medio de longitud, perfectamente adecuada para el aterrizaje de un Citation.

—¿Me está diciendo que es allí donde tiene la intención de aterrizar?

—Eso es lo que indica el plan de vuelo.

—Pero ¿y las aduanas y la inmigración? —interrumpió Hannah asombrada.

—De todo eso ya se ha ocupado Luca, inspectora jefe.

—¿Podemos entrar allí? —preguntó Dillon.

—Dudo mucho que puedan hacerlo sin ser vistos. Es territorio de la Mafia. No podrían pasar por un solo pueblo sin ser detectados. Cada pastor en una colina, con su rebaño de ovejas, es como un centinela. Los movimientos de tropas, como los de la policía, son una verdadera imposibilidad.

—Comprendo —asintió Dillon.

Se oyó un rugido repentino cuando el Lear pasó por encima de ellos, procedente de Gatwick, para disponerse a aterrizar.

—¿Qué quiere que haga, amigo?

—Déjeme pensarlo. Nuestro avión acaba de llegar. Se lo comunicaré. Lo único seguro es que ahora mismo nos dirigimos a Palermo.

Colgó el teléfono y Hannah hizo lo mismo con la extensión.

—No parece que la situación tenga muy buen aspecto, ¿verdad? —preguntó ella.

—Ya veremos. Ahora salgamos de aquí.

Lacey salió de la cabina y se agachó hacia ellos.

—Dentro de una hora estaremos en Gatwick. Repostaremos y volaremos directamente a Palermo.

—Bien —asintió Dillon—. La velocidad es esencial ahora, teniente.

Kim se había acomodado en uno de los asientos traseros, con los ojos cerrados. Hannah miró hacia el pequeño gurja y preguntó:

—¿Qué hacemos con él?

—Lo dejaremos en Gatwick. No tiene nada que hacer adonde me dirijo.

—¿Y dónde es eso?

—A Valdini, naturalmente.

—Pero Gagini nos acaba de decir que eso sería imposible.

—Nada es imposible en esta vida, Hannah. Siempre se encuentra un camino.

Dillon se inclinó sobre el armario de las bebidas, encontró media botella de whisky, se sirvió un trago en un vaso de plástico y se quedó allí sentado, pensativo.

Unos veinte minutos antes de llegar a Gatwick, Lacey les pasó una llamada que contestó Dillon. Era Gagini.

—He recibido una información interesante. Uno de mis hombres encubiertos trabaja en la gasolinera local, cerca de la villa de Luca.

El conductor de éste acudió a la gasolinera para llenar el depósito. Le dijo al propietario que iban a viajar a Valdini.

—Eso tiene sentido —dijo Dillon—. Las piezas empiezan a encajar.

—Y bien, amigo, ¿ha decidido ya cómo va a manejar esto?

—Sí, ¿qué le parece volar directamente hasta allí?

—Pero eso los alertaría en el momento en que usted intentara aterrizar.

—Pensaba en algo diferente. Recuerdo una historia que Ferguson me contó una vez. Tenía un tipo llamado Egan que trabajaba para él, y que necesitaba descender con rapidez en una situación bastante similar. También en Sicilia, hace unos diez años.

—Ah, claro, ya recuerdo el caso. Se lanzó en paracaídas.

—En efecto.

—Pero aquel hombre era un experto en esa clase de cosas. Saltó a doscientos cincuenta metros de altura.

—Pero lo hizo, ¿verdad? Pues si lo hizo él también puedo hacerlo yo. Ya he saltado en otras ocasiones. Sé cómo se hace, créame. ¿Puede prepararme un avión adecuado, paracaídas, armas y todo lo demás?

—Eso no debería ser ningún problema.

—En ese caso, nos veremos en el aeropuerto —dijo Dillon y colgó el teléfono.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó Hannah.

Pero en ese momento se encendieron las luces que les indicaban que se abrocharan los cinturones y empezaron a descender hacia Gatwick.

—Ya se lo contaré más tarde —contestó Dillon—. Ahora, sea buena chica y abróchese el cinturón.

La parada en Gatwick sólo les llevó una hora. Hannah llevó a Kim al pequeño despacho que utilizaba la unidad de vuelo especial y le consiguió un taxi.

—Preferiría ir con ustedes, *memsahib*.

—No, Kim. Regresa a Cavendish Square y prepáralo todo para el regreso del brigadier. Procura que la casa tenga un aspecto agradable.

—¿Regresará, *memsahib*, me lo jura?

Ella respiró profundamente y, en contra de todas sus

convicciones, le mintió.

—Regresará, Kim, te lo prometo.

—Que Dios la bendiga, *memsahib* —dijo con una sonrisa y se dirigió hacia el taxi que esperaba.

Hannah encontró a Dillon en la sala de espera. Introducía monedas en una máquina automática que expendía bocadillos.

—Sí, ya sé, es comida de plástico, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Quiere tomar algo? Personalmente, me muero de hambre.

—Supongo que sí —asintió ella—. Cualquier cosa que haya.

—Bueno, supongo que no querrá el jamón, así que sacaremos uno de tomate y huevo duro. A bordo tenemos té y café. Vamos.

Cuando se dirigieron hacia el Lear vieron el camión-tanque que se alejaba. Lacey les esperaba, y el copiloto ya estaba a bordo.

—Preparados cuando lo estén ustedes —dijo el teniente de vuelo.

—En ese caso, en marcha —le dijo Dillon y subió la escalerilla, detrás de Hannah.

Se instalaron en los asientos y pocos minutos más tarde el Lear empezó a dirigirse hacia el fondo de la pista.

Dillon esperó a que el avión se nivelara a diez mil metros de altura y luego preparó té en vasos de plástico. Permaneció allí sentado, comiéndose los bocadillos, en silencio.

—Iba a decirme qué se proponía hacer —dijo finalmente Hannah ansiosa.

—Había un tipo llamado Egan que trabajó para Ferguson hace unos pocos años. Un ex agente de la SAS. Tuvo un problema similar. Tenía que llegar rápidamente a alguna parte, también en Sicilia.

—¿Y cómo lo solucionó?

—Se lanzó en paracaídas desde doscientos cincuenta metros de altura, después de volar hasta allí en un avión pequeño. Desde esa altura se llega al suelo en treinta segundos.

Una expresión de verdadero horror apareció en el rostro de Hannah.

—Tiene que haberse vuelto loco.

—En absoluto. Por lo que a ellos se refiere, sólo será un avión que pasa por encima de sus cabezas, quizás un poco bajo, pero no esperarán nada como lo que tengo pensado. Y para entonces estará todo a oscuras.

—¿Y el mayor Gagini ha estado de acuerdo en esto?

—Oh, sí. Va a conseguir un avión adecuado, con equipo, armas y todo lo necesario. Lo único que yo tengo que hacer es saltar del avión. Usted puede seguir y aterrizar luego en el Lear, digamos que unos treinta minutos más tarde.

Tomó el té mientras ella le miraba fijamente, con una curiosa expresión en su rostro.

—Cuando habló con Gagini le oí decir que ya había saltado en otras ocasiones. En aquel momento me pregunté de qué hablaba. Ahora lo comprendo.

—Bueno, eso se puede hacer, ¿verdad?

—Excepto que, por alguna extraña razón, estoy convencida de que le mintió. No creo que haya usted saltado en paracaídas en su vida, Dillon.

Este le dirigió su mejor sonrisa y encendió un cigarrillo.

—Cierto, pero siempre tiene que haber una primera vez para todo, y ahora sea una buena chica y no le diga nada de eso a Gagini. No quisiera que cambiara de idea.

—Es una locura, Dillon. Puede suceder cualquier cosa. Para empezar, podría romperse el pescuezo.

—¿No quiere hacer lo que le pido y ser una buena chica? —Sacudió la cabeza—. ¿Se le ocurre alguna otra alternativa? Conoce todos los hechos.

Se quedó allí sentada, en silencio, y al cabo de un rato suspiró.

—Cuando se piensa a fondo, la verdad es que no.

—Las cosas son muy sencillas, cariño. Olvidémonos del Convenio de Chungking y pensemos sólo en Ferguson. No se le ocurra decírselo, pero lo cierto es que el viejo me cae bien, y no soportaría verle marchar al infierno si puedo hacer algo para evitarlo. —Se inclinó hacia ella, le puso una mano sobre la suya y le dirigió aquella sonrisa tan especial en la que no había sino calor y un intenso encanto—. Y ahora, ¿qué le parece si prepara otra taza de té?

Llegaron sobrevolando el mar, con Palermo por el costado de babor. La noche caía con rapidez y las luces ya parpadeaban en la ciudad. Había unos pocos cúmulos en un cielo que, por lo demás, aparecía limpio de nubes y en el que lucía una media luna. Pocos minutos más tarde aterrizaron en Punta Raisi y Lacey, en

cumplimiento de las órdenes recibidas desde la torre, dirigió el aparato hacia una zona alejada en el extremo del aeropuerto, donde había estacionados unos cuantos aviones privados.

La camioneta que le había mostrado el camino se alejó y Lacey apagó los motores. Delante del hangar ante el que se encontraban había un hombre bajo de estatura, con una gorra de paño y una vieja chaqueta de vuelo. Cuando Dillon y Hannah bajaron la escalerilla, el hombre se les acercó.

—¿Inspectora jefe Bernstein? Soy Paolo Gagini —se presentó al tiempo que extendía la mano—. Señor Dillon, es un verdadero placer. Vengan por aquí. Creemos que Morgan aterrizó en Valdini hace un par de horas. Su Citation llegó aquí hace un rato. Está en aquella parte, repostando, pero esta noche no tiene previsto volver a emprender el vuelo. Vi a los pilotos salir del aeropuerto.

Dillon se volvió en el momento en que Lacey y el copiloto bajaban la escalerilla.

—Será mejor que ustedes vengan también.

Entraron en el hangar y Gagini les indicó el camino hasta un gran despacho acristalado.

—Aquí tiene todo lo que se me ha ocurrido pensar, amigo.

Había un paracaídas, una pistola ametralladora Celeste, con silenciador, una pistola Beretta en una funda sobaquera, una Walther, un chaleco antibalas color azul oscuro y unos prismáticos nocturnos de infrarrojos.

—Diablos, señor Dillon, ¿se marcha usted a la guerra? —preguntó Lacey.

—Podría decirlo así.

—Ahí tiene también un traje de camuflaje —le indicó Gagini—, y unas botas de paracaidista. Sólo confío en que sean exactamente de su número.

—Estupendo. Sí me indica dónde está el lavabo iré a cambiarme —dijo Dillon. Se volvió hacia Hannah y añadió—: Usted, mientras tanto, informe al teniente de vuelo y a su amigo.

Después, siguió a Gagini y se alejó.

En ese mismo momento, el Mercedes de Luca cruzó las puertas de entrada a la propiedad, en Valdini, y siguió el camino de gravilla para aparcar al pie de los escalones de acceso a la puerta principal. Cuando el chófer ayudaba a Luca a bajar del coche, se abrió la

puerta y Morgan apareció y bajó presuroso los escalones.

—Don Giovanni.

Se abrazaron y el anciano dijo:

—De modo que lo has conseguido, Cario, incluso en contra de todo lo esperado. Me siento orgulloso de ti. Ya estoy impaciente por verlo.

—Vamos, entremos, tío. —Morgan se volvió hacia el chófer y le ordenó—: Quédate aquí. Les diré que te traigan algo de la cocina.

Ayudó a Luca a subir los escalones y entrar en la casa. Asta salió del salón, rodeó a Luca con sus brazos y le besó cariñosa en ambas mejillas.

—Carl lo consiguió, Don Giovanni. ¿Verdad que es muy inteligente?

—No le hagas caso —intervino Morgan—. Ella jugó un papel fundamental en esto, créeme.

—Bien, debes contármelo todo.

Indicó el camino hacia el salón, donde Ferguson estaba sentado ante la chimenea encendida, mientras Marco permanecía de pie tras él, con la Uzi preparada.

—¿De modo que éste es el formidable brigadier Ferguson? —dijo Luca, apoyado en su bastón—. Es un gran placer.

—Quizá lo sea para usted, pero no para mí —le dijo Ferguson.

—Sí, eso es comprensible. —Luca se acomodó en el gran sillón situado frente a Ferguson y extendió la mano.

—¿Dónde está, Cario?

Morgan se sacó el documento del bolsillo interior de la chaqueta, lo desplegó y se lo entregó.

—El Convenio de Chungking, tío.

Luca lo leyó lentamente, levantó la mirada y se echó a reír.

—Increíble, ¿verdad? —Miró a Ferguson—. Piense en el daño que puedo causar con este documento, brigadier.

—En realidad, preferiría no pensar en eso —replicó Ferguson.

—Vamos, brigadier. —Luca dobló el documento y se lo guardó en el bolsillo interior—. No sea mal deportista. Usted ha perdido y nosotros hemos ganado. Sé que afronta usted un futuro un tanto incierto, pero sin duda podemos contemplarlo como personas civilizadas. —Le dirigió una sonrisa a Morgan—. Una cena agradable y una botella de buen vino, Cario. Estoy seguro de que

así lograremos que el brigadier se sienta un poco más feliz.

Dillon regresó embutido en el traje de camuflaje y las botas de paracaidista. Tomó el chaleco antibalas y se lo puso. Comprobó la Walther y se la deslizó por debajo del cinturón y de la chaqueta, a la espalda. Luego probó la pistola ametralladora Celeste. Gagini extendió sobre la mesa unas fotos que mostró a los pilotos de la RAF y a Hannah.

—¿Qué es eso? —preguntó Dillon.

—Fotografías de la granja en Valdini, tomadas desde el aire. Las conseguí de los archivos de la sección antidroga.

—¿Tendría algún problema en aterrizar ahí? —le preguntó Dillon a Lacey.

—No lo creo. Ese campo de hierba es bastante largo y la media luna ayudará.

—Bien. —Dillon se volvió hacia Gagini—. ¿Qué hay del avión?

—Ahí fuera espera ya un Navajo Chieftain, preparado para despegar.

—¿Y un buen piloto que sepa lo que se lleva entre manos?

—El mejor. —Gagini abrió los brazos—. Yo mismo, Dillon. ¿No le dije que estuve en la Fuerza Aérea antes de ser trasladado a la sección de inteligencia?

—Bueno, eso es muy conveniente. ¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar allí?

—Con la velocidad del Navajo, no más de quince minutos.

—Muy bien —asintió Dillon—. Necesito media hora en tierra.

—Entendido —asintió Gagini—. Regresaré directamente aquí y me reuniré con los demás en el Lear. Para cuando aterricemos en Valdini habrá transcurrido más o menos ese tiempo. Iré a poner los motores en marcha.

—Le dejaré esa Beretta en la funda sobaquera, por si acaso —le dijo Dillon a Lacey. Luego, tomó el paracaídas—. Y ahora, enséñeme cómo se pone este trasto.

—¿Quiere decir que no lo sabe? —preguntó Lacey atónito.

—Vamos, no discutamos ahora por eso, teniente de vuelo. Limítese a enseñármelo.

Lacey le ayudó a colocárselo y a atarse las correas, bien apretadas.

—¿Está seguro de lo que hace?

—Ahora sólo tiene que enseñarme a tirar de la anilla —dijo Dillon.

—Es esa anilla, y procure no perder ni un segundo, y menos a esa altura. El Navajo tiene una puerta tipo Airstair que se abre por atrás. Sólo tiene que dejarse caer y luego tirar en seguida de la anilla.

—Si usted lo dice. —Dillon recogió la pistola ametralladora Celeste, se pasó la correa por el cuello y la dejó suspendida sobre su pecho; luego hizo lo mismo con los prismáticos. Finalmente, se volvió hacia Hannah—. Bueno, ¿no me va a dar un beso de despedida?

—Salga en seguida de aquí, Dillon —dijo ella.

—Sí, señora.

Le dirigió un saludo militar burlón, se dio media vuelta y salió del hangar; echó a caminar sobre el asfalto, hacia el Navajo, en cuya cabina ya se encontraba Gagini, con los motores en marcha. Dillon subió la escalerilla y se volvió. Hannah aún lo vio comprobar la puerta trasera tipo Airstair y luego el Navajo empezó a alejarse.

15

El cielo nocturno aparecía claro en el horizonte y lleno de estrellas, y el paisaje, allá abajo, era perfectamente visible bajo la luz de la media luna. Volaron a unos setecientos metros de altura a lo largo de un valle profundo, con montañas que se elevaban a ambos lados. Al asomarse por la ventanilla, Dillon distinguió la línea blanca de una carretera que serpenteaba a lo largo del fondo del valle.

Fue todo muy rápido. Gagini se elevó a novecientos metros para franquear una especie de joroba montañosa, al fondo del valle. Más allá se extendía una gran planicie en pendiente e inició el descenso.

Cinco minutos más tarde niveló el aparato a doscientos cincuenta metros de altura y gritó por encima del hombro:

—Deje caer la puerta Airstair. Puede tener que saltar en cualquier momento y no quiero verme obligado a hacer una nueva pasada. Eso podría alertarlos. Salte cuando yo le diga y buena suerte, amigo.

Dillon avanzó hacia la puerta del fondo. Sus movimientos eran torpes debido al paracaídas. Hizo girar la manija, la puerta se desprendió y cayó al espacio y la escalerilla se desplegó. Hubo un rugido del aire y se sujetó al fuselaje, azotado por el viento, y miró hacia abajo. A su izquierda distinguió la granja. Tenía exactamente el mismo aspecto que había visto en la foto.

—¡Ahora! —gritó Gagini.

Dillon bajó dos escalones por la escalerilla, sujetándose a la barandilla, y luego se dejó caer de cabeza. Giró una vez sobre sí mismo, atrapado en la estela del avión, y en ese mismo momento tiró de la anilla del paracaídas. Miró hacia arriba y vio que el avión efectuaba una pronunciada ascensión hacia la izquierda, y el ruido

de su motor ya se desvanecía en la noche.

En el comedor de la granja, acababan de tomar el primer plato de la cena y Marco, que actuaba nuevamente como mayordomo, retiraba los platos cuando oyeron el motor del avión.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Morgan.

Se levantó y salió a la terraza, seguido por Marco.

El ruido del avión ya se desvanecía hacia la derecha. Asta salió en ese momento.

—¿Te preocupa algo?

—El avión. Me pareció que volaba tan bajo que por un momento pensé que podría intentar aterrizar.

—¿Dillon? —preguntó ella, y sacudió la cabeza—. Ni siquiera él sería tan loco como para intentar una cosa así.

—No, claro que no. —Sonrió y volvió a entrar al comedor—. Sólo era un avión que pasaba —le dijo a Luca. Se volvió hacia el brigadier, se encogió de hombros y añadió—: Esta vez, la caballería no acudirá en su rescate.

—Qué pena —dijo Ferguson.

—Sí, ¿verdad? Bien, continuaremos con nuestra cena, ¿le parece bien? Volveré en un momento.

Le hizo una seña a Marco y salió al vestíbulo con él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marco.

—No lo sé. Ese avión no intentó aterrizar, pero iba realmente bajo cuando sobrevoló la zona.

—Quizás husmean el terreno —sugirió Marco.

—Exactamente. Si alguien se aproximara por carretera, podrían comunicarle por radio cómo han visto la situación por aquí.

—Nadie podría acercarse a menos de treinta kilómetros por carretera sin que fuéramos informados —dijo Marco—. Créame.

—Sí, quizás es un exceso de precaución por mi parte pero, de todos modos, ¿con quién contamos?

—Con el cuidador, Guido. Lo situé ante la puerta. Y luego están los dos Togloni, los pastores, Franco y Vito. Los dos han matado por la sociedad. Son hombres de fiar.

—Diles que patrullen por el jardín y ocúpate de tenerlo todo controlado. Sólo quiero estar seguro. —Se echó a reír y puso una mano sobre el hombro de Marco—. Es mi parte siciliana la que desconfía.

Regresó al comedor y Marco se dirigió a la cocina, donde encontró a Rosa, la esposa del cuidador, ocupada ante el horno, y a los hermanos Togloni, sentados en un extremo de la mesa, comiendo un cocido.

—Ya terminaréis de comer eso más tarde —les dijo—. Salid ahora mismo al jardín, por si acaso. Al *signore* Morgan no le ha gustado nada ese avión que acaba de pasar.

—Como digas —asintió Franco Togloni. Se limpió la boca con el dorso de la mano y descolgó del respaldo de la silla su *lupara*, la escopeta de cañones recortados que era el arma tradicional de la Mafia desde tiempos inmemoriales—. Vamos —le dijo a su hermano —, tenemos trabajo que hacer.

Los dos hombres salieron al jardín.

Marco tomó una copa de vino tinto que había sobre la mesa.

—Tendrás que servir tú misma la cena, Rosa —le dijo a la mujer.

Se tomó el contenido de la copa de un solo trago, sacó una Beretta de la pistolera sobaquera que llevaba, la comprobó y salió a su vez.

El silencio era extraordinario. Dillon no experimentó ningún entusiasmo particular. Era un extraño mundo en blanco y negro, a la luz de la luna, muy parecido a uno de esos sueños en los que uno sueña que está volando y el tiempo parece detenerse. Luego, de pronto, el suelo se precipitó a su encuentro, cayó con un golpe, rodó sobre sí mismo y se encontró en un alargado prado.

Permaneció allí echado durante un momento, con la respiración agitada. Luego, apretó el clip para soltarse del paracaídas y se quitó los arneses. La granja se encontraba apenas a doscientos metros de distancia, hacia la izquierda, más allá de un bosquecillo de olivos situado en una ligera pendiente. Echó a correr con rapidez hacia el bosquecillo y al llegar al extremo se tumbó, al abrigo de los árboles, y se encontró aproximadamente a unos setenta y cinco metros de las paredes blanqueadas de la granja.

Enfocó los prismáticos nocturnos sobre la puerta, que permanecía abierta, y vio a Guido, el cuidador, con una gorra de tela y una chaqueta de cazador. Llevaba una escopeta al hombro y, sin embargo, no era él el problema. El verdadero problema lo constituía la gran y anticuada campana que colgaba de la puerta, con una cuerda que descendía del badajo. Sólo había que tirar una

vez de esa cuerda y se habría dado la alarma a todo el lugar.

Había una grieta en el terreno, a su derecha, una torrentera que se extendía hasta la pared, de poco más de medio metro de profundidad. Gateó a lo largo de ella con precaución y finalmente llegó junto a la pared. La hierba era bastante alta en aquella zona. Se descolgó la pistola ametralladora Celeste, con silenciador, y avanzó con precaución a lo largo de la pared, sobre la hierba, pero ésta se acabó cuando aún le faltaban veinte metros.

Guido fumaba un cigarrillo, de espaldas a Dillon, y contemplaba las estrellas. Dillon se incorporó y se movió con rapidez, saliendo ahora a terreno abierto. Cuando se encontraba a diez metros de distancia, Guido se volvió, lo vio en seguida y abrió la boca en un gesto de consternación. Levantó la mano hacia la cuerda y Dillon disparó una corta ráfaga que levantó al hombre en el aire y lo mató instantáneamente.

Resultaba extraño comprobar el poco ruido que había hecho la Celeste, pero no había tiempo que perder. Dillon arrastró el cuerpo de Guido hacia la protección de la pared y cruzó la puerta. Abandonó en seguida el camino y se movió por entre la protección del exuberante jardín semitropical. La hierba también estaba necesitada de un buen corte. Avanzó con precaución a través del jardín y entre los olivos, en dirección a la casa.

De repente, empezó a llover, uno de esos repentinos chaparrones habituales en la región en aquella época del año, y él se quedó allí, agazapado, sin dejar de observar la terraza y las ventanas abiertas, escuchando el sonido de las voces.

Marco, que en ese momento se disponía a bajar por el camino, hacia la puerta, lanzó una maldición cuando empezó a llover, se levantó el cuello de la chaqueta y continuó su avance. Se dio cuenta en seguida de que Guido no estaba en su puesto. Marco amartilló la Beretta, salió al exterior y vio el cuerpo, tumbado al pie de la pared. Levantó la mano hacia la cuerda e hizo sonar furiosamente la campana durante unos momentos. Luego, regresó corriendo.

—Hay alguien aquí —gritó—. Vigilad.

Después, se introdujo entre los arbustos y se agachó.

En el comedor se produjo inmediatamente una gran conmoción.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luca.

—La campana de alarma —dijo Morgan—. Algo sucede.

—Vaya, ¿quién se lo habría podido imaginar? —dijo Ferguson.

—Cierre el pico. —Morgan se dirigió hacia una mesa, abrió un cajón y dejó al descubierto varias armas. Eligió una Browning y le entregó una Walther a Asta—. Sólo por si acaso —dijo.

En ese preciso momento sonó un disparo de escopeta en el exterior.

Fue Vito Togloni que, impulsado por el pánico, cometió el error de llamar a su hermano.

—Franco, ¿dónde estás? ¿Qué ocurre?

Dillon disparó una larga ráfaga en la dirección de donde procedía la voz. Vito emitió un grito estrangulado y cayó de bruces sobre los arbustos.

Dillon se agazapó bajo la lluvia, a la espera, y al cabo de un momento se agitaron los arbustos y sonó baja la voz de Franco.

—Eh, Vito, estoy aquí.

Un segundo más tarde, salió de entre unos arbustos y se detuvo bajo un olivo. Dillon no vaciló y lo lanzó contra el tronco del árbol con otra ráfaga de la Celeste. Franco, al caer, disparó la escopeta y se quedó muy quieto. Dillon avanzó y lo miró y entonces, a su espalda, oyó el clic metálico de un arma al ser amartillada.

—Ahora ya te tengo, bastardo —dijo Marco—. Deja eso en el suelo y date media vuelta.

Dillon dejó la Celeste en el suelo y se volvió despacio.

—Ah, de modo que eres tú, Marco, hijo. Me preguntaba dónde te habrías escondido.

—Sólo Dios sabe cómo puedes haber llegado hasta aquí, pero eso no importa ahora. Lo único importante es que estás aquí y voy a tener el placer de matarte.

Recogió la escopeta de Franco con una mano y se enfundó la Beretta. Luego gritó:

—Es Dillon, *signore* Morgan. Lo tengo aquí.

—¿De veras? —preguntó Dillon.

—Ésta es la *lupara*, la que siempre ha utilizado la Mafia para un asesinato ritual.

—Sí, ya he oído hablar de eso —asintió Dillon—. El único problema, hijo, es que sólo tiene dos cañones, y se descargó cuando Franco cayó.

Marco sólo tardó un segundo en captar lo que acababa de

escuchar y comprender que era cierto. Dejó caer la escopeta y se metió la mano en el interior de la chaqueta, en busca de la Beretta que acababa de enfundarse.

—Adiós, hijo —dijo Dillon.

Su mano se movió con celeridad. Encontró la Walther con silenciador que llevaba a la espalda, bajo la chaqueta, la hizo oscilar hacia delante y disparó dos veces. Cada una de las balas alcanzó a Marco en el corazón y lo impulsó hacia atrás.

Dillon se quedó allí, mirándole. Luego, volvió a guardarse la Walther en el cinto, se inclinó y recogió la Celeste. Avanzó un paso y miró hacia la terraza, por entre los arbustos. Luego, disparó una larga ráfaga hacia la pared, junto a la ventana.

—Soy Dillon —gritó—. Estoy aquí, Morgan.

Morgan estaba de pie en el salón, junto a la mesa de comedor, con Luca a un lado y Asta al otro. Ella sostenía la Walther en una mano.

—¿Dillon? —gritó—. ¿Me oyes?

—Sí —contestó éste.

Morgan rodeó la mesa y agarró a Ferguson por el cuello.

—De pie —le ordenó—. Póngase de pie o le mato aquí mismo.

Empujó al brigadier alrededor de la mesa, hacia las puertas abiertas y la terraza.

—Escúchame, Dillon. Tengo aquí a tu jefe. Le volaré la tapa de los sesos y los esparciré por toda la habitación si no haces lo que te diga. Al fin y al cabo, has venido a por él, ¿no?

Se produjo un notable silencio en el que sólo se oyó el sonido de la lluvia. Luego, increíblemente, Dillon apareció y subió los escalones que conducían a la terraza, con la Celeste en las manos. Llegó a la terraza y se quedó allí plantado, bajo la lluvia.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Morgan, con el cañón de la Browning apretado contra la sien de Ferguson, lo hizo retroceder paso a paso, hasta que se encontró al extremo de la mesa. Luca seguía sentado a un lado y Asta al otro, con la mano derecha apretando la Walther contra su muslo.

Dillon avanzó hacia la entrada, como una figura extraordinariamente amenazadora en su uniforme de camuflaje, con el cabello aplastado contra el cráneo. Dijo algo en irlandés y luego sonrió.

—Eso significa que Dios bendiga a todos los presentes.

—No hagas ningún movimiento en falso —le advirtió Morgan.

—¿Podría hacerlo? —Dillon se movió hacia un lado de la mesa e hizo un gesto hacia Asta—. Eso que llevas en la mano ¿es un arma, muchacha? Espero que sepas cómo utilizarla.

—Lo sé perfectamente —replicó ella con unos ojos que eran como agujeros negros en un rostro muy pálido.

—En ese caso muévete hacia un lado. —Al ver que ella vacilaba añadió con voz dura—. Haz lo que te digo, Asta.

Ella retrocedió.

—No te preocupes —dijo Morgan—. Si dispara ese arma que lleva nos alcanzará a todos, incluido el brigadier, ¿verdad, Dillon?

—Cierto. Supongo que el caballero gordinflón es su tío, Giovanni Luca. También lo incluiría a él. Una gran pérdida para esta honorable sociedad vuestra.

—Hay un tiempo para todas las cosas, Dillon —dijo el anciano —. No tengo miedo.

—Eso lo respeto —asintió Dillon—, pero vive usted en el pasado, capo. Ha dominado sobre la vida y la muerte durante demasiado tiempo.

—Todo tiene que acabar alguna vez, señor Dillon —dijo Luca con una extraña mirada en sus ojos.

—Al infierno con tanta palabrería —exclamó Morgan—. Deja la pistola ametralladora sobre la mesa, Dillon, o le volaré el cerebro a Ferguson sobre los cubiertos de la mesa, te lo juro.

Dillon se quedó donde estaba, sin dejar de sostener la Celeste cómodamente.

—Aborrezco las malas palabras, querido muchacho —dijo Ferguson—, pero cuentas con mi permiso para disparar contra estos jodidos cerdos.

Dillon sonrió de repente, con aquella profunda sonrisa personal llena de encanto.

—Que Dios le salve, brigadier, pero he venido para llevarlo a casa sano y salvo, no en un ataúd.

Se acercó a la mesa, dejó la Celeste sobre ella y la empujó hacia el otro extremo. El arma se deslizó y se detuvo delante de Luca.

Una expresión de alivio apareció en el rostro de Morgan, que empujó a Ferguson para apartarlo de su lado.

—Bien, aquí estamos ahora, Dillon. Eres un hombre notable, eso debo admitirlo.

—Vamos, no me halagues ahora, hijo.

—¿Y Marco? —preguntó Morgan.

—Ha seguido el camino que sigue toda la carne, junto con otros dos tipos con gorras de tela que encontré merodeando por el jardín. —Dillon sonrió—. Ah, claro, y me olvidaba del que estaba de guardia en la puerta. Eso hace cuatro, Morgan. Soy casi tan bueno como ese sastrecillo valiente del cuento de los hermanos Grimm. Fanfarroneó de haberse cargado a seis de un solo golpe, aunque sólo eran moscas que revoloteaban sobre el pan con mermelada.

—Sucio bastardo —exclamó Morgan—. Voy a disfrutar con tu muerte.

—¿Te das cuenta de todo esto? —preguntó Dillon al tiempo que se volvía hacia Asta—. Muy divertido, ¿verdad? ¡Es a lo que estás acostumbrada!

—Habla todo lo que quieras, Dillon, pero lo cierto es que estás acabado —dijo ella.

—Todavía no, Asta, aún me quedan cosas por decir. —Le sonrió a Morgan—. Una persona bastante extraña, esta muchacha. Tiene el aspecto de alguien que puede aparecer en la página cincuenta y dos de la revista Vogue, pero también ofrece otro aspecto. Le gusta la violencia. Disfruta con ella.

—¡Cierra la boca! —exclamó Asta en voz baja.

—¿Y por qué iba a hacerlo, muchacha, especialmente si me va a volar la cabeza? Sólo unas pocas palabras. Los condenados tienen derecho a ello.

—Te estás cavando tu propia tumba —le dijo Morgan.

—Sí, bueno, eso es algo que nos espera a todos. Es lo más seguro que existe en la vida. La única diferencia estriba en cómo se llega allí. Fíjese en su esposa, por ejemplo. Un asunto bastante extraño.

De repente, la Browning pareció más pesada en la mano de Morgan. La bajó y la sostuvo a lo largo del muslo.

—¿De qué estás hablando, Dillon?

—Murió mientras practicaba el submarinismo en Hydra, en el mar Egeo, ¿verdad? Un accidente muy desgraciado.

—Así fue, en efecto.

—Ferguson consiguió una copia del informe preparado por la

policía de Atenas. A bordo estabas tú, tu esposa, Asta y un buceador experto.

—¿Y qué?

—Ella se quedó sin aire y el informe de la policía indica que no fue un accidente. El sistema de válvulas de su equipo había sido manipulado. Resultó difícil probar nada, sobre todo con un hombre tan poderoso como el gran Carl Morgan, así que archivaron el informe.

—Estás mintiendo —dijo Morgan.

—No, yo mismo he visto ese informe. La cuestión es, ¿quién habría querido matarla? Difícilmente podía ser el experto en buceo, así que podemos descartarlo. Creímos que habías sido tú y así se lo dijimos a Asta, pero en la lancha dijiste que eso no era más que una sucia mentira, y por lo visto hablaste muy en serio. —Dillon se encogió de hombros—. Eso sólo parece dejar a una persona.

—¡Eres un bastardo, Dillon! —gritó Asta.

Morgan la hizo callar con una mano levantada.

—Son tonterías. No puede ser.

—Muy bien, vas a matarme así que contesta una pregunta. La noche que cenamos todos en el castillo alguien manipuló los frenos de nuestra camioneta. Si fuiste tú, eso supondría que deseabas la muerte de Asta porque la dejaste que nos acompañara al pabellón.

—Pero eso es una estupidez —dijo Morgan—. Jamás haría nada que pudiera causarle daño a Asta. Aquello fue un accidente.

Se produjo un silencio y Dillon se volvió a mirar a Asta. Cuando ella sonrió fue lo más terrible que él hubiera visto en su vida.

—Eres realmente muy Esto, ¿verdad? —dijo ella al tiempo que levantaba la mano que empuñaba la Walther.

—¿Manipulaste el sistema de frenos y sin embargo viniste con nosotros? —preguntó Dillon.

—Oh, tenía toda la confianza depositada en ti, Dillon. Pensé que muy probablemente sobreviviríamos todos si conducías tú, pero sabía que le echarías la culpa a Carl y eso contribuiría a fortalecer mi posición contigo. —Se volvió hacia Morgan—. Lo hice todo por ti, Carl, para poder descubrir cada uno de los movimientos que ellos hicieran.

—¿Y su madre? —preguntó Ferguson—. ¿También hizo eso por Morgan?

—¿Mi madre? —Se los quedó mirando fijamente, con una mirada extrañamente inexpresiva, hasta que se volvió de nuevo hacia Morgan—. Eso fue diferente. Ella se interponía, trataba de alejarme de ti, y no debería haber hecho eso. Yo la salvé, la salvé de mi padre. —Sonrió—. Él se inmiscuía con demasiada frecuencia en nuestras vidas. —Volvió a sonreír—. Le gustaban las mujeres rápidas y los coches más rápidos aún, así que me aseguré de que se saliera de la carretera en uno de ellos.

Morgan la miró horrorizado, sin poder creer lo que oía.

—Asta, ¿de qué estás hablando?

—Por favor, Carl, tienes que comprenderlo. Te amo, siempre te he amado. Nadie más te ha amado como yo, del mismo modo que tú me amas a mí.

La expresión del rostro de Asta era la de una verdadera loca, y Morgan pareció desmoronarse.

—¿Amarte? Sólo hubo una mujer a la que amé y tú la mataste.

La Browning se levantó, pero la mano de Dillon ya estaba sobre la culata de la Walther que llevaba al cinto, por la espalda. Le disparó dos veces a Morgan, en el corazón. Morgan se derrumbó y Luca trató de alcanzar la Celeste. Dillon se volvió, con el brazo extendido, le disparó entre los ojos y el capo se derrumbó hacia atrás, sobre la silla.

—¡No! —gritó Asta en ese mismo instante, al tiempo que le disparaba a Dillon dos veces en la espalda.

Dillon cayó de bruces sobre la mesa y ella se volvió y salió corriendo por las puertas correderas.

Dillon, que tenía dificultades para respirar y estaba casi inconsciente, se dio cuenta de que Ferguson pronunciaba su nombre, con un tono de voz angustiado. Sus manos encontraron el borde de la mesa, se incorporó, apoyado en ella, y se dejó caer sobre la silla más cercana. Permaneció allí sentado, con la boca abierta para absorber aire. Luego, bajó las manos hacia los cierres velcro del chaleco antibalas, los abrió y se lo quitó. Al examinarlo vio las dos balas que ella había disparado, incrustadas en el material.

—¿Quiere mirar eso ahora? —le preguntó a Ferguson—. Gracias a Dios por la tecnología moderna.

—Dillon, por un momento creí que te había perdido. Anda, toma

una copa. —Ferguson le sirvió una copa de vino tinto en uno de los vasos que había sobre la mesa—. A mí también me vendría bien una.

Dillon bebió de un trago el contenido de la copa.

—Jesús, esto está muchísimo mejor. ¿Se encuentra usted bien, viejo carcamal?

—Nunca me he sentido mejor. ¿Cómo demonios llegaste hasta aquí?

—Me trajo Gagini en un avión y salté en paracaídas.

—No sabía que fueras capaz de hacer eso —dijo Ferguson, que parecía impresionado.

—Siempre hay una primera vez —dijo Dillon, que se inclinó para tomar la botella y se sirvió otra copa—. Si quiere que le sea honesto, brigadier, hay algunos que me consideran como una especie de genio, aunque eso se halla sometido a debate. ¿Qué ocurrió con el documento?

Ferguson se acercó a Luca, se arrodilló ante él y tanteó en el bolsillo interior. Luego se levantó, se volvió y desplegó el documento.

—Aquí está el Convenio de Chungking. Por esto ha sucedido todo.

—Y así es como termina —dijo Dillon—. ¿Tiene una cerilla para quemar aquí mismo ese condenado papel?

—No, no lo creo. —Ferguson lo dobló cuidadosamente, sacó su cartera y lo colocó dentro—. Creo que eso se lo dejaremos al primer ministro.

—Viejo bastardo —dijo Dillon—. Lo que anda buscando es que lo nombren caballero.

Se levantó, encendió un cigarrillo y salió a la terraza, seguido de Ferguson.

—Me pregunto dónde estará ella. Me ha parecido oír un coche que salía mientras trataba de reanimarte.

—Hace tiempo que se marchó, brigadier —dijo Dillon.

En ese momento se oyó el rugido de motores por encima de sus cabezas y una sombra negra descendió hacia el prado.

—Buen Dios, ¿qué es eso? —preguntó Ferguson.

—Hannah Bernstein que acude a recoger los trozos, acompañada por el bueno del mayor Gagini. Nos ha sido realmente muy útil en

esto. Le debe usted un gran favor.

—No lo olvidaré —dijo Ferguson.

Hannah Bernstein estaba de pie en el comedor, con Ferguson a su lado, y contemplaba la escena.

—Oh, Dios mío —exclamó—. Eso es una carnicería.

—¿Tiene algún problema con eso, inspectora jefe? —le preguntó Ferguson—. Permítame contarle lo que ocurrió.

Así lo hizo. Ella respiró profundamente una vez que él hubo terminado y luego, dejándose llevar por un impulso, se acercó a Ferguson y le besó en la mejilla.

—Me alegra mucho verle de una pieza.

—Gracias a Dillon.

—Sí. —Miró de nuevo a Morgan y a Luca—. Es de los que no hacen prisioneros, ¿verdad?

—Hay otros cuatro en el jardín, querida.

Ella se estremeció y Dillon entró por las puertas cristaleras, acompañado por Gagini. El italiano se quedó mirando a Luca durante un rato y luego sacudió la cabeza.

—Jamás creería que vería este día. En Palermo no creerán que ha desaparecido para siempre.

—Debería instalarlo en un ataúd abierto y mostrarlo en el escaparate de una tienda, como solían hacer con los fuera de la ley en el lejano Oeste —le dijo Dillon.

—Dillon, por el amor de Dios —suplicó Hannah.

—¿Cree que me he portado mal, Hannah? —Dillon se encogió de hombros—. Éste es un animal que se ha hecho un pez gordo no sólo con el juego, sino también con las drogas y la prostitución. Fue responsable de la corrupción de miles de personas. Al infierno con él.

Se dio media vuelta y salió de la estancia.

En Punta Raisi estaba lloviendo y esperaron en el despacho. Lacey llamó a la puerta.

—Estamos preparados. Cuando ustedes quieran.

Gagini cruzó el hangar con ellos y se acercaron al avión.

—Es extraño ver cómo ha salido todo, brigadier. Creía que le hacía un favor cuando me puse en contacto con usted acerca del Convenio de Chungking, y al final ha resultado que ha sido usted quien me ha hecho el mayor favor del mundo. Me ha librado nada

menos que de Luca.

—Ah, pero eso lo hizo Dillon, no yo.

—No se entusiasme demasiado, mayor —dijo Dillon con tono agrio—. Mañana por la mañana ya habrá alguien que ocupe su codiciado lugar.

—Cierto —asintió Gagini—, pero esto es una especie de victoria. —Le tendió la mano—. Gracias, amigo mío. Cualquier cosa que pueda hacer por usted no tiene más que pedírmela.

—Lo recordaré.

Dillon le estrechó la mano y subió la escalerilla del Lear, para instalarse en uno de los asientos traseros. Ferguson se sentó frente a él, en el otro lado, con Hannah instalada detrás. Se abrocharon los cinturones y los motores se pusieron en marcha. Pocos momentos más tarde avanzaban por la pista y se elevaban en el aire. Ascendieron hasta alcanzar los diez mil metros de altura y el avión voló a velocidad de crucero.

Hannah permaneció allí sentada, con una expresión seria en el rostro, y Dillon le preguntó con tono beligerante:

—Pero, vamos a ver, ¿qué le ocurre ahora?

—Estoy cansada. Ha sido un día muy largo, y todavía puedo oler la cordita de los disparos y la sangre. ¿Le parece eso tan extraño, Dillon? No me gusta. —Y, de pronto, explotó—. Santo Dios, Dillon, acaba usted de matar a seis personas. ¿No le preocupa eso?

—Pero ¿qué oigo? —replicó él—. ¿Alguna clase de exquisita interpretación de lo sucedido? ¿Se trata de esa clase de moralidad que dice que permitas a tu enemigo hacer contigo lo que quiera, sin que tú puedas hacerle lo mismo a él?

—Está bien, no sé lo que me digo.

Indudablemente, ella estaba alterada.

—En ese caso, quizás haya elegido un trabajo que no le conviene —dijo Dillon—. Yo, en su lugar, pensaría en eso.

—¿Y cómo se ve usted a sí mismo? ¿Como una especie de verdugo público?

—Ya basta, cállense los dos —ordenó Ferguson. Abrió el armario del bar, sacó una media botella de whisky, sirvió un poco en un vaso de plástico y se lo tendió a ella—. Bébase eso, es una orden.

Ella respiró profundamente, tendió la mano y tomó el vaso.

—Gracias, señor.

Ferguson sirvió otra medida generosa en un nuevo vaso que le pasó a Dillon.

—Y tú también, prueba eso.

Dillon asintió con un gesto y bebió, mientras el brigadier se servía también una ración.

—Es el trabajo en el que estamos metidos, inspectora jefe. Trate de recordarlo. Naturalmente, si no se siente a gusto y desea regresar al servicio normal…

—No, señor —negó ella con un gesto—. Eso no será necesario.

Dillon se inclinó para tomar la botella y se sirvió otro poco.

—Me preguntó qué le habrá ocurrido a esa desgraciada joven —dijo Ferguson.

—Sólo Dios lo sabe —dijo Dillon.

—Estaba loca de atar —continuó Ferguson—. Eso es evidente, aunque, naturalmente, no es nuestro problema.

Y tras decir esto cerró los ojos y se arrellanó en el asiento.

Aproximadamente a la misma hora, Asta llegó a la puerta de la villa de Luca. Apretó la mano sobre el claxon y el guardia apareció al otro lado. Echó un vistazo y se apresuró a abrir la puerta. Ella condujo el coche camino arriba, hacia la casa. Al bajarse, se abrió la puerta principal, en lo alto de los escalones, y apareció Giorgio, el muchacho que atendía a Luca.

—*Signorina*, ¿viene sola? ¿El capo y el *signore* Morgan vendrán más tarde?

Podría haberle dicho la verdad pero, por alguna razón, vaciló y, al mismo tiempo, se dio cuenta del porqué. Si Luca todavía estaba con vida, ella podría utilizar su poder y deseaba tener ese poder.

—Sí —contestó—, el capo y el *signore* Morgan se han quedado en Valdini por asuntos de negocios. Ponte en contacto con el piloto jefe del Citation. ¿Cómo se llama?

—Ruffolo, *signorina*.

—Sí, eso es. Encuéntralo donde esté y le dices que venga aquí lo más rápidamente que pueda, y que se ponga en contacto con nuestro hombre en el aeropuerto. Allí hay un Lear de Inglaterra.

Es posible que ya haya despegado, pero procura obtener toda la información que puedas.

—Desde luego, *signorina*.

Se inclinó ante ella, se apartó para dejarla entrar en la casa,

cerró la puerta y se dirigió al teléfono.

Ella, mientras tanto, se sirvió una copa y permaneció de pie mientras la tomaba, mirando fijamente a través de la terraza. Le sorprendió ver lo rápidamente que regresó Giorgio.

—He encontrado a Ruffolo. Viene de camino y tenía usted razón, *signorina*. El Lear inglés ha despegado. Iban dos pilotos y tres pasajeros.

—¿Tres? —preguntó mirándole fijamente—. ¿Estás seguro?

—Sí, una mujer, un hombre robusto de edad mediana, y otro hombre bajo de estatura, con el pelo muy rubio. Nuestro contacto no consiguió los nombres, pero los vio subir a bordo.

—Entiendo. Buen trabajo, Giorgio. Llámame en cuanto llegue Ruffolo.

Asta se desnudó y se metió bajo una ducha caliente. Aquello era como un mal sueño. Apenas si podía creer que Dillon estuviera con vida. Carl, su querido Carl, había muerto y Luca también, y todo por culpa de Dillon. ¿Cómo le podía haber gustado alguna vez? Dillon y Ferguson, pero especialmente Dillon. Lo habían echado todo a perder, y tendrían que pagar por ello.

Salió de la ducha, se secó y se perfumó mientras pensaba en ello. Finalmente, se puso un batín y empezó a peinarse. Entonces, sonó el teléfono. Al levantarlo, se dio cuenta de que era Giorgio.

—*Signorina*. El capitán Ruffolo está aquí.

—Bien, bajaré en seguida.

Ruffolo llevaba una camisa de cuello abierto, chaqueta deportiva y pantalones. Cuando ella entró en el salón él se acercó para saludarla y le besó la mano.

—Discúlpeme, *signorina*. Me había marchado a cenar, pero Giorgio consiguió encontrarme. ¿En qué puedo servirla?

—Siéntese, por favor. —Le indicó una silla. Se acercó a la mesa y empezó a abrir una botella de champaña Bollinger que Giorgio había dejado en un cubo con hielo—. Tomará usted una copa, capitán.

—Será un placer, *signorina*.

Los ojos del hombre recorrieron las maduras curvas del joven cuerpo y se enderezó en su asiento.

Asta sirvió el champaña en dos copas de cristal y le tendió una.

—Esto es una cuestión delicada, capitán. El capo me ha

encargado una tarea especial. Tengo que estar mañana mismo en Inglaterra, pero no oficialmente, si me comprende.

Ruffolo tomó un sorbo de champaña.

—Excelente, *signorina*. Lo que quiere decir es que le gustaría aterrizar en Inglaterra ilegalmente, sin dejar huellas de su paradero. ¿La he comprendido bien?

—Exactamente, capitán.

—No hay ningún problema. Hay un aeródromo privado en Sussex que podemos utilizar. Ya lo he hecho otras veces. En las maniobras de aproximación a Londres hay tanto tráfico que si me acerco desde el mar a una altura de doscientos metros no dejamos el menor rastro. ¿Es a Londres adonde desea ir?

—Sí —contestó ella.

—Sólo está a cuarenta y cinco kilómetros por carretera. No hay ningún problema.

—Maravilloso —dijo ella. Se levantó y se acercó de nuevo al cubo con el champaña—. El capo se sentirá complacido. Y ahora, permítame servirle otra copa de champaña.

16

Eran poco antes de las seis de la tarde siguiente cuando el Daimler fue admitido a través de las puertas de seguridad de Downing Street. Dillon, Ferguson y Hannah Bernstein se sentaban en los asientos de atrás y cuando el chófer les abrió la portezuela sólo descendieron Ferguson y Hannah.

—Lo siento mucho, Dillon, pero tendrás que esperarnos —dijo Ferguson—. Creo que no tardaremos mucho.

—Lo sé —asintió Dillon—. Mi presencia pone al gran hombre en una situación embarazosa.

Se dirigieron hacia la puerta y el policía de servicio, al reconocer a Ferguson, saludó. La puerta se abrió en seguida y entraron. Un ayudante recogió sus abrigos y el bastón de Malaca de Ferguson. Luego, lo siguieron escalera arriba y a lo largo de un pasillo. Un instante después los hizo entrar en el despacho, donde encontraron al primer ministro sentado ante la mesa, enfrascado en un montón de papeles. Levantó la mirada hacia ellos y se arrellanó en el asiento.

—Brigadier, inspectora jefe. Siéntense, por favor.

—Gracias, señor primer ministro —dijo Ferguson y adelantaron las sillas hacia la mesa.

El primer ministro tomó un expediente y lo abrió.

—He leído su informe. Absolutamente, es un trabajo de primera clase. Por lo visto, Dillon ha actuado con su habitual eficacia, bastante despiadada.

—Sí, señor primer ministro —respondió el brigadier.

—Por otro lado, sin él le habríamos perdido a usted, brigadier, y eso no me habría gustado nada. Habría sido un verdadero desastre para todos nosotros. ¿No está usted de acuerdo, inspectora jefe?

—Absolutamente, señor primer ministro.

—Y, a propósito, ¿dónde está Dillon ahora?

—Espera fuera, en el Daimler —se apresuró a contestar Ferguson—. Me pareció lo más sensato teniendo en cuenta su historial un tanto insólito.

—Desde luego —asintió el primer ministro y luego sonrió—. Lo que nos deja con el Convenio de Chungking. —Sacó el documento del expediente—. Es un documento muy notable. Plantea numerosas posibilidades, pero como ya le dije en la primera reunión que mantuvimos acerca de este asunto, ya hemos tenido suficientes problemas con Hong Kong. Nos vamos de allí, y eso es todo, que es la razón por la que le dije que encontrara este maldito documento y lo quemara.

—Pensé que quizá preferiría hacerlo usted mismo, señor primer ministro.

—Muy atento por su parte, brigadier —dijo el primer ministro con una sonrisa.

En la chimenea victoriana había un fuego encendido. Se levantó, se acercó a él y colocó el documento en lo alto. Los bordes del papel se curvaron con el calor, hasta que se incendió. Un momento más tarde no era más que un montón de ceniza gris que ya se disolvía. El primer ministro se dio media vuelta y rodeó la mesa.

—Quisiera darles las gracias a los dos. —Les estrechó las manos y añadió—: Y dele también las gracias a Dillon en mi nombre, brigadier.

—Así lo haré, señor primer ministro.

—Bien, ahora deben disculparme. Tengo que acudir a la cámara de los Comunes. Un período extra de contestación de preguntas por parte del primer ministro. Tenemos que permitir que nuestros parlamentarios se diviertan.

—Comprendo, señor primer ministro —dijo Ferguson.

Por detrás de ellos, como surgido de la nada por una siempre repetida y misteriosa alquimia, se abrió la puerta y el ayudante reapareció para acompañarles hasta la salida.

—¿Todo fue bien? —preguntó Dillon cuando el Daimler volvió a pasar ante las puertas de seguridad, hacia Whitehall.

—Podría decirse así. Disfrutó al quemar él mismo el Convenio de Chungking.

—Bueno, eso fue agradable para el hombre.

—Le pidió al brigadier que le diera las gracias en su nombre, Dillon —dijo Hannah.

—¿De veras hizo eso? —Dillon se volvió hacia Ferguson, que mantenía las manos entrelazadas sobre el puño de plata de su bastón de Malaca—. No me lo había mencionado.

—No quería que se te subiera a la cabeza, muchacho. —Abrió el cristal de separación y le ordenó al chófer—: A Cavendish Square. —Luego se arrellanó en su asiento—. Pensé que podríamos tomar una copa en mi casa.

—Oh, Jesús, es todo un honor —dijo Dillon—. Es tan amable por su parte invitamos, un hombre tan importante como usted.

—Vamos, deja ya de jugar al actor irlandés, Dillon. No te sienta bien.

—Lo siento terriblemente, señor. —Dillon volvió a su inglés de escuela pública—. Pero lo cierto es que tomaría como un verdadero honor que usted y la inspectora jefe aceptaran tomar esa copa en mi casa. —Abrió el cristal de separación y le dijo al chófer—: Cambio de rumbo. Vamos a Stable Mews.

Una vez que hubo cerrado la ventanilla, Ferguson suspiró y le dijo a Hannah:

—Tendrá que disculparlo, inspectora jefe. En otros tiempos trabajó como actor, ¿comprende?

El Daimler giró hacia la calle empedrada de Stable Mews y se detuvo ante la casa de Dillon.

—Espérenos —le dijo Ferguson al chófer, mientras el irlandés abría la puerta principal y Hannah le seguía al interior.

Ferguson se les unió en seguida y cerró la puerta tras él.

—Esto es realmente muy agradable —dijo el brigadier.

—Vengan al salón.

Dillon les indicó el camino, extendió la mano hacia el interruptor y al encenderse la luz vio a Asta Morgan, sentada en la mecedora situada junto a la chimenea. Llevaba un traje chaqueta de arrugado terciopelo negro y una boina negra. Pero lo más importante era que sostenía sobre el regazo una Walther, con un silenciador enroscado en el extremo del cañón.

—Ah, esto sí que es agradable. Te esperaba a ti, Dillon, y ahora resulta que me encuentro con los tres.

Sus ojos relampagueaban. Tenía el rostro muy pálido, con sombras oscuras bajo los ojos.

—Vamos, no sea una estúpida —le dijo Ferguson.

—Oh, pero si he sido muy lista, brigadier. Nadie sabe que estoy en el país, y cuando haya terminado lo que he venido a hacer, mi avión me estará esperando en un pequeño aeródromo muy tranquilo, en Sussex, para sacarme de nuevo de aquí.

—¿Qué quieres, Asta? —preguntó Dillon.

—Date la vuelta y apóyate sobre la mesa. Por lo que recuerdo, te gusta llevar un arma en el cinturón, a la espalda. Así fue como mataste a Carl. —Pero esta vez allí no había nada. Ella lo registró también bajo los brazos—. ¿No llevas ningún arma, Dillon? Diría que eso es bastante descuidado por tu parte.

—Acabamos de estar en Downing Street, ¿sabe? —dijo Ferguson —. Allí disponen del sistema de alarma más sofisticado del mundo. Intente pasar por las puertas con cualquier clase de arma y se desatará el infierno.

—Muy bien, usted también puede inclinarse. —Ferguson así lo hizo y después ella se volvió hacia Hannah—. Y ahora usted, vacíe el contenido de su bolso sobre el suelo.

Hannah hizo lo que se le pedía y por el suelo se desparramó una polvera, un lápiz de labios con estuche de oro, la cartera, el peine y las llaves del coche.

—¿Lo ve? No llevo ningún arma. El brigadier le decía la verdad —dijo Hannah enojada.

—Quédese ahí de pie —ordenó Asta—. Y usted, brigadier, muévase hacia la derecha. —Dillon todavía estaba de espaldas hacia ella—. Creí que te había matado por la espalda en la granja, Dillon. Me gustaría saber cómo es que fallé.

—Chaleco antibalas —dijo él—. Hacen furor en estos últimos tiempos.

—Oh, eres muy bueno con las frases cortas —dijo ella—, pero a mí me lo echaste todo a perder, Dillon. Apartaste de mi lado a Carl, y vas a pagar por ello.

—¿Y qué sugerirías? —preguntó Dillon al tiempo que apartaba los pies muy ligeramente.

—Dos balas en el estómago. Eso te haría retorcerte de dolor.

Hannah Bernstein extendió una mano hacia una pequeña estatua

griega que había sobre la mesita de café, a su lado, y se la arrojó. Asta se agachó y disparó a ciegas. Alcanzó a Hannah en el hombro y el impacto la arrojó hacia atrás, a través del sofá. Dillon se movió, al tiempo que Asta se volvía, con el cañón de la Walther adelantado hacia él.

—Adiós, Dillon.

Por detrás de ella se oyó un ligero clic cuando Charles Ferguson hizo girar a un lado el mango de plata de su bastón de Malaca; surgió la daga de veinticinco centímetros que contenía, y la hundió en la espalda de Asta, penetrándole hasta el corazón; hasta que la punta surgió por la parte delantera del traje.

Ni siquiera tuvo tiempo de lanzar un grito. La Walther resbaló de una mano sin vida y ella cayó hacia delante. Las manos de Dillon la sujetaron de cada brazo. Ferguson retiró la daga. Ella bajó la mirada, hacia su pecho, con una expresión de extrañeza, miró luego a Dillon una vez más, como si no pudiera creer lo que ocurría, y las rodillas se le doblaron y se desmoronó sobre el suelo, rodando sobre la espalda.

Dillon la dejó donde estaba y se acercó a Hannah, tumbada sobre el sofá, con una mano sobre el hombro, mientras la sangre rezumaba por entre sus dedos. Dillon se sacó el pañuelo y se lo puso en la mano.

—Apriéteselo con fuerza. Se pondrá bien, se lo prometo.

Se volvió y vio a Ferguson que ya estaba hablando por teléfono.

—Sí, el profesor Henry Bellamy, de parte del brigadier Charles Ferguson. Es una emergencia. —Permaneció allí de pie, a la espera, con la daga ensangrentada en la mano y el bastón en el suelo—. ¿Henry? Soy Charles. La inspectora jefe Bernstein ha sido herida de bala en el hombro izquierdo. Haré que Dillon la lleve de inmediato a la clínica de Londres. Te veré más tarde. —Colgó el teléfono y se volvió—. Muy bien, Dillon, suba al Daimler y llévela rápidamente a la clínica. Bellamy estará allí cuando lleguen.

Dillon ayudó a Hannah a incorporarse y miró a Asta.

—¿Qué hacemos con ella?

—Está muerta, pero yo me ocuparé de eso. Vamos, muévanse.

Los siguió hasta el vestíbulo, abrió la puerta y esperó hasta que los vio subir al Daimler. Luego regresó al interior. Había dejado la daga sobre la mesa. Ahora, la recogió, se sacó el pañuelo del

bolsillo superior de la chaqueta y limpió la hoja cuidadosamente. La colocó de nuevo en el bastón de Malaca y permaneció un rato mirando el cuerpo de Asta. Finalmente, descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Sí? —preguntó una voz serena.

—Aquí Ferguson. Tengo un cuerpo del que disponer. Absoluta prioridad. Estoy en Stable Mews, al otro lado de Cavendish Square.

—¿En la vivienda de Dillon?

—En efecto. Le esperaré.

Ferguson colgó el teléfono, pasó sobre el cuerpo de Asta, se acercó al armario donde Dillon guardaba las bebidas y se sirvió un escocés.

Una hora más tarde, Dillon estaba sentado en el pasillo, fuera del anfiteatro de operaciones, cuando se le unió Ferguson.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó el brigadier al tiempo que se sentaba a su lado.

—Lo sabremos pronto. Bellamy dijo que era un sencillo trabajo de extracción. No esperaba encontrarse con ningún problema. —Dillon encendió un cigarrillo—. Antes se movió usted con mucha rapidez, brigadier. Realmente, por un momento pensé que había llegado mi última hora.

—Pues no fue así.

—¿Qué ha hecho con el cuerpo?

—He llamado a la unidad correspondiente. Esperé a que llegaran. Será conducida a cierto crematorio situado en el norte de Londres que nos parece bastante útil. Mañana por la mañana habrá quedado convertida en kilo y medio de ceniza gris, y por lo que a mí respecta pueden hacer lo que quieran con eso. No le diremos nada a la inspectora jefe hasta que vuelva a caminar por su propio pie.

—De acuerdo —asintió Dillon—. Esa exquisita conciencia hasídica suya.

La puerta del anfiteatro se abrió y Bellamy apareció, con la mascarilla bajada. Los dos se levantaron.

—¿Cómo está? —preguntó Ferguson.

—Bien. Es una herida bastante limpia. Una semana en el hospital, eso será todo. Volverá a estar de servicio en muy poco tiempo. Ahí viene ahora.

Una enfermera empujó a Hannah Bernstein sobre una camilla con ruedas. Mostraba el rostro agotado y pálido, bajo una gorra blanca que le cubría la cabeza. La enfermera se detuvo para que ellos la vieran y los párpados de Hannah aletearon y se abrieron.

—Dillon, ¿es usted?

—El mismo de siempre, querida muchacha.

—Me alegro de que esté bien. Es usted un bastardo, pero, por alguna extraña razón, me cae bien.

Volvió a cerrar los ojos.

—Llévesela, enfermera —dijo Bellamy que luego se volvió hacia Ferguson—. Me marcho ahora, Charles. Te veré mañana.

Se alejó y Ferguson puso una mano sobre el hombro de Dillon.

—Creo que nosotros también deberíamos marcharnos, muchacho. Ha sido un día infernal. Creo que nos vendrá bien tomar una copa.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Ferguson cuando el Daimler se alejaba.

Dillon bajó la separación de cristal.

—Al Embankment. Nos puede dejar al final de Lambeth Bridge.

—¿Alguna razón en particular? —preguntó Ferguson.

—La noche del baile en la embajada de Brasil, Asta y yo dimos un paseo por el Embankment, bajo la lluvia.

—Entiendo —dijo Ferguson y no dijo nada más.

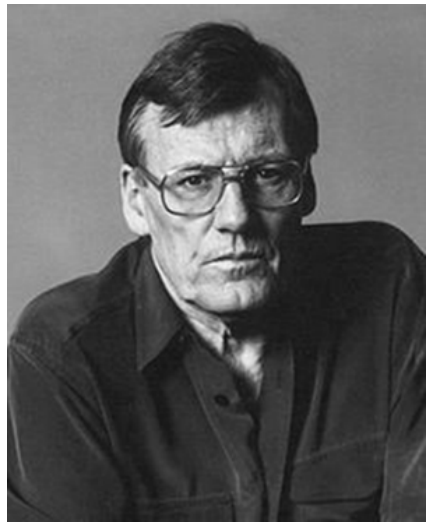
Diez minutos más tarde, el Daimler se detuvo junto al puente. Llovía con fuerza y Dillon bajó y caminó hacia el parapeto, junto al río. Ferguson se le unió un momento más tarde. Sostenía un paraguas abierto.

—Como ya dije, esa mujer estaba loca de atar, muchacho. No es tu problema.

—No se preocupe, brigadier. Sólo se trata de exorcizar a los fantasmas. —Dillon sacó un cigarrillo y lo encendió—. En realidad, por lo que a mí se refiere ella puede pudrirse en el infierno. Y ahora vayamos a tomar esa copa.

Se dio media vuelta y regresó hacia el coche.

Fin



JACK HIGGINS (Newcastle upon Tyne, Inglaterra, 27 de julio de 1929) se crió en Irlanda del Norte junto a su madre. Jack Higgins es el seudónimo principal del novelista Harry Patterson. Tras tres años en el ejército británico, se licenció en sociología en la London School of Economics and Political Science. Trabajó como profesor en la Universidad de Londres y en 1959 comenzó a escribir novelas. El creciente éxito de sus primeros trabajos le permitieron tomar tiempo libre a sus labores en la enseñanza, y finalmente abandonó la docencia para convertirse en novelista a tiempo completo.

Ha escrito más de 60 novelas de espionaje ambientadas normalmente en la Segunda Guerra Mundial, con grandes dosis de intriga y acción. Algunas de sus novelas han sido llevadas al cine, destacando ¿Ha llegado el águila?, que tuvo gran éxito. Ha sido traducido a numerosos idiomas, con ventas extraordinarias.

Notas

[1] Ver Punta del Trueno, en esta misma colección. (N. del E.). <<

[2] Ver El ojo del huracán, en esta misma colección. (N. del E.) <<

[3] Ver Punta del Trueno, en esta misma colección. (N. del E.) <<